CR – 12 - 08

TITULO :

SENTIMIENTOS LEJANOS

PARA PRESENTARME AL PREMIO PLANETA DE

NOVIELA DEL AÑO 2.008

TITULO:

SENTIMIENTOS LEJANOS.

AUTOR:

SIXTO SANZ CABRERA

C) TOMELLOSO Nº 35-1º-C

13500 PUERTOLLANO (Ciudad Real)

DNI. 8.609.499-R

ESPAÑOL

TELÉFONO (926) 42 92 67

CORREO ELECTRÓNICO . SIXTOSANZ@terra.es

PÁGINA WEB. SIXTOSANZ.COM

MIS PADRES, ¡ ay mis padres !: Mi papá estaba sufriendo el síntoma del que le quedan en un banco, o del que le han hecho corredor de bolsa; pues hacía poco tiempo que le habían jubilado y no daba síntomas de alegría por ninguna parte en la faz de su cara. Mi mamá era una madre sufrida y cariñosa a la vez, donde las hubiera, pues se deshacía en halagos hacia mis hermanos y hacia mi persona ; dándonos infinidad de caprichos y de gozos para que nos sintiéramos felices en el seno de dicha familia ; que

no sé yo si eso fue causa de mis desavenencias entre mi familia , por ser la niña más mimada del universo. ¡AH!, que cómo me llamo: Me llamo Juana , pero el nombre es lo de menos, lo más fue que me lo creí y de una niña adolescente, todavía, pasé a ser una chavala en pubertad un tanto chasqui ana. Me juntaba con chicos mayores que yo para parecer ser alguien en la sociedad, no una niña a la que se debe ayudar en todo momento ; la ayuda la hacía yo, mas bien a mis compañeros de correrías nocturnas .

Bueno: En cuanto a mis papás, les diré que eran gentes de paz y personas agradables y bondadosas, con un atisbo de seriedad y religiosidad dentro de su ser y de su entorno. Pero será a bien , que les conozcan ustedes mejor . . .

SEVERINO- ¿ En qué piensas ?.

ANDREA- No pienso en nada; mas bien miro.

Hubo un momento de silencio , pues allá donde miraba mi mamá se quedó mirando mi papá no observando los dos otra cosa que una puerta de una habitación.

SEVERINO- ¡Ya!, ya se que tenemos que pintar , una vez más, todas las puertas de nuestra casa; pues entre los chicos y los amigos que nos traen los chicos la tienen negras de tanto humo.

ANDREA- No me refiero a eso, me refiero a que nuestro hijo Carlos estudia mucho; ya quisiera yo que fuesen así de aplicados los otros dos hijos y sobretodo nuestra hija Juana.

Mi papá se levantó del sillón dando unos pasos hacia la puerta para pararse antes de llegar a ella y mirando a mi mamá la repuso aquella idea que había dado, de inmediato, en forma de predicados.

SEVERINO- No hace falta que me lo recuerdes, una y otras tantas veces, que nuestra hija no estudia; ella sabe bien que lo tiene que hacer por su bien y para ser alguien en la vida. Lo que pasa , que tiene muy pocos años y eso la pierde.

ANDREA- Pero si ni siquiera está en la edad del pavo.

SEVERINO - Debes observar su escritura tan perfecta y tan fluida, a la vez . Si sigue así llegará a escribir libros.

ANDREA- Que lo haga bien o que lo haga mal :¡ Ya veremos haber!.

Se volvió a sentar mi papá en el sillón para de inmediato levantarse mi mamá del suyo y dirigiéndose a la habitación de mi hermano Carlos para abrir la puerta y ver con sus propios ojos que su hijo se encontraba absorto y como fuera de éste mundo estudiando las materias que le iban a preguntar al día siguiente, y tan absorto se encontraba estudiando dichas materias que no se dio cuenta que le estaban observando en aquella capacidad de estudios como tenía él.

Mi mamá se volvió a sentar, otra vez, en su sillón para quedar más conforme, por ver a su hijo tan aplicado en las ciencias que le estaban incumbiendo en aquel año.

Mi papá se arrimó al radiador para dar más fuerzas al mismo y poderse calentar a pleno ritmo de un tocadiscos que había comprado mi hermano Paco.

SEVERINO- Este tocadiscos es estupendo, sabe comprar nuestro hijo Paco.

ANDREA- ¡Qué chico éste!.

SEVERINO- ¿ Porqué dices eso?.

ANDREA- Éste hijo nuestro no hace mas que comprar y vender cosas.

Se va hacer un buen comerciante.

SEVERINO -Lo prefiero antes que nos salga hecho un randa. No creas tú, que si nuestro hijo se hace comerciante sería una mala idea; pues hay algunos que ganan lo suyo.

ANDREA - ¡ Y tanto!.

Volvió haber un silencio sepulcral, entre mi mamá y mi papá, por causas de que le estaban dando, o como se suele decir, pegando a la cabeza y pensando en una y en mil cosas a la vez; como para que yo, su hija, me tranquilizase y formalizase mis hechos y mis sentimientos. Pero como ellos veían que eso no iba a pasar, que eso no podía ser, se conformaban pensando que el día de mañana mi Espíritu se calmase y sentase la cabeza , como dicen los mayores.

SEVERINO- Nuestra hija.

ANDREA- ¿qué la pasa, ahora, a nuestra hija?.

SEVERINO- ¿Te parece poco?. Pues lo que la pasa, es que no deja esas compañías que se ha echado y la llevan y la traen de aquí para allá; no sé como van a resultar tales amistades, como las que tiene nuestra hija.

ANDREA- Ya se lo hemos dicho y como quien oye llover.

Volvió el silencio, como si quisieran descifrar la manera de decirme que es lo que yo tenía que hacer, o mejor dicho; que era lo que me convenía y lo que no me convenía . . .

Pues sí; aquí me tienen ustedes buscándome la vida como podía y como yo creía que debía ser, pues nadie me quitaba a mí mi manera de vivir y la forma que tenía yo para hacerme un hueco en la sociedad.¡Vamos!, que nadie me quitaba a mí mi manera de ser en la vida.

Mis papás no estaban muy conformes con las compañías de amigos que me rodeaban; pues ellos los veían con ojos no muy buenos, al ser chicos que se desligaban un poco de la sociedad por la manera de pensar y de accionar. En estos pensamientos estaba, cuando vi un brazo de chico cerca de mis narices queriendo encenderme un cigarro, con mucho agrado por su parte. Yo no me había dado cuenta que aquel chico me había metido un cigarro en la boca e intentaba encendérmelo a duras penas, pues yo no daba ni una calada para que entrase el aire en el cigarro y se pudiese encender. Y como tanto insistió aquel chico para que yo me fumase aquel cigarro, consiguió encendérmelo y yo sin saber lo que hacía, poco a poco,

me fui fumando aquel cigarro: Me había tomado un porro y de los mayores que me había fumado en mi corta existencia de vida.

¡UF!, que mareo. Me sentía con la cabeza abombada y como si no pensase en nada, ni estuviese en el Mundo. Las cosas no se estaban quietas, como tenían que ser; pues comenzaron a dar vueltas y vueltas alrededor mío y yo que me estaba desfalleciendo por momento.

No se cuanto tiempo pasaría, pero la verdad fue que cuando volví a tener conocimiento de dónde me encontraba estaba acostada en una especie de cama sostenida por unos ladrillos como sirviendo de patas para ella.

Me encontraba como mi madre me había echado al Mundo, desnuda y con una especie de frío en las sienes, que me producía tal vez el mareo o el haber tomado alguna sustancia prohibida en la sociedad; pero que yo me estaba saltando por encima las reglas establecida de dicha sociedad.

Y como parecía que habían andando conmigo, ya que me encontraba sucia en mis muslos, me fui a lavar y a prepararme un poco para poder volver a la vida normal.

Mis papás se encontraban frente al radiador, sentados en sendos sillones dándolos yo las buenas noches. Mi mamá, nada más que entré en casa, me llamó la atención para que la escuchara un rato.

ANDREA- ¿Dónde crees que vas?.

JUANA- Me quiero ir a retirar a mi cuarto.

ANDREA- No sin antes haberme escuchado un momento.

Yo en vez de hacer ademán de pararme para escuchar a mi mamá apreté el paso con idea de llegar cuanto antes a mi cuarto, pero mi papá repuso enseguida su manera de pensar.

SEVERINO- Hazla caso a tu madre, aunque que sea lo último que hagas en la vida. No me enfades que va a ser peor.

JUANA- Estoy cansada; ya me podía hablar, mamá, mañana . . . ¡ UF!.

Con aquella interjección tan expresiva y como lo dije un poco en alto salió mi hermano Carlos de su cuarto con cara un poco destemplada.

CARLOS- ¿ Esa es la manera que tienes tú de hablar a nuestros padres?.

Aquello que me dijo mi hermano Carlos me ensoberbeció un poco y tomé riendas suelta a mi enfado.

JUANA- A ti no te han dado vela alguna en este entierro.

No esperé más y me fui corriendo a mi cuarto, cerrando con llave la puerta, no queriendo saber nada de nadie.

Aquello fue la gota de agua que colmó el baso; pues mi hermano comenzó a golpear la puerta para que yo la abriera y poder hablar conmigo, pero como yo no lo hacía, enseguida, me recriminaba tal acto de desobediencia que había cometido con nuestros padres por haberme entrado en mi cuarto sin ellos ordenármelo.

CARLOS- No seas mal educada y abre la puerta, Juana. Mira que no te vuelvo hablar en mi vida.

Al escuchar aquellas frases que me dirigía mi hermano, mi mamá como sobresaltada por si aquello fuese verdad, le habló con el corazón a mi hermano.

ANDREA- Hijo, no debes hablar así a tu hermano. Ya sé que es mucho el sufrimiento que te provoca al ver el desprecio que me ha hecho tu hermana al no hacer tan siquiera por oírme; pero se lo mucho que os queréis y lo mucho que os perdonáis.

CARLOS- ¡Mamá!.

ANDREA- Recuerda: Hay que perdonar, mil veces cien. ¿ O es que no eres creyente?.

CARLOS – No es eso, mamá.

Una vez que se hubo calmado los ánimos en el salón se despidió mi hermano de mis papás y pidiendo permiso se retiró a su cuarto. Todo quedó en silencio y como si no hubiese pasado allí nada. Pero al momento sonó abrirse la puerta de casa, entrando alguien en ella con gran estrépito. Era mi hermano Paco, que llegaba a casa con gran variedad de cosas compradas para luego venderlas un poco más caras.

¡Que va, que va!: Allí no cenó nadie aquella noche y nos fuimos a descanar con la tripa vacía. Pero por la mañana, muy temprano, cogí los libros y salí a la calle con idea de ir a la facultad; pero donde menos intención de llegar era a la facultad, de modo que sin pensármelo dos veces

me dirigí al sitio de reuniones que teníamos los de mi cuadrilla y allí no encontré a nadie: Claro , ¡cómo iba a encontrarlos!, si era una hora intempestiva para que mis amigos se levantaran. No obstante me quedé un buen rato esperando en aquel lugar para que llegase algunos de mis amigos y poder fumarme un cigarro con él. Así como a los tres cuarto de hora llegaron poco a poco mis amigos haciéndome las delicias del que espera y desespera para después tomarse la revancha.

La revancha fue una mañana deliciosa con mis deliciosos amigos; pero sin movernos del mismo sitio, ya que allí nos respetaban las gentes; aunque los transeúntes, a su paso, nos miraban con cara desajustada. Creo, que debíamos parecer seres raros para ellos debido al poco apego que teníamos por nuestros aseos y vestiduras.

Cuando volví a casa no sabía como volvía; quiero decirles, que no me daba cuenta si llevaba la ropa bien o alguna otra cosa que destacase en mi persona.

ANDREA- Hija : ¿Qué es lo que tienes en un labio?.

Me eché mano al labio y me di cuenta que llevaba unos piercings en el labio inferior, pero enseguida contesté: Como siempre.

JUANA- Se lleva ahora mucho.

Y es que recordé, que se había acercado un joven a nosotros con un maletín, conocido de un amigo mío que se encontraba allí, fardando de

saber instalar los piercings a la perfección y desde luego no tenía que ser tan a la perfección cuando me encontraba con el labio totalmente hinchado.

Mi papá, que había estado oyendo la conversación sin meterse en el mismo tema, hasta ahora, se levantó como si tuviese un resorte en el asiento de su sillón y apoyando la decisión de mamá repuso con voz grave.

SEVERINO- Haz lo que tu madre te diga. La tienes que obedecer y quererla mucho.

JUANA- ¡Papá!.

SEVERINO- ¿Es que no quieres a tu madre?.

JUANA- Pues claro que la quiero. Pero no es eso.

SEVERINO- Entonces: ¿Qué es?.

JUANA- Debo ir igual que los amigos.

Mi mamá, que estaba como hinchando los pechos y como conteniendo el genio metido en ella, en ese preciso momento saltó sin contemplación con mi persona.

ANDREA- Si fueses pequeña; con un azote valdría, pero ahora solamente te diré: Que yo te quiero mucho y te aconsejo lo mejor para ti , hija. Me debes hacer caso, te lo digo yo.

JUANA- Pamplinas.

Nunca hubiese dicho aquello y de esa mala manera que lo dije, refiriéndome a mamá; pues mi papá adelantándose donde yo me

encontraba, en un rincón del salón tomó fuerza de coraje y como explotando en un centenar de nervios me habló clara y llanamente.

SEVERINO- Solamente verte ese labio hinchado y como si se fuese a infectar, ya nos ponemos en lo peor. Y lo peor para unos padres es ver a su hija ir por el camino equivocado en la vida; por lo tanto tu madre te lo está diciendo y yo te lo digo también: Hija, ese no es el camino que debes seguir en tu vida; pues la sociedad te demanda mejores hechos y mejor voluntad para hacerte alguien entre las demás personas.

JUANA- ¿No veis que me estáis amargando la vida?. Muchas chicas hacen lo mismo que yo y han llegado a ser grandes carreras.

ANDREA- ¡Dime algunos de ellos?.

Me quedé pensando en quien serviría como ejemplo y no encontré a ninguna chica que me sirviese como luz y guía en dicha conversación, tal vez mi mamá tendría razón; pero lo que no iría yo hacer era dejar de visitar a mis amigos porque lo dijesen mis papás: ¡AH!, eso no. Y como estaba cansada de oír a mis papás, una y otra vez el mismo soniquete, salí de mi casa dando un portazo en la puerta monumental.

Lo que no había pensado era dónde iba a ir yo en esos momentos y como mi indecisión era enorme, enorme era también mi agobio; pues yo no debía volver a mi casa con mis papás, ya que se reirían por esa vuelta tan repentina y lo tomarían como un arrepentimiento por mi parte.

¿Qué hacer, o qué no hacer?: ¡Vaya dilema!. Pero enseguida se desvaneció el dilema al aproximarse a mí un chico conocido por una amiga mía y preguntándome por las causas de mi agobio me llevó a una casa, que al parecer yo creía que sería su casa, ¡pero qué va!.

¡Quien lo iba a suponer!, siendo una casa de cita; muy bien disimulada para que nadie sospechara de aquel burdel tan céntrico en la misma ciudad.

A mí se me encargó de la limpieza y parte de la cocina; pues había una cocinera entrada en edad, no sirviendo para tales menesteres.

Todo trascurría con normalidad hasta que un día se pusieron indispuestas unas chicas por causa de la cena y me llamaron a mí para tales menesteres.

JUANA- ¡AH!, no . Yo no sirvo para eso.

- Pues hoy tienes que servir para lo que se te mande . ¿No te damos de comer y te vestimos?.

Sin quererlo me tuve que subir a las habitaciones y esperar compañía de hombres para hacerlos la vida más grata.

Pasaba el tiempo y allí no acudía ningún hombre , hasta que por fin se abrió la puerta apareciendo la señora de la casa seguida de un joven apuesto.

- Señorita Juana, aquí le traigo a este joven. Cuídele bien.
- No se si sabré.

Aquello que dije le desconcertó, por completo al chico, que no sabía lo que decir, ni siquiera sabía presentarse una vez que la señora nos había dejado solos en la habitación.

Aquel chico se encontraba nervioso y no sabía lo que hacer, pero menos sabía yo; pues ni una sola conversación le sacaba a la palestra para que se calmase en aquel momento.

Aquel chico, pese a su indecisión, me estaba cogiendo la forma de ser y por supuesto se dio cuenta que yo era la primera vez que me disponía hacer de su persona toda una especie de fiesta sexual. Lo malo era que yo no sabía cómo iba hacerlo, o mejor dicho; cómo sería aquella fiesta, pues he oído que algunas azotan, por orden de los clientes a éstos y otras los acarician. Yo hice por echarle los brazos en alto, pero enseguida me paró aquel chico.

CHICO - No tienes ni idea.

JUANA- Claro que no.

Al decir yo aquello, el chico insistió en que me quería ver con la ropa interior y tanto insistió y yo no me dejaba ver con dicha ropa. Amenazándome de que se lo diría a la señora de la casa, pues yo me tuve que quitar la blusa y la falda quedándome en ropa interior, viéndoseme las formas que iba cogiendo mi tripa, no solamente por día sino por mes.

CHICO- ¡ Anda!; pero si . . .

JUANA-. Cállate y no lo digas, me echarán de la casa y no tengo dónde ir.

Sí, me encontraba en estado de buena esperanza, y no sabía si sería chico o chica lo que traería; pero lo cierto era que se me estaba notando la tripa sin poderla yo ocultar a la vista de las gentes.

Fue considerado aquel joven con mi persona y no me tocó para nada, quedándose un rato en la habitación hasta que creyó prudente marcharse a su casa; pero antes de salir de aquel burdel se lo comunicó a la señora de la casa para que tuviese cuidado con mi persona y no me expusiera a tales bestialidades por parte de algún hombre. Aquel chico tuvo buena intención, pero lo estropeó todo al comunicárselo a la señora de la casa.

Se me mandó a la frutería y al salir a la calle aquel chico me estaba esperando en el portal de la casa.

CHICO- ¡Ola!.

JUANA- ¡Ola!.

Parecía como si no se quisiera romper el hielo que había entre aquel chico y mi persona. No sabía yo quien de los dos lo rompería, pero lo cierto era que yo no estaba dispuesta hacerlo.

CHICO- Veo que estamos un poco cortado el uno con el otro.

JUANA- Y máxime cuando usted ha dicho a la señora de la casa en el estado que yo me encuentro.

CHICO- Llámame de tú, será lo más correcto entre los dos.

JUANA- Pero si ni siquiera se su nombre.

Se rió un poco aquel chico y como si tuviese prisa por decirme su nombre, me agarró de un brazo y me llevó calle abajo para decirme como se llamaba.

CHICO- Me llama Pepe.

Me sorprendió un poco aquel nombre, pero yo para que no se impacientase aquel chico, o sea Pepe, enseguida me repuse hablándole de su bello nombre.

JUANA- Bonito nombre.

PEPE- Ya me lo han dicho varias personas.

JUANA- ¿Entre ellas chicas?.

PEPE- Entre ellas algunas chicas y personas mayores.

Así cuando le combino se despidió de mí con un saludo de "hasta la vista"; que no sabía yo cuando iba a ser aquella vista, el día que nos volviésemos a ver.

Como se alargaban los días y no veía a Pepe, pensé que sería igual que todos, que con muy buenas palabras te conquistan y si te he visto no me acuerdo.

Tanto tiempo pasó, que di a luz a mi hija; pero poco tiempo la tuve entre mis brazos, ya que la di en adopción a una familia acomodada, según me dijeron. Y lo cierto fue que se me dio la dirección y los nombres de dicha familia, hasta hubo un día que recibí la visita de dicha familia con mi hija

en los brazos, desaguándome en lloros al ver a mi hija lejos de mí, pero que por otra parte comprendía que aquella criatura tendría que crecer en medio de un seno normal y feliz.

La dirección de aquella familia la guardé como oro en paño entre mis cosas, una caja que tenía con algunas cartas de mis papás; pues ellos me daban por la costa, ya que me la reexpedía una amiga que tenía yo en la provincia de Almería.

Sorpresa de sorpresa; pues una mañana, cuando salí a por el pan estaba esperándome en la puerta Pepe y con mucho agrado me saludó y con mucha amabilidad por su parte.

PEPE- Me alegra volverte a ver.

JUANA- Te digo lo mismo.

PEPE- No voy a entrar. Aquel día entré para ver qué era lo que hay en esa casa.

JUAN- Ya ves: Una pensión, en donde es diferente a los demás burdeles, por estar constituida dicha fonda en pensión. A la jefa se la llama la señora de la casa, para disimular.

PEPE- Ya me di cuenta, que era como una pensión, en donde las chicas viven de alquiler aparentemente.

Estuvimos hablando un rato, no mucho; pues Pepe se tenía que ir a su trabajo, que al parecer era camionero y uno de los mejores transportistas de aquellos contornos. Pero eso sí, a jornal completo.

Los jueves, por la tarde, me dejaba libre la señora de la casa y salía con Pepe para dar un paseo por las calles de aquella grandiosa ciudad y poder tomarnos sendos refrescos. Me acuerdo que una tarde, ya anocheciendo, me llevó a unos mesones en donde nos cargamos bien cargados, como se suele decir; nos pusimos las botas bebiendo.

¡UF!, que mareo me empezó a entrar en mi cuerpo; parecía que todo daba vueltas y vueltas a mi alrededor como jugando conmigo. No sabía donde me encontraba, pero yo veía que estaba en una casa y dentro de una habitación, fue así que cuando se me pasó el aturdimiento me encontraba metida en una cama y totalmente desnuda. Mi asombro era enorme, por recapacitar en las condiciones que me encontraba y en el estado de desánimo que me estaba viendo, sumida en una profunda crisis de no saber lo que yo estaba haciendo allí de tal guisa.

Me fui al baño para más tarde recorrer dependencias, salas y alcobas, percatándome de que allí no había otra persona mas que la mía.

En aquellos precisos momentos comencé a pensar en mis papás, pues estarían todos ellos nerviosos y decaídos en ánimos al no saber nada de mi persona, también pensaba en mis hermanos, en Paco y en Carlos; aunque éste último tenía poco trato con nosotros dos, sus hermanos, debido a sus estudios que le absorbían todo el tiempo posible en su vida.

Ya en la casa de la señora, y estando en tales zozobras, me llamaron al despacho con intención de que alguien quería hablar conmigo y acudí como

una centella a dicho lugar, estando allí los señores que se habían hecho cargo de mi hija.

SEÑORA- Éstos señores te quieren hablar de tu hija.

JUANA- Con mucho agrada los escucho. ¿Díganme, señores?.

SEÑORA- Me agrada volverla a ver, señora.

Cuando me dijo aquello de "señora" aquella mujer se me encogió el corazón de tal manera que no sabía yo responder muy bien aquel signo, que había precedido a un adelanto de mi pubertad; pues recordarán ustedes que yo no tenía ni los quince años. Pero enseguida me repuse y contesté buenamente.

JUANA- igual digo, señora.

No sabía decir más, no supe decir otra cosa mas lo que me salió de mi Alma que ya era bastante y todavía quise reponer otra cosa, pero enseguida me callé para no errar.

SEÑORA- Hemos venido para que usted sepa que queremos bautizar a mi hija, ¡bueno! a nuestra hija y queremos que la ponga usted el nombre si tiene a bien.

¡ A mí me estaba dando taquicardias!, mientras me estaba hablando aquella señora de mi hija y me estaba dando el palmito, dejándome que la pusiera yo el nombre. Pero yo no podía consentir que la madre de acogida se quedase sin ese noble privilegio; por lo tanto así se lo hice saber.

JUANA- ¡ AH!, no señora, la corresponde a usted ponerla el nombre a la niña.

SEÑORA- No esperaba menos de usted, por lo tanto la pondré Juana: ¿Qué la parece?.

Al decirme aquella señora eso yo miré a su marido como queriendo escudriñar en su cara algo de afirmación y como no lo lograba se lo pregunté directamente a él.

JUANA- ¿Y usted, señor?.

SEÑOR- Lo que digan ustedes dos.

Parecía como si viniese dicho señor con la lección bien aprendida y dando su brazo a torcer lo daba todo como bueno. Pero yo veía que aquella señora me quería decir algo y así lo hizo cuando tuvo un momento en su conversación.

SEÑORA- Ahora verá a su hija; puesto que en mucho tiempo no la podrá ver, ya que han trasladado a mi marido a otra plaza por su trabajo.

Fue un día inolvidable para mí, pero se pasó muy pronto y nunca más volví a ver a mi hija ni saber nada de ella ni ella de mí; eso sí que es doloroso.

¡ AY!, Pepe de mi vida. Seguí con él y no a mucho tiempo me sentí indispuesta y como con ansias de arrojar. ¡UF!, estaba embarazada de nuevo; pero esta vez quería criar a mi hijo, fuese como fuese.

Sí, tuve un niño precioso y guapo a la vez con Pepe, y éste le comenzó a querer mucho; por lo cual me daba esa conformidad de sensación dichosa que toda madre tiene cuando su pareja acepta a su niño. Y mi niño tenía ya el tiempo de recibir su bautizo, por lo tanto hablamos su padre y yo sobre el nombre que debíamos ponerle.

JUANA- Pepe, no te parece que debíamos asignar, a nuestro niño, el nombre que se le debe poner.

PEPE- Mi padre se llama Felipe.

JUANA- Pues el mío se llama Severino y no es para poner dicho nombre a nuestro bebé.

PEPE- ¿Tienes alguna persona querida en tu vida?.

JUANA- No sé.

PEPE- ¿Tal vez la señora de la pensión donde estuviste?.

JUANA-. Se portó conmigo muy bien, pero no es para poner a nuestro hijo el nombre del padre de ésta señora.

Hubo un momento de silencio por parte de los dos, pero a Pepe le veía yo indeciso; como con ganas de hacerme una pregunta . Y aquella pregunta era la pregunta del millón.

JUANA- ¿Te pasa algún pensamiento por la cabeza?: Exprésalo.

PEPE- Pues mira tú por donde, qué sí me ha pasado un pensamiento un tanto indeciso por mi cabeza; pero no es para que te lo trasmita, es inmoral, es indecente por mi parte.

JUANA- Es mejor que me hagas la pregunta; así no habrá, de aquí para adelante, mas dudas.

PEPE- ¡No se!.

Yo veía a mi pareja, Pepe, con muchas zozobras en su pensamiento; como que no me debía hacer aquella fatal pregunta que yo estaba esperando por su parte. Pero como yo le animaba hacérmela, éste se armó de valor y abriendo su boca me habló claro y conciso.

JUANA-. Te ruego que me hagas dicha pregunta. Yo creo saberla.

PEPE- Te acostaste . . . ¡Bueno!, ¿hubo más hombres en tu vida que yo en dicha pensión?.

JUANA- Ya vistes que el primero ibas a ser tú y se truncó el intento.

PEPE- ¿Pero, nada de nada?.

JUANA- Como te lo cuento.

Pepe bajó la cabeza avergonzado y como queriendo correr para cualquier lado y esconderse para no ser visto. Yo le calmé con mis palabras de buena compañera.

JUANA- Es normal que me hagas esa pregunta; yo la hubiese hecho también.

Pepe sintió un alivio en su ser, que calmándose entró una bocanada de aire en sus pulmones y como seguro de sí mismo se alzó sobre sus talones para decirme lo que sentía, y lo que no sentía . . . ? . .

PEPE-. Gracia por tu comprensión. Pero hay algo más.

JUANA . ¿Qυé es?.

PEPE- El chico que te encendió un cigarro, cuando estabas esperando a alguien, fui yo.

JUANA – ¿fuiste tú el que me llevó al huerto?.

PEPE- Sin querer. Pasó lo que pasó sin ninguna voluntad mía; estábamos como estábamos.

Desde aquel día nuestras relaciones fueron de mejor a mejor y nos llevábamos estupendamente, sin ninguna clase de contrariedad; pues hasta yo me sentía realizada más mujer y como más sentada en la vida.

Yo salía poco de mi casa, pues solamente salía para hacer alguna que otra compra para la despensa, pero hubo un día en que Pepe llegó muy conforme consigo mismo y diciéndome que teníamos a la vista un viaje a las rías bajas; ya que le había salido muy barato y que me fuese preparando pues él era complaciente de llevarme a dicha excursión.

JUANA- Hay que mirar por el dinero, ya que tenemos poco.

PEPE- Nos costará poco como te he dicho.

JUANA- Tendremos que hacer excursiones al llegar a nuestro destino, así lo he oído.

PEPE- Si quieres las haces y si no se queda uno en el Hotel o dando unos paseos por aquella ciudad que vayamos.

En fin, que me convenció Pepe y el día señalado salimos para las rías bajas, mas contentos que unas castañuelas. Y al llegar a las mismas rías, vi el mar y cuando vi aquella gran cantidad de agua por todas partes, me asombré, pero enseguida me rehice y pasé los dos mejores días de mi vida, junto al hombre que estaba queriendo. Es así, que a mi simple parecer veníamos cargados y así se lo hice saber a mi compañero.

JUANA-. Te tengo que decir una cosa.

PEPE- Iba fijándome en el paisaje, que es precioso: Cuanta arboleda, cuanto ocalitos y qué verdor en todo ello.

JUANA- Me parece bien, pero te tengo que comunicar una cosa.

PEPE- Si me tienes que comunicar alguna cosa de interés, soy todo oído. ¡ Dime!.

JUANA- Me parece que vamos cargados.

PEPE- ¿Pero si no hemos bebido nada?.

JUANA- Cargados de otra cosa.

Y mientras yo le decía eso, me frotaba la tripa como en señal de quererle transmitir el pensamiento. La carga que estábamos llevando a nuestra ciudad era una carga humana, ni sólida , ni líquida.

Pepe me miraba con cara de asustado, pero enseguida se repuso para exteriorizar su alegría y darme la felicitación más deseada por su parte.

PEPE- Enhorabuena, mujer. Estoy orgulloso de ti.

Al decirme aquello Pepe, yo me sentí halagada y querida a la vez, por tener un marido que se alegraba de que tuviésemos hijos. Me había hecho madre por tercera vez e iba tan ufano que a penas se dio cuenta cuando llegamos a nuestra ciudad.

PEPE- ¡Bueno!. Si apenas me he enterado de que nos encontramos, ya en casa.

JUANA- ¿Se te ha pasado volando el viaje, verdad?.

PEPE- Y tan verdad.

¡Ya lo creo!; pues apenas hablamos en el trayecto de vuelta, pensando en lo que estábamos trayendo de aquel viaje, que no nos habíamos dado cuenta que nos encontrábamos en nuestra ciudad. No solamente le había pasado a Pepe; pues a mí me había pasado otro tanto de lo mismo.

Fue un niño lo que tuvimos Pepe y yo, poniéndole el nombre de Florencio; pero esta vez le quería criar yo, como a Felipe. No fuese a pasar lo que pasó con su hermana Isabel.

Era un niño guapísimo y jovial, lleno de vida; ya que jugaba mucho y se alegraba por todo, se conformaba con cualquier cosa y se extasiaba con el primer juguete que le presentasen. ¿llorón?: Pues no se podía decir que era

muy llorón, ya que con cuatro o cinco quejidos al día cumplía con la capacidad de ser crío.

Un día que le habíamos llevado al parque para que se divertirse viendo a los demás niños jugar, éste quería salir de su sillita para correr detrás de éstos; pero como ustedes comprenderán un niño de pecho no puede hacer lo que hace otro niño, que por lo menos tiene ya un año.

Yo me estaba sintiendo mala y decidí ir al siguiente día al ginecólogo haciéndome una exploración completa el doctor, para decirme cuando terminó de revisarme toda entera que me encontraba embarazada de nuevo, o sea que estaba en estado de buena esperanza. ¡Esto sí que era bueno!.

Al no esperarme dicha noticia, no fue que me sentase mal; sino que me cayó por descuido aquello que me dijo el doctor sentándome un tanto despectiva dicha noticia. ¡Y ala!, otra vez a prepararme para recibir bien lo que me podía venir: Y ya era otro niño. Y lo que me vino fue Pablo, un niño hermoso, mayor que el anterior niño y con pocas ganas de juego; tal vez sería por el mucho peso que tenía su cuerpo encima, que para moverle le costaba lo suyo. Le llevé al especialista, al nutritivo en cuanto adquirió su edad y éste me lo empezó a tratar de tal manera que le conservaba en raya y en el peso deseado. Mi niño ya no era tan obeso.

Pero no crean ustedes que yo estaba bien, que de vez en cuando me daban unas arcadas que se me revolvía todo el cuerpo y el especialista no

daba con lo que me pasaba y eso que fui a varios especialistas, empezando por el ginecólogo y terminando por el del estómago. Y eso que el de los huesos alumbró una posible descalcificación de algunos huesos.

Sería una cosa u otra la que me tenía de aquella manera, pero lo cierto era que yo no me encontraba bien preocupándose mi marido por el estado de ánimo en que yo me encontraba en aquel tiempo. Es así que quiso llevarme fuera de aquella ciudad a un especialista afamado no consintiéndolo yo, ya que no estaba la cosa para ello.

Un día que me crucé con una señora me hizo un saludo un tanto extraño para mí; pues se llevaba la mano a la tripa diciéndome algo que a mí ya me sonaba.

SEÑORA- En hora buena.

JUANA- ¿Por qué dice usted eso?.

SEÑORA- ¿No se alegra?.

JUANA- ¿De qué me tengo que alegrar?.

SEÑORA- Está usted en cinta.

Aquella palabra se decía mucho por aquellos lugares para significar que una mujer estaba embarazada. ¡Madre mía!; si aquello fuese verdad, no sabía lo que iba hacer teniendo tres bebés casi de la misma edad; solamente se llevarían un año el primero con el segundo y este unos meses con el tercer bebé. ¿Qué sería esta vez?. Pues en realidad no fue nada ya que aborté y yo asustada me fui al ginecólogo para que me hiciese un ligamento

de trompas y no solamente conforme con haberme hecho tal ligamento, que me las hice quemar. Ya tenía una completa familia y una espina clavada en mi Corazón; el acordarme de mi hija Isabel todos los días de mi vida: No me la podía quitar de la cabeza por más que quisiera.

Y como ya les he puesto en la situación que nos encontrábamos mi marido y yo y en el medio de vida que nos desarrollábamos, les voy a comenzar la verdadera historia de esta familia de trabajadores y buenas gentes a la vez.

Ahora es cuando empieza el verdadero relato de la novela que queremos llevar a cabo para que conozcan ustedes algo de nuestras vidas. No crean ustedes que este relato empieza hace bastantes años, que no; pues hace pocos años que esta historia se desarrollaba en el seno de una familia y en medio de una gran Ciudad, bella y hermosa, pues casi agarramos con la mano los años que se van a contar a continuación.

Mi marido trabajaba en la construcción, se había quitado ya de camionero, y yo me ganaba la vida fregando escaleras y barriendo portales por la mañana, pues por la tarde hacía los menesteres de modistilla; arreglando vestidos a las vecinas de mi portal y de los alrededores.

Para fregar las escaleras y barrer los portales me tenía que llevar consigo a mi hijo pequeño , o sea a Pablo que tenía pocos meses, de modo que no me valía por sí misma teniéndome que echar una mano las vecinas.

VECINA- Señora Juana, su hijo no deja llorar; tal vez la echa de menos.

JUANA- Está ya acostumbrado.

VECINA- ¡Qué va!. ¿Cómo se va acostumbrar un bebé a la soledad?.

Y todas ellas, cuando veían a mi hijo llorar a todo pulmón, como siendo una imploración a las señoras que pasaban cerca de él, dichas señoras se paraban y le asistían.

VECINA- Ven para acá, pequeñín. ¡UHI, UHI , UHI!; que te tienen muy solo.

Y así fui sacando a mi hijo pequeño adelante como podía, a trancas y barrancas. Que si ahora friego una escalera y si luego barro otra y así sucesivamente hasta ganarme un dinero que me venía bien para la sustentación de los pequeños.

Su padre hacía más horas extraordinarias que nunca se hubiesen contados, trayendo a casa todo el dinero para la ropita y el calzado de los pequeños. Aunque ya no era tan pequeño mi primer hijo, Felipe; pues cumplía cinco años por aquellas fechas y nos fuimos a celebrarlo todos juntos a una terraza tomándonos sendos refrescos y los pequeños jugando en sus instalaciones.

En qué mala hora se nos ocurrió ir a tal establecimiento, pues mi hijo Felipe desapareció en un santiamén no volviéndole a ver nunca más y eso que denunciamos su desaparición a la autoridad competente, pero ésta pese

a que hizo más que podía no encontró al culpable o los culpables, como decían ellos, para hacer que mi hijo Felipe apareciese de nuevo. Y eso que estuvimos toda la tarde en comisaría declarando lo que habíamos visto y habíamos dejado de ver. Yo me afirmaba que se lo había llevado un chico, de edad mediana, que al parecer estaba como despistado. ¿ Sería verdad o no? , pero eso era lo que yo me estaba imaginando.

Me quedé con mis dos hijos pequeños, el uno Florencio no se podía valer por sí mismo y el otro Pablo ya ven ustedes que un niño de pecho no es para dejarle solo.

Yo seguí fregando y barriendo escaleras y por las tardes arreglando vestidos a las vecinas y una de ellas me indicó un trabajo que al parecer era cómodo y mejor remunerado que el barrer escaleras y fregarlas.

Era en una casa de grandes señores, de ayudante de cocina, cosa que nunca hubiese pensado y allí que me fui a lo mejor de aquella Ciudad tan bonita y tan preciosa para mí.

Cuando llamé al timbre salió una doncella con cofia y toda ella uniformada, que parecía un maniquí.

DOMESTICA- ¿Qué desea usted?.

JUANA- Vengo de parte de una vecina, que me ha dicho que buscan ustedes ayudante de cocina.

DOMESTICA- Ya se quién puede ser la señora que se lo ha indicado; pues en esta casa no se ha dado información alguna de tal necesidad. Se lo dije yo a Paula: ¿Por que es así como se llama, verdad?.

JUANA- Así es, se llama Paula.

Aquella señora me hizo pasar por la puerta de la servidumbre hacia la cocina y me presentó a otra señora que se encontraba atareada en la faenas de la misma.

DOMESTICA- ¿Usted, cómo se llama?.

JUANA- Me llamo Juana.

Y dirigiéndose hacia la señora que estaba troceando un pollo, la llamó la atención para más tarde presentarme aquella misma señora.

DOMESTICA- Usted perdona, señora Rosa; aunque no hemos sido presentados ésta señora y yo, y basta que venga de parte de quien viene, ya que viene de parte mi prima, la diré que es ella desde hoy la que la ayudará en las tareas de la cocina.

ROSA- Falta me estaba haciendo ya; pues por falta de ayudante estoy que sudo con este pollo. Siempre me le trocean en la casquería, pero no he tenido tiempo para esperar. Siempre va la ayudante a dichos menesteres.

Aquello lo decía con un poco de rin tintín y mirando al ama de llaves, que era la otra señora domestica, hasta que por fin me echó a mí una mirada como analizándome toda entera. Se fijó en los más pormenores de

mi humilde persona. Y yo sin esperar su respuesta , me presenté de inmediato a ella.

JUANA- Me llamo Juana y tengo tanto gusto en conocerla señora Rosa, ya que tiene usted un nombre muy bonito . . ¡Bueno!. Déjeme el cuchillo que la voy a trocear yo el pollo.

ROSA- Tiene usted decisión, por supuesto; pero debe esperar, en esta casa, a que se la diga lo que usted tiene que hacer. No obstante me ha gustado su decisión y la entregaré el cuchillo de inmediato.

El ama de llave se despidió marchándose a las dependencias de la casa y nos quedamos solas la señora Rosa y yo. Entonces me armé de valor para contarla en el apuro que yo me encontraba. Me arrimé tanto a ella que ya sospechaba que la quería decir algo.

ROSA- ¿Usted me quiere decir algo, verdad?.

JUANA- Verdad, pero no se como empezar.

ROSA- Pues empiece por el principio, mujer y no se corte; ya que hace poco tiempo ha tomado la decisión de hacer, ahora tome la decisión de contar.

JUANA- Tengo un niño de pecho.

ROSA- ¡UHI, UHI, UHI!.

JUANA- No, si usted no lo quiere aquí no se ha dicho nada.

Aquella señora me miró con cara de complacencia y yéndose para una puerta que había al fondo de la cocina la abrió presentando a otra señora, ya

más joven, planchando unas camisas ; pero a la vez, rodeado de niños. Aquello parecía una guardería.

ROSA- Por otro más, qué mas da.

Y como yo no me había quedado conforme y se me estaba notando en la cara, ya que aquella señora era muy larga, me volvió a preguntar una vez que se quedó fija en mí.

ROSA- ¡ Vamos!, que uno no. ¿Son varios, los chicos?.

JUANA- otro más. Son dos niños los que tengo, un bebé y otro de unos meses.

ROSA- ¡Pues qué bien!.

La señora Rosa había cerrado aquella puerta, con mucho sigilo, y se había ido a mi lado; pero al decir yo aquello me señaló con el dedo índice hacia donde estaba la joven planchando.

ROSA- Es la lavandería y esa joven es mi hija, que se encuentra planchando las camisas que se pondrá el señor en el día de hoy.

Vaya si usaba camisas el señor; ya que por lo menos vi tres encima de la mesa de planchar.

JUANA- ¿Y qué?.

ROSA- Los entra usted al igual que mi hija, a una hora prudencial y así nadie se da cuenta de que están aquí y si son vistos diremos que han venido a visitar a su madre, a sus dos madres.

JUANA- Muy bien.

Pero como no hacía por presentarme a su hija, yo la estaba señalando para el cuarto donde se encontraba aquella joven tan trabajadora y competente a la vez; ya que tenía gran cantidad de trabajo y asistía a sus tres hijos, como pude ver.

ROSA- ¡AH!, si. Vengase usted para acá.

Y dirigiéndose hacia aquella habitación , abrió la puerta y nos introdujimos en aquella dependencia.

Era un cuarto rectangular, de dimensiones considerable al igual que la cocina; ya que cogía toda la planta baja de aquel edificio, en donde había gran infinidad de lavadoras de todos los tamaños e innumerables planchas en diferentes partes de aquella habitación. Pude ver al fondo un tendedero hecho con gran estilo y grandeza; pero lo que más impacto me causó fueron aquellos tres chicos, casi iguales en edad; no más de dos años, que jugando corrían de aquí para allá dentro de aquella dependencia. Parecían como si ya estuviesen acostumbrados a jugar en dicha habitación.

Me arrimé a aquella chica para saludarla pero su madre me indicó algo que yo no comprendí de inmediato.

JUANA-. ¿Como está usted?.

Aquella chica no me contestó, o por mejor decir me hizo un ruido con la garganta que yo no comprendía, pero al momento y mirando a su madre

comprendí de repente; ya que su madre haciéndome señas con las manos me indicaba de que su hija no oía ni hablaba nada: Era sordo muda.

ROSA- Mi hija Celia es sordo muda.

JUANA - Pero sabe leer en los labios, ¿no?.

ROSA- Con suma maestría y si no, ya ve como la ha saludado.

Eso lo vería su madre que ya estaba acostumbrada a ella, pero lo que es yo no veía ni me daba cuenta cuando dicha chica se percataba de mi conversación por medio de mis labios.

Intenté indicarla de que yo tenia dos chicos de pequeñas edades cada uno y ella me hizo una seña de que los quería conocer y a mi simple opinión, claro que los conocería; pues ya se cansaría de ellos.

Cuando salimos a la cocina La señora Rosa y yo tuve el gusto de saber cómo se llamaba el ama de llave y así se lo hice saber a dicha señora.

JUANA- Usted perdone que le haga una pregunta.

ROSA- ¿Usted dirá?.

JUANA- ¿Cómo se llama el ama de llaves?.

ROSA- Es la señora Marta.

Ya sabía yo cómo se llamaban todas aquellas señoras y con eso creía haber terminado de saber los nombres del personal domestico de aquella casa; cuando entró un señor muy bien vestido, con librea y con un paño envuelto en el antebrazo.

¡UHI!; y eso que ya creía haber conocido a todos el personal de la casa, pero esto me cogió de improviso. Y dirigiéndose aquel señor a la señora Rosa la instó para que me presentase.

MAYORDOMO- Señora rosa, si es usted tan amable de presentarme a esta señora se lo agradecería en el Alma.

La señora Rosa cogiendome de una mano me llevó cerca de aquel señor, para hacer el protocolo de presentarme a él.

ROSA- Esta señora es mi ayudanta de cocina y se llama: Señora Juana.

Y dirigiéndose a mí la señora Rosa me indicó con acento grave el nombre del mayordomo.

ROSA- Éste señor es el mayordomo de la casa y se llama: Señor Curiel.

Me chocó, un tanto, aquel nombre pero lo daba por bueno, ya que adelantándose a mi persona aquel señor y sin darme la mano se dirigió a mi con voz decidida y firme.

CURIEL- Bienvenida a casa y que la señora Rosa la imponga en los menesteres de la cocina. La inscribiré en nómina desde hoy mismo.

¡Pues no sabía yo eso!; que aquel señor servía, también, como contable y personal de confianzas de los señores para llevarlos las cuentas: Y tanto era así que hasta la señora Rosa le demandó unos euros para la comprar de aquel día.

ROSA- Si usted me lo permite, señor Curiel, me atrevería a pedirle unos euros para la comprar de hoy.

CURIEL- Ya la he dicho, otras veces, señora Rosa, que no me pida dinero a ton ni son: Dígame usted los euros que en realidad la hacen falta hoy día, sabiendo que los señores tienen a tres invitados.

ROSA- Ya he visto la nota que me ha dejado usted, señor Curiel, esta mañana de los comensales que van ha tener los señores en el día de hoy.

CURIEL- Permítame recordarla a usted señora Rosa, que siempre se ha de comprar como para otro cubierto más.

ROSA- Con doscientos euros me valdrá.

CURIEL-. Eche usted bien las cuentas, que después no la haga falta nada más.

ROSA- Según el menús de hoy, es ese dinero el que necesito.

CURIEL- La dejaré cincuenta euros más, por si acaso. Después quiero tener en mi poder la factura de la compra para el menús de hoy.

ROSA- Comprendido. A sí será, señor Curiel.

Desapareció la figura de aquel hombre cuando atravesó el umbral de la cocina yéndose a las dependencias de la casa y yo me quedé a solas con la señora Rosa teniendo sumo interés por saber quién sería aquel señor tan estirado y tan gallardo a la vez.

JUANA- ¿Éste señor . . . ?.

No me dejó terminar la pregunta la señora Rosa; parecía como si ya supiese lo que yo la iba a preguntar.

ROSA- Si; ya lo se. Éste señor es Inglés y ha estado en casas nobles de mayordomo antes que le admitiera a su servicio el señor de la casa.

JUANA-. ¿Y tanto dinero: Para qué?.

ROSA- Si usted no quiere comer, mi hija y yo con los niños sí queremos.

Ahora comprendía el por qué de aquel dinero; pero entonces se me estaba haciendo poco y volví a preguntarla.

JUANA- ¿Con un cubierto más?.

ROSA- Ese cubierto es para nosotras. Ya que si pido más dinero no sirvo para estos menesteres. Debe usted saber que todos los señores son un tanto tacaños por añadiduras y si en cocina se apaña una con menos les gustan a todos los señores tal clase de personal domestico.

Comprendí, comprendí enseguida el teje y maneje que se llevaba en aquella casa tan de alcurnia, pero a la vez con tanto escatimo para entregar dinero. Lo que no sabía yo cuanto dinero iba a ganar allí, y echando una mirada hacia la señora Rosa, ésta sin dejarme contestar me aclaró la situación.

ROSA- Mil cien euros.

Me pareció bien y con una indicación de cabeza así se lo hice saber a la señora Rosa, ya que a mi simple parecer todo lo intuía y no iba a ser menos aquella vez.

Los días sucesivos estuve llevando mis niños con Celia, la hija de la señora Rosa, y ésta los cuidaba con sumo esmero; hasta que un día entró en la cocina el mayordomo, el señor Curiel y como estaba abierta la puerta de la lavandería se veía jugar a todos los chicos en ella.

CURIEL- Veo que juegan mucho los chicos; pero supongo que están aquí de visita.

Hubo un momento de silencio al que nadie quería contestar, hasta que la señora Rosa se adelantó un poco y yéndose hacia donde se encontraba el señor Curiel se atrevió a indicarle las causas por las que se encontraban allí aquellos chicos.

ROSA- La sinceridad de una persona es su nobleza y yo estoy obligada a decirle la verdad a usted, señor Curiel.

El mayordomo hizo como quererse marchar de allí sin oír las palabras que la señora Rosa le quería decir; pero ésta suplicándole que la oyera le hizo recapacitar de su empeño al mayordomo, que se quedó en aquella habitación para saber lo que la señora Rosa le tenía que decir, no sin antes haberla alertado para que fuese algo no trascendental lo que la señora Rosa le dijese.

CURIEL- Muchas veces lo que se dice, tiene funestas consecuencias y como veo que aquí no hay nada trascendental la suplico me deje seguir mi camino.

La señora Rosa y yo nos miramos a la cara, como queriendo decirnos que habíamos comprendido al señor Curiel: Hombre bueno y bondadoso donde los hubiera.

Allí no se volvió hablar nada en aquel minuto despidiéndose el señor Curiel de nosotras; ya había comprendido él que no teníamos otra manera de operar con los niños al traerlos a la casa de los señores, en donde como se estaba viendo no daban mucha guerra ni se enteraba nadie de ello.

Era la hora de la comida y en un segundo entró el señor Curiel seguido de la señora Marta y sentándose en la mesa que había en el centro esperaron a que la señora Rosa los sirviera lo que había para comer aquel día, cosa que me chocó a mí; pues hasta que ellos no terminaron nosotras no probamos bocado alguno, había en aquella casa una especie de graduación a la que debíamos seguir correctamente.

Llegué a mi casa encontrándome allí a mi compañero Pepe, pues al parecer se había sentido indispuesto y había pedido permiso para dejar el trabajo. Yo me inquieté por tal noticia y enseguida le hice que fuese a urgencias a un centro de salud que había allí cerca diagnosticándole el estómago ocupado por gases e inflamado por algún virus; así que le tenían que hacer una exploración más detallada y minuciosa de su enfermedad.

Al día siguiente Pepe se levantó a la misma hora de siempre, o sea a las seis de la mañana para asistir a su trabajo impacientándome a mí por mostrar tal tozudez en querer hacer su santa voluntad.

JUANA- ¿Dónde piensas que vas?.

PEPE- Voy a trabajar.

JUANA- ¡AH!, no. A ti te tienen que hacer más pruebas médicas para saber bien lo que te pasa.

PEPE- Me encuentro perfectamente.

Entre dime y otras cosas más logré que Pepe se quedase en casa aquel día para asistir aquellas prueba médicas que le habían mandado el día anterior y para asegurarme que mi compañero asistía a los análisis aquellos, me dirigí primero, antes de ir a mi trabajo, a la casa de salud alertando a la señora recepcionista para que me informase si mi marido acudía a tales pruebas.

Me llevé a mis dos niños a la casa donde trabajaba acogiéndomelos con mucho agrado la señora Celia la hija de la señora Rosa que entrándolos en la sala de la lavandería los juntó con sus otros hijos para que jugasen todos juntos.

Yo me quedé, como era mi deber, con la señora Rosa en cocina mandándome ésta a la compra a la media hora de estar con ella, pues como pude saber en el día de la fecha tendrían los señores tres invitados como comensales, así como infinidad de visitas a las que se les debía invitar a un ágape como buena voluntad.

JUANA- Señora Rosa, me parece que no voy a ser capaz de acarrear todo lo que contiene la lista que me ha dado para la compra.

ROSA- Ya la dije el otro día, que vaya usted al supermercado; Pues desde que hay dichas superficies comerciales, dejamos de tener un chico de acarreo; ya que usted deja la cesta allí para que se la traiga.

JUANA- ¿Y si no la traen a su debido tiempo?.

ROSA- Tenemos muy buenas relaciones con el personal de dicho supermercado. Se les hace una llamada y vale con eso.

Así que me fui totalmente confiada en hacer bien mi compra y que me la pudiesen traer cuanto antes.

Mientras estaba recorriendo dependencias en el supermercado llenando mi cesta, yo me daba cuenta que no dejaban mirarme las demás señoras con cara como queriendo saber en qué casa estaba trabajando, hasta que se arrimó a mí un chico de mediana edad cuando fui a coger un frasco de mermelada que se encontraba en una estantería superior a la que yo no alcanzaba.

JUANA- Gracias.

CHICO- No hay de qué. Eso pasa por no tener, dicha casa, un chico para tales menesteres.

JUANA- ¿Usted que sabe?.

Mientras estábamos hablando aquel chico y yo, las demás señoras ponían oído para cazar nuestra conversación y desde luego sí que la

cazaron; ya que el chico anunció en la casa donde yo estaba trabajando, pues de mi boca no salió palabra alguna.

CHICO- Porque usted tiene que saber que en la casa “Rosada” siempre ha habido un chico para mandarle a la compra.

Las demás señoras que permanecían a la expectativa, hicieron un gesto con la cabeza marchándose cada una para terminar su compra en aquel supermercado.

Una vez que dejé mi carrito en depósito para que me lo llevaran a casa me marché para ayudar a la señora Rosa en la cocina encontrándola liada y bien liada con el gas natural; ya que la llave de paso no se abría lo suficientemente bien como para dejar pasar la cantidad de gas necesaria como para que quemase bien.

JUANA- ¿Qué la pasa?.

ROSA- Siempre he abierto y cerrado bien la llave del gas, pero ahora no me permite abrirla del todo. No sé que la pasa.

Me fijé bien y vi metido en la llave de paso del gas medio palillo de dientes, de modo que la llave no se podía abrir del todo y lo bueno era que se abría un poco cuando no se debía abrir nada.

JUANA- Si quitamos de la llave de paso del gas el medio palillo de dientes que hay sujetando dicha llave, verá usted como se abre del todo.

La señora Rosa se fijó mejor, pero en ese preciso momento me di cuenta de que la faltaba mucha vista, tenía que tener cuidado con lo que hiciese la señora Rosa en cocina pero sin que me lo echara a ver.

Todo estaba trascurriendo tan normal en aquel día hasta que notamos un olor intenso que procedía de lavandería, así como a quemado. Yo salí corriendo sin esperar más y cuando abrí la puerta de la lavandería observé que salía mucho humo de una camisa que estaba plantando la señora Celia, la hija de la señora Rosa, me aproximé a ella y quitando la plancha de encima de la camisa procedí a darla media vuelta a la señora Celia, pues estaba jugando con los chicos, para que viese el desaguisado que se había producido allí en aquel preciso momento.

Cuando la señora Celia vio aquello se echó las manos a la cabeza emitiendo unos ruidos con la garganta como en señal de asombro y de miedo a la vez. Al oír a su hija la señora Rosa entró en la lavandería como desesperada y con lágrimas en los ojos.

Yo me presentía lo peor, pues tal vez aquello sería irreparable para el señor y no me confundía según ellas.

ROSA- Esta camisa la compró el señor en Italia y la tiene un cariño especial. ¡Qué barbaridad!.

JUANA- ¿Y ahora qué hacemos?.

ROSA- Usted no tiene que hacer nada, lo haremos mi hija y yo. Llamaremos al mayordomo, el señor Curiel, y le explicaremos el caso. Lo

malo que mi hija tiene a su marido enfermo y lo poco que se ingresa en casa es de su trabajo.

Comprendí enseguida en el apuro que se encontraban dichas señoras y yo las quise ayudar, por mi parte, pero estas insistían que aquello era cosa de las dos y solamente de ellas dos.

Me fui a casa, cuando terminó mi tarea en la casa del señor y me encontré con mi compañero muy enfadado por no tener la ropa limpia, cosa que yo lo iba hacer aquella misma noche.

PEPE- No he encontrado ninguna ropa limpia en toda la casa.

JUANA- Te la voy a lavar y a planchar esta misma noche y como tú no vas a salir no te hace falta otra clase de ropa que no sea la que tienes puesta.

PEPE- Pero me gusta asearme.

JUANA - ¡Hijo!: No me ha dado tiempo, perdona.

PEPE- Me encuentro mal con la ropa sucia.

JUANA- Ya te he dicho que perdones.

Cuando llegué a la casa de aquel señor ya me estaba esperando el mayordomo, el señor Curiel.

CURIEL- Tiene usted que reestructurar su trabajo en esta casa. De momento pasará a la lavandería pero sin olvidar ayudar a la señora Rosa en la cocina.

O sea; que me estaba encargando, el señor Curiel, de doble trabajo, no solamente el mío que era la ayuda de cocina, por eso mismo me atrevía a replicarle.

JUANA- Permítame que le diga una insignificante cosa.

CURIEL- Puede hacerlo.

JUANA- Le he oído algo así como, de momento. ¿Qué significa eso?.

CURIEL- Usted espere acontecimiento, que ya se enterará.

Me vio un poco nerviosa el señor Curiel y me quiso aplacar los nervios con solamente aquellas palabras; pues de momento, como él decía me calmé y comencé mi faena asignada. Lo primero que hice fue el saber dónde se encontraban todos los utensilios de la lavandería, así de cómo funcionaban tales artilugios de tantos que había allí.

Así como a las once de la mañana se volvió a presentar el mayordomo, el señor Curiel, en cocina invitando a la señora Rosa para que le siguiese. No se a donde le tenía que seguir la señora Rosa, pero yo me mantuve en expectativas por si acaso venían mal dadas, vamos; por si me tocaba a mí algo de rechazo.

Pasaron tres cuartos de hora hasta que volví ver a parecer a la señora Rosa, pero esta vez con otra cara; su semblante era más risueño, como si la hubiesen dado una noticia bastante buena para ella. Así que me atreví a preguntar a la señora Rosa por las causas de aquel repentino cambio anímico.

JUANA- La veo yo muy eufórica a usted: ¿Qué la pasa?.

ROSA- Vuelve el señor de la casa a readmitir a mi hija. Parece que pasa por alto que se le haya quemado la camisa.

JUANA- Me agrada en el Alma.

ROSA- Sí, porque era ya vieja y tenía la idea de agenciarse otras camisas en pocas fechas, ya que volverá ir a Italia y visitará dicha camisería.

Aquello había quedado bien y al poco tiempo se presentó la señora Celia quejumbrosa y como llorando por el pánico que traía al saber que estaba perdiendo su trabajo.

Su madre, la señora Rosa, la calmaba diciéndola unas palabras de alivio para su persona.

ROSA- Cálmate, que no ha pasado nada para lo que ha podido pasar.

CELIA- (Con gestos y emitiendo voz de sordo-muda) -Pero he recibido un susto bastante grande. Madre, tú sabes bien que en mi casa solamente ingreso yo el poco dinero que gano aquí.

ROSA- Y te tienes que conformar con eso; otras quisieran ganar lo que tú.

No la faltaba razón a la madre de Celia cuando decía esto a su hija, que otras lo quisieran para ellas lo que su hija ganaba en aquella casa.

La mañana estaba siendo de lo más linda que se pudiese dar, hasta la señora Rosa puso la televisión para ver un “culebrón” y cuando más atentas estábamos a la pantalla, me vinieron avisar dos policías locales a mi lugar de trabajo. Mi compañero se había caído del andamio y se había matado: Así de claro me lo vinieron a decir, sin titubear en ninguna palabra.

JUANA- ¿Qué hago?.

ROSA- Se lo comunicaremos al mayordomo, el señor Curiel para que éste se lo comunique al ama de llave la señora Marta.

No me di ni cuenta cuando estaba en el tanatorio, ni sabía donde me encontraba, ni me salían las lágrimas como debían, ni sentía ni padecía; solamente me encontraba allí y nada más.

Que triste es esto cuando una no tiene ni un día de descanso después que la ha pasado dicha desgracia, pues al siguiente día de enterrar a mi compañero sentimental me tuve que ir a trabajar a la casa de aquel señor, que por otra parte yo no le había vista nunca, ni un solo día. No sabía cual sería su figura ni qué genio tenía.

Como otros tantos días yo me presenté con mi dos niños dejándolos en la lavandería con la señora Celia, pero a poco de estar en la cocina se presentó el mayordomo llamándonos a las tres, la señora Rosa, la señora Celia y a mí para darnos una arenga social.

CURIEL- Las veo como nerviosas y es comprensible al no saber ustedes las causas por las que hago esta reunión. Me comunica la señora Marta, el

ama de llave que haga el favor de decirlas a ustedes que de aquí en adelante no traigan a los chicos para jugar en la lavandería; pues está enterada de dicho tema y sospecha que la camisa del señor se quemó al plancharla la señora Celia por jugar con los niños, por un despiste.

Y como yo estaba poniendo una cara de desagrado y de desenfado a la vez, el señor Curiel me cogió la indirecta sin hablar una sola palabra por mi parte. Y dirigiéndose a mí repuso.

CURIEL- Lo siento.

Más lo sentía yo que no sabía con quién iba a dejar los niños, pero al llegar a casa vi que subía la vecina de enfrente con sus dos niños y me atreví a preguntarla por su acomodo.

JUANA- Me permite que le haga una pregunta.

VECINA- Usted dirá.

JUAN- Veo que no la cuesta mucho educar a sus hijos sola, vamos; que la queda fuerzas para llevar a otros dos pequeñitos.

Cuando yo la dije aquello a mi vecina ésta mirándome a mí primero y después a los niños y sin mover una sola pestaña ni un solo músculo de su cara abrió los labios balbuceando algunas palabras incomprensibles para mí.

JUANA- ¿Me dice usted algo?.

VECINA- Sí me cuesta criar a mis hijos y mucho, créame.

JUANA- ¿Y?.

Volvió a echar otra mirada a mis pequeños y como si no la saliese el aliento de su cuerpo me comunicó lo que pensaba.

VECINA- Está bien. Yo me encuentro levantada todos los días a la siete de la mañana. Puede, usted, quedarme a los niños.

Yo vi el Cielo abierto y como si tuviese un resorte en los pies di un salto y me abalancé sobre aquella señora besándola y abrazándola con todas mis fuerzas y mis ganas.

La dejaba a mi vecina los niños cuando yo me iba a mi trabajo y así un día tras de otro. Yo notaba que mis niños estaban más delgados pero lo achacaba al mucho juego que tuviesen entre ellos, ya que en aquella casa había por de pronto cuatro niños y uno ya un poco mayor, el mío.

Yo veía que mis niños estaban desnutridos y como si hubiesen jugado mucho todos los días, pero no le daba otra importancia que no tuviese; ya que aquella señora era una persona buena y a parte la conocía yo desde hacía muchos años.

Un día que llegué a casa no estaban mis niños en la casa de la vecina encontrándose ésta muy apurada y lo malo fue al decirme aquello de: Salen muchos sus hijos a la calle y vienen muy tarde.

Ahora sabía yo que mis hijos no paraban en dicha casa, no se que les pasaban; sino estarían bien con aquella señora o se estarían volviendo un poco randas al no tenerme cerca de mí. Lo cierto fue que pasaron las horas

y mis hijos no volvían a mi casa. Yo me desesperaba de impaciencia y al pensar en una y en mil tonterías a la vez.

VECINA- Debía dar usted cuenta a la autoridad competente de la falta de sus hijos; pues ya ve la hora que es y todavía no han acudido a casa.

JUANA- Son las diez de la noche y mis hijos no dan señales de existencia. Llamaré a la policía para que los busquen.

No aparecieron por ninguna parte aquellos niños yéndome ayudar a la señora Rosa con lágrimas en los ojos y al verme aparecer de esa manera se asustó aquella buena señora.

ROSA- ¿Qué la pasa a usted?.

JUANA- ¡AY!, señora Rosa. No debía impacientarla a usted, pero lo que me pasa es muy grande. Mis hijos no aparecen por ninguna parte; ayer no llegaron a casa y tuve que dar cuenta a la policía de sus ausencias.

ROSA- Lo siento, lo siento de verdad. Si quiere usted a media mañana hago como que la mando a la frutería y se acerca a su casa por si acaso están allí sus niños.

JUANA- Yo se lo agradecería.

¡Pero qué va!; en mi casa no se encontraban mis niños y me fui a la casa de mi vecina abriéndome ésta como asustada.

JUANA- He venido para ver si se encuentran aquí mis niños.

VECINA- Los he estado yo esperando, pero aquí no han aparecido los niños; en cambio sí ha venido la policía para tomar nota de algo.

JUANA- ¿Sabe usted de qué se trataba?.

VECINA- No me lo dijeron y no les quise dar las señas donde usted trabaja, por si acaso se molesta el señor. He alegado que no sé dónde debe estar usted.

JUANA- Ha hecho usted bien.

Y dirigiéndome a la comisaría me personifiqué en ella dando señas y pero de quien era yo, diciéndome uno de ellos que ese caso le llevaba el inspector Sánchez. Esperé a que acudiera dicho inspector y le di los datos pertinentes que me pidió diciéndome él, cuando yo le pregunté por mis niños, que no se sabía nada de ellos; pero que no era improbable que dentro de poco se supiese algo; así que me tranquilizó de lleno aquellas palabras que me dijo el señor inspector.

Cuando llegué a la casa del señor, apenas me dio tiempo a ponerme el uniforme; ya que entró en cocina el mayordomo, señor Curiel, para hacerlo de inmediato el ama de llave, la señora Marta, disponiéndose a sentarse a la mesa los dos y yo a servirles la comida.

Yo me hacía mayor y no crean ustedes que les cuento un relato asombroso; pues hacía ya varios años que buscaba a mis niños y mis niños que no aparecían. El mayor debía tener, según mis años, unos dieciocho

años y el menor unos diecisiete años. Yo ya había pasado de ser una jovencita a tener la edad de una mujer hecha y derecha ; es tanto así que un día me llegó la señora Rosa anunciándome que se jubilaba y quería trasmitirme su alegría.

ROSA- Señora Juana, la tengo que dar una noticia agradable; pues como veo que usted sabe llevar bastante bien la cocina, no es impedimento alguno para que se alegre de lo que me pase a mí.

JUANA- Usted dirá.

ROSA- Me jubilo.

Al decírmelo así, llana y sencillamente, me causó un sopor por todo el cuerpo que a penas me sostenía de pie, por lo tanto me tuve que sentar en una silla al comprender que yo me hacía mayor, ¡vamos!; que cumplía años con una suma velocidad de espanto.

JUANA- ¿Qué va a ser de mí?.

ROSA- Yo seguiré viniendo una temporada, a título personal, y la ayudaré en los menesteres de la cocina; pues con seguridad que será usted la que se quede cocinando.

Como aquello que decía la señora Rosa me gustaba más, ésta se dio cuenta y me tranquilizaba con su sola presencia.

Hubo un momento en que no se decía nada en aquel habitáculo, solamente se oía la comida cociendo y la plancha de la señora Celia, que

como es de comprender se encontraba seria por causa de la marcha de su madre de dicha casa.

ROSA- Señora Juana, usted es joven todavía. Debía usted salir a las fiestas, a las discotecas: Busque, busque usted pareja, que encontrará, ya verá.

JUANA- Me ve usted con buenos ojos. No obstante yo se lo agradezco, pero mi sitio está aquí, trabajando y recogiéndome en mi casa que estaré más bonita.

Al oír aquello la señora Celia, por los gestos indicados, pues tenia la puerta un poco abierta, se presentó en la cocina para indicarme que hiciese lo que su madre me estaba aconsejando.

CELIA- (A su manera, pues la habían enseñado a balbucear). Mi madre tiene razón con respecto a usted, ya que es una mujer joven todavía y merece mejor vida.

JUANA- Las agradezco a las dos sus consejos, pero se cuando una mujer debe guardarse y yo me tengo que recatar en mi casa y no vender imagen en ninguna parte.

ROSA- No es eso señora Juana, lo que nosotras la estamos infundiendo para su bien. Usted tiene que salir y buscar un hombre, que la llegará; ya verá como la llegará.

Tanto me lo aconsejaron que ese mismo Domingo salí por las calles de aquella maravillosa ciudad, con un poco de recelo no queriéndome meter

en ninguna discoteca. Yo veía que algunos hombres me miraban como con agrado, cosa que no me molestó; pero cuando me acordaba de mis hijos y de mi hija, todo cambiaba para mí.

Aquel Domingo no pasó nada, no podía pasar con solo pasear por las calles de aquella ciudad, pues así es difícil conocer a un hombre, o que un hombre se acerque a una para entablar una simple conversación de amistad por su parte.

Cuando llegué el Lunes por la mañana a mi trabajo, ya me estaban esperando la madre y la hija para hablarme de la posibilidad que hubiese tenido la tarde anterior en mi paseo por aquellas calles.

CELIA- La vi a usted ayer paseando por la calle principal de nuestra ciudad. Así, así se hace.

JUANA- Pero si no pasó nada.

ROSA- Pasará, ya creo que pasará: Usted siga así, que ya verá como se la acercará un hombre bueno a su lado.

La señora Rosa siguió viniendo al trabajo, pese a que no se la pagase; pues estaba ya jubilada. Se había merecido dicha jubilación con creces y ella estaba creyendo que tenía el santo deber de asistir como siempre a su trabajo, hasta que un día se presentó el mayordomo, el señor Curiel, aconsejándola lo que tenía que hacer.

CURIEL- No debe usted venir a trabajar más a esta santa casa, solamente venga de visita que aquí se la recibirá con los brazos abiertos y será bienvenida.

ROSA- No se hacer otra cosa mas que trabajar. Permítame que siga en mi cocina que vivo por ella y no se que hacer sin mis cacerolas, mis cazos, mis sartenes . . .

CURIEL- Recuérdelos y viva en su casa, que también tendrá cocina para desarrollar los menesteres pecuniarios para su familia.

ROSA- ¿Es que molesto?.

CURIEL- Ya la he dicho, que aquí no molesta usted para nada; pero si se cae o la pasa algo, le complica la vida al señor que siempre se ha portado tan bien con usted.

ROSA- ¡AH!, si es eso; no había caído en ello. Perdóneme que he entendido lo que me ha dicho y no volveré más como no sea de visita.

CURIEL- Eso está mejor.

No sabía yo cómo se había portado el señor si nunca le veíamos, pues nosotras salíamos a la calle por la puerta del servicio y él salía por la puerta principal y nunca, pero nunca se allegó a la cocina, contra más le íbamos a conocer. Si nos lo cruzábamos por la calle ni le conocíamos, ni él nos conocía a nosotros tampoco.

Me quedé sin la señora Rosa y yo me las tenía que apañar sola y tan sola me las apañaba que cuando me vino el mayordomo, el señor Curiel, con un encargo yo no sabía muy bien lo que me quería decir, o por lo menos donde encontrar yo lo que me pedía. No pregunté y enseguida le hice un refresco exquisito, como los que hacía la señora Rosa; pues yo creía que era eso lo que me estaba pidiendo el mayordomo para los señores.

Seguí con mi faena en la cocina cuando vi a parecer por la puerta de las de pendencias a una señorita muy encapotada, con tisú y pamela, con andares señoriales muy acompasados.

SEÑORITA- ¿Es usted la cocinera?.

JUANA- Para servirla, señorita.

SEÑORITA- Señora. Y déjese de monsergas . ¿Qué la ha pedido el mayordomo que me preparase usted hace un rato?.

JUANA- No le he entendido bien y la he preparado un refresco como los que hacía la señora Rosa.

SEÑORITA- La señora Rosa ya no está en la casa y si usted no comprende bien lo que se la pide mal hará su trabajo en la cocina: No está capacitada para llevar sola los menesteres de el avituallamiento.

JUANA- Me parece que se refiere usted, señora, a lo que hay en la cocina y con sumo respeto la diré que estoy bien impuesta en dichos menesteres.

SEÑORITA- ¡JA!.

Y volviéndome la espalda salió con más genio que el que había entrado en la cocina aquella señora.

A poco hizo acto de presencia el señor Curiel en la cocina para alertarme de el peligro que estaba teniendo con aquella señora tan joven, pero con tanto nervio.

CURIEL- La aconsejo que tenga usted cuidado con la señora que se ha dignado venir a verla hace un rato, es la cuñada del señor y aunque es buena señora su juventud la hace no recapacitar a tiempo. Si usted no sabe hacer alguna cosa en la cocina es mejor que consulte, ahí tiene el móvil de la señora Rosa, que con sumo agrado la informará de la mejor manera que exista para agradar a la señora.

JUANA- ¿Pero el señor no hará caso a dicha señora , si sabe como es en realidad esa mujer?.

CURIEL- No es ninguna mujer, es la señora. A los invitados del señor se les denomina: Señor o señora.

Había entendido la lección y no volvería a delimitarme en mis facultades como personal domestico.

Pasaron los días y el señor no me llamó al orden a través del mayordomo, ni fui apercibida por el ama de llave, la señora Marta. Yo me encontraba a las mil maravillas en aquella casa y no quería perder el puesto de trabajo para nada.

Un día, que libraba por la tarde, me fui a casa de la señora Rosa para saber de ella y poderla rogar en la posibilidad de que me echase una mano en la cocina.

ROSA- Me alegra que me visite usted, Pero más me alegra si me expone usted su problema.

JUANA- ¿Ya se lo han dicho?.

ROSA- A mí no me ha dicho nadie nada; pero se la ve en la cara que está usted muy apurada.

Me quedé fijamente mirándola a los ojos y parecía que aquella mujer comprendía enseguida si a su interlocutora la pasaba algo o la dejaba pasar, así que tomé fuerzas y pensé en trasmitirla mi problema.

JUANA- Tengo su teléfono del móvil en la cocina, me lo dejó usted.

ROSA- ¿Y por qué no me ha llamado?.

JUANA- No me ha hecho falta.

ROSA- ¿Por eso ha fallado usted?.

JUANA- ¿Cómo lo sabe usted?.

ROSA- Me lo acaba decir usted ahora mismo. Sí, si algún día necesita saber como se condimenta un suculento plato, o cómo se hace una buena bebida para los señores, hágamelo saber.

Hinché los pulmones de aire y respiré profundamente al verme amparada por aquella buena mujer, que estaba siendo el ángel de mi guarda.

JUAN- La señora, la cuñada del señor.

ROSA- Esa señora no es mala, pero tiene un pronto.

JUAN- Ya me lo ha dicho el señor Curiel, de la misma manera que usted me lo acaba de explicar; pero al verse sola en la casa sin ninguna otra mujer, le sonsacará a su cuñado y éste acabará haciendo lo que ella le diga.

ROSA- Su cuñado hará lo que su mujer le diga.

JUANA- ¡AH!; ¿Pero tiene mujer el señor?.

ROSA- Y bastante buena. Esa señora es un Cielo de buena que es.

JUANA- Como nunca la he visto, ni he sabido nada de ella; creía que el señor no tenía mujer.

ROSA- Ya ve que no se mete en nada, ni se extralimita en bajar a cocina para lo que ella desee, le manda al mayordomo a por lo que se la antoje y nada más. Que aparte es cosa rara que a dicha señora se la antoje algo, pocas veces me ha pedido que la hiciese un plato extraordinario, como no sea cuando el señor se encuentre malo y ella piense que con un plato extra le vaya a poner bien.

JUANA- La señora tiene mucho señorío. Es digna de respeto en cuanto no baja a cocina para nada, su dignidad no la deja.

Me quise despedir de la señora Rosa, pero ésta me indicó con la mano para que siguiese sentada en mi sillón; pues al parecer me quería decir algo trascendental para mí.

ROSA- ¿Y sus salidas?.

JUANA- No la entiendo.

ROSA- Sí, mujer: ¿Qué cuando se va atrever usted a salir los sábados para tomarse algo con algún chico?.

JUANA- Pronto.

Mi contestación fue enseguida, de modo que no se lo creyó la señora Rosa que yo fuese a salir de mi casa para buscar hombre alguno. Y esta vez sí que me dejó irme a mi casa, la señora Rosa, no convencida de que yo hiciese lo que ella me aconsejaba; pero sí estaba totalmente convencida de que la llamaría por teléfono si dudase alguna cosa en la cocina.

El tiempo pasaba y los años también, no habiendo remisión para que yo me viese sola y eso que todavía era joven, pero que muy joven, como me decía la señora Rosa cada vez que me veía.

Decidí salir un sábado en donde la juventud se divierte y se trasforma en otra persona y Dios quisiera que con el hombre que diera no se trasformase mucho, para que yo le conociese bien.

Pasaba el tiempo y a mi vera no se arrimaba ningún hombre hasta que por fin vi a un par de jóvenes que haciéndose los graciosos me miraban fijamente. El de más edad dijo algo al otro que se fuese a la barra de aquella discoteca para pedir una consumición mientras el otro chico se arrimó a mí, no sin antes tomar sus medidas oportunas por si fuese a ser rechazado por mi persona.

CHICO- ¡Ola!, cómo estás. Te veo muy bien.

Aquello que me dijo aquel chico, de que me veía muy bien, me gustó; pero enseguida recapacité y así se lo hice saber aquel joven con todas mis convicciones morales.

JUANA- Debe tener usted la edad de mi hijo mayor.

CHICO- ¿Qué edad tiene su hijo mayor?.

JUANA- Debe tener veintiún años.

CHICO- ¿Debe?.

De momento caí en mi indiscreción al anunciarle que mi hijo debía tener aquella edad, poco más o menos que la suya. Yo me di cuenta que aquel chico se estaba llenando de curiosidad hacia mi persona y en vez de caerle mal aquella espontaneidad con la que le recibí; como diciéndole que se marchara de mi lado, pues tenía la edad de un hijo mío, aquel chico seguía a mi lado como queriendo saber algo más de mí.

JUANA- ¿Su edad?.

CHICO- La misma que ha dicho usted.

¡Cielo Santo!; me parecía mentira que no se me aproximase un hombre hecho y derecho a mi lado y sí un crío para mí; aunque yo no tenía mucha edad como les he dicho ya, según la señora Rosa, pero me parecía que yo me merecía otra cosa que no fuese un hombre más joven que mi persona.

Yo no hacía mas que dar vueltas a un abanico que llevaba en las manos y le estaba impacientando al chico, pues me lo cogió y guardándolo en un lado me suplicó algo.

CHICO- Porque tenga la edad de su hijo no es causa de no guardarme consideración alguna.

JUANA- Usted perdone.

CHICO- Está perdonada.

Como yo no veía manera de que aquello fructificase me despedí de inmediato de aquel chico saliendo de aquella discoteca totalmente desilusionada por no haber encontrado a un hombre de mi edad, que me supiese llevar.

Cuando no había hecho mas que dar algunos pasos en la acera de aquella calle, observé que aquel chico me seguía muy de cerca. Me volví y con mucho tacto le pedí que me dejase marchar sola a mi casa.

JUANA- Quiero irme a mi casa. Por favor, no me siga.

CHICO- Eso es lo que quiero saber.

JUANA- ¿Perdón?.

CHICO- Donde vive usted, es lo que estoy deseoso saber.

Cuando llegué a mi portal me paré y con una mano puesta en el quicio de la puerta, para que no pasase aquel chico le intimidé para que no lo hiciese.

JUANA- Le digo a usted que no quiero chicos en mi vida.

Aquello que le dije le debió sentar mal aquel chico, pues puso una cara de congoja como nunca había visto yo ponerla a un hombre de esa manera y menos a un joven.

El chico se dio media vuelta, no sin antes haberme dicho algo que me cayó como un rayo.

CHICO- No desistiré y la buscaré.

Hice un gesto con los hombros de que me daba lo mismo que me buscase aquel chico como que no me buscase y me entré en mi casa para poder descansar a mi manera.

Al día siguiente me estaba esperando Celia con la puerta abierta de la lavandería para verme pasar y cuando lo hice se vino a mi vera para consultarme algo.

Cuando llegó a mi vera yo la vi con un manojo de nervios que no podía estarse quieta y como agobiada.

JUANA- ¿Qué te pasa?.

Empezó hacerme señas como de tener grandes cosas, o como de tener mucho de algo. Yo me fui a la lavandería y vi montones de ropa metidas en los cestos para que se lavaran. Comprendí enseguida de lo que se trataba, lo que me quería decir aquella señora con sus gestos de abundancia.

Haciéndola un gesto de tranquilidad cogí un cesto y poniendo en marcha una de las lavadoras que había en aquella sala me dispuse a meterla en su interior pero me paró, enseguida, la señora Celia amarrándome de un brazo para señalarme a la llave de la lavadora, ya que la tenía en marcha e iría a cometer alguna torpeza al abrir la puerta de aquella lavadora en marcha y

no, no la cometí; pues eché toda aquella ropa que tenía el cesto dentro de siguiente lavadora y la puse varias pastillas de detergente para que se blanquease bien aquella ropa, mientras la señora Celia estaba atareada con otra lavadora haciendo lo mismo.

Yo veía que mi lavadora la costaba mucho moverse y sospechaba si acaso no estuviese rota e hice ademán de abrir la puerta de aquella lavadora, pero al momento pensé que se iría a llenar de agua toda aquella sala y nos costaría recogerla de momento.

A trancas y barrancas iba yendo la lavadora, hasta que cuando le faltaba ya una parte de tiempo comencé a oler como a quemado: Era el motor que se estaba quemando.

La señora Celia corrió hacia la lavadora desenchufándola y poniéndose de rodillas con las manos en la cabeza en señal de implorar y a la vez me indicaba, con sus gestos, mucho de todo.

Comprendí, comprendí enseguida de qué se trataba; había metido más ropa de lo deseado en aquella lavadora, el peso de aquella ropa era causa de que no pudiese moverse mucho y el desequilibrio aumentó cuando la eché a la lavadora varias pastillas.

Aquella señora no hacía mas que dar señales de alaridos con sus fosas nasales y hacer gesto de desesperación. Yo me acerqué a ella y haciéndola señales con la mano para que se calmara la indicaba que había que abrir la puerta de la lavadora y sacar parte de su contenido, para ver el daño que

había sufrido y así lo hicimos. Y después de recoger toda el agua del suelo, cuando fui yo a enchufar de nuevo la lavadora me sostenía la mano la señora Celia para que no lo hiciese y yo haciéndola comprender que teníamos que ver el daño que había sufrido aquella lavadora conseguí enchufarla de nuevo y créanme ustedes que allí no había pasado nada de nada; pues aquella lavadora funcionaba con sumo rendimiento.

Al ver la señora Celia que no había pasado mucho a la lavadora se levantó abrazándome y con ganas de reír de miedo que la había dado.

Abrí la ventana para que se fuese el olor a quemado y al cabo de mucho tiempo me comprendió la señora Celia lo que la quería decir y lo que la quería decir era; que diese cuenta de que aquella lavadora la pasaba algo y tocando en un timbre enseguida se presentó el mayordomo, comprendiendo lo que pasaba allí con aquella lavadora; pero como yo no estaba en la cocina y se veía que aun no había empezado dichos menesteres cazó al vuelo, el señor Curiel, que allí pasaba algo más que no le decíamos nosotras; pero como era hombro bondadoso, se calmó y marchándose de allí a paso agigantado subió a las dependencias.

A poco tiempo se presentó con la señora Marta, el ama de llaves, para ver lo que había pasado a la lavadora. Y menos mal que yo ya estaba cocinando unas buenas sopas de entrada para aquel día a los señores.

CURIEL- Tiene ya su tiempo, dicha lavadora, y me parece que ha llegado su fin.

MARTA- ¿Lo ha decidido usted?.

CURIEL- Es lo que me parece a mí.

MARTA- Tal vez con un arreglo es suficiente; pues dicha lavadora ha lavado a la perfección hasta ahora.

Vi como hizo un gesto de desenfado el señor Curiel por lo que había dicho la señora Marta; ya que él sabía muy bien que allí había pasado otra cosa más fuerte como para no tener que arreglar aquella lavadora.

Aquello pasó y en muchos días no se volvió a dar ninguna consecuencia que se pudiese contar como una peripecia mal deseada.

Yo, por mi parte, no sabía lo que hacer; si salir a dar una vuelta un sábado que me cogió el cuerpo lo mejor posible o por el contrario quedarme en casa viendo la televisión, o leyendo algún libro. Pero sí, si salí aquel sábado por la tarde a dar una vuelta por la ciudad tan bonita como era la que teníamos. Me fui a tomarme un café a un bar afamado, en donde entran infinidad de chicos y chicas para hacer amistades y allí no logré contactar con nadie.

Cuando me cansé de estar en aquella cafetería de paso para la amistad me fui a una discoteca que había allí cerca y como siempre, que me estaba cansando de estar sentada, sola, y aburrida viendo a toda la juventud divertirse a más y mejor. ¿Qué hacer?, nada de nada y cuando me iba a levantar para salir a la calle que me diese un poco el aire noté como una mano robusta me aprisionaba del hombro para que me volviese a sentar

otra vez. Miré para atrás y vi al chico que otras veces me había seguido en las discotecas que yo había entrado: ¡Pues qué bien!. No me dejaba ni a ton ni a son y yo no me quería relacionar con chicos tan jóvenes.

CHICO- ¡ Hola!.

JUANA- ¡AH!; eres tú.

CHICO- Gracias por recibirme con tanta euforia.

JUANA- No puedo chico; eres mucho más joven que yo y eso ya pesa.

Si pedirme permiso se sentó en la mesa donde yo me encontraba, cerca de mí, y comenzó hablarme de infinidad de cosas; pero como yo no le estaba haciendo ningún caso, no sabía de qué estaba tratando aquel chico, que se estaba desgañotando contándome infinidad de historietas para hacerme la vida más agradable posible.

Me sublevó y mirándole de frente enseguida le repuse lo que estaba pensando de él.

JUANA- Mira chico: No te canses que no te estoy haciendo ni caso, y perdona si te estoy siendo grosera; pero creo que es mejor decirte las cosas claras.

CHICO- No; sino me estás siendo grosera. Me parece que eres la más simpática de todas las mujeres.

Aquello que me dijo aquel chico me desconcertó un poco; pues yo creía que se iba a dar por aludido y se iría lejos de mí; pero qué va: Todo lo contrario, pues a mi parecer le sentó hasta bien lo que le había dicho yo.

Hubo un momento de silencio, pero cuando comenzó a tocar una música más lenta me cogió de los brazos sacándome en andas y voladas sin pedirme permiso alguno.

A mí me pareció bien dejarme llevar por miedo a las fuerzas de aquel joven, pero mientras pasaba el tiempo con aquella música, dicho chico se estaba arrimando más y más a mi persona; de tal manera que le comencé a sentir dentro de mí haciendo un gesto, como de espantada, para desligarme de aquel joven tan grosero hacia mi persona.

Me fui a sentar, otra vez más, en mi sitio y aquel joven se sentó cerca de mí.

Yo no me daba mucha cuenta, al principio, de que aquel chico estaba sentado a mi vera; pues ante todo soy mujer y aquello me había gustado. Noté toda las fuerzas de su hombría dentro de mí y noté su potencia embriagadora para una mujer; pero me tuve que reponer en pocos minutos no fuese que me notasen en el estado anímico en el que estaba sumida.

JUANA-¡AH!; pero otra vez tú aquí.

CHICO- Desde luego. Y te he dejado de sumir el estado que te encontrabas.

JUANA- ¿En qué estado?.

CHICO- En el estado del Olimpo. De sentirte una diosa del Olimpo pululando por un mar de nubes aterciopeladas, flotando entre algodones.

Lo había detallado perfectamente en el estado que me encontraba aquel chico por culpa suya; pero yo no daba mi brazo a torcer y menos con un conocido que me halagaba para seducirme de cualquier manera.

Me levanté saliendo a la calle más ligera que una paja, para sin darme cuenta llegar al portal de mi casa sin percibir que el chico me seguía a corta distancia; pero cuando estuve en el umbral de mi portal se adelantó aquel chico no dejándome cerrar el portal, con idea de pasar él también.

Le dejé de hacer por si acaso y el acoso no llegó; ya que al parecer era un chico un tanto nervioso y no debía mostrarle mucha repulsación hacia su persona por mi parte.

Me quedé mirándole, cuando estuvimos dentro de mi casa, y aquel joven sin inmutarse se sentó en un sillón como a esperar. Lo malo era que yo no sabía lo que estaba esperando aquel joven, pero a poco rato se levantó y cogiendome de la cintura me intentó dar un beso de amigo; pues no hizo ademán de dármelo en la boca, me lo quería dar en la frente.

Cuando aquel joven se arrimó, aun más, a mí yo me vi perdida; pues noté toda su hombría sobre mi vientre y sin poderme mover me llevaba hacia la alcoba como si fuese un saco de paja.

Entre sollozo y jaleo terminamos aquello que habíamos empezado sin saber yo por qué y cuando me estaba poniendo bien observé que se le había caído una fotografía de algunas personas a mi lado. Recogí aquella fotografía y no pude por menos que exclamar.

JUANA- ¡Paco y Carlos!.

CHICO- Son mis tíos. ¡Oye!: ¿Cómo conoces tú a estos señores?.

Me le quedé mirando con cara de sorpresa y como si me hubiesen inflado el pecho repuse al momento.

JUANA- Son mis hermanos.

Aquel chico al oír eso se levantó como si tuviese un resorte debajo y pegando un salto gritó.

CHICO- ¡Tú!.

JUANA- ¡Hijo!.

No dije más y yéndome al baño me lavé bien con agua caliente para que me saliese todo de mi cuerpo y cuando volví estaba vestido aquel joven.

JUANA- ¿Eres el mayor: Felipe?.

FELIPE- si.

JUANA- ¿Y tu otro hermano: Florencio?.

FELIPE- Era el chico que estaba en la discoteca que nos conocimos por vez primera. ¿Pero veo, que no preguntas por Pablo?.

JUANA- Pablo siguió vuestro camino. Cuando tenía ya su edad voló también no se adonde.

FELIPE- ¿Será al único que conoces?.

JUANA- A Pablo le he tenido hasta hace, relativamente, pocos años y por supuesto le conocería nada más verle; pero en cambio a vosotros dos

hace bastantes años que salisteis de mi vida sin decirme adiós, siendo unos niños: Así que perdóname hijo que no te haya reconocido.

FELIPE- Ni yo a ti.

Era totalmente comprensible que no nos conociésemos de nada ninguno de los dos; pues hacía ya la friolera de veinticuatro años que no nos habíamos visto y cuando desaparecieron de mi vida tendría Felipe unos siete años, llevándose consigo a su hermano Florencio.

Todo quedó ahí, en que nos habíamos reconocido como madre e hijo, yéndose mi hijo Felipe a su casa y yo por la mañana seguí yendo a mi trabajo cotidiano de cocinera.

Al llegar a mi trabajo me observó la señora Celia que a mí me había pasado algo o me estaba pasando y yo con gran esfuerzos la hice comprender a dicha señora de que había encontrado a mis hijos, cosa que aquella señora se alegró mucho. Pero yo no estaba muy satisfecha al no haber dado a mi hijo mi número de teléfono o haber tomado el suyo, pero con todo y eso estaba segura de que le volvería a ver.

Cuando volví a casa, por la tarde noche, me estaba esperando mi hijo Felipe acompañado por dos jóvenes más, cosa que a uno sí le reconocí pues era mi hijo Pablo, pero al otro chico no sabía yo de quien se trataba.

Cuando estaba a la altura de mi portal me fijé mejor en las personas que acompañaban a mi hijo Felipe y pude darme cuenta de que mis dos hermanos, Paco y Carlos, se encontraban allí, junto con mi otro hijo

Florencio. Me pude caer de un soponcio al suelo y gracias que estos dos, mis hermanos corrieron para sujetarme y no me cayera, que si no caigo redonda al suelo.

Entre abrazos y lágrimas de desconsuelo por no habernos visto desde hace ya bastante tiempo, mis hermanos me saludaron con todo el amor del Mundo y yo los hacía caricia en la cara en señal de que no estaba durmiendo, de que aquello era pura realidad para mí.

Y sin entrar en casa me quisieron llevar a la casa de un hermano para que conociera a sus mujeres.

PACO- No perdamos tiempo y vayamos a casa de Carlos; pues están nuestras dos mujeres con ganas de conocerte.

JUANA- Yo . . . ¿No sé? . . .

CARLOS- Es lo primero que nos han dicho.

JUANA- ¿A qué casa de las dos vamos a ir?.

CARLOS- A la mía. Está en una zona residencial.

JUANA- ¿Parece que terminaste la carrera?.

CARLOS- Y con nota.

PACO- Y ahora es un gran profesional.

CARLOS- A Paco también le ha venido bien la vida. Está montado en el dólar.

Aquello que me dijo mi hermano Carlos me alegró mucho y como no había hablado con mis pequeños los llamé la atención, una vez que estábamos en el coche camino la casa de Carlos.

JUANA- Florencio, hijo : ¿Cómo te va en tu vida, qué ha sido de ti?.

FLORENCIO- No me puedo quejar, estoy empleado con tío Paco.

JUANA- ¿Y tú, pequeño, cómo te ha ido Pablo?.

PABLO- igual digo que Florencio. Pero yo estoy cuidando de mis hermanos.

Aquello que me dijo mi hijo Florencio no me gustó mucho, pero me lo callé y me lo guardé para mis adentros; ya que mi hermano Paco era uno de los comerciantes más avispados en su juventud y como yo no sabía a lo que se dedicaba no las tenía todas consigo, por lo tanto, y pese a que no hice ninguna pregunta, guardaba para mis adentro, como les he dicho, un cierto grado de desconfianzas.

Cuando íbamos llegando a la casa de mi hermano Carlos vi que estábamos cerca de la casa de mi señor; pero qué digo yo, si era la misma casa donde yo trabajaba.

JUANA- Carlos: ¿Esta es tu casa?.

CARLOS- Y desde ahora será la tuya.

JUANA- Estaba siendo.

CARLOS- ¿Cómo dices?.

JUANA- Trabajo de cocinera en ella desde hace varios años.

Mi hermano, pese a que iba conduciendo, me miró a través del espejo retrovisor con cara de extrañeza pero a la vez de alivio.

CARLOS- El mayordomo . . .

JUANA- El señor Curiel.

CARLOS- Y el ama de llaves.

JUANA- La señora Marta.

CARLOS- ¡Juana!.

Y dando una gran voz al pronunciar mi nombre mi hermano Carlos afirmaba de que sí estaba trabajando en su casa y él sin saberlo.

Cuando llegué a casa de mi hermano Carlos me estaban esperando mis cuñadas. La mujer de Carlos era un Cielo, mi hermano la dijo unas palabras al oído; pues no sabía lo que hacer para agasajarme en todo y hasta pidió disculpas.

JUANA-¿Cómo se llama usted?.

FELISA- Me llamo Felisa y de usted,¡nada!; pero nada de nada. Es más, que te tengo que pedir perdón por haberte tenido como personal doméstico en la cocina y sin saber de ti.

JUANA- No se tiene, usted, que inculpar. Son cosas que pasan y nada más.

FELISA- ¡Y dale con lo de usted!. Te digo, que me llames de tú como yo te estoy llamando a ti. En cuanto a mi situación privilegiada que he tenido con respecto a tu persona no me da prioridad para no haber sabido bajar

algún día a la cocina y habernos conocido antes: Tengo mi ama de llave, la señora Marta, que me infunde mucho respeto y confío totalmente en ella.

Mi hermano Carlos había hecho llamar al mayordomo y al ama de llave, presentándose los dos de inmediato en el salón de la casa.

MARTA- He sabido de su llamada y he venido cuanto antes.

Mientras decía aquellas palabras la señora Marta no me dejaba mirar, como si intuyera algo que no fuese buena cosa para mí. Y cuando entró el señor Curiel dando sus explicaciones me miraba con cara de extrañeza por verme allí, en aquel salón.

CURIEL- El señor me ha llamado y estoy enteramente a su disposición.

Mi hermano dio un par de pasos hacia mi persona y mirándome fijamente me señalaba a mí.

CARLOS- Tienen ustedes que buscar, desde hoy, a otra cocinera; pues la señora Juana deja de inmediato tales menesteres.

El señor Curiel, todo extrañado, contestó a lo que estaba diciendo el señor Carlos con un atisbo de curiosidad por su parte.

CURIEL- Señor; le ruego me perdone el señor. Pero la señora Juana ha acometido sus tareas con toda la dignidad del Mundo y ha sido una gran trabajadora. Si ha cometido algún fallo, y permítame usted que se lo diga, no ha sido por su voluntad.

CARLOS- Le honra a usted salir en defensa de una buena mujer, como ha sido hasta ahora mi hermana Juana; porque les estoy presentando a la

señora Juana como mi hermana y desde hoy vivirá aquí, si ella quiere; o por lo menos la verán ustedes dos con más frecuencia en esta casa.

La señora Marta y el señor Curiel se quedaron como petrificados y sin saber lo que responder al asunto que se estaba dando en aquel preciso momento.

Lo que sí vi era que mi cuñada Isabel presentaba signo de indiferencia hacia mi persona y eso que yo hacía por arrimarme a ella para ver si ella me hablaba algo, pero como no lo hacía decidí dirigirla la palabra y entablar una mínima conversación.

JUANA- Hace hoy calor.

Hizo como si no lo hubiese oído yéndose para otro sitio; pero como yo estaba decidida a entablar una conversación con mi cuñada Isabel me fui al mismo sitio que ella.

JUANA- No obstante parece que es un buen día.

ISABEL- Sí.

¡Y ya está!; con un sí simple me había servido mi cuñada Isabel, aquella joven de tanto copete, según ella; que no se dignaba dirigir la palabra a la que había sido personal domestico hasta el día de la fecha.

Yo no me arredré y seguí en mis treces, dándola toda clase de conversación para ver si rompía el hielo conmigo.

JUANA- ¿De dónde eres?.

ISABEL- Soy de aquí.

Si no fuese yo y fuese otra persona la había cogido rabia por el mucho desprecio que me hacía en las conversaciones aquella joven. Pero yo seguía y seguía sonsacándola unas palabras que a penas salían de su boca.

JUANA- Hace mucho que conoces a mi hermano.

ISABEL- Dos años.

Como vi que no quería mucho trato conmigo, decidí irme con mi hermano Carlos que se encontraba hablando con mi hijo Felipe; pero no lo hubiese hecho, ya que estaban tratando de cosas del trabajo ellos dos.

JUANA- ¿De qué habláis?.

CARLOS- Del trabajo; de lo mucho que hay que trabajar para ganar algo en la vida.

JUANA- Pues a ti no te va nada mal.

FELIPE- Tío Carlos no quiere decir eso.

CARLOS- Me refiero, mas bien, a que si ya eres conocido llueve hacia ti todo el trabajo del Mundo.

Aquello ya estaba mejor; pues se veía que aquella casa no la faltaba de nada, que estaba boyante y pletórico de dinero mi hermano Carlos. Y después de tomar un refrigerio mi hermano Carlos se dirigió a mí con la sana idea de que tenía que ver a alguien muy queridos por mí.

CARLOS- Dentro de unos momentos vamos a ir para que te vean los papás.

JUANA- ¿Cómo están?.

CARLOS- Muy mayores y doloridos por tu ausencia. Todos los días te recordaban.

Pero mi cuñada Felisa, adelantándose unos paso, medió al oír que íbamos a casa de mis papás.

FELISA- Los papás están muy mayores y a mi simple parecer se habrán acostado ya o estarán a punto de hacerlo. Que Juana se quede en nuestra casa y por la mañana iremos para que vea Juana a sus papás.

No era mala idea, aquello que decía mi cuñada Felisa; de modo que Carlos lo subrayó también, quedándonos todos en casa de mi hermano Carlos a descansar del mucho trabajo cotidiano.

Mi hermano me miró y asentó con la cabeza algo que todos estábamos viendo.

CARLOS- Estará Juana cansada de las tareas encomendadas en el día de hoy; así que iremos a casa de los papás mañana.

Y todo quedó en eso, pues nos dispusimos a tomar algo sólido; aunque era hora avanzada de la noche. Mi hermano Carlos llamó al mayordomo, señor Curiel, ordenándole que trajese algún que otro piscolabis y yo al oír aquello me escabullí un rato para ir ayudar al señor Curiel en la cocina.

Al verme el señor Curiel en la cocina frunció el ceño, en señal de agradecimiento pero a la vez de reproche hacia mi persona.

CURIEL- ¿Qué hace usted aquí, señora Juana?.

JUANA- Le vengo ayudar.

CURIEL- Estoy ducho en dichos menesteres. Creí que reconocería usted, que cuando los señores desean alguna cosa de la cocina durante la noche fuese yo el que se la preparase.

JUANA- Con todo y eso, es la fuerza del signo la que me ha traído aquí.

CURIEL- Espero, señora Juana, que no vuelva a pasar. Estoy seguro de su predisposición; pero lo que no sé, es como le irá a sentar a su hermano, el señor Carlos.

No hubo más palabras entre el señor Curiel y yo, yéndome enseguida a las dependencias; pero como mi cuñada Felisa las cazaba al vuelo, enseguida me abordó con la conversación.

FELISA- No vuelvas hacer lo que has hecho.

JUANA- ¿El qué?.

FELISA- No juegues conmigo al despiste. Has ido a la cocina para ayudar al señor Curiel en sus menesteres.

JUANA- Es la fuerza del signo.

FELISA- Ahora tu signo está entre nosotros.

Descansé, aquella noche, como los mismos Ángeles y por la mañana, no muy temprano nos levantamos y nos dispusimos, nada más que terminamos de almorzar para ir a casa de los papás. Yo me di cuenta de que mi hermano Carlos llegaba de su lugar de trabajo seguido de mi hijo Felipe.

Cuando llegamos a mi casa, a la casa de mis papás, éstos me estaban esperando con sumo cariño para mi y yo me alegré volverlos a ver de nuevo; pero ya más viejecitos y machacones a la vez.

ANDREA- Hija, me alegra volverte a ver. No sabes cuanto he pasado al no saber nada de ti; todos los días pensaba en t í, si te hubiese pasado algo malo o estuvieses en apuros.

SEVERINO- Hija, te quiero, te quiero mucho y no he dejado pensar en ti todos los días de mi vida desde el primer momento que te fuiste de casa. Te doy la bienvenida a la casa y te deseo lo mejor del Mundo.

Mientras decían aquello mis papás se les caían sendas lágrimas de los ojos que parecía un sambenito aquello y un acto patético a la vez; pues ver llorar así a dos viejecitos no es cosa de tomarlo en broma.

JUANA- Yo me alegro, me alegro de verdad, en volverles ha ver a ustedes papá. Les quiero, les quiero mucho y yo también he pensado en ustedes; en como estarían, si les habían pasado algo malo o si necesitaban ayuda por mi parte.

ANDREA- Pues hija, ya ves que sí.

JUANA- ¿Cómo dices, mamá?.

ANDREA- Que ya ves que sí necesitamos tu ayuda.

Y en ese preciso momento nos abrazamos los tres efusivamente; demostrando el tiempo y los años que habíamos estado separado, pese

haber estado en la misma ciudad, pero como dicha ciudad es enorme no nos habíamos vuelto a ver.

Sin pensarlo, todos nos sentamos en el salón; unos en sillones y otros en el tresillo que hay en el mismo salón. Eso dio hincapié para que mi hermano Carlos soltase algunas palabras al respecto de que estábamos toda la familia unida.

CARLOS- Tú, Juana, no debes volver a vivir sola. Elige el lugar dónde quieres vivir: Con los papás, en mi casa o con Paco en la suya; porque creo, y creo bien te acepte Paco en su casa.

PACO- Hasta ahora no he hablado una sola palabra . Soy hombre que no trasmite sus sentimientos hacia el exterior, pero la procesión la llevo por dentro y creerme todos que estoy emocionado, ¡qué digo yo!, emocionadísimo por volver a ver a nuestra hermana Juana. Juana, ¡bienvenida!.

JUANA- Gracias, hermano Paco; te lo agradezco en el Alma.

Pero como yo no daba mi opinión de dónde quería vivir, mi hermano Carlos volvió a preguntarme de nuevo por el gusto de mi paradero.

CARLOS- No oímos dónde quieres vivir. Estamos todos deseosos en escucharlo.

JUANA-Ya habéis oído a los papás: Me necesitan y quisiera hacerles la vida lo más agradable que pueda mientras esté con ellos.

CARLOS- No hablemos más.

Dicho y hecho; lo que a mí, no sabía nadie, me estaba entrando la morriña de mi casa. Una casa que habíamos comprado con muchos apuros mi compañero Pepe y yo. Pero, que por otra parte, mis papás se estaban viendo desamparados y con poco movimientos en sus cuerpos: ¡Vaya!, que me necesitaban en realidad.

Conseguí trasladar algunas prendas mías a mi casa, a la casa de mis papás en pocos días y algunos utensilios que creía yo valiesen la pena.

Y estando yo tan confiada en dichos menesteres, un día llegaron mis hermanos para hablar con mis papás y de paso conmigo misma de algo trascendental para mí.

SEVERINO- ¿Vosotros diréis, hijo?.

PACO- Quien tiene que decir eres tú, papá, que eres quien nos ha llamado a nosotros dos.

Me di cuenta que aquello iba en serio, una vez que los había convocado mi papá a mis hermanos para tratar de algo trascendental, no sabía yo de qué se trataría, pero en poco tiempo lo sabría.

SEVERINO- Sí, hijo; es verdad. Os he mandado llamar para tratar de vuestra hermano Juana y eso que está ella aquí delante, pero así es mi voluntad: Que se entere bien de los esfuerzos que intentamos hacer por ella.

CARLOS- Tú dirás, papá.

Hubo un lapsos de silencio precedido de alguna que otra tos medio seca , a causa de mucho esfuerzos que estábamos haciendo todos por la exaltación de los hechos del día anterior.

SEVERINO- ¿Sabéis qué matrícula sacó vuestra hermana el último año que estuvo estudiando?.

PACO- Fui yo con ella para que formalizase su matrícula.

CARLOS. Era una niña precoz.

SEVERINO- ¡Justamente!.

ANDREA- Y una niña muy buena.

A mí se me estaban saltando las lágrimas al oír hablar así a mi familia, mis papás y a mis hermanos.

SEVERINO- También era una niña muy buena.¿Pero me puede decir alguien qué matrícula formalizó aquel año?.

Al decir aquello mi papá miró para mi hermano Paco; ya que él había dicho que me había acompañado al paraninfo de la Facultad para que formalizase mi matrícula y por lo menos no pudo hacer otra cosa mi hermano Paco que decir la matrícula que formalicé.

PACO- Primero en la Facultad.

SEVERINO- ¿Qué edad tenía?.

CARLOS- Como he dicho, ha sido una chica precoz en sus estudios : Iba a cumplir dieciséis años.

SEVERINO. Efectivamente. Por lo tanto deseo que siga estudiando, pese a la edad que pueda tener hoy; yo la pagaré los estudios y por consiguiente deseo que viva aquí, con su madre y conmigo. ¡Vamos!, si ella quiere.

Todas las miradas se dirigieron hacia mi persona y yo no sabía lo que contestar de inmediato, pero de pronto se me iluminó el cerebro y vi una puerta abierta a mi respuesta para mi papá.

JUANA- Ya les he dicho a ustedes dos, papás, que viviré con ustedes, porque veo que les hago falta; pero de ahí a otra cosa, no estoy ya capacitada para sufrir los avatares de unos estudios que ya no tengo, ni siquiera, la costumbre deseada para desarrollar bien mis estudios.

SEVERINO- Te pongo profesor particular. Viene el verano y en unos meses te pondré un profesor al día en tus estudios; pues ya ves que fuiste una alumna aventajada.

JUANA- ¡Fui!: No sé ahora como seré.

A mí me daba miedo de que mis papás se gastasen el dinero en mis estudios y luego no fuese a valer yo para ellos.

Así quedó todo y yo me dediqué a reanudar mis estudios, aunque tuviese ya una edad que no era la propia de escolaridad. Y sorpresa de sorpresa; pues tenía aprobadas dos asignaturas del primer curso y yo sin acordarme de ello. Y caso excepcional que me sirvieron dichas asignaturas.

Cuando se lo dije a mis papás, enseguida se lo comunicaron a mi hermano Carlos que acudió a casa raudamente.

CARLOS- Eso es lo mejor que podía haber oído yo.

Y dirigiéndose a mí me instó en términos morales de ensalzamiento a mi persona y tal vez se dejó llevar por su fantasía; aunque mi hermano nunca fue fantasioso.

CARLOS- Matricúlate en segundo de carrera, también.

JUANA- ¿No te parece que eso es ya demasiado?.

SEVERINO- Lo que dice tu hermano tiene pies y cabeza.

CARLOS- ¡Pues claro!; luego aprietas en las asignaturas que te sean favorables, que te las lleves de calle y ya tienes trillado, para el otro año, las demás asignaturas.

Pues miren ustedes por donde no me parecía mala aquella idea que tuvo mi hermano Carlos y la estaba fraguando yo en mi cabeza.

Yo sabía la carrera que tenía mi hermano Carlos; pero no sabía en qué trabajaba mi otro hermano, Paco.

JUANA- Carlos: ¿En qué trabaja nuestro hermano Paco?.

CARLOS- Es especulador.

JUANA- ¡UY!.

CARLOS- No; no es malo eso de dedicarse a la especulación.

JUANA- ¡Y eso qué es?.

CARLOS- Compra casas, pisos, cocheras, almacenes y un sinfín de inmuebles para luego venderlos más caros.

JUANA- ¿Y le da beneficios?.

CARLOS- Pingüe beneficios. Ya sabes tú que nuestro hermano se le ha dado, de siempre, muy bien el comprar y vender cosas; ¡vamos!, que no creo yo que eso sea por casualidad o por que haya tenido suerte: Es porque sabe hacerlo, sabe sus intríngulis y vericuetos.

Mi hermano bien sabía que eso se lo estaba preguntando por mi hermano y más bien por mi hijo Florencio; pues trabajaba con Paco y yo me encontraba nerviosa perdida sin saber en qué menesteres estaban metidos los dos queridos míos.

Entre ir a la Facultad y asistir a mis papás en casa me pasé aquel año de reanudación en mis estudios. Y ahí no queda todo, que conocí a un señor, también en edad no muy avanzada haciéndome amiga suya.

JUANA- Martín, estamos terminando el curso y pronto vendrá el verano. ¡Piensas hacer algo éste verano?.

MARTÍN- Tienen mis padres una casa en un pueblecito cerca del mar.

JUANA- ¿Por qué costa?.

MARTÍN- Por la costa del Mediterráneo.

JUANA- Ubícame, todavía más, en su situación.

MARTÍN- Costa Blanca.

No me pareció mal donde tenía la casa sus padres; pues aquella costa la conocía yo de haber ido con mi compañero sentimental, Pepe, varias veces y me parecía bonita y agraciada. Pero me pareció, mas bien, no volverle a mentar dicha costa, ni tan siquiera sacarle cómo se llamaba el pueblo; ya que yo no iría con él a ninguna parte, pues estaban mis papás antes que marcharme con mi amigo Martín a la costa mediterránea. Pero como éste observó que me callaba, quiso seguir la conversación para ver si yo me comprometía con él y con su marcha a dicha costa.

MARTÍN- El pueblo se encuentra muy cerca de la costa, a unos diez minutos en coche.

JUANA- No te canses, Martín; que no puedo dejar solos a mis papás por más que quiera. Estaría pensando en ellos todo el tiempo.

MARTÍN- Como quieras.

Y así quedó todo lo hablado con Martín, que no me iría con él a la costa Blanca por más bonita que esta sea; pero sí me fui a coger las notas a la Facultad y ya con destino a mi casa iba toda ufana por los resultados obtenidos en dicho curso.

Aquellas notas dieron hincapié para reunirse mi familia entera y poder discerní sobre mi expediente académico.

Todos en el salón de mi casa, mis papás, mis hermanos y mis hijos; faltaban mis cuñadas, pero a poco tiempo llegó la mujer de mi hermano Carlos, Felisa que llegaba besando a todos y haciendo carantoñas a mis

papás y disponiéndose a servirles unos refrescos en la cocina; ya que ella sabía muy bien donde se encontraba todos los utensilios de la cocina.

JUANA-¡Qué predispuesta está siempre Felisa!.

ANDREA- Ha estado siempre tan predispuesta.

Aquello que dijo mi mamá de mi cuñada Felisa, por poco me hizo llorar; pues la alegría me invadió todo mi ser al ver tan bien allegada a mi familia: Lo malo era, que faltaba alguien y ese alguien no acudía a casa de mis papás: Por lo tanto me arrimé mejor a mi mamá para que nadie me oyera preguntando por ese alguien.

JUANA- ¿A la que no veo yo aquí es a mi cuñada Isabel?.

ANDREA- Viene poco; aunque es buena mujer y quiere mucho a tu hermano Paco.

JUANA- ¡Menos mal!. . . ¡UF!.

Al dar yo aquel signo despectivo lo hice en voz alta, me traicionaron los nervios, poniendo toda mi familia oídos a lo que yo estaba diciendo a mi mamá; pero como ésta era muy lista enseguida abortó la conversación con una risa.

ANDREA- ¡Ja, ja, ja!. ¡Qué bueno!.

PACO- ¿Cuenta?.

Éste tenía la mosca detrás de la oreja y no se creyó para nada aquella expresión de risa que mamá había lanzado al aire para que la escucharan

alegre como unas castañuelas y dicho instrumento de percusión se transformaron en un fungir de cejas, como signo de no saber lo que decir.

ANDREA- Dice Juana que se encuentra a las mil maravillas entre nosotros.

PACO- Me alegra saberlo.

Pero aquello lo dijo sin ninguna fe de convicción, como para que nosotros nos diésemos cuenta de que se lo estaba creyendo.

Todavía no se había tratado el problema fundamental por aquello que estábamos todos reunidos en la casa de mis papás, hasta que éste abordó la conversación dando unas palmaditas en señal de que le hiciesen caso a él todos los presentes.

SEVERINO- ¡Atención todo el Mundo!; pues pasa el tiempo y no tratamos el asunto que nos ha traído aquí.

CARLOS- Te estábamos esperando, papá, para que lo hicieses tú.

SEVERINO- Muy bien. Como todos sabéis, nuestra hija Julia ha obtenido unas buenas notas en las asignaturas que se matriculó de primero y segundo de su carrera. ¡Ahora bien!; como parece que ha cogido el ritmo de los estudios me atrevo aconsejarla que se matricule en las asignaturas que la faltan de segundo, como así formalizar la matrícula en todas las asignaturas de tercer curso de carrera: ¿Qué me decís, hijos?.

CARLOS- Lo estaba yo pensando también.

Mi hermano Paco se levantó y al parecer nos dio sensación de que éste quería decir algunas palabras al respecto y así era.

PACO- Siempre hablas tú, Carlos; como si yo no tuviese nada que decir y claro que sí tengo algo que decir.

CARLOS- Perdona, chico. Di lo que hayas pensado, pues me alegra que tengas algo que decir; si es lo que se quiere, opiniones de unos y de otros.

Aquello que había dicho mi hermano Carlos me pareció lo más sensato; pues los ánimos se estaban caldeando al tratar de mis estudios.

PACO- Eso está mejor. Pues yo creo, que Juana debía terminar las asignaturas que la faltan de segundo de carrera y no abarcar mucho . . .

Mi papá comenzó alzar la mano extendiendo el dedo índice en señal de querer pedir la palabra, pero mi hermano Paco no le dejaba; pues siguió con su plática disuasoria.

PACO- . . . Pues es mejor remachar bien los conceptos, que quedarse a medias con ellos.

Al terminar decir aquello mi hermano Paco miró a papá; pues llevaba con la mano en alto un buen rato, con gesto de querer tomar la palabra.

PACO- ¿Quieres decir algo, papá?.

SEVERINO- Sí, hijo; yo también quiero decir algo.

Y mostrándonos un certificado extendido por el centro de estudios de bachillerato nos lo hizo leer. Era un certificado de intelectualidad, hecho por un organismo oficial.

SEVERINO- Quiero que leáis este certificado extendido, oficialmente, de intelectualidad cuando Juana se encontraba haciendo el bachillerato.

PACO- ¿Y qué?.

SEVERINO- Juana está en disposición de abarcar eso y mucho más . . . ¡Ahí lo dice!.

Pues claro que lo decía, de aquello no me había olvidado yo ni me olvidaría por cien años que viviese. Pero con todo y eso mi hermano Paco era escéptico en materia de estudios y no daba su brazo a torcer moviendo su cabeza, con un vaivén, de aquí para allá en señal de no estar conforme con lo que decía mi papá , pero como Paco era respetuoso con los papás no decía ni una sola palabra; solamente se limitaba a mover la cabeza, como ya les he dicho a ustedes. Pero por fin triunfó la razón de la ciencia y aquel papel abrió los caminos para que mi mamá y mi hermano Carlos apoyara a Papá en su decisión y así quedó sentado de que yo debía matricularme en las que me había quedado de segundo y de todas las asignaturas de tercero. Y como al parecer todos estaban cansados de aquella sesión de estudios, decidieron marcharse, unos hacia una parte y los otros hacia la otra parte; mejor dicho: Mi hijo Felipe se había quedado conmigo.

A mí me extrañó mucho aquello, pero me acoplé en un sillón esperando que mi hijo Felipe hablase alguna palabra que me diese rumbo para saber lo que él estaba pensando de todo aquel mare mágnum y como no lo hacía lo tuve que hacer yo.

JUANA- ¿Estás contento con tu tío Carlos?.

FELIPE- Mucho.

JUANA- ¿Pero tú quieres hablar de otra cosa?.

FELIPE- Que estoy orgulloso de haberte encontrado.

JUANA- Pues lo único que tienes que hacer es callar y quererme como madre.

FELIPE- Desde el día que supe que tú eras mi madre, te estoy teniendo el afecto como tal y por supuesto te quiero como mi madre que eres.

JUANA- Eso está bien.

Y cogiendole la cabeza le di un beso en la frente un beso de madre, que se me iba en ello el Alma. Cada uno nos marchamos a nuestro lugar que debíamos ocupar en aquel momento en aquella casa; a mí me tocaba asear a mi papá y así lo hice.

Al tercer día de no saber nada mi cuñada Felisa me llamó por teléfono para ver si me pasaba algo y con deseos de poderme ver.

JUANA- ¿Qué deseas?.

FELISA- ¡Pues chica!, saber de ti. Deseo saber como te encuentras.

JUANA- Pues mira; aquí me encuentro muy atareada ayudando a los papás, pues están un poco pachuchos y con muchos dolores de huesos.

FELISA- Eso es normal en la edad que tienen los papás; pero si quieres que yo te eche una mano, me lo dices.

JUANA- Te lo agradezco, pero me valgo sola.

Hicimos un mutismo en el teléfono; pues ninguna sabíamos qué decirnos y la verdad era que Felisa sí tenía ganas de trasmitirme algo, y desde luego si que lo hizo.

FELISA-¿Por qué no te vienes esta tarde para tomar el té conmigo en casa; pues estoy sola y así me haces compañía?.

JUANA- Veo lo deseosa que te encuentras por que estemos juntas las dos; quieres saber más de mí y a mí me pasa lo mismo. ¡Pues mira!; sí que iré.

Cuando llegué a casa de mi hermano Carlos y de mi cuñada Felisa, pues los dos estaban a la misma altura para mí; ya que Felisa se portaba a las mil maravillas, me abrió el mayordomo, el señor Curiel, y al verme dio un respingo para atrás en señal de alegría por estarme presenciando en el umbral de la puerta.

CURIEL- ¡Pase!, Pase usted señora Juana. ¡Qué alegría volverla a ver!; y perdóneme usted la insumisión que he demostrado hacia su persona al recibirla, pero es mucho el recuerdo y mucha vida sufrida dentro de los menesteres de esta santa casa con usted, que no he podido, por menos, que exteriorizar todo el afecto que llevo dentro de mí hacia usted.

JUANA- Por eso mismo, señor Curiel, me tenía usted que llamar de tú y no con tanto boato como lo está haciendo.

CURIEL- Es mi deber y mi signo dar correctamente el trato debido a todos los señores de la casa y usted es de la casa, no lo olvide.

JUANA- Pues entonces espere un momento.

Como salí corriendo hacia las dependencias de la cocina, el señor Curiel me quiso intimidar para que desistiese de aquella decisión que yo había tomado.

CURIEL-¡Oiga!: Espere, ¿dónde va?.

Yo no le contesté, mal hecho por mi parte; pues era una falta de respeto hacia su persona, pero seguí mi camino y en poco tiempo me presenté en la cocina y como estaba abierta la puerta de la lavandería me vio la señora Celia saliendo a mi encuentro a toda prisa.

JUANA- ¡Qué alegría, volverla a ver!.

La señora Celia asentía con la cabeza y de vez en cuando pegaba saltos de alegría, hasta que hubo un momento que recapacitó y volviéndose a la señora que estaba cocinando me la quería presentar; pero yo no sabía lo que la señora Celia me quería decir: Por eso me dirigí aquella señora en son de amistad.

JUANA- ¿Cómo se llama usted?.

PETRA- Me llamo Petra.

JUANA- Y yo me llamo Juana.

PETRA- Sí, ya he oído hablar de usted y por supuesto bastante bien.

JUANA- Me honra que me diga usted eso, Petra.

Cuando terminaron los saludos de alegría y de exaltación a la vez vi que el señora Curiel permanecía en el primer peldaño de la escalera que da a las dependencias de los señores, de mi hermano Carlos y de mi cuñada Felisa.

CURIEL- Si ha terminado usted, señora Juana, de saludar a éstas dos señoras la rogaría me dejase informar a la señora Felisa de que está usted aquí.

JUANA- Cuando quiera usted, señor Curiel.

Pasé una tarde encantadora con mi cuñada Felisa y al terminar de contarnos las dos todo lo que teníamos que contarnos me dispuse para marcharme a mi casa, no sin antes haber pasado por la cocina para despedirme de la señora Celia y ver qué tal la había ido ese día a la señora Petra en la cocina.

La señora Petra se hallaba lavando las cacerolas y sartenes, pero cosa curiosa; se encontraba allí un chico que al parecer le quería conocer yo y claro que le saqué el parecido.

JUANA- Tú eres hijo de la señora Celia. ¿Verdad?.

CHICO- Para servirla, señora.

Me había parecido, aquel chico, muy recto y respetuoso; estaba muy bien informado en el trato hacia una persona mayor: Era muy educado.

JUANA- ¿Cómo te llamas?.

DAVID- Me llamo David, señora.

JUANA- Me agrada haberte visto . . . ? . . . ¿Pero dime una cosa?.

DAVID- Lo que usted diga, señora.

JUAN- ¿Tú no te acuerdas de mis hijos?.

DAVID- Ya me ha hablado mi madre y en realidad era yo muy pequeño. No me acuerdo de ellos, señora.

JUANA- ¿Pero qué haces aquí, cual es tu cometido?.

DAVID- Soy el jardinero y el chico de acarreo.

Como me quedé un poco pensativa, la señora Celia me lo había observado y sin darme tiempo a responder, enseguida afirmó ella.

CELIA- Hace los recados; ya que la señora Petra no se encuentra para tales menesteres por su artritis.

La miré a todo su cuerpo y cuando bajé la vista a sus pies los vi hinchados como nunca había visto yo unos pies así.

JUANA- Muy bien.

Y despidiéndome de todos ellos me fui a mi casa quedándome un sabor de boca aquel chico, que me parecía a mí mentira que fuese de aquella manera: Tan educado y rectos con las personas, conociendo su juventud.

No diría yo: ¡Qué alegría, qué alboroto . . . ¡, al encontrarme una tarjeta en el buzón de mi casa; pues al ver de quien era me entró una satisfacción en mi cuerpo que no me podía aguantar. Aquella tarjeta era de Martín, que la mandaba desde Altea; pues ya veía yo lo bien que se encontraba mi amigo en sus vacaciones.

Me acordé que me dijo Martín, que él vivía en un pueblecito cercano a la costa; pero no que fuese a ser tanta costa. No le di importancia al tema y seguí con mis tareas de la casa, asear a mis papá y prepararles la comida para que estuviesen lo mejor posible dentro de su casa.

Cuando me lo permitieron mis tareas, salí aquella misma mañana a mercarme unos zapatos, pues los que tenía estaban desgastados por los tacones y las suelas. Y al pasar por una calle céntrica de aquella gran Ciudad, vi a mi amigo Martín cargando y descargando pieles en una peletería afamada, principesca; para que ustedes se enteren. ¡Ni alboroto, ni nada!, ni una sola alegría; pues mi amigo Martín me estaba confundiendo por todas y eso no me gustaba nada; así que me fui a casa, corriendo, para ver la fecha de la postal y el matasello que traía reseñaba dos días antes, por lo tanto Martín había ido y venido a dicha ciudad, o alrededores, trasportando pieles y no para estar allí de vacaciones.

Aquello no lo podía consentir y tenia que hacer algo al respecto; ¿pero qué sería, para que a mi amigo Martín no le diese vergüenza?. Algo, algo tendría que hacer para que viese que yo no me las tragaba de ese tamaño; pues las mentiras tienen las patas muy cortas y más cortas las tenía cuando a los dos días encontré otra postal en mi buzón de correos fechada con dos días de antelación a la fecha que estábamos.

¡Ni zapatos, ni nada!; pues la excusa que puse al salir a mis papás fueron los dichosos zapatos, que me tenía que comprar un par de zapatos, pues ya me estaban haciendo falta unos nuevos.

Me fui para la afamada peletería y por más tiempo que estuve merodeando por sus alrededores no conseguía ver a mi amigo Martín; hasta que una vez pasé por las puertas de dicha peletería viendo a mi amigo Martín bajando las escaleras y cargado de pieles: ¡Estaba hecho un León aquel hombre!.

Ni corta ni perezosa le esperé en la puerta de la calle, sin querer entrar en dicha peletería; para que nadie se diese cuenta del engaño que estaba yo sufriendo por parte de mi amigo Martín.

Me preparé también en la puerta de aquella peletería, que cuando salía mi amigo Martín hice como si estuviese yo pasando, en aquel momento, por allí.

JUANA- ¡Ola!, Martín.

Aquel hombre se quedó más blanco que la cal y no sabía lo que contestarme; cosa que él se dio cuenta y no quiso abrir la boca para nada. Aquello se lo agradecí yo, el que no me siguiese mintiendo y no abriese la boca para nada.

JUANA- Veo que has vuelto muy pronto de la Costa Blanca.

MARTÍN- ¿Lo dices por las postales?.

JUAN- ¿ Por qué si no?.

MARTÍN- Pero he estado allí.

JUANA- Lo creo. Y creo que has vuelto por causas familiares; es un decir.

Aquel hombre vio en mi predisposición un atisbo de querer confiar en él, que por lo menos; aunque no me lo creyera, hacía como si aquello fuese verdad para mí, para no romper el hado que había entre él y yo.

Pero como salió una voz desde dentro del comercio recordándole a Martín que debía traer pronto unas alcayatas y unos alfileres, éste se puso nervioso y como aturullado, sin saber expresarse bien en sus palabras.

MARTÍN- Si quieres, luego nos vemos: Esta tarde.

JUANA- Como quieras.

Y sin decirme dónde nos íbamos a ver, salió como corriendo calle abajo en busca de lo que se le había mandado traer: ¡El chico de los recados!.

Estaba segura que de aquella decepción no me recuperaría por más años que viviese yo en la vida ; pero para que el trauma no fuese a más decidí volver con aquel chico para observar qué le había infundido a no decirme la verdad. Y la verdad era escuetamente, a mi simple parecer, un puñado de mentiras planificadas por aquel chico sin ton ni son.

Pero cual no fue mi sorpresa cuando fui al paraninfo de la Universidad para ver la listas de los que habíamos formalizado la matrícula y no pude ver a mi amigo Martín entre ellos. Tal vez sería porque le había faltado tiempo en hacerlo; ya que trabajaba mucho y como todavía teníamos unos

días para hacer la matrícula me conformé pensando que dicho chico se atrevería a formalizar su matrícula en la Facultad.

Los días sucesivos los pasé un poco nerviosa a consecuencia de estar esperando para volver al Paraninfo de la Universidad y leer las listas de los admitidos a curso al próximo año. Y aunque ese año se nos obligó a formalizar antes que otros años la matrícula , yo me encontraba nerviosa perdida por no saber nada de aquel chico desde el día que me dijo que nos veríamos por la tarde sin detallar lugar y hora de la cita. ¡Pues claro que no nos vimos!.

Hacía dos días que había finalizado el plazo de matriculación en la Facultad y yo no pudiendo más me monté en el autobús con destino a la Universidad.

Cuando llegué a la Universidad, me dirigí rápidamente a mi Facultad, tropezando y cayendo; pues tenía que vadear una estatua, enorme, que había a mi paso y después subir unas escaleras y ahí fue lo malo, no en la estatua que en general ya tenía hecho el paso con su propia acera, pero yo no me di cuenta tirándome por encima del césped; más bien mi suplicio empezó cuando tuve que subir aquellas escaleras en forma de graderías tan bien hechas, pero mi pensamiento las estaban haciendo torcidas y angostas para mi propia decisión: El ver el nombre de mi amigo en las lista que habían puesto en el tablón de anuncio.

Cuando me iba aproximando aquellas listas vi una cantidad enorme de chicos mirándolas para poderse ver en ellas; por lo tanto más emoción se ponía en aquel lugar de ensueños para todo joven que desea obtener un título académico y ser profesional.

Cuando llegué al tablón de anuncio vi algo así como , que se exponían las listas en dicho pasillo, pero no estaban en dicho tablón de anuncios; pero como vi que los chicos leían unas relaciones que existían por toda la pared de aquella galería sospeché que eran las listas. Me arrimé a un chico y le pregunté por ellas.

JUANA-¿Son las listas de admitidos?.

CHICO- Sí y van por orden alfabética.

Como sabía los dos apellidos de Martín me dirigí a la lista que al parecer debía contener aquel apellido y al leer el primer apellido, me tranquilicé un momento al ver puesto en dicha relación su primer apellido, que por otra parte era un tanto raro; debían de existir pocas personas que se apellidaran así. Pero enseguida me repuse asaltándome una idea dentro de mi cabeza para volver a mirar en la listas y poder leer el segundo apellido de aquel chico, junto con su nombre; pero qué va, si solamente existía el primer apellido, pero con otro apellido de segundo y otro nombre: No era mi amigo el que constaba allí puesto, era otro chico.

Yo no me conformé y me fui a ventanilla para preguntar por aquel chico. Y por mucho que miraron a las listas, dicho chico no constaba en ellas.

OFICINISTA- Hay muchos chicos, que sin estudios vienen a la Facultad para ligar.

JUANA- Me quiere decir, que: ¿Tal vez, dicho chico es uno de ellos?.

OFICINISTA- Tiene todas las papeletas él solo, en cuanto no existe su matrícula bien formalizada.

JUANA- ¿Y qué me quiere decir?.

OFICINISTA- Que no tendrá ni estudios primarios.

Aquello que me estaba diciendo aquella oficinista me cayó como un jarro de agua fría. Bajé la cabeza y dando las gracias por todos los problemas causados a dicha oficinista, me limité a dar mis disculpas y salí de allí más ligero que una paja.

Me fui a casa más desconsolada que nunca y con ganas de volver a ver a dicho señor para que me diese una suscita explicación al tema; por si acaso estaba yo confundida, o era una simple suposición mía que se hubiese matriculado en otra Facultad.

Me llamó mi hermano Carlos y allí que me fui aquella misma tarde, para ver qué me quería.

CARLOS- Tengo un chalet en plena costa y quisiera que nos acompañases a Felisa y a mí; así darías compañía a mi señora, ya que os lleváis tan bien. ¡Y qué caray!; que quiero yo llevarte conmigo a mi chalet y disfrutar de mi hermana mayor.

JUANA- Si así lo quieres tú, iré con vosotros a vuestro chalet en la playa, pero un ruego os hago: Que no me demostréis tanta pleitesía, pues no la merezco.

CARLOS- Juana, te mereces eso y mucho más.

Y sí que estaba en plena playa el chalet de mi hermano Carlos, y tan en la misma playa; pues nada más que salía del chalet teníamos un chiringuito y la playa a pleno ritmo, llenita de bañistas, de multitud de gentes de todas las clases y condiciones, por lo tanto mi hermano me informó algo de esto.

CARLOS- Juana.

JUANA- ¿Qué quieres, Carlos?.

CARLOS- Como habrás visto, la playa está abarrotada, siempre, de bañistas.

JUANA- ¡Ya!, ya me he dado cuenta.

CARLOS- Entonces es un primer paso a lo que te quiero decir.

JUANA- ¿El qué?.

CARLOS- Que si te has dado cuenta de que está abarrotada de gentes la playa; también te has podido dar cuenta que dichas personas son de diferente estado social.

JUANA- ¿Y qué?.

CARLOS- Pocas relaciones con ellos; no sabemos quieres son, ni de dónde vienen.

Vaya recomendación que me dio mi hermano Carlos; cuando yo me juntaba con todo el mundo, pero como me había dicho aquello Carlos yo estaba por obedecerle, hasta que llegó mi otro hermano, Paco, para pasar unos días con nosotros.

Pero todo no quedó ahí, que mi hijo menor, Pablo, se presentó de improviso haciéndome las delicias del Mundo.

JUANA- Pequeño, cariño: ¿Cómo te va, Pablo?.

PABLO- Muy bien, madre.

Yo me le quedé mirando y como éste había cazado al vuelo dicha mirada me suplicó con energía lo que él pensaba de mis intereses en aquella mirada.

PABLO- ¡AH!, no.

JUANA- ¿ Si todavía no te he dicho nada?.

PABLO- Pero me lo imagino.

Le cogí de un brazo para que se calmara y no se alborotara y éste en vez de calmarse comenzó a dar pasos para atrás.

JUANA- ¡Cálmate!, y siéntate un rato en ese sillón que te tengo que decir una cosa.

Como yo hice un lapso de tiempo en volver hablar, mi hijo Pablo a penas me quería mirar y como si tuviese ganas de salir de allí corriendo.

JUANA- Se que la juventud quiere vivir sola, sin ataduras ni cortapisa con la familia; pero, creo, que estarías mejor viviendo conmigo y dejases a tus hermanos; pues éstos tienen que trabajar.

PABLO- Tú lo has dicho: “Tienen que trabajar”. ¿Y quien les hace de comer, si no soy yo?.

¡Acabáramos!, eso era harina de otro costal; pues no veía yo a mi hijo menor arreglando de comer para sus hermanos cuando viniesen del trabajo. No quise profundizar mucho en el tema, no fuese a ser que no me saliese bien lo que yo tenía proyectado para mi hijo pequeño; pues éste chico se tenía que hacer un hombre y forjarse un porvenir y por supuesto junto a sus hermanos, de esta manera que me estaba contando, no iría a ser nada en el Mundo.

Se dispusieron para salir a tomar algún refrigerio, mis hijos y mi hermano Paco, cuando mi hijo menor, Pablo, me invitó a mí para que saliese con ellos.

PABLO- Madre, no te quedes en casa y sal con nosotros.

Aquella predisposición que había tenido mi hijo Pablo para conmigo lo vi bastante bien; pues era el preludio de una buena amistad entre madre e hijo, aparte de que posiblemente aceptaría, el día de mañana, venirse conmigo mi hijo Pablo.

JUANA- Vais mejor vosotros solos ; vais a vuestro aire.

PACO- No lo creas. Vente con nosotros, que nos darás una alegría.

Me alegró, también, lo que me decía mi hermano Paco; que me fuese con ellos, pero todavía no habían hablado mis otros dos hijos, pues ya habían llegado al chalet de su tío Carlos en aquella mañana.

Esperé algo así como unos minutos para darlos motivos a una respuesta a mis hijos, mientras yo los miraba a los ojos y aquella respuesta se produjo por parte de los dos.

FLORENCIO- Vente con nosotros, madre.

FELIPE- Te lo pido yo: Por favor.

JUANA- ¿Pero de verdad queréis que me vaya con vosotros?.

Y como pasa entre la juventud, que con una afirmación de cabeza y algo así como un: ¡UH!, parecía que estaba todo decidido y con ellos marché a pasear por las calles de aquel pueblo tan bonito y para ver la playa.

Antes de ir a la playa nos entramos en un chiringuito, que según ellos estaba muy afamado. Aquel chiringuito se encontraba adosado a uno de los bloques de aquella calle, no era un chiringuito de playa; pero hacía las funciones, de hospedería, como si lo fuese.

Como se quedaron hablando mi hijo Florencio y mi hermano Paco de que no sabían bien si el coche le tenían bien aparcado en la calle, o se lo habían dejado en zona de carga y descarga, decidí salir yo para ver la pura realidad, de donde se encontraba el coche.

JUANA- Como os he oído hablar del coche; saldré yo para ver si está bien aparcado.

PACO- Te lo agradezco; pero no tardes.

Como he dicho antes, era un bar donde nos habíamos entrado para almorzar algo y por supuesto estaba, dicho bar, en una de las mejores calles de aquel pueblo.

No había hecho mas que salir a la puerta de el bar, cuando vi un furgón de una peletería afamada y con el descargándole Martín. Éste cuando me vio, dio como un respingo para atrás a la vez que asustado. Yo me adelanté a donde él estaba, con suma calma para calmarle los nervios que le habían entrado y demostrarle que aquella situación estaba siendo todo lo normal del Mundo.

JUANA- ¡Ola!, Martín. ¿Cómo estás?.

MATÍN- Ya ves; aquí con este furgón de pieles.

Me lo dijo como si él fuese el amo de la peletería y hasta con un signo de superioridad en sus palabras, no era como las había empleado, dichas palabras, era mas bien de la manera que lo había dicho.

JUANA- Ya lo veo, que estás atareado con el furgón. Lo que sí te tengo que decir es; que no te he visto en las listas de la facultad.

MARTÍN- Me he matriculado en otras ciencias; las del otro año no me van.

Aquello que me decía a mí Martín si que no me iba; pues habíamos quedado como muy buenos amigos y eso que un hombre intente cambiar de Facultad, así como así, no me iba a mí mucho. Un hombre no huye de la chica que ha hecho amistades por mal que se pongan las cosas.

JUANA- ¡AH!; lo siento.

Y al decir yo eso de que lo sentía me echó una mirada Martín como con pena y cazándome al vuelo mi gran enfado por las muchas indecisiones que yo estaba viendo en éste chico.

Dando media vuelta desaparecí sin despedirme de él, como si fuese un ser desconocido para mí. Cuando entré en el bar, se me notaba en la cara el gran enfado que llevaba.

Al principio no me había dado cuenta, pero estaba allí mi cuñada Isabel junto a mi hijo Felipe enseñándole unas fotografías de otro viaje a la playa.

PACO- ¿Qué te pasa?.

JUANA- A mí, nada.

PACO- Ya nos ha dicho Isabel que te ha visto, cerca del bar, hablando con un hombre: ¿Es conocido tuyo?.

JUANA- Estudia en la Facultad.

PACO- Ves como las personas estudian cuando quieren o cuando pueden.

Isabel no me había quitado ojo de encima y cuando mi hermano Paco se retiró de mí se aproximó a mi vera para entablar una conversación de no se qué.

ISABEL- ¿Quien era ese chico, con el que estabas hablando antes?.

JUANA- Estudia conmigo en la Facultad.

ISABEL- Pues no tiene cara de estudiante.

Otra que resaltaba sus palabras, era una manera de decirlas como de guasa y con picardía; cosa que me estaba sublevando, pero me contuve en mis impulsos para no contestar mal y me callé.

JUANA- ¿Por qué sabes eso?.

ISABEL- A ese señor le he vito recorrer todas las Facultades en tiempos que yo estudiaba mi carrera.

Me quedé como petrificada al saber aquello de Martín; pues ya decía yo que aquel señor tenía trato exquisito, pero no era muy agible su conversación con respecto algún tema de la actualidad.

JUANA- ¡AH!.

Como solamente había dado una correcta interjección baga, mi cuñada Isabel se me quedó mirando como esperando que yo dijese algo más, y como no abría la boca para nada me intimidó con unas palabras.

ISABEL- Hay que tener cuidado no solamente con lo que se hace sino con quien se junta una.

Se atrevía a darme consejos morales aquella señorita,¡a mí!; que era mayor que ella; como si yo no supiera por dónde me andaba. Y menos mal que en ese preciso momento se arrimó a nosotras mi hermano Paco con idea de que nos marchásemos a la playa y allí que nos fuimos.

Yo daba señales de estarme aburriendo mucho, por que no había llevado bañador alguno y pedí permiso para dar unos paseos fuera de la arena de la playa, por donde estaba la acera y así lo hice.

Al poco tiempo de estar paseando por aquella acera vi a un joven que corriendo se aproximaba a mí y cuando mostré interés por saber de quien se trataba vi en él al hijo de la planchadora de la casa de mi hermano Carlos, David.

DAVID- ¿Qué tal, señora?.

JUANA-Muy bien. ¿Qué haces aquí?.

DAVID- Cuando su hermano, el señor Carlos, viene a la playa para disfrutar de las vacaciones se traslada con todo el personal doméstico y aquí me encuentro yo, arreglando el jardín; que por cierto, está muy dejado de todo el año.

No me parecía a mí que el jardín del chalet en la playa de mi hermano estuviese tan dejado; pues éste era muy meticuloso y tendría alguna persona, durante el resto del año, cuidándolo.

Se aproximaron más jóvenes donde estábamos nosotros dos, David y yo, y al parecer eran conocidos de éste chico.

DAVID- La invitamos a un refresco en un chiringuito, señora.

No me parecía mal, pero mi hermano Paco me iría a echar de menos y se iría a enfadar; de modo, que no sabía yo lo que hacer, y eso que me apetecía ir con dichos jóvenes como ya les he dicho. Y como me quedé pensando sin saber lo que decir, aquel joven me ayudó en mi decisión.

DAVID- ¡Qué!; ¿Se decide, señora?. Si la apetece dígaselo a su hermano, el señor Paco; ¿Por qué ha venido con el señor Paco, verdad?.

JUANA- Verdad.

No se habló más y yéndome a donde se encontraba mi hermano Paco le comuniqué la decisión de irme, durante unos minutos, con aquellos chicos a un chiringuito allí cercano.

PACO- No es una decisión muy acertada, que te vayas con esos chicos a tomar algún refresco.

JUANA- ¿Me lo dices porque es el hijo de la planchadora de nuestro hermano Carlos?.

PACO- Entre otras cosas; pues le irá a sentar muy mal a Carlos si se entera que vas acompañada del personal domestico por este pueblo.

JUANA- ¿ Y a Isabel: Cómo le sentará?.

Yo sabía que a mi hermano Carlos no le iría a sentar mal que me acompañase uno u otro chico, sea cual sea su statu social; o que sí sabía él que a mi cuñada la iría a sentar como un tiro que yo me juntase con el

personal domestico de mi hermano Carlos: A ella sí que la iba a producir un terremoto dentro de su ser, que por poco se desbordaría la playa cuando lo supiese.

Le quedé a mi hermano Paco con la palabra en la boca y sin decir nada di media vuelta y me dirigí hacía donde estaban aquellos chicos esperándome.

Cuando volví a llegar donde estaban los chicos había allí una persona de mediana edad y como los demás chicos se adelantaron hacia el chiringuito, David se quedó con aquel señor.

DAVID- Señora Juana, la presento a mi tío José.

Y adelantándose a donde estaba yo, con la mano estirada como en señal de saludarme, me hizo uno de los mejores recibimientos que me habían hecho en mi vida.

JOSÉ- Me apetece saludar a tan hermosa señora, ofreciéndola con ello mi pleitesía.

JUANA- Muy amable es el señor.

JOSÉ- Llámeme, sencilla y llanamente, José.

JUANA- Muy bien, José.

Nos fuimos al chiringuito y en toda la mañana se separó de mí aquel caballero, haciéndome las delicias de ser agasajada por su compañía. Pero allí no pasó nada de nada; fue tan cordial aquella compañía, de aquel señor,

que estuve pensando por lo bien que se portó conmigo y por lo bien que se expresaba aquel hombre toda la tarde.

Cuando volví al bar donde se encontraba mi familia, yo veía que me miraba mucho Isabel, mi cuñada, y yo esperaba que me dijera algo; pero no fue así. Por lo menos dejó pasar los entremeses y en los postres me dio la tarta helada, arrimándose a mí con señal de quererme decir algo.

ISABEL- Juana, te veo muy pensativa.

JUANA- No, para nada.

ISABEL- ¿Siempre que hablas con un hombre te pones así?.

Como me callé demostrando un grado de exaltación por la pregunta que me había echo mi cuñada Isabel, ésta quiso enmendar la plana.

ISABEL- Bueno: Ha sido una pregunta capciosa para ti. No ha sido mi intención en dañar tu susceptibilidad; no, para nada.

JUANA- Admito tus excusas.

ISABEL- Muy bien.

JUANA- ¿No ves que estoy queriendo hacer amistades contigo?.

ISABEL- ¿Qué me quieres decir?.

JUANA- Que me parece, y perdóname si me confundo, que en tu conversación conmigo me pinchas mucho. ¿Cuándo nos vamos a llevar bien?.

ISABLE- Eso depende de ti.

Yo las había cazado al vuelo y no podía por menos que hablar la verdad, toda la pura verdad; así que armándome de valor contesté.

JUANA- ¿En cuanto me someta a ti?.

Isabel me miró con una cara de espanto, pero a la vez de desafío, yéndose al lado de mi hermano Paco para hablarle algo que a mí me parecía saber qué sería.

No era buena idea que estuviese junta, aquel verano, con mi cuñada Isabel; pero para no molestar a mi hermano Paco, yo me hacía la despistadas en todos los desprecios que me hacía mi cuñada Isabel.

Hasta el mayordomo, el señor Curiel, se había fijado en que mi cuñada Isabel me estaba dando largas, pero para no molestarme éste hacía como si no se hubiese dado cuenta de la situación. Por lo tanto, yo salía todas las tardes sola para dar unos paseos y eso que mis hijos no me dejaban a son ni a sombra; pues siempre que me veían salir ellos corrían a mi lado.

Una tarde que cogí descuidados a mis hijos, sobre todo a mi hijo Pablo que era el más pegadizo que tenía a mis espaldas, salí a la calle con rumbo no se yo a dónde; pero que en un periquete me coloqué bien en una buena terraza de un bar en aquel pueblo. Yo no me había dado cuenta, pero de vez en cuando observaba que la bata se me levantaba de un lado, como si un animal se restregase a mí; hasta que me fijé mejor y observé que era un caballero, de mediana edad, el que con su pie me levantaba la bata y conseguía llegarme a mi muslo con toda la impudicia del mundo del

arrabal. Eché una mirada aquel señor, que no creo le fuesen a quedar muchas ganas para volver hacer lo mismo con mi persona; pero qué va: Siguió y siguió intentando entablar relaciones conmigo; que no digo yo fuesen relaciones de una buena conversación, porque allí no había palabra alguna que contarnos, era más bien roce y roce de un deseo carnal por lo que yo veía.

Corrí mi silla un poco más allá de donde estaba dicho señor en mi velador y éste hizo otro tanto de lo mismo: ¡Vaya poca vergüenza!. Y con todo y eso no se conformó con impacientarme, que en una de las ocasiones que tuvo, en un descuido mío, me agarró una mano como si ya me conociese de siempre. Yo me intenté desligar de aquel fornido hombre con un tirón de mi mano; pero éste, como se lo esperaba me soltó la mano para que yo no me hiciese ningún daño.

JUANA- Señor; haga usted el favor de no molestarme más: Se lo pido por favor.

Y éste, en vez de avergonzarse, se me vino al mi velador para tomar la palabra y ahora sí que había algunas frases hechas entre nosotros dos.

CHICO- No la he querido molestar. Es que como no nos presentaba nadie, lo he querido lograr yo por mi misma cuenta para entablemos una pequeña conversación entre usted y yo.

JUANA- ¡ Adiós, muy buenas!: Ya está dicho todo.

Yo creía que con aquello que le había dicho yo aquel hombre bastaba para que me dejase en paz y en vez de lograr de dicho hombre su repulsa hacia mi indiferencia a su persona, éste se envalentonó y comenzó hablarme de no se que rizos, o de no se qué cara de Ángel.

CHICO- Sus rizos con esos rayos, su cara angelical y su figura, una diosa del Olimpo nada más.

JUANA- ¡UF!; haber, haber si me habla usted en cristiano.

Aquello no me parecía a mí muy normal, pero que nada de normal; pese a que aquel hombre tenía unos veintitantos años, más bien cerca de los treinta, y era bien parecido; tan bien parecido que tampoco me creía yo que todo lo que me estaba pasando fuese normal.

Sin despedirme de él, me levanté y me dirigí hacia mi casa; por si aquel caballero se atrevía a seguirme: Y claro que me siguió.

Antes de llamar yo a la puerta del chalet de mi hermano, ésta se abrió dejando percibir la figura del mayordomo, el señor Curiel.

JUANA- ¡AH!. ¿Es que me ha visto llegar?.

CURIEL- Y preemítame la señora que la diga: Que también la he visto sentada en el velador.

JUANA- ¿Y qué?.

C URIEL- Ese chico es un Playboy.

JUANA- Pues que bien: No doy con alguien normal en la vida.

Me prometí no ceder y ni mucho menos desesperar por no encontrar un hombre ecuánime cerca de mí; pero tal vez tendría razón mi cuñada Isabel, que abriese más los ojos y supiese con quien estaba.

Al siguiente día salimos todos a la playa, para disfrutar de sus aguas y podernos bañar en ellas; pero como a mí no me apetecía aquel día mucho estar pasando calores en aquella playa, ya que no había llevado bañador alguno, pedí permiso a mi hermano Paco para poder dar unos paseos por las calles de aquel pueblo y poderme tomar un refrigerio en algún bar que mereciese la pena.

Me dispuse a dar unos paseos por aquellas calles sin mirar a nadie ni a nada; pues mi voluntad era el andar un poco para rebajar grasas, aunque no tenía muchas, eso era la realidad.

No a poco rato de estar andando por las calles de aquel pueblo vi acercarse a mí a David, el hijo de la señora Celia la planchadora, y como no pude rehuirle, por estar cerca de donde yo me encontraba, hice como que me estaba yendo a casa para poder descansar un poco, pero no me valió para nada aquella astucia.

DAVID- ¿Qué bien, que la encuentro?.

JUANA- Me estaba yendo a casa, esto para mí es muy pesado; pues no he traído bañador y estoy pasando calores en la playa.

DAVID- Hay bares en donde tomar un refrigerio.

JUANA- Yo . . .

DAVID- ¿No hará ese feo a mi tío José?.

JUANA- No se encuentra aquí.

DAVID- Mírelo por donde viene.

Y desde luego que venía su tío José a todo paso y casi corriendo cera abajo para poderse juntar con nosotros; que no sé yo más bien con quién se quería juntar más; si con su sobrino o conmigo.

¡Otra que teníamos!; pues yo pensaba otra vez en el mayordomo, el señor Curiel, si nos estuviese viendo: No me salía de una cuando me metía en otra.

Y desde luego sí que era José el tío de David que saludándome efusivamente me llevó, junto a su sobrino, a un velador en un bar de allí cerca.

JOSÉ- Me alegra volverla a ver.

JUANA- Igual le digo yo.

José comenzó a mirar para todos los lados, como queriendo ver algo o a alguien y, como no veía nada se levantó para divisar mejor el panorama.

JOSÉ- Me parece que a esta hora de la mañana no hay quien nos sirva; iré a la barra para buscar algo con qué refrescarnos.

DAVID- Espérate tío; que te acompaño yo y así te ayudo a traer las bebidas.

Se dirigieron hacia la barra los dos, José y David, y yo me quedé a solas en el velador esperándolos a éstos que trajesen algo para refrescarnos.

Tenía una opresión dentro de mí por si acaso nos volvía a ver el señor Curiel que no me dejaba vivir: Una vez más con José; pero no le iba a decir a su sobrino David, que dicha compañía no me agradaba.

Se me oscureció el Sol por uno de mis lados y dándome un susto miré para dicho lado viendo llegar a donde estaba yo al Playboy del Alma.

CHICO- ¡Ola!: Me alegra verte.

Y al decir eso, sacó un pañuelo agitándolo como en señal de que no quedase nada de suciedad en el asiento y se sentó cerca de mí sin darme tiempo a responder nada. Ni pidió permiso para sentarse, ni me decía otra palabra como de excusa por lo que estaba haciendo.

Era más; que yo no tenía ganas de hablar nada, ya que me estaba dando un sueño irreparable; era así, que me dormí sin remisión. Yo notaba que alguien me arrastraba tras de él, no sabía quien podría ser; pero lo cierto era que me estaba sacando del contorno del chiringuito ese alguien y por los movimientos que hacía tenía prisa por salir de allí, pero que mucha prisa.

Yo todavía olía a un no sé el qué, pero me encontraba medio atolondrada; porque, dormida, dormida no es que estuviese del todo, solamente atolondrada. Hasta que escuché el arranque del motor de un coche y al parecer iba yo metida en el.

¡UF!; qué de focos, si me estaban deslumbrando y al parecer, cuando me miré, no iba vestida con bañador, pero tampoco se diferenciaba mucho de ello.

Había allí, en aquel cuarto, algunas chicas que acercándose a mí me miraban riéndose a carcajadas limpias. Las caras de aquellas chicas, a veces, me parecían dobles y yo no sabía dónde me encontraba, ni lo que hacía allí yo.

Empecé oyendo unas voces descomunales fuera de aquel recinto y al momento como unos golpes dados a la puerta de aquella habitación consiguiendo que se abriese de par en par. Era José y David, que con gran estrépito consiguieron entrar allí a la fuerzas, a mamporrazos limpios con aquella puerta.

CHICO- ¡Oiga, oiga!; que esto es allanamiento de morada.

Y al decir aquello el Pleyboy dio un codazo en la mano de José haciéndole caer el móvil que llevaba abierto en dicha mano. José al ver aquello se abalanzó hacia aquel chico en señal de confrontación: Aunque para mí simple opinión, había sido casual aquel codazo dado por el chico a José.

David, que vio al otro chico ir recto para ayudar a su amigo se adelantó hacia él tapándole la marcha.

DAVID- ¡EH!, quieto. ¿Dónde vas, Sandokan?.

AMIGO DEL CHICO- No te pongas en mi camino, que te llevo para adelante.

Liándose en una reyerta los dos, que parecía aquello de película; y no era tanto así, que de película me parecía a mí ya que entró la nacional por las puertas, comprendiendo yo que José había llamado antes de entrar allí a la Policía Nacional.

Al parecer la Policía Nacional acudió con sumo agrado aquel establecimiento; pues se estaban dando acciones, en el, no muy legales con algunas personas y no digamos nada de los estupefacientes. Lo peor para mí fue que no me pude escapar, ya que me vieron como drogada y a punto de sacarme varias fotografías para no sé qué revista.

Ya en la calle me abordó David con una conversación que a mí no me parecía bien; pero que tenía parte de verdad en lo que él me decía.

DAVID- Señora Juana, debe decírselo usted a su hermano Carlos; que la sacará de apuros.

JUANA- Pero si a mí no me va a pasar nada; no ves que son los otros dos chicos los que han estado fuera de la Ley.

JOSÉ- Sí; pero la llamarán a usted para que testifique.

JUANA- ¿Y usted, qué sabe?.

DAVID- Sí que sabe; es subinspector de la policía.

¡Terminámos!, si lo que me estaba diciendo David era verdad; entonces comprendía yo el por qué de la llamada que hizo José a la Policía Nacional. No quise preguntar nada a José con respecto al tema que

habíamos tenido en aquel establecimiento de fotografías. Lo único que me atrevía a suplicarle, fue por que me echara una mano.

JUANA- ¿No puede usted, José, avisarme cuando sea el día que me vayan a llamar, o por lo menos influir entre los compañeros?.

JOSÉ- No está dentro de mi jurisdicción: Yo pertenezco a otra comisaría y por supuesto cada uno sabe lo que hacer en su departamento, dentro de su negociado.

Me lo había imaginado, así que decidí contárselo todo a mi hermano Carlos, para ver si éste me podía echar una mano; ya que yo estaba muy nerviosa: Era la primera vez que me pasaba un caso de estos y no sabía cómo iba a responder sola.

Mi hermano Carlos, los sucesivos días, estuvo gestionando la manera de echarme una mano y para ello llamó a uno de sus abogados, de lo más considerado que hay a nivel nacional.

Yo por mi parte, seguí saliendo con mi hermano Paco a la playa para descansar en ella y tomarnos el almuerzo y hasta la merienda allí mismo, pero sin separarme de mi hermano para no encontrarme con nadie al respecto.

Pero miren ustedes por donde, un día que me sentí cansada se me antojó irme a dar un paseo por las calles de aquel pueblo, sin perder mucho de vista a mi familia por si acaso. Cuando volví ver al Playboy en todo su

esplendor: Con una camiseta muy ceñida al tórax, unos pantalones blancos y ceñidos y a mi parecer gomina en el pelo de la cabeza.

Me dio un pánico tremendo y salí corriendo calle arriba, pero como formaba cuesta a penas me podía mover y con aquella falta tan estrecha que parecía un embudo dentro de ella.

¡Clara que me dio alcance!; aquel joven, sin esforzarse mucho, me alcanzó a media calle, en plena cuesta y yo sin pensarlo un momento me metí en una relojería como si fuese a mercar algún reloj o alguna joya para un regalo.

A mi simple opinión estaba salvada dentro de aquella relojería, más bien joyería; pues allí había de todo y su mercancía estaba siendo variopinta, de todas las clases: Relojes, joyas, motivos de decoración de plata y un sin fin más de todas clases, como les digo, de mineral precioso.

Cual no fue mi asombro cuando vi entrar aquel chico en el comercio y echando la llave detrás de sí se arrimó a los dependientes sin mediar palabra alguna.

DEPENDIENTE- ¡Ola!; jefe.

DEPENDIENTA- No ha llegado, todavía, el señor Mikel; si es a eso lo que viene.

CHICO- No vengo a eso; es más bien por esta señorita. Servirla lo que quiera.

Yo no sabía lo que responder, pues se vino hacia mí la dependienta con interés por saber lo que me apetecía; pero como a mi no me apetecía nada, no sabía yo qué decir.

Parecían, aquellos dependientes, que estaban ya muy duchos en las costumbres de su jefe; o por lo menos en saber qué quería su jefe nada más que les hablaba, ya fuese con un vocablo u otro y además según el tono de inflexión. En eso sí que me di mucha cuenta.

Pareció como si aquel chico hubiese dicho:¿Quítenme de ahí, ustedes ese pájaro!; pues enseguida desaparecieron por una puerta los dos dependientes y no les volví a ver.

Vi el Cielo abierto cuando una clienta llamó a la puerta; pero enseguida fue el chico poniendo bien el cartel de "cerrado". Yo, sin pensarlo dos veces, cogí un folio y un bolígrafo, mientras el chico se dirigía a la puerta y escribí en el la palabra "secuestrada", enseñándoselo aquella señora, que por fin sí me miró; lo que no sé si leería aquella nota que estaba bien puesta y con letras mayúsculas.

Como estaba en una situación privilegiada, me encontraba en frente del escaparate y dando vista a la puerta, antes que se volviese aquel chico corrí hacia uno de los mostradores y en una especie de tetera de plata que había allí mismo, la abrí depositando la nota dentro de ella y tapándola con mucho cuidado para que no sonara.

No obstante, antes que se fuese aquella señora de allí, yo volví a mirar a la señora por si acaso había visto la nota que la presenté yo momentos antes, Pero vi en su cara como un centelleo de incredibilidad absoluta.¡Qué fatalidad!, lo que me estaba pasando aquel día.

Pues una vez que volvió de la puerta aquel chico me cogió de un brazo llevándome hacia una puerta que había en uno de los laterales de aquel comercio.

Yo me esperaba de todo lo malo con aquel joven; pero al contrario de lo que me estaba temiendo, solo hubo unas palabras como de querer saber algo que yo no comprendía.

CHICO- ¿Qué vio usted el otro día en la sala de fotografía?.

JUANA- Yo nada.

Al decir yo aquello se me aproximó aquel chico a mí y como intimidándome con la vista y hasta con sus fuerzas; pues me cogió de un brazo haciéndome un poco de daño.

CHICO- Es mejor que diga lo que vio en la sala fotográfica.

JUANA- Y yo le repito, que no vi nada de nada.

CHICO- Es difícil ver en tales circunstancias; pero a veces suele pasar que se observa algo.

¡Ya me lo dijo todo!; aquello que me había dicho el chico me sacaba de dudas, pues estaba sedada, o por lo menos un tanto drogada. Me habló de

las circunstancias; y eso era lo suficiente para que yo me diese cuenta de lo que me había pasado: ¿Pero cómo?.

Me acordé que antes de marearme me había flaneado el pañuelo cerca de mis narices.¿Y si el pañuelo contuviese una sustancia como para quedarme en estado de crash?.

Creí que todo se iría a quedar así en aquella habitación , donde me entró el joven, pero no; no se conformó con intimidarme en aquella situación, que aún hubo más.

CHICO- ¿Qué le dijo usted a la policía, cuando salió del establecimiento?.

JUANA- Que era usted un angelito.

Pues aquello que le había dicho no le había sentado nada mal; parecía como si estuviese ya acostumbrado a tales piropos. No hizo otro tanto, mas que volverme a coger del brazo apretando un poco más para intimidarme en su pregunta.

CHICO- Piense lo que les dijo a la nacional cuando estuvo a solas con ellos. ¡Piénselo bien!.

JUANA- Le vuelvo a repetir, que no les pude decir muchas cosas; porque a penas me acordaba de nada. Y con todo y eso, todavía no sé cómo se llama usted.

CHICO- No le interesa a usted saber cómo me llamo.

Grosero, muy grosero; pues sí señor, que era un poco pedante aquel chico. No se yo si tenía un grado de superioridad, ganado por la posición social a la que estaba sometido, o que en general era así aquel joven.

Pero fuese lo que fuese dicho joven no me quería hacer ningún daño; se lo veía yo en la manera de actuar y en la manera de hablar, pues al parecer solamente quería saber lo que había visto a la salida, el oto día, de la sala fotográfica y lo que yo había dicho a la Policía Nacional para poderse defender legalmente. Pero legalmente tenía poca defensa aquel joven; y a que aquel día se consideraba un secuestro con una condición añadida, el haberme privado de mis sentidos haciendo de mí lo que él quería.

Tanto era así, que no teniendo más argumentos para retenerme allí, con él, me dirigió a la puerta de la calle para que me fuese rumbo a mi casa y cuando abrió la puerta de la calle para soltarme enseguida se abalanzaron a él unos jóvenes dándole el alto como la Guardia Civil. Pues créanme, que aquel joven, no se inmutó para nada, no daba señales de nerviosismo ni de ninguna clase de estar asustado; quedándose la Benemérita un tanto extrañada; pero como ellos decían: Algunas personas era su manera de actuar frente a la fuerzas policiales para aludir el estado de la justicia.

Y era tanto así, que se encontró bastante drogas y armas en aquel establecimiento, dando señales de no saber nada de ello los señores dependientes. La chica se limitaba a llorar y el chico con unas

exclamaciones,¡Ay Dios mío, ay Dios mío!, creía cumplir con su acometida.

Me volvieron a tomar las señas en el cuartelillo y el número de mi carné de identidad, al igual que a la señora que había llamado hacía unos momentos a tal establecimiento , que fue la que había alertado a la benemérita y nos dejaron marchar a nuestras respectivas casas hasta nueva orden.

Ya en la calle no sabía como expresar mis agradecimiento aquella señora y la paré en plena cera.

JUANA- Señora, la doy las gracias por haber llamado a la Guardia Civil.

SEÑORA- No tiene que dármelas: Hoy por ti y mañana por mí; como se suele decir.

JUANA- ¿Y cómo es que fue usted a la Guardia Civil?.

SEÑORA- Conozco a la señora del Teniente.

JUANA- Pues a mi simple opinión creí que no había visto la nota que la estaba presentando.

SEÑORA- Sí, si la vi; lo que pasaba era que no lo podía exteriorizar para que no lo cogiera aquel chico; ya que no la había visto por encontrarse de espaldas a usted.

Y como las dos estábamos bastante nerviosas alegamos tener prisa para poder llegar a casa cuanto antes y en general así era.

Cuando llegué a casa estaba mi hermano Carlos con una visita muy afamada y al verme en el estado anímico con el que me había presentado en casa, éste se levantó pidiendo su permiso y me llevó a un cuarto cercano al salón.

CARLOS- ¿Qué te ha pasado?.

JUANA- Otra vez el Playboy.

CARLOS- ¡No hay manera!.

JUANA- Huyendo de él me metí en un establecimiento relojero que al parecer resultaba que era suyo, llevándome a una sala contigua para preguntarme. ¿ Qué había dicho a la Policía Nacional el otro día y que si había visto algo ese mismo día en aquella sala fotográfica?.

CARLOS- Con pocas palabra te has expresado.

Y yéndose hacia el teléfono que había encima de una mesita de aquel cuarto comenzó hacer una llamada, era a nuestro hermano Paco para que no estuviese nervioso y comunicarle que yo me encontraba en casa.

JUANA- ¿Qué hago?.

CARLOS- Va a venir Paco y te llevará con él.

Aquella mañana y en aquella precisa hora trascurría normal para mí y mi familia; todos juntos en el chiringuito, unas veces y otras en la playa; hasta que llegó la hora de comer algo.

Se prolongaba la sesión en la playa aquel día; pues era ya por la tarde y todavía estábamos en la arena tomando el Sol y bañándonos mucho; bueno

los que se bañaban eran mis hijos y mi cuñada Isabel que estaba disfrutando a pleno ritmo de la playa en aquel día.

En unas de tantas veces que Isabel dejaba el agua y se tumbaba en la playa para secarse se vino a tumbar junto a mí. Yo la miraba con el rabillo del ojo, pues no me las tenía muchas consigo: No sabía yo qué quería de mí mi cuñada Isabel; por lo tanto dejé que se calmase y comenzase hablarme de algo, que tal vez yo tendría que saber y, lo supe.

ISABEL- Te vi el otro día junto al chico de la planchadora, David, y un señor: ¿Quién es ese señor?.

JUANA- Se llama José y es el tío de David.

ISABEL- Un poco basto es, pero parece buena persona.

¡Acabáramos!; ya la gustaba algún hombre para mi persona; parecía como si tuviese prisa por echarme de casa y era tanto así que quería cogerla en un renuncio; por eso la contesté a la pregunta que me estaba haciendo.

JUANA- Es muy listo.

ISABEL- ¿No sé de qué va a tener la listeza dicho señor?.

Al parecer mi cuñada quería que no sobresaliese yo de ella y la gustaba un hombre sin cultura para mí; ya que yo estaba haciendo una carrera y posiblemente la terminaría. No me quedé satisfecha, con todo eso y preguntándola, directamente, por su opinión me sonrió a la cara diciéndome.

JUANA- ¿Qué te parece dicho señor?.

ISABEL- Hacéis una buena pareja.

Lo sabía todo sobre la opinión de mi cuñada Isabel; solamente me quedaba por saber si ella me quería en casa o lejos de allí, fuese en el estamento social que yo me fuese de casa.

JUANA- Pero tengo que terminar mi carrera y no puedo flirtear con un chico.

ISABEL- ¡Pamplinas!. Además ese señor no es ya un joven, que es el que te conviene a ti, y déjate de terminar tu carrera y céntrate en tu vida social, en formar una familia.

JUANA- Ya la tengo.

Al decirla eso a mi cuñada Isabel ésta me echó una mirada de pánico; pues bien sabía ella que sí estaba siendo mi familia, la familia de Carlos y Paco, mis dos hermanos..

Y sin poderlo remediar se fue a otra parte con su esterilla de baño y su toalla, yo por mi parte me levanté de donde estaba sentada y me dispuse a dar un paseo por la playa; pero sin irme muy lejos de donde se encontraban mi hermano Paco y mis hijos.

A poco tiempo observé venir hacia mí al jardinero, el joven David y su tío José.

JOSÉ- ¡Ola!, ¿Que tal?.

JUANA- Muy bien, pero un poco aprensiva.

JOSÉ- Ya me he enterado; pero no temas, porque en un tiempo dicho señor no volverá a molestar a nadie.

JUANA- Es un joven sin escrúpulos.

JOSÉ- Sin escrúpulos sí que está; pero que sea, dicho señor, un joven no estoy yo de acuerdo.

JUANA- Aparenta ser un joven.

JOSÉ – De cuarenta y dos años.

¡Madre mía!, lo que hace el saberse cuidad mucho; pues yo diría que no aparentaba más de veinticinco años.

JUANA- Me quedo asombrada.

JOSÉ- Por poco queda abortada la operación de aprehender a dicho señor, camello.

JUANA- ¿ Y eso?.

JOSÉ- Tenía como tapadera los dos establecimientos, el de fotografía y la relojería.

JUANA- ¿Y tú por qué sabes eso?.

JOSÉ- Contacté con un compañero de ésta comisaría, que le tuve yo en donde ejerzo mis servicios.

No quise preguntar más a José y me di cuenta que tenía el camino expedito, por parte de aquel hombre; pues en unos días no me volvería a molestar.

Pero cuando volví con mi hermano Paco, éste me preguntó por el señor que tantas veces me ha visto charlar, junto con el joven jardinero, David.
Y como digo, cuando llegué al lado de mi hermano Paco, éste me quiso sonsacar la procedencia del señor que tantas veces me había visto hablar junto con el jardinero David.

PACO- Juana.

JUANA- ¿Dime, Paco?.

PACO- No es por nada; pero te he vito hablar con ese señor varias veces y no sé de quien se trata.

JUANA- Es el tío del joven David, el jardinero.

PACO- ¿Te le ha presentado él?.

JUANA- Desde el primer día.

Me alegré cuando vi a mi hermano Paco con la cara relajada y los nervios aplacados; pues él no sabía de quien se trataba aquel señor y como me habían pasado diferentes casos en dicho pueblo quería saber de mis andanzas con las personas que yo me estaba juntando en la playa. Pero todavía no se había quedado satisfecho del todo; ya que le empecé yo a notar como una inquietud en su Alma que no le dejaba vivir. Esperé para ver si aquello era realidad y por dónde iba a salir la cosa y la cosa salió en forma de pregunta.

PACO- ¿Qué profesión tiene?.

JUANA- Es subinspector de policía.

Al decirle yo aquello a mi hermano Paco, éste comenzó a dar síntomas de cansancio: Ya no respiraba bien y sudaba como nunca. No sé que le había dicho yo a mi hermano Paco para que se pusiera de esas maneras.

PACO- Muy bien.

Allí no se habló más y por la tarde noche hicimos una velada en el salón de la casa, en vez de salir a dar un paseo por las calles de aquel pueblo comprando en sus tiendas alguna cosa que nos hiciera falta.

Sonó el timbre de la puerta y cuando abrió el mayordomo, señor Curiel, había un hombre delgado y con barbas acompañado de una mujer vestida con una rareza insospechable. La señora llevaba puesto, encima, así como dos kilos de abalorios y el hombre como otros dos kilos de mugre y grasa encima. ¡Vamos!; que si los vemos en una noche oscura, salimos corriendo huyendo de ellos.

Al preguntarles el señor Curiel por las causas que les había llevado allí, ellos enseguida repusieron que querían vender colchas, sábanas y alguna que otra baratija.

CURIEL- ¿AH!, no; mire usted, aquí no se compra como no sea en un establecimiento afamado y mucho menos baratijas. Eche una vista al hall de la entrada y no verán ustedes mas que plata y cerámica buena.

PACO- ¿Qué les está diciendo el señor Curiel a esas dos personas?.

ISABEL- Les cuenta la suntuosidad de la casa.

PACO- Eso no me gusta.

CARLOS. ¡Pamplinas!. Lo que haga el señor Curiel, está bien hecho.

Como les he dicho no salimos por la tarde, pero eso sí; que cuando llegó la noche decidimos salir a un bar afamado que había allí cerca toda mi familia juntos.

CARLOS- ¿A que no os atrevéis ir todos para tomaros unos helados juntos?.

PACO- ¡A que sí!.

Dicho y hecho, que a la de una nos levantamos todos como si tuviésemos un resorte en el asiento y uno a uno salios a la calle en busca de un velador para pasar un rato agradable entre todos; pues esta vez sí venía mi hermano Carlos y mi cuñada Felisa, habiéndose quedado en casa mi cuñada Isabel: Ya que al parecer se encontraba con jaquecas.

Nos sentamos en una especie de terraza con banderitas colgando de trecho en trecho para dar señal de fiesta y alegría.

CARLOS- Nunca me he sentido tan bien como me siento esta noche entre vosotros.

JUANA - Podías salir más con nosotros.

CARLOS- ¡Claro que sí!.

Aquello no me lo esperaba yo de mi hermano Carlos; tan recatado y tan vergonzoso a la vez. Pero lo cierta era que yo me encontraba alegre en espera de que aquello fuese verdad; que mi hermano Carlos saliese con nosotros.

FELISA- Descuidar, que de aquí para adelante saldremos toda la familia junta . . . Yo me encargaré de eso; ya veréis como no falta nadie por venirse con nosotros.

Mientras decía eso mi cuñada Felisa miraba a mi hermano Paco en señal de que aleccionaría a mi cuñada Isabel para que nos acompañase a todos allí donde fuésemos.

Estuvimos en la terraza de aquel bar unas buenas horas, tomándonos sendos refrescos para aliviar el calor estival que hacía aquella noche. Hablamos de nuestros padres y de todas las cosas que nos incumbían y cuando nos pareció nos fuimos a casa para poder descansar.

Cuando estábamos llegando a casa, cosa rara, se veía la ventana de vestíbulo un poco abierta; parecía mentira que el señor Curiel se hubiese olvidado de cerrar aquella ventana. Pero mientras más nos estábamos aproximando a casa, se veía vacío de muebles todo el hall de la casa.

Pues claro que sí estaba vacío de muebles el vestíbulo de la casa: Las platas y jarros de innumerable valor se los habían llevado de allí. Cuando entramos en casa todo era desolación; parecía como si fuésemos a pintar y hubiésemos cambiando los muebles y los adornos de sitio; pero qué va, todo había desaparecido de su sitio.

CARLOS- ¿Qué ha pasado aquí?.

FELISA- Llamaremos al mayordomo, el señor Curiel que nos explique dicho cambio.

Y así se hizo, se llamó al señor Curiel y cuando éste comenzó echándose las manos a la cabeza comprendimos el alcance de aquel expolio hecho a la casa.

FELIPE- ¡Ahí va!: Nos han robado.

JUANA- Así es, hijo.

Le faltó tiempo a mi hermano para correr donde se encontraba el primer acople de teléfono en casa llamando a la policía. Y aún faltó un rato para que se presentara la policía en casa con un coche celular.

Se levantó atestado por parte del agente y nos indicó que fuésemos a comisaría para su mejor desarrollo del mismo.

Yo no me quería acostar hasta que llegase mi hermano Carlos, junto con mi otro hermano Paco; pues no sabía si les tenía que ayudar o por lo menos consolar a mi hermano Carlos y a mi cuñada Felisa por haber sido causa de un robo en su domicilio.

FELIPE- "Aquí no hay mas que plata y jarrones de valor".

Esto decía mi hijo Felipe, repitiendo lo que horas antes les había dicho el mayordomo, señor Curiel, a una pareja de vendedores ambulantes; pero menos mal que dicho señor Curiel no se encontraba presente. Yo miré para todos los lados y al no ver al señor Curiel apacigüé a mi hijo Felipe, ya que eso lo decía con cariño a mi hermano Carlos y como si la casa se tratase como suya ya que había vivido con Carlos casi toda la vida.

JUANA- Cariño; no digas eso, pues el señor Curiel lo decía para dar brillo a tu tío Carlos y grandeza a la casa.

FELIPE- Sí, mamá; pero no veía sus consecuencias.

JUANA. Te ruego te calles.

FLORENCIO- Sí, Felipe; cállate, mamá tiene razón.

Al llegar mis hermanos nos apaciguamos todos y no fuimos a las respectivas camas; pero no sin antes echar de menos, mi hermano Paco, a mi cuñada Isabel.

Mi hermano Paco salió como asustado de su cuarto llamándonos a todos para si alguien sabía dónde se encontraba su mujer, Isabel, se lo dijese y menos mal que en ese preciso momento apareció, por la puerta, mi cuñada Isabel. Y corriendo hacia ella mi hermano Paco la preguntaba.

PACO- ¿Dónde has estado, cariño?.

ISABEL- Como no podía dormir por la jaqueca tan enorme que tenía, me he ido a buscaros y como no os he encontrando por éstos bares cercanos, he comprendido que os habíais venido a casa y aquí me tenéis.

Todo quedó en paz y gloria yéndonos a la cama para poder descansar y estar al siguiente día con fortaleza.

Y la fortaleza se transformó en agobio; pues al levantarnos habían desaparecido todos los muebles de los pasillo y al parecer un sofá del salón no le habían podido sacar, ya que se encontraba levantado y recostado a una pared. Del salón no se llevaron nada y de las demás dependencias

tampoco; pero echamos de menos un cuadro que había en el despacho de mi hermano Carlos de un pintor afamado.

No sé qué clase de seguro tendría mi hermano Carlos, pues el que tenía no valía para cubrir lo sustraído o tal vez no tendría ningún seguro; lo cierto fue que llamó mi hermano Carlos a una compañía de seguros haciéndose uno de lo mejor que había en el mercado, por aquel entonces.

Yo estaba deseosa por saber algo de dichos robos y no veía a José para nada, no me atrevía preguntar por él a David por si éste se creyera otra cosa que no fuese el interés que tenía yo por saber algo de los robos.

Estuve dando vueltas y vueltas al siguiente día por la mañana en la playa y por las calles de aquel pueblo sin ver a David y a su tío José; parecía como si se los hubiese tragado la tierra.

Yo me fui a casa de mi hermano Carlos para saber, sin preguntar si David se encontraba allí y al no verle en el jardín, ni corta ni perezosa, me fui derecha para la cocina.

PETRA- ¿Cómo está usted, Juana?.

JUANA- Muy bien, muchas gracias. Ya veo que usted se conserva tan bien que siempre.

PETRA- No crea; pues tengo mis achaques.

En aquel chalet la cocina y la lavandería estaban juntos, solamente separados por unas estanterías y como la señora Celia no me decía nada me fui hacia donde se encontraba ésta para charlar un poco con ella.

JUANA- ¿ Cómo se encuentra, señora Celia?.

CELIA- Perfectamente. Me alegra volverla a ver, señora Juana.

Parecía que tenía ganas de verme en realidad y desde luego se había puesto alegre por verme aquella señora; lo estaba deseando, no en balde fuimos compañeras de trabajo.

JUANA- ¿Y sus otros hijos?.

CELIA- Se encuentran con mi madre. El de el medio ha obtenido muy buenas notas; aunque el pequeño no ha suspendido, pero no las ha tenido tan buenas como el mayor como la digo.

JUANA- Solamente me queda preguntarla por su madre, la señora Rosa.

CELIA- Mayor en edad y muy machacada, pero se vale por sí sola.

Cuando me di media vuelta y volví a donde se encontraba la señora Petra, miré para el jardín, pues se veía desde los ventanales que existían en la cocina, y haciendo un gesto de asombro exclamé.

JUANA- ¡OH!; que bien están podamos esos abetos.

PETRA- Pues los otros de más allá, los podará mañana el hijo de la señora Celia, David; ya que se encuentra hoy con su tío José en la Capital viendo un partido de fútbol.

Estaba enterada de lo que quería saber y sin otro preámbulo más salí de allí hacia las dependencias del chalet, cruzándome con el señor Curiel cerca del salón.

CURIEL- Señora Juana: Usted sabe de mi trabajo en esta casa.

JUANA- Si, señor Curiel.

CURIEL. Sabe de mi fidelidad en ella.

JUANA. ¿Por qué dice usted eso, señor Curiel?.

CURIEL- Como han desaparecido algunos muebles, no quiero que en ningún momento se desconfíe de mi persona.

JUANA- ¡Por Dios!: No diga usted eso.

Y sin esperar respuesta alguna por parte del mayordomo, el señor Curiel, di media vuelta consiguiendo llegar antes que él a la puerta de entrada para salir a la calle. Cuando abrí la puerta , el señor Curiel se dio cuenta de mis intenciones quedándose, todo él, serio por el desplante que le había hecho. Tal vez creyó que sí desconfiaba de él; nada más lejos de mi idea. Y cuando fui preguntada por la policía de que si el mayordomo, señor Curiel, me había hablado algo les dije que se había excusado en su nombre por la falta de dichos muebles y que le vi un tanto decaído; no les podía decir nada más del señor Curiel. Lo que sí vi al ama de llaves, señora Marta, casi llorar delante de la policía el día que la preguntaron por los hechos, y los hechos eran ajenos aquella señora; por lo tanto no pude por menos que exclamar.

JUANA- Ésta señora es inocente.

El agente que la estaba preguntando por los hechos no respondió nada, solamente se limitó a fruncir el ceño y a bajar la cabeza como en señal de incredibilidad. Los hechos no estaban siendo claros en ningún momento de cómo se acometieron, según la policía.

Y en un momento, cuando se fue la policía, me abordó la señora Marta dándome las gracias.

MARTA- La tengo que dar las gracias a usted, señora Juana, por salir con tanta seguridad a mi favor.

JUANA- No hay de qué. ¡Salta a la vista!.

Aquella interjección que la dije a la señora Marta la gustó y haciéndome una inclinación de cabeza desapareció por aquellas dependencias.

Recibí noticias para que fuese a secretaría de la Universidad para algo relacionado con mi matrícula; pero cosa rara, la noticia fue hecha por Martín, el chico que recorría Facultad por Facultad buscando una señora receptora a sus amores.

Tuve que dejar el veraneo y comencé hacer las maletas para irme a resolver mi matrícula de una vez; pero cuando estaba saliendo por el pasillo donde se encontraban las habitaciones vi a mi cuñada Felisa con las maletas hechas.

JUANA-¿Dónde vas tú?.

FELISA- Te voy acompañar. Voy para ver si la llamada que te ha hecho ese chico tiene fundamento.

JUANA- Me valgo yo sola.

FELISA- Ya lo sé; pero más ven dos pares de ojos que uno.

No hubo manera de convencer a mi cuñada Felisa para que se quedase junto a mi hermano Carlos; pues como dijo ella, que mi hermano era gustoso de que me acompañase a la Facultad y que él mismo se lo había pedido. Veía que tenía una familia noble y cabal, que no me abandonarían nunca.

Y efectivamente, que cuando llegué a la secretaria de la Universidad, tenía un pequeño problema en mis papeles; pues había uno que no le había firmado y se necesitaba la firma.

Sin poder dar las gracias a Martín, mi cuñada me indicó la necesidad de volvernos a la playa, no sin antes ver a mis papás.

SEVERINO- Me ha dicho Carlos que has tenido que venir a la Capital para un asunto de tu matrícula.

JUANA- Sí, papá. Se me olvidó firmar un impreso y lo he tenido que hacer hoy.

ANDREA- Hijas; veo que tenéis mucha prisa: ¿Por qué no os quedáis hoy con nosotros?; pare que disfrutemos de vuestra presencia.

Yo miré para donde se encontraba mi cuñada Felisa y ésta con una inclinación de cabeza me daba su conformidad a lo que nos estaba pidiendo mi mamá.

Y como por aquel entonces se daba una buena función de teatro, con una compañía de las mejores que había, me atreví a suplicar.

JUANA- Felisa.

FELISA- Dime, Juana.

JUANA- ¿Por qué no llevamos a los papás al teatro esta noche?.

Dicho y hecho, que a la hora deseada nos presentamos en el teatro para ver una reposición de las mejores obras que hay dentro del catálogo clásico de nuestros insignes literatos del siglo de oro. A la salida nos sentamos en una terraza para que disfrutasen nuestros padres; pero como estos no tenían mucha costumbre en acudir tarde a casa les estaba entrando la morriña, o por mejor decir el aburrimiento en aquella terraza y cuando nos dimos cuenta Felisa y yo decidimos llevarlos a casa a nuestros papás.

Cuando volvimos a casa de la playa mi cuñada y yo había formado en ella un zipizape de ¡aúpa!; pues, sin querer, un coche había atropellado a la cocinera, la señora Petra cuando salía para comprar en una frutería, ya que David no se encontraba bien y había delegado las funciones en aquella señora para que le hiciese tal tarea. Enseguida nos fuimos al hospital donde se encontraba la señora Celia junto a su hijo y toda mi familia.

Mi hermano no se conformaba con lo que le decían los galenos y al día siguiente habló con el jefe del hospital y mientras estaba él hablando con la dirección de aquel hospital vi llegar al mismo a José acompañado de David, con cara de haber llorado y a punto de hacerlo de nuevo.

JUANA- ¿Qué pasa?.

JOSÉ- Lo más normal de la vida: Que está llorando por la señora Petra al verla tan decaída y con tantas heridas en su cuerpo: Se inculpa él mismo.

David siguió hacia la habitación donde sen encontraba la señora Petra; pues solo la podía ver a través de un ventanal enorme encristalado y José y yo nos quedamos en la sala de espera de aquel hospital esperando noticias de la accidentada.

No sabía cómo abordar a José en la conversación de los ladrones del chalet de mi hermano Carlos, pero éste me miraba como de reojo sin perder ningún movimiento de mi cuerpo y cuando estuvo seguro de que yo estaba más tranquila quien hizo la primera pregunta fue él.

JOSÉ- Es una familia adicta a tales fechorías la que robó en el chalet de su hermano Carlos.

JUANA- ¿Y qué?.

JOSÉ- Está desarticulada, en tu totalidad, la asociación maltrecha de tal familia.

JUANA- ¿No volverá a robar más?.

JOSÉ- Por ahora no. Se le ha aplicado la máxima pena, según un artículo del reglamento.

Yo di una bocanada de aire para entrar oxigeno nuevo a los pulmones viéndome José con el alivio que había recibido tal noticia.

Hubo unos minutos de silencio entre nosotros dos, pero de pronto volvió hablarme, otra vez más, José de algo que yo no comprendía bien.

JOSÉ- Estarían ustedes mejor en su Ciudad natal.

JUANA- Todavía nos queda algunas vacaciones; así que las pasaremos en éste pueblo tan acogedor.

JOSÉ- Haga usted por llevarse a su familia de aquí cuanto antes.

No comprendía lo que José me quería decir y cuando estaba a punto de preguntárselo entró mi hermano Carlos en la sala de espera, no dándome ocasión para poder saber qué me quería decir José, o mejor dicho; el señor subinspector de policía, que era cómo me había hablado en aquella ocasión.

CARLOS- Van a trasladar a la señora Petra a un hospital de nuestra Ciudad. Nos iremos todos con ella, si queréis; yo por supuesto sí quiero.

FELISA- Creo que queremos todos.

Al decir aquello mi hermano Carlos, José me miró con cara de desahogo y como dando su beneplácito a lo que se estaba diciendo. Yo no comprendía nada; pero al parecer era mejor así, que quedarnos en aquel pueblo por mucha playa que tuviese.

Al llegar a nuestra Ciudad, ya se encontraba allí mi cuñada Felisa y a mi simple parecer disponiéndolo todo; regía todos los dominios de aquella casa tan amplia, en forma de palacete. Ya que yo la vi dando órdenes al mayordomo, el señor Curiel, y consejos al ama de casa, la señora Marta, en señal de que era ella la jefa a falta de los señores.

Era tanto así, que cuando quise ir a la cocina me paró en firme preguntándome por mi paradero.

FELISA- Juana: ¿Dónde crees que vas?.

JUANA- A la cocina para preparar algo; pues falta la señora Petra.

FELISA- Tú, estate quieta aquí. Tu hermano Carlos ha llamado a empleo para que le manden una cocinera.

No quise greñas con mi cuñada y me contuve; pues todavía no había llegado la cocinera, que posiblemente había mandado empleo y me quedé en el mismo sitio que estaba, iniciando la escalera para ir a cocina y poder preparar un algo que sirviese de tente en pie.

La señora Petra se reponía del atropellamiento; pues mi hermano la había llevado al mejor centro sanitario que había para ello y se encontraba en recuperación. Poco a poco se fue normalizando las tareas de la casa y con ella nuestra vidas; ya que habíamos tenido que cortar de repente nuestro veraneo en la costa.

Como los sábados nos reuníamos toda la familia en casa de mi hermano Carlos, no iba a ser menos aquel sábado y desde luego allí nos encontrábamos todos, en simple amistad familiar; cuando se oyó llamar a la puerta yendo abrir el señor Curiel.

Yo oí algo así como, policía; Y sin esperar mas dilema me levanté de donde estaba sentada, en un sillón en el salón, junto con mi familia y fui para ver de qué se trataba.

En la puerta estaba José con otro compañero y yo, de momento, creí que se trataba de los robos que le habían hecho a mi hermano Carlos en el chalet de la playa; pero no. José buscaba a mi hermano Paco para no sé el qué cosa; ya que yo no le entendí bien; pero al momento sí se dio a entender cuando tuvo a mi hermano Paco delante, apresándole en nombre de la Ley por no sé qué fechoría. Le leyó sus deberes y luego se lo llevaron en el coche celular.

¡Madre mía!, la que se formó allí aquel día, pero al parecer ya lo sabía mi hermano Carlos; pues no mostraba muchos síntomas de sorpresa. Por lo tanto me arrimé a él preguntándole.

JUANA- Carlos: ¿Tú ya lo sabías, verdad?.

CARLOS- Verdad.

Al oír eso el resto de mi familia se formó un zipizape que no quiero ni recordar el desaliento que hubo allí en aquel día. Y para que me escuchara bien mi hermano Carlos tuve que alzar la voz y poco más.

JUANA- ¿Qué ha pasado?.

CARLOS- Yo le creo a Paco, es nuestro hermano; pero los hechos están ahí.

JUANA- ¿ Qué hechos, hijo?.

CARLOS- Al parecer ha vendido joyas a un joyero que fueron sustraídas de la casa de su amo.

JUANA- ¿Y qué?.

CARLOS-Y como existe factura de compra, por parte del señor indemnizado, es un delito dicha sustracción por parte del que la hiciera, y otro delito por parte del que las vende.

JUANA- Paco compra y vende de todo; bien lo sabemos nosotros, él quizás no sabía que habían sido sustraídas dichas joyas.

CARLOS- Lo tenia que haber comprobado.

Todo quedó ahí y como mi hermano Carlos se preparó para ir a la comisaría y ver en la situación que se encontraba nuestro hermano Paco, yo quise acompañarle, también, no dejándome ir con él: Según mi hermano Carlos era mejor que fuese él solo a comisaría.

Los días sucesivos nos fueron revelando la trayectoria que había tomado mi hermano Paco en las compras y ventas de joyas, como de otros abalorios existentes en el comercio.

Cuando me dirigía a mi casa, un buen día, vi aproximarse a mí a José y yo le esperé para ver si le recababa información de su persona; pero como me pude dar cuenta, no hizo falta que yo hablase una sola palabra para sonsacarle.

JOSÉ- Me alegra verla, señora Juana.

JUANA- Lo mismo le digo, señor José.

Éste miraba para arriba y para abajo de la calle como esperando a alguien y ese alguien tardaba en llegar y como no veía a la persona que él quería continuó su platica conmigo.

JOSÉ- La tengo que dar a usted, señora Juana, una mala razón.

JUANA- No me asuste, señor Martín.

JOSÉ- Tiene que saberlo.

JUANA- ¿Qué es?: Dígamelo cuanto antes.

Bajó la cabeza y tomó aire para coger fuerzas de donde pudiese y comunicarme una noticia un tanto mala para mi persona. ¿ Qué sería?.

JOSÉ- Su hermano Paco está complicado en una trama un tanto asociativa.

JUANA- ¿Y eso qué significa?.

JOSÉ- Tenía un grupo de personas trabajando para él . . .

JUANA- Eso lo ha tenido siempre.

JOSÉ- Lo sabemos; pero no con la intensidad como ahora, que se agenciaban de lo ajeno de balde.

JUANA- ¡No puede ser!.

MARTÍN- Y tanto; pues los jarrones que desaparecieron del chalet de su hermano Carlos los tenía su otro hermano, Paco, en su almacén.

JUANA- ¿Qué me dice?.

Y sin esperar más conversación de José salí corriendo hacia mi casa con un agobio enorme dentro de mí.

Entré deprisa en mi casa y mis papás me vieron la cara de sorpresa que llevaba; pudiéndose dar cuenta que a mí me había pasado algo o estaba por pasarme.

ANDREA- Hija: ¿Qué te ha pasado?.

JUANA- No: Nada; no me ha pasado nada.

ANDREA- ¿Cómo vienes así?.

JUANA- ¿De qué manera vengo?.

ANDREA- Con esa cara de pánico.

No quise alertar a mis papás, ya que mi papá se conservaba callado y sin moverse de su sitio, de un sillón confortable en el salón de casa. Yo cuando me vi a solas llamé a mi hermano Carlos para ver si éste sabía ya la pura verdad y a lo primero me estaba dando largas, pero cuando yo le ataqué de frente reventó en sollozos.

CARLOS- Si me lo hubiese pedido yo se lo hubiese dado.

No esperaba por menos la contestación que me había dado mi hermano Carlos con respecto a nuestro hermano paco.

JUANA- ¿Cuántas necesidades tendría que tener Paco para hacerte eso?.

CARLOS- Te repito, que fuesen las que fuesen, dichas necesidades, que me lo hubiese pedido que yo se lo hubiese dado.

Pero como no se lo había pedido toda aquella plata y aquellos abalorios, con los jarrones tan caros como los que tenía mi hermano Carlos en la entrada de casa, mi hermano Paco se había cogido las manos con la Justicia: La Ley es inflexible con todos.

Mis papás convocaron una reunión familiar en menos de dos días para discernir de las consecuencias de mi hermano Paco con toda la familia. También asistió, a dicha reunión, mi cuñada Isabel pero toda ella callada y escuchando bien lo que se decía.

SEVERINO- Carlos, hijo: ¿Tú estás seguro que puede haber sido tu hermano Paco el que haya participado en tales hechos, en tal expolio?.

CARLOS- No papá.

Al oír aquello mi mamá no pudo por menos que dar una bocanada de aire y exclamar.

ANDREA- Hijo, no hagas nada en contra de tu hermano Paco.

CARLOS- ¿No sé que voy hacer yo en contra de mi hermano Paco?.

SEVERINO- Tu madre, ha querido decir; que no le vayas a enjuiciar a tu hermano.

CARLOS- Descuida, papá, que no lo pienso hacer.

Nos mirábamos los unos a los otros y como en un acto reflejo nos queríamos decir con la mirada el, ¿por qué?.

SEVERINO- Tú hija; dime Juana: ¿Vistes algo, oíste algo, observaste algo fuera de lo normal?.

Yo no podía decir nada de lo que me había comentado José, confidencialmente; pues era parte del sumario y estaba siendo en forma secreta, no se podía difundir sus averiguaciones, por eso respondí sin titubear de repente.

JUANA- No, papá.

Mi mamá se movía mucho en el sillón donde se encontraba sentada en el salón de la casa y como con ganas de preguntar alguna cosa que no se atrevía, pero en un momento determinado y como haciéndose para adelante en dicho sillón replicó algo a la concurrencia de todas las personas que estábamos allí.

ANDREA- ¿No será que le hayan jugado alguna mala pasada a mi hijo Paco?.

CARLOS- ¿Qué quieres decir, mamá?.

ANDREA- Que haya sido un cohecho con prevaricación.

CARLOS- ¡Por Dios, mamá!: Que estamos aquí todos los de la casa, por no decir toda la familia. Confío en el personal doméstico.

Nada mas que dijo mi mamá aquello yo me puse a cavilar y mis pensamientos me llevaban fuera de casa, en la pareja que habían llamado a la puerta aquel día queriendo vendernos algo: En esas personas sí que no pondría yo la mano en el fuego, porque me la podría quemar.

ANDREA- ¡Por Dios, hijo!.

CARLOS- Que sí, mamá; que ni yo mismo me creo que haya tenido que ver nada mi hermano Paco en tal expolio, con tanto dinero como tiene él.

ANDREA- Gracias hijo, por amortizar la palabra al no nombrarla como robo; más bien la has definido, como expolio.

Al terminar la reunión mi mamá sacó unas perrunillas con un café, estupendo, agasajándonos con ello. Mi mamá se sentó, esta vez, junto a mi hermano Carlos y yo lo hice; mejor dicho, que se sentó junto a mí mi cuñada Felisa. Y como estaba siendo norma de educación entablé una conversación con ella sobre mi hermano paco, para que no se nos fuese de la mente dichos acontecimientos ocurridos en el día de la fecha del expolio.

JUANA- Mamá lo ha dicho perfectamente: Prevaricación, era la palabra que más se me ha quedado en la mente. ¿Tú qué piensas?.

ISABEL- Yo ya se lo he dicho a la policía cuando me interrogó.

JUANA- ¿Qué les dijiste?.

ISABEL- Paco se encontraba conmigo, en aquella noche, durmiendo en la cama; no sé porqué iba a tener que haber oído o visto algo, según tu papá.

JUANA- Nuestro papá ha sido Maestro Nacional y lo que ha hecho es ejercer el plan docente de la enseñanza dentro de la escuela.

ISABEL-Pues eso en la escuela; con nosotros nada de nada.

Parecía como si a Isabel la hubiese sentado mal que preguntase eso mi papá; de que se alguien había visto, oído algo.

JUANA- No, mujer. Él lo ha dicho con un sentido peyorativo; como sois matrimonio, no sabía si en esa hora estarías jugando.

ISABEL- ¿Y tu mamá?: ¡Prevaricación!.

JUANA- Papá, pese a que ha sido como una especie de guasa, para no herir la susceptibilidad de las personas, ha querido amenizar y amortiguar un poco el sentido transgresivo de la palabra robo y ha empelado expolio. Y en cuanto a mamá, nuestra ¡mamá! ; ha empleado la palabra prevaricación , no en sentido de infidelidad hacia una persona o su ajuar: Lo ha hecho como si se rompiese alguna relación sentimental o contractual de alguna persona a otra.

ISABEL- ¡Vamos!; que contigo me tiene que coger el toro tire para donde tire.

No quise refutarla su irrelevante punto de admiración y me callé , para que fuese la fiesta en paz; como se suele decir.

Todavía no me quedé conforme y llamé a mi hijo Florencio para que me explicase algo de mi hermano paco, ya que como ustedes saben mi hijo Florencio trabaja con mi hermano Paco.

Cuando llegó a mi lado, mi hijo, parecía que sabía lo que le iba a preguntar y se mostraba como nervioso; como si tuviese miedo de contestar algo mal dicho.

JUANA- No te preocupes, que soy tu madre y lo que me digas lo guardaré con todo el amor del Mundo.

FLORENCIO- Usted me dirá, mamá.

JUANA- ¿Qué clase de negocio tiene tu tío Paco: Me lo puedes decir?.

FLORENCIO- Es anticuario. Compra y vende de todo.

JUANA- Y eso de todo: ¿ Qué es?.

FLORENCIO- Muebles, vasijas, porcelana fina, joyas y un sinfín de lo más variopinto de dicho comercio.

Me callé un momento, como dando hincapié a que mi hijo Florencio intuyese algo malo sobre mi pensamiento y enseguida le hice la pregunta que él estaba esperando.

JUANA- ¿Tiene factura ?.

FLORENCIO- Lo compra y lo venda legalmente todo.

JUANA- ¿Cómo me explicas tú el desfalco hecho a tu tío Carlos?.

FLORENCIO- No estaba inventariado.

JUANA- Lo sabes tú.

FLORENCIO- Casi siempre tengo que ser yo quien haga el recuento del almacén con los productos que tiene.

JUANA- Y dichos jarrones y vasijas aparecieron por arte de magia y a tu tío Carlos le desaparecieron dichos productos por arte de birlibirloque.

FLORENCIO- No sé, mamá.

Mi hijo Florencio me estaba diciendo la verdad, pues siempre una madre sabe cuando su hijo miente o por el contrario dice la verdad.

Cuando se fue de mi vera mi hijo Florencio pasó por donde me encontraba yo , en el salón, mi hijo Felipe haciendo yo que se parase un rato conmigo.

JUANA- Hijo, nunca hablamos a solas nosotros dos.

FELIPE- ¿Qué quieres, mamá?.

Otro que tal; pues éste era más esquivo todavía que mi otro hijo, Florencio, ya que no levantaba la cabeza para nada, demostrando cobardía para entablar una conversación conmigo y sobre todo del tema ya indicado.

Me quedé mirándole con cara de querer saber y Felipe me rehuía más y más cada vez que yo le miraba hasta que por fin le hice una pregunta.

JUANA- ¿Qué sabes de tu hermano Florencio?.

FELIPE- ¡Ya estamos!.

JUANA- ¿Cómo?.

FELIPE. ¿Cómo voy hablar de mi hermano Florencio, mamá?. ¡Venga ya!.

JUANA- Algo tienes que saber: ¿Digo yo?.

FELIPE- Perdona mamá, tengo prisa; pues me ha llamado mi tío Carlos.

Y volviéndome la espalda salió del salón a paso ligero, como no queriendo comprometerse y comprometer a su hermano Florencio , cosa que me alegró de que mis hijos fuesen así: Guardándose sus cosas.

Me había quedado sin saber gran cosa, por no decir nada al respecto de lo que había pasado con los jarrones de mi hermano Carlos; pero miren ustedes por donde en ese preciso momento pasó mi hijo pequeño por el salón y vi en él una posible gaceta de información, comenzándole a preguntar por su tío Paco.

JUANA- Pequeño, cariño. ¿Llevas mucha prisa?.

PABLO- No mamá.

JUANA-Siéntate a mi lado.

Era la mejor forma de darle confianzas y que me contase, algo; por lo menos algo de su tío Paco , o de sus posibles defectos. Yo le comencé hablar de sus estudios para que se relajase y tomase confianzas en mí.

JUANA- No me has enseñado tus notas.

PABLO- Las ha visto mi hermano Felipe.

JUANA- Pero me las tenías que haber enseñado a mí; es mejor que me digas todo lo que te pasa, para eso soy tu madre y te quiero mucho.

PABLO- Ya lo sé, mamá.

JUANA- Pues si lo sabes: ¿Por qué no me cuentas lo que te pasa?.

PABLO- ¿Qué quieres que te cuente?.

JUANA- tu tío Paco te quiere mucho: ¿Qué tal te llevas con él?.

PABLO- Mejor que tía Isabel se lleva con él.

JUANA- ¿Tan bien te llevas?.

PABLO- Ya te he dicho mamá.

No quería que un joven se comprometiese en la vida de otro y mucho menos cuando ese jovencito era mi hijo Pablo, por lo tanto dejé de hablarle de su tío Paco y no volví a preguntarle por nadie más, ni por otro hecho que él pudiese saber.

No sabía, no entendía lo que me había querido decir mi hijo Pablo; pero como la intuición es mucha y el cerebro da muchas vueltas, enseguida cogí por dónde quería tirar mi hijo Pablo al decirme que él se llevaba mejor que su mujer Isabel con su esposo Paco.

No hice mas que salí a la calle cuando me di de bruces con José , que iba acompañado del inspector Sánchez y como me vieron mala cara enseguida me preguntó José por mis indecisiones en la vía pública.

JOSÉ- ¿Qué la pasa a usted , Juana?.

JUANA- A mí nada.

SÁNCHEZ- Sí; algo la pasa a usted y no lo quiere contar.

JUANA- ¿Lo tengo que hacer?.

SÁNCHEZ- Será mejor.

Me quedé como pensando un momento; pues el tema era ardua para la familia y no para que lo fuese cacareando por ahí; pero como José era conocido mío enseguida lo solté.

JUANA- Mi hijo Pablo , el pequeño; que me ha preocupado.

JOSÉ- ¿Cuál es el tema?.

JUANA- Dice que quiere más a su tío Paco que le pueda querer su mujer Isabel.

Aquellos dos caballeros no contestaron nada y sin esperarlo yo se despidieron de mí dando media vuelta y desapareciendo a la vuelta de la esquina en aquella calle.

Y como era imprevisible se le detuvo a mi hermano Paco, no por el expolio hecho a mi otro hermano Carlos; era mas bien por habérsele encontrado en el almacén otras clases de productos sin ninguna factura que rigiera haber sido comprado legalmente a su propietario y como mi hermano tenia bien definida su profesión tenía que extender factura de todo lo que compraba y vendía.

Mi cuñada Isabel se marchó a casa de mi hermano Carlos y aunque mi cuñada Felisa era una mujer ecuánime y bondadosa, yo no estaba muy conforme de que mi cuñada Isabel se quedase en casa de mi hermano

Carlos; por eso convoqué una reunión familiar en casa de mis padres a los pocos días de los hechos.

ANDREA- Bueno, hija. ¿Tú dirás por qué nos has convocado en el día de hoy?.

JUANA- No es por nada de lo que estáis pensando; pues mi hermano Paco, como todos sabemos es inocente y se demostrará su inocencia. Os he convocado para deciros que mi cuñada Isabel estará mejor en casa de mis padres: No es por nada, que bien lo sabe Dios; es porque en casa de mi hermano Carlos se está siempre muy atareado.

FELISA- Tiene muy poca base dicho argumento y es muy poco contundente dicho silogismo hecho por tu parte, Juana.

JUANA- La premisa principal es; que tú te encuentras un poco enferme, pues todo sabemos de tu enfermedad, y no quiero que te apures para hacerla una vida regalada a nuestra cuñada Isabel.

Mientras tanto todos mirábamos a nuestra cuñada Isabel a los ojos como queriendo saber algo de ella; como escudriñando lo que estaba pensando en aquel momento, pero nadie daba señas de lo que podía estar pensando mi cuñada Isabel, por lo tanto teníamos que preguntárselo a ella.

JUANA- ¿Tú qué dices, Isabel?.

ISABEL- Me parece bien, debido al estado anímico de nuestra cuñada Felisa.

No había sabido definir la enfermedad de nuestra cuñada Felisa mi cuñada Isabel ; por lo tanto yo salí al quite en un momento determinado tan comprometido para Felisa.

JUANA- La enfermedad de Felisa no es transitoria, se la ha hecho crónica y tenemos que ayudarla todos a pasar dicha enfermedad.

ISABEL- Me parece bien lo que estás diciendo, Juana. Hay que ayudarla a pasar a Felisa dicha enfermedad.

Menos mal que mi cuñada Isabel cogió la indirecta enseguida y salió al quite de el clavo que había cometido hacía un momento; pues a mi cuñada Felisa se la estaba tratando de los nervios sin saberlo ésta, se la decía que era un espasmo crónico más bien muscular y cerebral a la vez. Ni el mismo médico sabía como se comía eso.

JUANA- ¿De modo que todos estáis conforme con que Isabel se quede en casa de mis papás?.

Allí no contestó nadie y yo di el mutismo aquel como una respuesta afirmativa a la vez.

Aquel mismo día se mudó mi cuñada Felisa a casa de mis papás y cosa curiosa, que en vez de una habitación a solas prefirió estar conmigo en la mía; ya que había dos camas, eligiendo ella una.

En los días sucesivos no conseguí ver a José y yo me encontraba desesperada por no saber nada de mi hermano Paco; hasta que pasando el

tiempo vi a José, pues venía derecho a mí cuando salía yo de tomarme un café en uno de los bares que hay cerca de mi casa.

JUANA- ¡Ola!, señor José. ¿Qué hay?.

JOSÉ- La mentiría si la dijese que no hay nada nuevo en el caso de su hermano Paco, pero me está totalmente vedado contarle el proceso que está teniendo dicho enjuiciamiento.

JUANA- ¿Por qué?.

JOSÉ- Abortaría el proceso.

JUANA- ¿Luego está abierto?.

JOSÉ- Y tan abierto.

Después de tomarme otro café con el señor José me despedí de él con sumo interés por saber algo de mi hermano Paco, ya que como oí al señor José decir: Que dicho proceso estaba abierto y por razones obvias no me podía decir nada para no romper la operativa policial.

Una noche, cuando me encontraba con mi cuñada Isabel en la habitación, me sucedió algo fuera de lo normal con ella; ya que nos encontrábamos hablando de la vida tan ajetreada que habíamos tenido las dos.

JUANA- Pues ya sabes la pura verdad de mi vida.

ISABEL- Pues yo no te he contado todo.

JUANA- ¡AH!; no.

ISABEL- No; pues yo fui adoptada. Desde luego nací en ésta ciudad tan maravillosa, pero mi madre era una madre soltera y no me podía tener.

Yo me callé para no dañarla en su susceptibilidad y en vez de consolarla bajé la cabeza para no mirarla a los ojos; pero eso fue el preludio de darla hincapié para que siguiese contándome más de su vida mi cuñada Isabel.

ISABEL- Mi nombre es Isabel, pero mi verdadero apellido es “Darjo”.

Aquello me había caído como un tiro, pero yo no podía corredme de lista y volví a callarme para no liarla; pues dicho apellido no podía ser otro que de una familia conocida por mí. Tenía que sonsacarla un poco más y así lo hice.

JUANA- ¿No conozco a tus padres?.

ISABEL- Van a venir dentro de unos días; ya los conocerás.

Aquello me calmó un poco los ánimos tan decaídos como los que se me habían puesto en aquel preciso momento en el que me dijo que su apellido era “Darjo”.

Y llegó, llegó el día que hicieron presencia física los padres de Isabel en la casa de mis papás y créanme, que cuando vi aquella mujer me dio como un vahído y por poco caído redonda al suelo. Era nada más y menos que la mujer que se había llevado a mi hija Isabel hacía ya veinticinco años.

Se me quedó mirando aquella señora con ojos de avestruz y yo la hice una señal con los dedos, poniéndomelos en la boca como en señal de que no hablase nada y de inmediato, aquella señora, cogió del brazo a su marido apretándoselo como para darle a entender que él también se callase.

ISABEL- Te presento a mi mamá, Josefa , y mi papá, Eusebio.

JUANA- Bien venido, señores.

Aquello de “bien venido” lo dije un poco en voz alta para que lo oyera bien Isabel, ya que yo no les dije, a sus papás, eso de :”Tanto gusto, señores”.

Les saludé como si yo no les conociese de nada a los papás de Isabel; de modo que nunca me podría reprochar el que no hablásemos más a fondo del asunto entre familias cuando vi a los papás de ésta.

Aproveché una ocasión cuando Isabel se retiró con su papá al reservado, para enseñarle a éste dónde se encontraba el inodoro y de esta manera entablé conversación con aquella señora.

JUANA- ¡Vaya sorpresa!.

JOSEFA- Lo mismo digo.

JUANA- ¿Y cómo la fue a usted con la chica?.

Pero en aquel mismo momento apareció Isabel en el salón habiendo oído lo último que yo dije a su madre.

ISABEL- ¿Qué chica?.

JUANA- he entendido, que tus papás han tenido una chica como doméstica y la estoy preguntando por sus labores.

Isabel se quedó mirando a su madre y en un instante repuso; lo que me cogió de sorpresa.

ISABEL- Mamá, dila por cual de las chicas pregunta.

Más de sorpresa me cogió a mí aquello que estaba diciendo Isabel a su madre; pues al parecer habían tenido varias chicas como personal doméstico. Pero enseguida repuso su madre de Isabel a la pregunta que la estaba haciendo su hija.

JOSEFA- Estamos tratando de Cristina.

ISABEL- ¡AH!, sí; una persona excelente, la mejor que hemos tenido.

JUANA- ¿Qué han tenido?.

JOSEFA- Sí; porque se nos casó el año pasado. Es una lástima para nosotros y un bien para ella.

No quise contestar por no saber muy bien la respuesta; pues si decía que era lo ideal para dicha chica se molestaría la mamá de Isabel por haberla perdido y si me compadecía de la mamá de Isabel, ésta recordaría a la señorita Cristina compadeciéndose de ella.

Y como hicieron ademán de irse a un hotel los papás de Isabel, mis papás y yo les convenimos en invitarles a quedarse en la casa de mis papás, para que fuese su estancia en dicha Ciudad lo mejor posible y tuviesen un grado familiar más relevante.

ANDREA- ¡AH!, no señora; que ustedes se quedan con nosotros en casa, así tendremos más tiempo de conocernos.

Antes que hablase nadie hice mi réplica pero a mi manera, haciendo un gesto a mi mamá; pues me había dado cuenta que no había conocido a dicha señora, ni al papá de Isabel.

JUANA- ¡Claro!; como no nos conocemos- Y al decir eso, yo hice un gesto con la cara a mi mamá, sin saber si ella me lo hubiese cogido- Es mejor entablar unos lazos familiares entre ustedes y nosotros.

Entonces mi mamá se quedó mirando aquella señora un poco más detenidamente: Primero la miró a las manos y mas tarde bajó la vista a sus pies para clavarla en su cara y en su pelo. Y más tarde mirándome a mí mi mamá exclamó a pleno pulmón.

ANDREA- ¡AH!, ahora. . . Así es mejor y terminaremos. . . Nos conoceremos mejor.

Por poco, por poco la lía mi mamá al iniciar la frase de terminaremos; pues es un vocablo de finalidad en el tiempo una vez que se conoce una cosa o a alguien; por eso Isabel abría unos ojos descomunales al no saber lo que estábamos hablando.

Como la llamó mi hijo Florencio. . . Isabel, ésta se tuvo que marchar de allí y entonces nos dimos los parabienes los papás de Isabel y nosotros.

ANDREA- No los conocía ya a ustedes, hace tantos años que visitaron a mi hija Juana que no me acordaba de su cara.

JUANA- Y si no me dice nada Isabel, yo tampoco los hubiese conocido; menos mal que Isabel me anunció su llegada.

JOSEFA- Pues ya ven ustedes que estamos aquí. ¿Y ahora , qué hacemos?.

No podía dejar pasar aquella ocasión para decir a mi hija lo mucho que la había echado de menos y adelantándome a ellos repliqué.

JUANA- Decirla la verdad; ya que Isabel sabe toda la verdad , de que ha sido adoptada.

Esperamos a que volviese Isabel y como ésta nos vio con cara de circunstancias, comprendió, enseguida, que allí estaba pasando algo raro.

ISABEL- ¿Qué les pasan a ustedes?.

Yo no quería dañar su susceptibilidad; pero la tenía que decir la verdad y no ocultársela para nada, ya que era trascendente para las buenas relaciones entre nosotras dos, Isabel y yo.

JUANA- Isabel, siéntate.

ISABEL- Yo. . . Yo lo he hecho. . .

No sabía lo que podría haber hecho Isabel, pero lo cierto era que no me interesaba, por ahora, nada de lo que Isabel podría haber hecho o dejara de hacer; ya que tomaba cierto aire de prioridad el informarla a Isabel de quien era yo, por lo tanto la corté en su devaneo.

JUANA- Isabel. . . Escúchame, que esto es muy importante para nosotras dos.

ISABEL- Tú me dirás.

JUANA- Nada más que entraron tus padres en ésta casa los conocí de inmediato.

ISABEL- Sino los has visto nunca.

JUANA- Sí que los he visto, por lo menos, otra vez: Cuando te di a ti en adopción.

Y como aquello se lo había dicho a bocajarro la cayó a mi hija Isabel como un garro de agua hirviendo encima e hizo una mueca con la cara como de darla algo al escuchar aquello sin preparación alguna para su persona, no hubo preámbulo en la forma para hacerla saber con más detenimiento en la situación en que se encontraba ésta.

No se calló redonda al suelo de milagro, pues mi papá salió corriendo y la cogió de los hombros sentándola en una silla, en el mismo salón.

SEVERINO- Isabel, hija; reponte.

ISABEL- ¿Cómo quiere usted que me reponga, con dicha noticia?.

SEVERINO- Teniendo templanza, hija.

El padre de Isabel, todavía no había dicho una sola palabra cuando se levantó del asiento donde estaba y yéndose para Isabel la quiso consolar con unas palabras de amor de padre.

EUSEBIO- No te martirices, hija; pues en la vida hay cosas que se las debe hacer frente tal y como vengan. Sabes que tu mamá y yo te hemos querido mucho y te queremos cada día mucho más.

Isabel miró a su papá como un poco consolada por aquellas palabras que la había dirigido su papá y tomando aire en los pulmones, como queriendo vivir en la vida con dignidad y queriendo aferrarse al estado amínico en el que se encontraba para no decaer más en ese momento abrió la boca para expulsar de su concavidad palabras de agradecimiento hacia su papá.

ISABEL- Gracias papá, te lo agradezco en el Alma; pues usted sabe bien lo mucho que les quiero yo.

Y diciendo esas palabras Isabel se dirigió a mí con los ojos llenos de lágrimas y de sorpresa a la vez.

ISABEL- Ahora quiero saber lo que piensas tú , Juana.

JUANA- Te he tenido como mi cuñada, que es lo que eres hasta ahora; pero de aquí en adelante te tendré, también, como mi hija a la que no he olvidado ni un solo día.

ISABEL- Son palabras de consuelo para mí, Juana. ¿pero nunca te he oído hablar de tu hija Isabel?.

JUANA- Esas cosas se sufren en secreto y no se molesta a ninguna persona ajena.

ISABEL- ¿Pero nunca lo sospechaste?.

JUANA- Nunca sospeché, ni por lo más mínimo remota idea, de que tú fueses mi hija Isabel.

ISABEL- Pero ahí está mi apellido: “Darjo”.

JUANA- No he tenido ocasión de saber tu apellido; pues el único día que me pude enterar de el fue en tu boda con mi hermano Paco y no entré como testigo en la sacristía.

ISABEL- ¿Y tus papás?.

JUANA- Tuvieron bastante con asistirlos los invitados a tal evento; ya que mi mamá, si firmó fue sin haber leído nada,¡vamos!; como una autómata.

Pareció convencida Isabel de la explicación que la di; pues sin pensarlo se vino hacia mí para darme el mayor de los abrazos que nunca he recibido yo de mis hijos.

ISABEL- ¡Juana!.

JUANA- ¡¡¡Hija!!!. . . ¡Ay!.

Y fundiéndonos en un abrazo interminable, ya que duró como dos minutos, se nos caían las lágrimas al suelo.

Al ver aquellos los padres de Isabel, también lloraban y hacían aspavientos con las manos de no poder sujetar el dolor que tenían en su Alma metido por aquel acontecimiento.

Pero poco me duró aquella alegría a mí, ya que cuando salí a la calle me estaba esperando Martín para comunicarme algo que no sería de mi agrado y mucho menos en esa hora de ensueño para mi persona.

JOSÉ- ¡Hola!, señorita Juana.

JUANA- ¡Hola!, señor José.

JOSÉ- Como usted puede ver la estaba esperando para comunicarla algo, que sí puedo hacerlo, dentro del operativo que hemos montado.

JUANA- ¿Y ese algo, qué es?.

JOSÉ- A su hermano le estaban ayudando para almacenar todas clases de objetos no comprados.

JUANA- Ya lo sé.

JOSÉ Pero lo que no sabe quién es.

JUANA- Y usted, José, me lo va a decir ahora.

JOSÉ- Su cuñada.

JUANA- ¿No me diga?.

Y en aquel preciso momento me tapó la boca con la mano para que no dijese nada; pues estuve a punto de soltar algo que luego me arrepentiría a la vez.

Dimos unos pasos , hacia adelante, por la calle como queriendo saber lo que pensábamos los dos, el uno del otro sin conseguirlo.

La intuición de José era enorme ; por lo tanto él esperaba a que yo le dijese algo que no supiese, pero a la vez que no me comprometiese mucho a mi persona; ya que los que tenían que investigar el caso eran ellos, la policía.

JOSÉ- Si me tiene que decir algo, que no la comprometa mucho a usted, dígamelo ahora; pues es por el bien de su cuñada.

JUANA- Mi cuñada, y agarrase, resulta ser mi hija.

JOSÉ- ¿He oído bien?.

JUANA- Ha oído perfectamente.

JOSÉ- ¿La hija que cedió al matrimonio Darjo?.

JUANA- La misma. ¿Pero usted cómo sabe eso?.

JOSÉ- ¡AH!, se siente.

Un poco más estuvimos hablando José y yo de cosas intrascendentes, no queriéndonos meter mucho en el meollo de la cuestión para no despistar la investigación hecha por la policía.

Cuando llegué a casa me estaban esperando los papás de Isabel con idea de que yo les hiciese ver la Ciudad tan bonita en la que se encontraban y así lo hice; pues los llevé por calles señoriales y las mejores calles de los Austria en aquellos tiempos de gloria para ellos. Y cuando nos cansamos los llevé al museo de cera al que no habían visto nunca, asustándose un poco la mamá de Isabel, la señora Josefa; cosa que al padre le venía bastante grande dichas figuras al saber que eran de cera, pero yo le veía como con un cierto grado de desconfianzas hasta el punto de que cuando vio respirar a una figura representando un actor se le vio palidecer y eso que demostraba mucho coraje viendo aquellas figuras de cera.

Cuando salimos de allí no quisieron ni probar un refresco ni un bocado de nada, solamente querían llegar pronto a casa y descansar, que como ellos decían: Ya habían visto demasiado por aquel día.

Al cabo de un rato me llegó Isabel muy apurada por ver la cara que estaban poniendo sus padres, una vez que habían llegado a casa.

ISABEL- ¿Qué los has hecho a mis papás?.

JUANA- ¡Bonita pregunta!. Yo no los he hecho nada, solamente ha sido que los he dado un paseo por las calles señoriales de ésta Ciudad y luego los he llevado al museo de cera.

ISABEL- Me lo había imaginado.

JUANA- ¿ Por qué?.

ISABEL- Porque se los ha quedado, a mis papás, la cara de cera de lo embelesados que están recordando algo.

JUANA- ¡Pues eso!.

ISABEL- ¿El qué?.

JUANA- Que recuerdan al museo de cera.

No quise decir nada más para no liarla y decidí marcharme yo sola a mi cuarto, pero detrás me siguió Isabel; ya que como recordarán, era su cuarto también.

Con todo y eso no dije nada más y me eché sobre la cama pensando en lo feliz que sería si mi hija Isabel no estuviese complicada en dichos actos delictivos.

Pero de pronto hubo una mano que tocándome el hombro me hizo bajar del Olimpo para pisar el suelo, en ésta tierra en la que vivimos; ya que yo

me estaba sintiendo flotar en medio de una nube de algodón y bastante reconfortable a la vez.

ISABEL- Juana, te he visto hablar con el subinspector.¿Lo sabes ya?.

JUANA- Lo sabía de antes, pero ten en cuenta que tu marido es también tu tío.

ISABEL- Tengo mucho menos edad que él.

JUANA- Lo hubieses pensado antes.

Todo quedó ahí, pues yo me di media vuelta como queriendo descansar y mi hija, Isabel, me reforzó mi voluntad para que yo descansase algo; ya que habíamos pasado un día muy ajetreado en cuanto a las historias que se han estado contando.

Desde ese mismo instante tenía el corazón dividido y no sabía qué camino escoger: Si el de mi hermano o el de mi hija Isabel, en caso de que viniesen mal dadas.

Y por supuesto, que vinieron mal dadas para mi hija Isabel; ya que al parecer tenía una trama con un grupo de gentes para agenciarse las antiguallas sin facturas y claro, que aquello era un delito mayor.

JUANA- ¿Entonces mi hermano no tiene nada que ver en el asunto?.

ISABEL- ¡Pues claro que no!.Ha estado callado para no dañarme. Él sabía bien por donde venía el mal, y el mal era yo que estaba empleando

todo el interés del Mundo para que se llenase de dinero cuanto antes, pero con malas formas.

JUANA- ¿ Pero ni IVA ni nada?.

ISABEL- ¿Cómo quieres que extendiera IVA, si todo eso era un expolio hecho a cada casa que se arrimaban mi personal?.

JUANA- Bonita palabra la que empleas en un hurto.

No tardaron en llamar a la puerta yendo yo abrir para encontrar en ella al Inspector Sánchez y a mi amigo José. Venían a por Isabel para que explicase en comisaría delante del señor comisario algo que él tenía que saber de inmediato. Y más de inmediato me preparé yo, arreglándome todo lo mejor que pude, para irme, también, a comisaría; pues de seguro que Isabel permanecería retenida en dichas dependencias.

Cuando llegué a comisaría ya estaba declarando Isabel delante del señor comisario y al terminar dicha entrevista la entraron en unas dependencias de aquella comisaría. Mi intuición no fue en balde; pues aunque pregunté por ella, nadie me daba señales de cuando iba a salir de allí mi hija Isabel por mucho que yo preguntara. Y me tuve que ir sin Isabel a mi casa; pero cuando llegué sin ella se formó un revuelo en mi casa y, menos mal que ya se habían marchado los padres de Isabel, que si no hubiese sido peor, ya que mis papás no sabían lo que hacer de nerviosos que se estaban poniendo. Pero cuando vieron a mi hermano Paco a parecer por la puerta de

la casa, eso era ya otra cosa; ya que saltaban de alegría, no sin olvidar a Isabel.

ANDREA- ¡Qué alegría, hijo!.

SEVERINO- Venga un abrazo, hijo; que me tenias muy preocupado. Pero eso sí: Siempre he confiado en ti.

PACO- Lo esperaba de ti, papá.

ANDREA- Ahora hay que ayudar a tu esposa Isabel.

PACO- Déjamelo a mí, mamá.

Esperábamos eso de mi hermano Paco; pues quería mucho a su esposa Isabel y desde luego lo teníamos bastante claro de que sí iba ayudar a Isabel, lo malo sería explicar a mi hermano Paco lo de Isabel. No nos atrevimos hacerlo aquel día por no desequilibrar más el estado anímico de mi hermano Paco y yo salí de casa aquel día con la idea de ir a visitar a mi cuñada Felisa, pero antes de llegar a casa de mi hermano Carlos me abordó, en plena calle, José con idea de querer saber más sobre el tema; pues lo hacía de una manera no oficial, ya que me quería convidar un refresco en una cafetería que había allí cerca. No vi yo eso ni medio bien, que un amigo, por policía que fuese, me quisiera sonsacar algo de mi hija, de mi cuñada Isabel.

JOSÉ- La invito a un refresco.

JUANA- Gracias, pero tengo prisa por llegar a casa de mi hermano Carlos y hablar con mi cuñada Felisa.

Me pareció mejor decir la verdad y no confundir a José, que a mi simple parecer ya estaba él bastante confundido conmigo.

Éste me cogió el descaro con el que le había saludado y el disgusto tan enorme que tenía por venir averiguar cosas de mi familia en vez de allegarse con confianzas de amigo; pero se tiene que dar cuenta una que ante todo era policía y tal vez habría venido como emisario de dicho cuerpo a mi persona y nunca como amigo verdadero.

Nada mas que entré en casa de mi hermano, mi cuñada Felisa me echó los brazos por los hombros dándome el mayor de los abrazos, un abrazo intenso y sintiéndolo de verdad.

FELISA. ¿Qué está pasando?.

JUANA- Creo que ya lo debes saber tú.

FELISA- ¡Vaya con la chica!. . . ¡AH!.

Mi cuñada Felisa se quedó cortada al dar un vocablo despectivo hacia la persona de Isabel; pues al parecer ya sabía la verdad de aquella historia tan rocambolesca a la vez, como era la de una hija encontrada.

JUANA- ¿Ya parece que sabes la verdad sobre Isabel?.

FELISA- Me lo dijo tu hermano Carlos y no lo podía creer por lo extraño del caso, como se ha desarrollado dicha historia sobre tu hija Felisa.

JUANA- Ya sabe que su marido es a la vez su tío.

FELISA- ¿Y qué dice?.

JUANA- Ahora dice la niña que es mucho más joven que él.

Aquello que dije yo a lo último, sobre la juventud, no contestó Felisa; pues a parte Isabel era mi hija y la tendría que aceptar tal y como era: Pues eso; mi hija.

Pasamos una velada agradable aquella misma tarde mi cuñada Felisa y yo hablando de casi todo y a ese casi todo me refiero; a que también hablamos de José, pues mi cuñada Felisa se creía que dicho chico iba de corazón; vamos, que iba de frente. Y al contarla yo a mi cuñada Felisa el mucho interés que tenía por saber de Isabel y que yo se lo dijese, ella misma calló de la burra, como se suele decir, atajando de lleno dicha conversación.

Cuando llegué a mi casa tenía allí una llamada telefónica de un despacho avisándome para que terminase de formalizar del todo la matrícula en la facultad; pues todavía me hacía falta unos impresos y allí que me fui, por la mañana temprano, para entregar dichos impresos, ya que como yo era previsora los había conseguido hacía tiempo. Por aquel entonces había unos señores que pagándolos cierta cantidad de dinero al mes te avisaban de las posibles variaciones que había en la facultad, así como en la sección administrativa de la misma.

Aquella mañana la pasé toda ella en el paraninfo de la facultad y en la sección administrativa de la misma, en una viendo las lista y consultando experiencias con mis condiscípulos y en la otra rellenando impresos y firmándolos a la vez. ¿Y por qué no?; claro que allí podía pasarme de todo y de todo me pasó cuando vi a Martín recorrer pasillos y pasillos de la facultad detrás de una chica, un tanto cojita; pero que a mi simple opinión valía tanto o más que cualquier otra chica.

Aquel chico había entablado amistad con dicha chica y a mí me agradó; pues de esta manera dejaría de recorrer facultad tras facultad para poderse echar novia decente y que le sirviese de protección a la vez, pues él no hacía otra cosa que recorrerse toda las de pendencias de la Universidad, de modo que no le dije nada para no molestar aquella chica que iba con él.

Comenzó el curso nuevo y con el la asistencia a las clases y el relacionarme con mis condiscípulos, que a parte eran los mismos que en el curso anterior, aunque yo diese clases de cursos superiores al que me encontraba en el año anterior; pero como los tenía ya vistos, para mí no había ninguna cara nueva como los he dicho. ¡Poyillos!, poyillos y poyillos ; todos ellos eran de una edad muy inferior a la mía; allí no tendría nada que hacer, con aquellos jóvenes.

La primera clase fue para darnos la bienvenida al nuevo curso; lo malo era que yo no sabía a qué curso de los míos se refería el decano de la facultad, pues unía las asignaturas que tenía de uno con el curso del

siguiente y con eso estaba ya terminando, por así decir, mis estudios universitarios; pues en un curso más me graduaba. Mi papá había tenido razón al decir que yo valía para afrontar dos cursos en el mismo año y desde luego la más asustada era yo, al verme con tanta capacidad intelectual encima de mi persona, como se suele decir.

Como era un hermetismo todo el grupo que tenía mi hija Isabel, no dando su brazo a torcer para nada, no se denunciaban unos a otros, ni contaban el modus operandis de los expolios cometidos en las diferentes casas, el señor juez impuso una multa para mi cuñada Isabel, mi hija, y en unos días la teníamos en casa disfrutando de la familia.

El mismo día que salió mi hija Isabel a la calle nos llevó a mi hermano Paco a casa para que los viésemos a los dos juntos y yo no pude por menos que llamar a mi hermano Carlos y a su mujer Felisa con la idea de preparar a Paco para que supiese la verdad de la vida de Isabel.

Mi hermano Carlos no tardó en llegar, pese a las muchos compromisos profesionales y sociales que tenía en dicho día: Siempre que le llamaba yo acudía de inmediato a mi reclamo. Pero nada mas que Carlos hizo su aparición en casa de mis papás con su mujer, mi hermano Paco comenzó a presentir algo fuera de lo normal; pues ya habían estado en casa de Carlos, mi hermano Paco con Isabel y ahora éste se presentaba allí de improviso, como si nada pasase.

PACO- ¿Qué pasa; pasa algo?.

JUANA- Si tú tienes templanza, no pasará nada.

Al decirle yo eso a mi hermano Paco, éste se levantó como con un resorte en el asiento dando un salto hacia arriba que por poco pega en la bóveda un cabezazo.

PACO- ¡Venga!; decírmelo ya.

ISABEL- Es sobre mi persona.

Isabel ya había cazado la pregunta que se le iba hacer a mi hermano Paco y se adelantó ella para amortizar el dolor de éste en su debido tiempo.

ISABEL- La vida da muchas vueltas y la sociedad también .

PACO- ¡AY!; que me parece me quieres decir algo que yo no sé.

ISABEL- Si tú eres fuerte sabrás que el cambio que se ha producido en ésta casa ha sido para bien.

PACO- Si te refieres al expolio, te diré: Que me ha producido mucho dolor; pero al saber que era para obtener dinero y no como despecho a mi persona, te diré que ya se lo mucho que me quieres.

ANDREA- No va por ahí la cuestión planteada.

JUANA. El tema es otro. Nos hemos enterado de algo que no sabíamos.

Mi hermano Paco se estaba poniendo de todos los colores posibles que hay en el Mundo y como muy nervioso, por eso le tuvo que calmar, una vez más, mi cuñada Isabel.

ISABEL- Yo soy tu mujer.

PACO- Ya lo sé.

Paco abría unos ojos monumentales para mirar mejor a su mujer y con sumo interés por saber de qué se trataba aquella vez la reunión que se había formado en ese día en la casa de mis papás.

ISABEL- A veces te enteras de algo y te cambia toda tu vida.

PACO-. ¡Dímelo ya, por Dios!.

ISABEL- Juana se ha enterado ahora, cuando han estado aquí mis padres.

PACO- ¡Y qué?.

Como Isabel me miraba a mí, yo me eché para atrás como no queriendo hacer caso a lo que se estaba hablando, pero como no me dejaba mirar tuve que entrar en la conversación.

JUANA- Es mejor que se lo digas tú; que lo sepa por ti.

Paco, que había permanecido todo el tiempo de pie, se dejó caer en un sillón del salón como presintiendo algo grave, como si la noticia que le fuese a decir mi cuñada e hija Isabel le tirase para atrás y así fue.

ISABEL- Como tú sabes, fui adoptada.

PACO- ¿Y qué?.

ISABEL- No conocía a mi madre biológica y ahora sí la conozco.

En aquel momento mi hermano Paco me comenzó a mirar como queriendo saber algo que ya intuía él y al no decir yo una palabra al

respecto se movía en aquel sillón de un lado al otro como sino pudiese resistir allí un momento más.

JUANA- Isabel, díselo de una vez.

PACO- Sí Isabel: Es lo que yo quiero; pues esta situación me está haciendo más daño que si me hubieses dicho ya lo que sea.

ISABEL- Juana ha descubierto, que soy su. . .

PACO- ¡Por Dios!.

ISABEL- Cálmate que te va a dar algo.

PACO-¡Dios!.

ISABEL- Pues eso; Dios ha hecho que Juana se enterase de que yo soy su hija.

Al oír eso mi hermano Paco no pudo más y se levantó del sillón como no pudiendo respirar ni un solo instante y como si toda su ira saliese de su cuerpo en aquel momento.

PACO- ¿Pero si eres mi mujer?.

ISABEL- ¡Toma!, y tu sobrina.

Al decir eso mi hija Isabel, todos nos miramos a la cara para soltar unas sendas carcajadas que nos sirvió de escape emocional a todos juntos; y yo creo que hasta mi papá Severino, que era hombre serio, se reía con ganas todo él.

El resto de la velada pasó sin pena ni gloria; pues mientras mi hermano Paco pensaba y pensaba para sus adentros los demás hablábamos de

nuestras cosas sin pararnos a considerar qué le estaría pasando en su interior a mi hermano Paco, que de vez en cuando resoplaba y tomaba bocanadas de aire para poder respirar. Cuando todos se marcharon de casa de mis papás yo me entré en mi cuarto, ya que me volví a encontrar sola, para poder descansar un poco.

Los días sucesivos en la facultad apretaron fuerte en las materias asignadas y no tuve tiempo ni para respirar, según se dice; era mi santo deber hacerlo, pues mis padres se estaban gastando un dinero considerable en mis estudios y a mi simple parecer les estaban ayudando mis hermanos a ello. Yo tenía que tomar conciencia de aquello y no perder el tiempo para nada, ya que mis escrúpulos eran muchos y contradictorios, de que me fuese a divertir en vez de estudiar con ahínco.

Un día tuve que trasladar un ordenador de segunda mano y nada más y nada menos que me acordé de David, el hijo de la planchadora de mi hermano Carlos y allí que me fui de inmediato.

Al llegar a la casa de mi hermano Carlos el primero que vi fue al mayordomo, el señor Curiel, que fue el que me abrió la puerta y preguntándole por David me indicó que posiblemente estuviese en un recado.

Bajé en un periquete a la cocina encontrándome en ella a la señora Petra sola y haciendo un buen estofado.

PETRA- ¿Cómo usted por aquí?. ¡Bienvenida sea!.

JUANA- Es muy amable por su parte, señora Petra; pero a parte de que me alegra verla la vengo a preguntar por David.

PETRA- ha salido para hacer la compra del día. Es un chico obediente.

JUANA- Me alegra saber todo eso; pero es que me hace falta para trasladar a mi casa un ordenador que le he comprado a un condiscípulo.

Se quedó pensativa la señora Petra y como reaccionando de inmediato supo responder pronto a lo que yo la había dicho.

PETRA- David ha llamado a su tío Pepe para que traiga la furgoneta de éste y le ayude al porte de la fruta; ya que es mucha la que hoy hemos comprado. Los señores, su hermano, van a tener visita y tal vez sea como una fiesta de trabajo: Alrededor de veinte personas.

JUANA- ¿Y?. . .

PETRA- Nada más que lleguen la ayudarán a usted en dicho porte.

Y como estaba entreabierta la puerta de la lavandería, yo vi allí moverse a una persona, que al parecer sería la señora Celia y sin avisar me fui derecho a la lavandería. Allí se encontraba la señora Celia trabajando como siempre de bien y de limpia.

No se había percatado de mi presencia la señora Celia por encontrarse de espaldas a mí, pero cuando yo me puse de frente de ella, daba cada saltos que por poco llega al techo con la cabeza de lo alto que daba dichos saltos.

A mí se me empezaron a caer las lágrimas al ver que la señora Celia no podía exteriorizar su alegría con palabras y al verla lo azarada que estaba haciendo gestos para que yo la comprendiese. Y créanme ustedes que nos dijimos, sin hablar una sola palabra, muchas cosas; pero, ¡Ay Dios mío! lo que entendí comprenderla: Su madre, la señora Rosa, había muerto. Y abrazándonos como dos jovencitas a las que le falta la dirección materna nos pusimos a llorar con todas nuestras fuerzas.

José se mostró muy amble y bondadoso a la vez, ya que no consintió que le diese ningún dinero y se ofreció para cuando él hiciese falta en tales menesteres.

Dos hechos trascendentales se iban a producir en mi vida: El uno el hacer el viaje del ecuador de la carrera y el otro el posible trabajo que yo estaba encontrando por aquellas fechas. No podía dejar pasar aquella ocasión y decidí trabajar para poderme costear el viaje del ecuador de mi carrera; que aunque tenía otras asignaturas de otro curso, me eligieron a mí para que los acompañase.

Yo estaba deseosa por saber dónde íbamos de viaje, pues todos los años se iba a un país; unos exóticos y otros menos exóticos y menos alejados del nuestro. Pero por fin, por fin se decidió cual país era el elegido al hacer el cómputo del dinero acarreado para tal acontecimiento: Era Italia; la Ciudad Eterna sobretodo con la fontana de Trevi, vía Apia con el circo romano y

todas las ruinas de aquel imperio de Cicerones y Césares como hay en dicha nación.

Pasamos en dicha Ciudad, capital del imperio romano, unos tres días inolvidables y paseando por sus calles, viendo monumentos y comiendo su comida favorita: Espaguetis.

A la vuelta de aquel viaje, ya en la facultad, nos estaban esperando todos los condiscípulos que no pudieron ir al viaje para saber cómo lo habíamos pasado. Yo se lo expliqué lo mejor que supe a mis condiscípulos todo lo que había visto y, además, exagerando mis comentarios; provocando en aquellos jóvenes un deseo incontrolable de ir en otra ocasión a dicha Ciudad Eterna.

Terminó el viaje, con los comentarios hechos al mismo, y terminaron los primeros exámenes de evaluación para todos los del curso. Yo me saqué nota en las asignaturas que me presenté en aquel curso, menos una, pese a que me encontraba trabajando; pero en algo tenía que fallar, al no poder emplear todo mi tiempo en los estudios, ya que tuve que dejar dos asignaturas para mejor ocasión.

El curso pasó sin pena ni gloria para mí, no hubo variación en mi vida social para nada y como suele suceder, y no es que me escudriñe en ello, tuve que repetir exámenes de una asignatura más adelante. No estaba ni medio conforme con lo que había hecho aquel año con mis estudios; mas seguro que había atrasado un año en mi proyecto de carrera y solamente

pensaba en el gravamen que les había dejado a mis papás con tenerme que financiar otro año más en mis estudios.

Seguí trabajando, pese que había llegado, una vez más, el verano y con el las fiestas estivales; pero yo asistía aquellas fiestas por la tarde, cuando salía de mis tareas en aquella oficina y me iba con mis hermanos a la playa los fines de semana. Tenía que hacer dinero para costearme yo sola mi carrera y algo más; pues posiblemente haría alguna especialidad, aunque eso no lo había comentado con mis papás pero lo tenía en mente sin decir nada a nadie, como les digo.

Un sábado, que me encontraba cansada no fui a la playa y decidí salir a visitar las calles de aquella hermosa Ciudad y no había hecho mas que doblar los primeros números de La Gran Vía, cuando observé a un joven que me miraba fijamente y sin pestañear, pero yo me confié porque solamente vi que su voluntad era eso, mirar y mirar solamente. Pero cuando llegué a su altura se volvió hacia mi echándome el mejor de los piropos que me habían dicho en mi vida: "Si tú fueses marinera y estuvieses en el Océano Atlántico, iba yo montado en los bigotes de una gamba solamente para verte".

Pues créanme ustedes que aquello me encantó, sino fuese por el chico que había echado el piropo; pues parecía un chico rudo, como de no haber pisado nunca una facultad. Pero aquello no me importaba; pues todo el mundo tiene su corazoncito y su sensibilidad en su Alma metida. Yo seguí

mi camino, sin mover el cigoma de mi cara para que no me notase aquel chico que me había gustado el piropo, pero no así él. No le podía dar ilusiones algunas aquel joven, ya que no era mi tipo.

Luego pensé, mientras me dirigía a unos veladores que había allí cerca; que si ese chico, tosco donde los haya, me había lanzado el piropo: Yo no era menos en la forma y en la figura que aparentaba; pues había estado casi toda mi vida sirviendo en casa de mi hermano Carlos y se me había quedado unos andares de "chacha" que no podía con ellos. Y a demás a mucho orgullo; ya que dicho tipo lo adquirí trabajando honradamente.

Mientras estaba en los veladores tomándome un refrigerio, aquel joven permanecía recostado a una barandilla que había dividiendo la acera del asfalto de la calle y con sumo interés me miraba sin perderme ojo alguno.
Yo no sabía qué hacer, si irme de allí con el consiguiente gravamen de que aquel chico me seguiría o por el contrario permanecer allí hasta que se cansase el chico de esperarme. Y como el chico aquel no se cansaba de esperarme, me levanté y yéndome hacia donde pasaban los coches paré un taxis indicándole mi destino: Y mi destino fue "Cerebro", la discoteca que había cerca de la Plaza de España.

Permanecí allí, sin moverme, como una media hora y al cabo de la cual vi a parecer aquel chico rudo, pero con su corazón de oro a la vez.

¡Dios mío!,¡Dios mío!; llegaba con la camisa abierta, viéndosele todo el pecho y con un tipo de chuleo que no podía más el pobre hombre. Llevaba

colgando del cinturón una cadena que se metía en el bolsillo del pantalón, sería algunas llaves para no perderlas: Bonito tipo y hermosa figura para encuadrarla.

¡Tierra, trágame!; no sabía dónde meterme, pues desde un principio me comenzó a mirar fijamente sin perder detalle de mis movimientos. Me salvaron unos chicos conocidos míos de la facultad, de otros curso inferiores al mío, y yéndome para ellos me puse a su vera y como me vieron un poco apurada me preguntaron por las causas.

CHICO- ¿Qué te pasa?.

JUANA- Me viene siguiendo ese chico, mucho antes de entrar en la discoteca.

CHICA- ¿El despechado?.

JUANA- ¿No se si será despechado o no?; lo cierto es que me viene siguiendo desde la calle, ese señor descamisado.

CHICA- No; si en mi pueblo se dice despechado al que no se abrocha la camisa y deja el pecho al aire.

JUANA- ¡AH!.

Eso era otra cosa; pues yo la había entendido algo que no me parecía bien y me estaba guardando, todavía, más de aquel chico.

Decidieron salir conmigo a la calle para que pudiese despistar a mi admirador de aquella tarde-noche. Doblando esquinas, atravesando, a lo

largo, calles y cuando ya los pareció bien me despidieron mis amigos para que yo pudiese seguir mi camino hasta mi casa; pues de taxis, nada de nada en aquellas horas de la noche.

Al día siguiente todavía me acordaba del descamisado de aquel chico y me parecía, en vez de un caso bochornoso, me parecía más bien cómico y trágico a la vez, pero con un tanto de encanto por parte de aquel chico: Si él lo estaba haciendo de corazón y sentía algo por mí.

Me encontraba sola ante los papeles de la oficina y comencé a pensar en los esfuerzos que tenían que estar haciendo mis papás y mis hermanos para sostenerme en mis estudios, unos esfuerzos económicos bastante fuertes. Mi decisión la había tomado hacía ya unos días, cuando terminó el curso y teniéndome que retirar de dos asignaturas; pues si hubiese unido las fuerzas en mis estudios y solamente hubiese estudiado aquellas asignaturas me las llevaba de calle, como se suele decir en el argot estudiantil.

Pues al entregar las notas a mi papá, éste no se lo podía creer; pues él sabía en las asignaturas que me había matriculado aquel año y eso de ver dos asignaturas sin nota, no daba crédito a lo que estaba viendo.

SEVERINO- Hija, algo te ha pasado este año que no sabemos tu madre y yo.

JUANA- Que me ha dado un no se el qué y me he puesto a trabajar para costearme yo misma mis estudios, pero se ve que aunque sea muy lista no puedo compaginar mis estudios con el trabajo.

Mi mamá, que se encontraba apoyada en el quicio de la puerta del despacho de papá sin yo haberla visto, se levantó en cólera diciéndome algo que yo nunca podré olvidar.

ANDREA- Aunque tu padre reviente, te seguirá pagando los estudios hasta tu terminación en ellos.

JUANA- Muy amable de vuestra parte y os lo agradezco a los dos, papás.

SEVERINO- No hija, no lo tienes que agradecer; es nuestra obligación y nuestro gusto y así lo hacemos.

JUANA- No lo hagan ustedes, papás, si es su obligación; yo lo acepto siempre que sea el gusto de ustedes.

ANDREA- Desde luego que sí, hija; que somos gustoso de darte una carrera, cueste lo que cueste.

Me sentía orgullosa de mis papás y me prometí no darlos ninguna clase de disgusto y sobretodo hacerlos la vida un poco más placentera.

Un día llegó un señor a la oficina donde yo trabajaba para hacer una tasación económica muy importante y como no conocía aquella Ciudad me mandó el jefe que le acompañase para enseñarle lo más típico de aquella Ciudad y así lo hice.

El señor aquel era extranjero y con otras costumbres que las mías y enseguida quiso intimidar llamándome de tú y como si ya nos conociésemos desde hacía bastante tiempo. ¡Bueno!, aquello se lo dejé

pasar por si acaso hablase con mi jefe de la hospitalidad que le había dispensado; pero lo que no le dejé pasar fue cuando me quiso coger de la mano en plena calle, como si fuésemos una pareja bien allegada.

Se calmó un poco y en su media lengua del español-castellano me decía que era lo más normal del mundo el que un señor tomase a una chica de la mano en plena vía para no despistarse de ella.

Y para que se quedase quieto le metí en una discoteca y eso fue mi mal que en un momento determinado quiso bailar el hombre:¡Y cómo lo hacía!. Al principio permanecía separado, pero poco a poco fue arrimándose, cada vez más, a mi persona hasta que yo le tuve que poner el brazo entre su cuerpo y el mío no sentándole nada bien aquel señor. Y de vez en cuando, sentado en la mesa tomándonos unos refrescos, me ponía la mano en la rodilla y yo estaba que no podía quedarme quieta en mi asiento moviéndome de aquí para allá, como si tuviese un hormiguero en aquel asiento.

Una vez más me sacó a bailar con tan mala suerte que ya se había tomado varias copas aquel señor y nada más que se vio conmigo en la pista de baile me tomó como si fuese su mujer: Abrazado y bien abrazado para sostenerse de pié y no caerse.

Era una situación desesperada para mí y sin saber cómo quitarme de encima aquel señor tan borde y como hubo una ocasión en la que aquel señor se quiso caer, yo le cogí fuerte de la cintura para que no tropezase

con nada y él creyendo otra cosa me invitó a irme con él a un hotel; pues estaríamos más tranquilos y placenteros a la vez.

Esto ya no lo pude soportar y le di un empujón que por poco rompe la mesa que había al lado al caer sobre ella, pidiéndolos yo perdón a la pareja que había en ella, y créanme que me entendieron.

Aquel señor se puso serio, pero que muy serio, y dando una patada en el suelo me invitó a salir de dicha discoteca no volviéndome hablar ni una sola palabra al respecto en el trayecto que había desde donde nos encontrábamos hasta su hotel y al llegar al mismo se entró en el sin despedirse de mí. Le había sentado mal, pero que muy mal, aquel señor que yo le empujase en la discoteca delante de todas las personas que habían allí. De buena me había salvado en aquella ocasión , en donde una chica se veía desamparada por las fuerzas de un hombre y por la tozudez del mismo al quererla tomar como a su mujer por aquella noche.

Al llegar a la oficina al siguiente día por la mañana me estaba esperando el jefe con cara de desenfado y antes que él me dijese nada le expliqué yo lo que había pasado y en vez de reconocer mi honradez me recriminó por lo esquiva que había sido con aquel señor la noche anterior, reconociendo mis actos; pero no compartiéndolos, ya que estaba la empresa por medio, faltándole decir que estaba primero la empresa. Que una chica trabajadora no debía ser tan cerrada y tenía que abrirse a las nuevas corrientes filosóficas y estar a la última moda en cuanto al trato social se refiere. Y

desde luego me puso en otro sitio más allegado a mis condiciones sociales; ¡vamos!, que me rebajó de puesto.

Pero poco tiempo estuve en el mismo sitio ya que se necesitaba un ayudante de mesa y allí que me fui perdiendo toda clase de categoría; pero por supuesto era mejor para mí, ya que aprendería las técnicas que se dan en dicho sitio. Y desde luego comencé a saber las artes que se daban en aquellas prácticas, comencé sabiendo que en la vida no es todo recto, que hay algunas cosas que se dan con un signo de picardía para que salgan bien.

Donde yo comencé trabajando eran todos jóvenes, tanto las chicas como los chicos y desde luego no era, para ellos, todo el trabajo; que también existía la diversión en el medio de la forma, bien llevada la diversión parece que se divierte una doble.

Unos días salíamos a tomar unos refrescos algún velador y otros íbamos a una discoteca para estirar los músculos, como ellos decían, pero yo me daba cuenta que aquella vida no era para mí; que aunque ellos lo tuviesen todo hecho yo lo tenía que hacer. Pronto empezaría el curso y con el mis estudios y la vida más enclaustrada que esa que llevaba allí. Y para desligarme de aquel ambiente, y como faltaban días para que terminase el verano, me fui con mi hermano Carlos a la playa una semana; pues me dieron permiso en mi trabajo, no pudiendo obtener más permiso al hacer poco tiempo que estaba trabajando allí.

Volví a tomar el pulso aquella playa, aquel pueblo, pues ya lo conocía y como mi hermano Carlos era hombre de paz y no se metía en mucho trajín a penas salíamos de casa. De la playa a casa y así sucesivamente; que paz de espíritu, qué gozo en el Alma y qué descanso en todo mi cuerpo sentí en aquellos dichosos días que pasé con mi hermano en la Playa.

JUANA- Son las fiestas del pueblo.

FELLISA- ¿Y qué?.

JUANA- hay hasta un circo.

FELISA- Diré a la señora Petra que te acompañe, si es dichosa en hacerlo. ¿No sé si a dicha señora la gustará el circo?.

Y claro que la gustaba el circo ; pero fue mas bien para acompañarme a mí, como ella me dijo.

Mi vida transcurría sin pena ni gloria, como pueden ustedes ver; pues hasta que volví a formalizar la matrícula del nuevo curso, permanecí en la playa con un relax de lo más dulce.

Ya estaba alcanzando el último curso, pues me matriculé en una asignatura del mismo y en las restantes que me habían quedado, como así en las asignaturas del curso que iba a dar: No en todas, me matriculé en las que yo creía que podía sobrellevarlas mejor, pues arrastraba otras asignaturas de cursos inferiores, como ustedes saben. Y para celebrarlo me fui con mis condiscípulos a recorrer mesones y a visitar otras clases de diversiones para gozo de nuestros cuerpo; pero cuando nos despedimos,

nos dividimos en los que tomábamos el mismo camino, o estábamos siguiendo el mismo trayecto. Yo me fui con dos chicas, que vivían en mi barrio y atravesando calles, cortando por atajo, íbamos hablando de nuestras cosas hasta que dimos con unas calles que de nada conocíamos, y el caso que sí estaban en nuestro camino; pero que nunca pasábamos por allí por ser unas calles un tanto inferior a las otras en su construcción y en los habitantes de dichas calles, en su manera de ser. Fue tanto así, que sin esperarlo nos salieron tres chicos al paso pidiéndonos dinero, y menos mal que era eso solo lo que nos pedían.

JUANA- No se pongan ustedes nerviosos, voy a buscar en el bolso lo que pueda tener en el.

El chico que estaba más cerca de mí me tiró un tirón arrancándome el bolso de encima.

CHICO- Trae para acá todo el bolso. ¿Qué te crees tú, que somos tontos?.

Yo no diría que aquellos chicos fuesen raros, pero sí diría que eran de condición despistada; ya que yo veía que no valían para la sociedad al tener que tomar el dinero de esa manera. Tal vez me lo parecía a mí, pero lo cierto era que yo no compartía dicha acción con ellos.

El ambiente se estaba caldeando; pues ninguno de los tres se conformaban con el botín que habían tomado de nosotras y todavía pedían

más y más de nosotras, sin saber yo qué querían aquellos chicos le diésemos, si ya les habíamos dado todo el dinero que llevábamos consigo. Una duda me asaltó el cerebro, y sin poderlo remediar imploré por nuestro físico aquellos chicos.

JUANA- No nos hagáis nada. No llevamos más dinero en la cartera.

CHICO- Ya pensaremos qué hacemos con vosotras.

Al decir aquello el joven me dio un poco de reparo; pero enseguida me pude dar cuenta de que no tenían mucha fuerzas en su cuerpo y poco podían hacernos aquellos jóvenes a nosotras tres.

Me calmé un poco al ver en la situación en que se encontraban aquellos chicos y poderme dar cuenta de que no nos tocarían ni un pelo al no poderse estar de pie en plena calle. Miré para algunos balcones y no vi luz en ninguno, aquellos gentes se levantaban temprano y estarían durmiendo en esa precisa hora. Me di cuenta, enseguida, de que nos iba a costar salir de aquella situación y así hubiese sido sino hubiese aparecido el descamisado; el joven que me había seguido, hacía ya tiempo, por las calles de dicha Ciudad y en la discoteca. Era un tipo rudo y con bastantes fuerzas; pues enseguida espabiló aquellos chicos, sin ni siquiera tocarlos, pues solamente tuvo que coger a uno de ellos por los hombros y alejarlo de mí a cinco metros y los otros chicos al ver aquello agacharon la cabeza para salir sin decir nada calle abajo, desapareciendo enseguida de nuestra vista.

Iniciamos el camino seguidos por dicho chico, demostrando sumo interés por ir conmigo; es así que apartó a una de mis compañeras de trabajo para quedarme a su lado. Y a su lado me estaba viendo sin saber lo que decirle, solo le di las gracias por habernos salvado de aquellos chicos tan groseros.

Hizo lo posible y lo imposible por dejarme a mí la última y así fue, que cuando me vi a solas con él pensé en todo y me equivoqué; pues aquel joven no se movió para nada. Es más que me llevaba como a una rosa, no queriendo tocarme para no deshacer los pétalos. En el portal de mi casa, solamente le di las gracias entrándome de inmediato en mi hogar, no queriendo saber nada de aquel chico, tan mal vestido.

Y en mi puesto de trabajo, ¡ay en mi puesto de trabajo!; la que estaba liando una compañera mía por no ser yo profesional en la materia, ya que dicha plaza se tenía que haber convocado y no se había hecho. Ocupaba yo el puesto de una profesional, siendo interina en dichas tareas y claro, erré que erré de dicha compañera; ya que tenía un familiar al que quería meter en cuanto pudiese.

Fui llamada por recursos humanos y se me trasladó a otro sitio, todavía más inferior; pues se me encargó el recuento de todo el material necesario para dichas tareas. Y con todo y eso no me achiqué empezando hacer el recuento del material necesario; pero ahí veía yo una pega, que era el tener que echar más horas de lo normal en dicho recuento y en los almacenes, para poner bien dicho material: ¿Qué hacer en dichas circunstancias?. Lo

pensé bien y pedí el finiquito, cosa que era lo que querían dichos señores para no tener problemas en el medio de trabajo; a parte, que a mí me quitaba mucho tiempo en mis estudios, pues hasta una asignatura la tenía que dejar si seguía trabajando.

Borrón y cuenta nueva en mis estudios; así tendría plena dedicación para poder asistir a clase y estudiar con más ahínco.

En cuanto a mis estudios, las primeras evaluaciones fueron estupendas, sin tener que dejar atrás ninguna materia; pues yo podía con las que me había matriculado. Mis objetivos se irían a cumplir si seguía así; el terminar al siguiente año mi carrera profesional.

Me llamó, un día, José y fui para ver lo que me quería y como habíamos quedado en la Puerta del Sol, yo entendí que era en la boca mas cerca de Carretas, en la central de la seguridad policial y allí que estuve dando paseos de un lado a otro, no sé cuanto tiempo; pero lo cierto era que me estaba cansando andar y de esperar en dicho lugar, ya que José no acudía a la cita. ¿Sería que se había echado otros planes?; o a lo mejor que yo había entendido mal el lugar de espera, cuando le vi aparecer a pasos agigantados y como con un poco de rabia.

JUANA- ¿Qué te pasa?

JOSÉ- ¿Qué que me pasa, dices?.

JUANA- Te entendí que esperase en la boca más cerca de la calla Carretas.

JOSÉ- ¡Bueno!; déjalo, es igual.

JUANA- Tú me dirás.

JOSÉ- Voy recto a la cuestión. ¿Su cuñada Isabel ha vuelto a las andadas?.

JUANA- No se ha movido la pobre.

JOSÉ- ¿Para nada?.

JUANA- Como yo le diga.

Después de invitarme un refresco en uno de los bares que había allí cerca y yo aceptarlo, por si acaso se le escapaba algo; pero qué va, al subinspector de policía no se le escapó nada. Solamente hablamos del calor que estaba haciendo en aquellos días ya que era cosa extraña hiciese tanto calor; pues estábamos metidos en el invierno de lleno.

Me despedí de José e inicié el camino a mi casa a pie y a pocos metros vi a David, el hijo de Celia la planchadora de mi hermano Carlos, que venía de frente por la acera y en vez de esquivarme se dirigió a mí con toda la confianza del Mundo.

DAVID- ¡Ola!; señorita Juana.

JUANA- ¿Cómo tú por aquí?.

Comenzó a llorar aquella criatura y yo comprendí enseguida que se encontraba en un apuro, pero no sabía la clase de problema que él tubiese; por lo tanto le tenía que preguntar aquel chico por su agobio.

JUANA- ¿Qué te pasa, David?.

DAVID- Mi mamá se quemó, el otro día, con el aceite hirviendo de una sartén, ya que la señora Petra se encuentra mala, y está en cuidados intensivos de quemados, en el Hospital.

JUANA- ¿Y tú, dónde vas ahora?.

DAVID- Quería ir al Hospital, pero sin darme cuenta me he bajo en Sol?.

JUANA- ¿Se encuentra mejor, tu madre?.

DAVI D. Si señorita, mi madre se encuentra mejor.

JUANA-. ¿Sabes lo que te digo?: Que tú vete al Hospital y yo me iré a casa de mi hermano Caerlos, así no quedamos las dos partes sin ninguna clase de apoyo. Ya iré al Hospital para ver a tu madre.

DAVID- Hay un problema.

JUANA- ¿Otro más?.

DAVID- Creí que tenía más dinero encima y no llevo nada.

Le di dinero para que pudiese ir al Hospital y quedarse con su madre cuidándola aquel día; pues la hacía mucha falta, sobretodo el apoyo psíquico y moral que su hijo la pudiera dar.

Yo, por mi parte, corrí a casa de mi hermano Carlos para ver en la situación que se encontraba cocina; ya que mi hermano recibía visitas todos los días y claro que ese día no iba a faltar las visitas, pues tenía una y muy importante para él.

Tomé el pulso a la cocina, acordándome dónde estaban los utensilios para el normal desarrollo de un buen preparado en salsas, potajes, freiduría y para hacer un buen refresco o sangría a su debido tiempo, así como un cóctel que valiese la pena probarlo.

Enseguida acudió el mayordomo, el señor Curiel, para ver lo que hacía yo en la cocina.

CURIEL- Como he oído ruido en la cocina, he venido para ver quien es.

JUANA- Soy yo, que me he enterado de lo que la ha pasado a la señora Celia. ¿Y la señora Marta?.

CURIEL- Esta casa no deja a ninguno de sus empleados a su suerte; por lo tanto está en el Hospital para ver la evolución de las heridas de la señora Celia.

JUANA- Yo iré cuando vaya mi hermano Carlos.

CURIEL- El señor ha ido ya, por lo menos que yo sepa, dos veces.

Estaba visto que tenia que ir sola para ver a la señora Celia y como su hijo me dijo, ésta se encontraba mejor; por lo tanto no corría el deber de ir al Hospital cuanto antes.

Y como no había cocinera ni planchadora, pensé a la velocidad del rayo decírselo al mayordomo para que tomase carta libre en el asunto,

JUANA- Hay que buscar cocinera y planchadora de inmediato.

CURIEL- No se preocupe, señorita, que ya me estoy encargando yo.

Era muy efectivo el señor Curiel, y desde luego no iba a dejar aquel problema en manos de ningún otro; así que a poco tiempo sonó el teléfono con idea de mandar una cocinera y una planchadora desde empleo. Yo me veía salvada, pero no por aquel día, en el que tenía visita mi hermano en casa.

¡Y ay qué visita de rango!; pues enseguida tuve que empezar a usar todos los utensilios de la cocina para poder poner los mejores platos que se han visto y un sabor que nunca se ha sentido en el paladar. Hasta el punto fue, que bajando a cocina la señora Marta para dar las mayores felicitaciones a la cocinera se quedó asombrada al verme sudar en dichas dependencias, pues era bastante para mí y para cualquiera aquella cocina como para que la llevase sola una persona.

No quedó ahí todo, que mi hermano Carlos también quiso bajar, por vez primera, a cocina para dar las gracias a la cocinera por lo bien que se había portado y al verme allí de esa guisa montó en cólera contra mí.

CARLOS- ¡No!; esto no puede estar sucediendo. ¿Dime que no puede ser?.

JUANA- Pues sí hijo. Esto está sucediendo.

CARLOS- ¡No puede ser: Mi hermana en la cocina!.

JUANA- Ya ves que está sucediendo. No tenías a nadie y supe que te iba todo en el buen gusto, en el paladar de esos señores, y aquí me tienes; metida en la cocina, sudando a mares.

No se fue, mi hermano Carlos, muy conforme de allí; llamando al mayordomo para que arreglase eso cuando antes, sin saber que aquella premura no se podía dar en dichas circunstancias.

Pero sí se dio la premura en mi nuevo puesto de trabajo, donde yo trabajaba; pues un día me llegó un señor muy bien vestido al puesto de trabajo, ya que había venido a la empresa para ciertos asuntos, arrimándoseme a mí para tratar de un contrato temporal, que tal vez se haría fijo al pasar el tiempo legal deseado.

SEÑOR - No suele pasar.

JUANA - ¿Usted me dirá?.

SEÑOR – No suele pasar, que una persona que destaque, como usted, en los estudios; tenga la misma trayectoria sublime en su trabajo.

JUANA- No llego a pensar el alcance que tiene su descripción comparativa de mis estudios hacia mi trabajo: Mi humilde trabajo.

SEÑOR – Ha sido usted quien ha resulto el problema que teníamos con ustedes.

JUANA – Sigo sin entender.

Aquel señor me miró con cara de circunstancias y con ojos brillantes a la vez, para más tarde hacer un gesto con la mano de sublimidad, e indicarme a continuación algo que me quedó descolocada.

SEÑOR- Somos una empresa nueva, de nueva constitución jurídica.

JUANA - Me alegra saberlo.

SEÑOR- La estoy ofreciendo un puesto de trabajo en nuestra empresa, con la posibilidad de llegar a ser fija en la misma en poco tiempo.

JUANA- ¿En el tiempo legal?.

Aquello lo dije yo con un poco de guasa; pues nadie va buscando personal de contratación sin saber muy bien de quien se trata: ¿O acaso ya sabrían, estos señores quien era yo?.

Pero como me vio dudar, se echó para atrás aquel señor como esperando una respuesta mía; la cual no llegaba. En cambio sí llegó una pregunta que le formulé al pensar yo, con la velocidad del rayo, algún hecho legal dentro de las Leyes Fiscales.

JUANA- ¿Ha qué se dedicaban antes, ustedes?.

Y como aquella pregunta iba con segundas; pero a la vez refortaleciéndome yo en la decisión que podía tomar en cuanto al ofrecimiento de un puesto de trabajo, volvió aquel señor a fruncir el ceño. Dicho señor no salía de su asombro; pero como me quería ser sincero en todo lo que le preguntaba, tal vez para que no hubiese mal interpretación con respecto a dicha empresa, me comunicó los pasos que se habían dado en otro momento económico empresarial.

SEÑOR - Antes nos dedicábamos a la construcción.

Como me había dicho aquello el señor que me estaba recabando para su empresa, se me volvió a ocurrir otro posible desvío de empresas y así le volví a preguntar.

JUANA - ¿Y mucho antes?.

SEÑOR- A productos farmacéuticos.

No había duda: Aquellos señores tenían un montante suficientemente fuerte como para acometer cualquier clase de empresa económica dentro de la legalidad fiscal. Por lo tanto no dudé ni un segundo en contestar aquel señor.

JUANA- Acepto el puesto de trabajo que usted me ofrece; pero tiene que darme tiempo suficiente como para hacerlo saber en la empresa en que me encuentro.

SEÑOR- La damos el tiempo legal.

JUANA- ¡Hecho!.

Pasó el tiempo legal y yo me fui para trabajar a la segunda empresa en la que me habían puesto todo tan maravilloso que al llegar a ella, lo primero que hice fue sentarme en uno de sus sillones, el que estaba libre, según me había parecido a mí.

Allí permanecí media hora sin que nadie me dijese nada, hasta que un señor se acercó a mí y mirándome fijamente, desde los pies a la cabeza, hacía ademanes de parecerle bien. Era un señor entrado en edad, pero que se conservaba maravillosamente.

LUIS – Me llamo Luis y seré su jefe de aquí en adelante; pero tenga la amabilidad de levantarse de ese sillón, que no es el suyo, y acompañarme a mi mesa.

Yo le fui a dar la mano pero él haciendo como que no la había visto se dirigió a una mesa que había cerca de donde yo me encontraba sentada y sentándose en su sillón me indicó con la mano de que mi silla era una que había cerca de su mesa, adjunta con una mesita para mi escritorio.

Me senté en mi silla, de tal manera que le estaba dando la cara y hasta le estaba ofreciendo mis formas, por no tener dónde resguardar mis piernas.

Aquel señor dejó caer un lápiz al suelo y yo con suma amabilidad le recogí para entregárselo con respeto; pero cuando me fui a levantar, una vez que me hube agachado para coger el lápiz, observé, con disgusto, que aquel señor me estaba mirando mis pechos con unos ojos tan abiertos como un molino.

Se levantó, aquel señor, y me hizo escribir una carta, corta pero un tanto afable para el destinatario de la misma, haciéndome de vez en cuando una caricia en mi hombro cada vez que tenía que hacer inflexión en alguna palabra de aquella misiva.

El primer día terminó sin pena ni gloria; pues al darme cuenta de mi situación, no sabía yo qué hacía allí, ya que había decaído en categoría y eso no era lo apalabrado. Pues eso era lo mano, que solamente había habido

palabras en mi precontrato sin saber yo qué cláusulas tendría que firmal al final del mismo.

Y al final del mismo contrato, mi puesto se componía en ser una simple colaboradora, por no decir secretaria de aquel buen señor.

Si poco habíamos hablado en la oficina, cuando llegué a casa me estaba esperando mi hermano Carlos, que había dejado sus deberes en su puesto de trabajo para ver qué bicho me había picado como para cambiar de empresa y trabajar en otra.

CARLOS – Veo que tomas decisiones propias. ¡Eso está bien!; pero si esas decisiones te llevasen a culminar tus estudios con un buen puesto de trabajo. Porque tú seguirás siendo una ejecutiva, dentro de la nueva empresa: ¿Verdad?.

JUANA- No tanto.

CARLOS - ¿Cómo dices?.

Era la primera palabra que pronunciaba en aquel dichoso día, y digo dichoso día porque no sabía dónde me había metido: Y haber cómo decía yo a mi hermano Carlos que había bajado barios escalafones de un solo plumazo; pues ya había firmado el contrato y casi sin pensarlo.

JUANA- Soy . . . ? . .

Mi hermano Carlos esperaba la contestación clara y concisa de qué estaba yo en dicha empresa; pues él creía que sería de ejecutiva y de asesora a la vez.

Yo no sabía como abordar dicho problema; pues aquello estaba siendo un problema para mí, así que abrí la boca de nuevo y por poco no puedo pronunciar palabra alguna, pero en un esfuerzo que hice me salió en el puesto que yo estaba ocupando en aquella empresa.

JUANA- Soy la secretaria de don Luis.

Al decir aquello fui haciendo inflexiones en la voz, para terminar de golpe y porrazo con el nombre de aquel señor; pero al oír aquel nombre mi hermano se echó las manos a la cabeza exclamando algo que yo no comprendía.

CARLOS- Pero:¿Tu jefe es Luis?.

JUANA- Sí.

Al decir aquello se levantó mi hermano Carlos con todos los nervios exaltados y yéndose para la puerta la abrió y al momento se detuvo para pedirme algo.

CARLOS - ¿No habrás firmado contrato alguno?.

JUANA- Lo he hecho.

Al decir aquello, mi hermano Carlos salió de mi casa tirando de la puerta con tanta fuerza que dio un gran portazo. Yo me quede sobrecogida y sin poderme mover, como aterida por las circunstancias; ya que mi hermano Carlos había emitido unas palabras que yo no había sabido descifrar ni comprender bien, pero a mi simple entender aquel señor ; Don Luis; no era de su confianza.

No me quedé satisfecha y llamé por teléfono a mi hermano Carlos para que me explicase lo que él sabía sobre Don Luis.

JUANA- Carlos, hijo, perdóname pero quiero sabe por ti, antes que me entere por otra persona, de las condiciones de Don Luis.

Oí resoplar a mi hermano Calos por el teléfono y cuando se calmó de aquella pregunta que yo le estaba haciendo me contestó sin rodeo alguno lo más fiel que pudo.

CARLOS – Es un hombre pendenciero y mujeriego a la vez. Elige a sus secretarias por sus bustos y sus formas, pero eso sí: Tienen que ser un poco entraditas en edad.

Fue bastante lo que me dijo mi hermano Carlos como para que yo me preocupase del todo; ya que el contrato que había firmado había sido por un año, en vez de tres o seis meses. Aquello estaba siendo una situación un tanto incómoda para mí, no sabiendo yo cómo iba a salir de aquel atolladero en el que me encontraba en aquella empresa, mi nuevo destino.

A la mañana siguiente me fui con gran temor a mi puesto de trabajo, pero pensando una vez más en que yo me debía crear mi destino sola y no que me llevasen de la mano. Aquello me refortalecería en mis relaciones sociales en el trabajo y así estaba viendo cómo era el medio social de un trabajo en equipo.

Aquel día empezó bien; pues don Luis no me dijo nada de extraordinario, ni siquiera me miraba y yo hacía como si no le mirase a él y

así pasó unas horas, hasta que me llamó mi hermano Carlos anunciándome que había obtenido unas notas brillantes en mis estudios, quedando para la tarde en celebrarlo.

Como don Luis me vio muy contenta lo tomó como si yo estuviese a gusto en mi trabajo y así me lo hizo saber.

LUIS – La veo alegre ejecutando su trabajo y eso es que ha tomado el pulso a todo lo que hace.

JUANA- Así es, don Luis.

No le quise contrariar y fui a favor de lo que él decía; pero poniéndome más cómoda en mi silla, de tal manera que don Luis me viese bien.

Nada más que me notó en aquella posición se me vino a mí como un lobo hambriento para dictarme algunas cartas de contenido sospechoso; pues lo que aquel señor me dictaba no era incumbencia de la empresa.

Mientras me dictaba andaba como revoloteando alrededor de mi persona y de vez en cuando apoyaba la mano en mi hombro como en señal de refortalecer sus palabras, hasta que una vez me tocó las rodillas y yo no hice por moverme dando señales de mi misma confianza hacia mi persona.

En una de esas idas y venidas, dando vueltas y vueltas alrededor de mi persona, se echó sobre mi espalda notándole yo toda su hombría. Aquello fue la gota que colmó el baso y dándole un codazo en sus partes nobles le hice temblar todo el cuerpo; pues al parecer le había hecho mucho daño y

tomando un carácter agresivo me mandó que dejara las cuartillas y salió de su despacho como si tuviese mucha prisa.

Al cabo de un tiempo prudencial entró, de nuevo, en su despacho para ordenarme me fuese para quedar a las ordenes de otro señor en los archivos generales. Así lo hice encontrando en dichos archivos a un joven apuesto con el pelo atusado y como con gomina, que más bien creía yo fuese brillantina, cosa que ya no se llevaba.

ALEJANDRO – Me llamo Alejandro.

Y dándome la meno me indicaba a todo aquel contingente de legajos como los que había en dichas dependencias un poco amplias para mi simple opinión.

JUANA – Yo me llamo Juana.

ALEJANDRO – Ya lo sabía.

Supongo que se lo había dicho el señor Luis y como ya se sabía todo con respecto a dicho señor, aquel chico no hizo ni siquiera afán por mirarme y con voz un poco apagada, más bien atenúa, me comunicó lo que yo ya sospechaba.

ALEJANDRO – Hay que bajar todo el legajo de papeles al suelo en unas cajas y después limpiar bien las estanterías y volverlos a poner en su sitio de tal manera que se sepa dónde esta cada uno por su sección y por su fecha.

En vez de enfadarme aquella orden dada por aquel joven a mi persona, yo me estaba poniendo alegre dentro de mí; ya que por lo menos me quitaría de encima a don Luis.

Aquella noche dormí a pierna suelta, como suele decirse, y me amaneció más pronto de lo normal; ya que no pensaba en mis problemas con aquel hombre, estaba ya en otro departamento.

Cuando entré en aquellas dependencias ya había habido alguien allí; o por mejor decir: Estaba alguien y no sabía yo quien sería. Pero de vez en cuando oía un jadeo de garganta con unos alaridos que llegaban hasta el techo.

A mi simple opinión le estaba pasando algo a alguien y tenía yo que ver lo que era para si le podía ayudar. Me dirigí hacia una pequeña habitación que había al fondo y cuando entreabrí la puerta pude darme cuenta que se encontraba aquel joven, encargado del archivo general, con una chica en aquel cuarto. Como no se dieron cuenta de mi presencia, cerré la puerta y me dirigí ha donde había dejado el tajo el día anterior.

Tardaron en salir aquella pareja de jóvenes de aquella habitación, pues entre juego y juego, juraron más de la cuenta; así que salió Alejandro como decaído y sin ganas de trabajar, despidiendo aquella chica con un beso en las mejillas.

No le pregunté nada, no quería saber nada de lo que él estaba haciendo allí con aquella chica o dejase de hacer; así que me limité a mi trabajo y

guardando impresos en unas cajas conseguí quedar libre la primera estantería en aquel día.

Antes de irse aquel chico del trabajo comenzó a atusarse el pelo y la barbilla con definidos gestos de ser un completo engreído de sí mismo. Yo, por mi parte, me lavé las manos y salí de allí con el estómago revuelto: No sabía yo si lo que había visto era mejor o peor que lo que pude ver anteriormente con don Luis.

Al salir de mi trabajo me estaba esperando Alejandro con intenciones de ofrecerme un chollo en algún comienzo empresarial de alguna cosa; que yo, por mi parte, no estaba dispuesta a saber de lo que se trataba; pues no le hacía caso alguno aquel joven. Mi pensamiento se encontraba muy lejos de allí, en la facultad y en mis notas., ya que quería salir de aquel ambiente cuanto antes. Y para que no dijera aquel chico que no le ponía ninguna clase de atención comencé aceptando todo lo que él me decía y hubo un momento que creí comprender lo que me estaba proponiendo. Era un fórmula muy sencilla: Yo comenzaba a trabajar unas horas para un grupo de empresarios y según las horas cobraba unos dos milo o tres mil euros, según las horas que trabajase; pero había un momento en el que yo también tenía que poner dinero. Eso ya me gustaba menos; pues no veía yo claro todo ese tinglado que habían motado un grupo . . . No sabiendo yo de quién se trataba, si de otros jóvenes o menos jóvenes.

ALEJANDRO – Hay que repartir los beneficios: Ya sabes.

JUANA - ¡Bueno!, sí. Ya lo pensaré más detenidamente.

Aquello no le cayó bien aquel joven que alegando su buena honradez me atosigaba para que confiase en él y le hiciese caso. Yo aceleré el paso y demostré cansancio, así como que me estaba esperando mi hermano Carlos en mi casa; despidiéndome de él hasta el día siguiente.

No me corté, pues ni corta ni perezosa, me fui a casa de mi hermano Carlos comentándole la proposición de empresario que me había hecho aquel chico y mi hermano Carlos llamó a mi hermano Paco para consultar con él; ya que Paco era un experto empresario en toda la amplitud de la palabra.

CARLOS - ¿Tú qué opinas?.

PACO – No digo yo que sea el tocomocho, pero sí tenía yo conocimiento de esos movimientos empresariales.

CARLOS - ¿Y qué ?.

PACO- Que si queremos quedarnos sin dinero, no solamente ella, que firme un contrato de ese estilo.

Mi hermano Carlos me miró con cara de pocos amigos y como recriminándome sin palabras; no hacía falta que Carlos hablase nada, lo decía con su vista. Era una mirada penetrante, como con genio y rabia a la vez, queriéndome decir que tuviese cuidado con aquel chico.

JUANA – No preocuparos que no voy a firmar nada.

Aquello que les dije los sentó bastante bien, pues se calmaron los ánimos y comenzaron hablar como una verdadera familia, sacando mi hermano Carlos la merienda.

Pero la que tenía que preocuparse era yo cuando llegué a mi puesto de trabajo, ya que Alejandro se me vino hacia mí con un solo pensamiento y era el quererme hacer socia suya de no sé qué acometida empresarial.

ALEJANDRO - ¿Qué: Has pensado algo positivo de lo que te dije ayer?.

JUANA - Sí lo he pensado.

ALEJANDRO - ¿Y qué?.

JUANA – He decidido no participar en dicha empresa.

Aquel chico cambió hasta de color y se le puso una cara que daba miedo vérsela, tan amarilla y tan colorada a la vez.

ALEJANDRO - Coge el cubo de fregar y la fregona y vete a la otra dependencia y quédala como los chorros del oro.

Me quedé mirándole y sin pensarlo me di media vuelta y me senté en un taburete que había allí mismo, para decirle más tarde algo que le volvió a causar una perplejidad insoportable.

JUANA – Eso no es mi acometida. Yo no friego.

ALEJANDRO - ¿Cómo no: Tú es que no sabes que en el contrato hay una cláusula que pone la conservación y limpieza de las dependencias?.

JUANA - ¿Eso firmé yo?.

ALEJANDRO – Eso firmó usted.

Ahora me llamaba de usted, cuando antes quería, a base de confianzas, sacarme todo mi dinero de una sola vez.

Pues nada; que tuve la mala suerte de barrer y fregar la dependencia que me había dicho aquel joven, tan chasqui vano de inteligencia. Y al terminar de hacer tales tareas me fui al baño, en donde había una ducha para intentar quitarme toda la suciedad de encima; pero antes de entrar en el baño vi coger el teléfono aquel chico y a mi simple parecer era llamando a otra dependencia como haciendo burla y guasa de mi persona.

Pero cuando me disponía a desprenderme de mi ropa, vi como una especie de cabeza asomada a través de un espejo que había puesto en la pared de enfrente, de tal manera que se pudiese ver a la persona que estuviese en el baño.

Ni corta ni perezosa me fui hacia el espejo quitándolo de su sitio y estando conforme de que nadie me espiaba en el baño me di una ducha que me sentó de maravillas, sin que nadie me estuviese viendo; pues a mi parecer aquella cabeza era la de don Luis. Le había llamado Alejandro. Allí todo el mundo se daba la mano para acometer atropellarías.

Cuando salí de mi puesto de trabajo, por la tarde, llamé a mi amigo José con idea de que averiguase algo sobre dicha empresa; no para decirle lo que allí pasaba, ni mucho menos, no fuese a ser que todo estuviese en perfecto orden y dentro de la Ley.

JOSÉ – Aquí me tiene usted.

JUANA – No esperaba menos de usted.

Ahora me llamaba de usted y yo comencé a llamarle de la misma manera, por aquello que la conversación de dos se arrastra para el mismo centro y sitio de entendimiento a la vez.

JOSÉ – La oigo con sumo interés todo lo que usted me diga.

JUANA – Le he llamado para que averigüe usted cómo está constituida la empresa en la que he empezado a trabajar y a qué se dedica .

Al decir aquello de qué se dedica me llevé las manos a la boca como en señal de haber cometido un fallo; pues yo tenía que saber a lo que se dedicaba aquella empresa. No me había repuesto en mi desliz en la conversación, cuando ya me estaba preguntando el subinspector José algo.

JOSÉ – Necesito saber el nombre y lugar social de la empresa.

Al decírselo yo hizo una inflexión con la cabeza como si ya supiese él de qué se trataba; o por lo menos por donde iban las cosas.

JUANA - ¿Pasa algo?.

JOSÉ- No mucha cosa; pues hasta nosotros mismos no sabemos qué derroteros lleva dicha empresa para la obtención de liquidez en sus cuentas; pues a base de que no vende nada o casi nada de sus productos tiene un montante económico bastante fuerte.

JUANA - ¿Y su constitución?.

JOSÉ – Están bien constituida; dentro de la legalidad fiscal y las cuentas con Hacienda lo normal.

JUANA - ¿O sea: Que ya la han averiguado hasta el carne de identidad a dicha empresa?.

JOSÉ- Nunca obramos por nuestra cuenta, hasta que no ha habido alguna queja.

JUANA – Yo no le estoy dando queja alguna de dicha empresa; solamente quiero saber de ella.

JOSÉ – Pero su hermano Carlos si lo ha hecho.

Al oír aquello me quedé asombrada y como sin saber lo que decir; así que abrí la boca para pronunciar algunas palabras sin ton ni son.

JUANA – ¿Van a entrar en la empresa?.

JOSÉ- Nunca montamos un operativo sin orden judicial y después de haber casado los hechos.

JUANA- ¿Qué significa eso?.

JOSÉ – Que tenemos que estar seguro de que allí se ha cometido un delito judicial.

Pensé y pensé a la velocidad del rallo que tendría la mala suerte de ir una vez más al trabajo en dicha empresa. Y cuando llegó la mañana me dispuse para ir a mi puesto de trabajo; pero nada más llegar le hice saber aquellos

señores que dejaba la empresa y en vez de ayudarme, me recibió Alejandro con un genio morrocotudo, por lo que yo le estaba diciendo.

ALEJANDRO- No puede usted dejar la empresa así como así, ya que ha firmado un contrato de un año y lo tiene usted que cumplir: A no ser . . .

Yo vi el Cielo abierto cuando dijo aquel chico, eso de a no ser; que por otra parte no sabía yo a qué se refería.

JUANA . ¿A qué se refiere usted, Alejandro?.

ALEJANDRO – Que usted tuviese tanto dinero como para hacer frente al requerimiento judicial que se le haría en lo criminal; ya que un contrato mercantil especifica la Ley que es lo más sagrado.

A mí me parecía que aquel chico no sabía lo que decía, pero sí lo que hacía; pues se fue de inmediato para consultar con don Luis y al saber éste la verdad me llamó a su despacho.

LUIS – Se me ha informado de los deseos que tiene por abandonar la empresa.

JUANA – Don Luis; haga usted el favor de escucharme.

LUIS – Si yo la escucho a usted, es usted quien no nos escucha a nosotros.

No hice más preguntas y enseguida se me mandó al archivo general para que siguiese poniendo aquellas estanterías bien y en orden, así como lo más limpias que yo pudiese.

Aquel día no se me volvió a dirigir la palabra por parte de nadie y eso que entré en la dependencia pequeñita que había cerca de donde yo estaba, encontrándose en ella aquella chica que era bastante cariñosa con Alejandro. Me fui a casa sin pena ni gloria y al llegar a mi hogar me dejé desplomar en la cama dando unos suspiros que me salían de lo más profundo de mi ser; y menos mal que no se encontraban allí mis papás, porque si no me hubiesen oído.

Aquella misma tarde salí a dar un paseo por las calles, tan bonitas, como las que tenía aquella ciudad, Capital, y en vez de encontrarme con algún ser querido por mí, me encontré con Alejandro que al parecer estaba apostado detrás de una esquina por donde yo iba a pasar.

JUANA - ¡AH!; no le había visto.

Me había hecho la despistada para no causar asombro en aquel chico; ya que me tenía, por poco más o menos, como una ignorante.

ALEJANDRO – Pues ya ve usted que me encuentro aquí mismo, delante de usted.

JUANA - ¿Y qué: Dando un paseo, verdad?.

Lo que yo quería que se fuese pronto y al decirle eso me cogió la indirecta afirmando, una vez más, que se encontraba allí sin más ni más.

ALAJANDRO- Ya la he dicho que me encuentro aquí; pero si yo tengo que ir a cualquier sitio voy.

No sabía lo que decirle en aquella ocasión, no fuese a ser que si yo le dijese que estaba yendo a un sitio determinado se apuntase él; así que lo pensé y lo pensé rápidamente y así salió.

JUANA – Yo estoy yendo a mi casa.

ALEJANDRO - ¿Pero si su casa está ahí mismo?. Se está viendo el portal desde aquí.

JUANA – Voy a una farmacia para comprar un calmante para mi papá.

ALEJANDRO – Que por otra parte se encuentra fuera de casa.

JUANA -¿Cómo dice?.

ALEJANDRO – Que su padre no se encuentra en su casa en estos momentos.

Se las sabía todas aquel chico y a mi simple entender era que me había seguido aquella tarde hasta mi casa y apostándose en el recodo de una esquina esperó hasta ver todos los movimientos que hacíamos en casa: Las entradas y las salidas.

Pero cosa rara; aquel chico, sin volver a decir ni una sola palabra, dio media vuelta y se alejó de allí lo más rápido que pudo quedándome yo como quien ve visiones.

Volví a temer la llegada al siguiente día por la mañana a mi puesto de trabajo , pero no ; todo lo contrario ya que fui llamada a secretaría con el motivo de que firmase, si yo quería, el finiquito, cosa que me cogió descuidada y no sabía por dónde venia tal pretensión.

Como tuvo que ir al archivo general para recoger unas prendas que yo tenía allí, cuando limpiaba, me vio la amiga de Alejandro parándose frente de mí.

CHICA - ¡Ala!; vete con tu amigo José.

Me lo dijo todo, aquella chica me dijo lo que yo quería saber y era que salvaguardando los intereses de la empresa, aquellos señores me dejaban ir; no fuese a ser que yo averiguase algo y se lo comunicase al subinspector.

Era indudable de que aquella empresa tenía algo que ocultar y no era poco; ya que por un simple escarceo policial se habían achicado de esa manera.

Y como me fui a casa, cuando llegaron mis papás, que se encontraban en sanidad, llamaron a mi hermano Carlos comunicándole la buena nueva de que yo me encontraba en casa con el finiquito de aquella empresa. No tardó en llegar a casa mi hermano Carlos y detrás de él mi hermano Paco, alegrándose totalmente de mi liberación en aquella empresa. Pero miren ustedes por donde, se me había olvidado en la empresa una carpeta la cual me iría hacer falta para llevar mis libros a la facultad, teniendo que volver a la mañana siguiente a dicho empresa para recabar mi carpeta; pero cuando estaba llegando vi a mi hijo Felipe saliendo de aquella empresa con cara de pocos amigos y a dichos señores como dando unas grandes voces que se oían por los alrededores de aquel edificio. Estaban enfrentados el uno con los otros llamándose de todo y aunque dichos señores eran más, mi hijo les

incriminaban para que me dejasen en paz y no se volvieran a meter conmigo nunca más. Lo oí claramente.

Miré hacia un coche que estaba parado cerca la acera, allí mismo, y vi a mi otro hijo, Pablo, mi hijo pequeño, esperando a su hermano; pero cuando su hermano se percató de mi existencia se vino hacia mí totalmente decidido a poner coto a tal tirantez en las relaciones entre esos señores y yo sin saber que mis relaciones laborales habían terminado en la empresa.

Cuando llegué a casa, llegaba más ufana que ninguna otra mujer; pues créanme que aquello que había hecho mi hijo Felipe me había gustado y no sabía yo cómo darles las gracias.

JUANA– Hijo; no sé como expresarte mis sentimientos y mis agradecimientos a tal hecho, por quererme defender.

FELIPE- No mamá; si ya había ido antes mi hermano Florencio para hablar con dichos señores y créeme que no fue de sumo agrado dicha visita.

JUANA – ¿Pasó algo?.

FELIPE – Una demanda judicial.

Me di cuenta que yo tenía quien me defendiera a capa y espada; pues mis hijos eran ya mayores y unos hombres en todo el concepto de la palabra; hasta el punto que yo los había visto con sus respectivas novias y no los había dicho nada, por respetarlos, ya que ellos tampoco me habían dicho una sola palabra al respecto.

Un día cuando llegué a casa, después de dar un paseo por las calles de la Ciudad, ya oscureciendo, se encontraban allí todos mis seres queridos. Yo no me había percatado de que la causa principal era mi persona, por lo cual se encontraban allí toda mi familia.

SEVERINO – Hija, toma asiento.

JUANA – Sí, papá.

Tomé asiento en una silla y esperé a que mi papá o alguien comenzase hablar de algo o que se me indicase las pautas de aquella reunión. No tardaron en resonar en aquel salón las primeras palabras dadas por mi papá; pues los demás hijos le respetaban.

SEVERINO– Hija: Esta reunión es para tratar de tus estudios; pues todos sabemos que esta vez no ha podido ser el paso a tu tesis, ya que te ha quedado una asignatura.

JUANA – Pero sí la puedo comenzar a preparar.

SEVERINO - ¿Eso se puede hacer?.

CARLOS – Siempre que haya un catedrático interesado en dirigir a Juana a sabiendas de que no se puede presentar hasta el otro año.

PACO – Mal te ha venido el cambiarte de empresa, hija. Piénsalo otra vez con más detenimiento.

JUANA – No te falta razón, hijo.

Tendría que dejarme llevar en mis estudios y en mi trabajo; ya que como pude ver estaban los montes llenos de cardos. Sería mejor dejarme llevar de la mano de mi familia, que ya sabían de eso bastante.

Se me volvió a readmitir en la primera empresa en la que estuve, anterior a las otras dos, y se me hizo un recibimiento asombroso por parte de mis compañeros de trabajo y de todo el grupo administrativo. Se me reivindicó en mi puesto y volví a tomar la misma categoría que tenía antes en dicha empresa.

La vida me comenzó a reír y yo me veía feliz por todas las formas del Mundo; pues hasta mis papás respiraban con más alegrías y mis hijos me veían con otra perspectiva dentro de la vida social: Todo lo que me rodeaba era maravilloso para mí.

Una vez más nos fuimos a la playa con mi hermano Carlos, y yo volví a entablar amistades con el tío de David, con José que veraneaba en aquel pueblo costero como turista, pero estando alegre en dicho pueblo.

JUANA - ¡Ola!, José. ¿Cómo te encuentras?.

JOSÉ – Me encuentro perfectamente: ¿ Y tú?.

JUANA – Ya ves que estoy bien.

El saludo que hice a José no fue de lo más cordial que se esperaba; pues no sabía yo, al cabo de tanto tiempo sin tomar sus relaciones personales, si José seguiría siendo el mismo y no me equivocaba, pues José seguía siendo

el mismo en sus relaciones personales; con el mismo carácter alegre que cuando yo le dejé en sus relaciones profesionales.

Fui con idea de ver a David al jardín de la casa y aquel joven no se encontraba allí, pero como esperé por sus alrededores pronto le pude ver aproximándose a la casa y cortándole el paso le hice parar para que me atendiera en mi conversación.

JUANA – David; hoy he vuelto a saludar a tu tío José y le he encontrado lo mismo que siempre.

DAVID - ¿Qué quiere usted decir?.

JUANA – Con el mismo carácter alegre.

DAVID - ¡AH!; eso sí. Mi tío siempre se encuentra alegre.

JUANA - ¿Antes sus compañeros, también?.

DAVID – Eso es lo que no sé.

Desde luego no podía saber, aquel joven, si su tío se llevaba bien con todos sus compañeros y si tenía apego a su profesión; pero la cara y los portes de José lo decían todo.

Me di mi primer paseo formal en aquel segundo día que me encontraba en la playa y pude observar que permanecían los mismos chiringuitos que el anterior año, como así los mismos bares y sus calles me parecían más hermosas todavía. Me dirigí a un bar donde yo solía tomarme un café, por la mañana, antes de llegarme a la playa para disfrutar de su ambiente social y del aire puro que allí se respiraba.

Ya estando en el café me di cuenta que el ambiente era enrarecido; no existía el ambiente que había el anterior año, ese ambiente distendido y bullanguero, que hacía saltar a las gentes en lo más profundo de su interior para alegrarse con ello.

Las personas no eran tan alegres como antes, pero eran más sociales; hasta el punto que había dos señores en la otra mesa tomándose unas tostadas y un café y enseguida entablaron conversación conmigo. No obstante aquella conversación parecía como esforzada, como si en ella fuera algo fundamental que yo no sabía muy bien descifrar.

Pronto descifré el carácter fundamental de aquella conversación y fue en una sola palabra: "Socios". Aquellos señores querían socios par no sé yo qué clase de negocio me estaban proponiendo en aquella hora temprana y cuando yo me estaba recreando tomándome un café.

Me hablaron de ganar mucho dinero y de poder visitar todo el pueblo y sus alrededores; puesto que yo debía de observar dónde se vendía un piso o una casa..

Como no les hacía mucho caso se despidieron diciéndome: Que me tenían como reserva y que me lo pensase muy detenidamente.

Me dirigí a la playa sin ningún otro pensamiento que no fuese el divertirme en ella y pasar un par de horas agradables, pero al llegar a la playa la vi más bonita y más limpia que ninguna vez. Su ambiente había cambiado y hasta el color de la arena era de otra manera, radiaba más a los

rayos del Sol. Alquilé una tumbona y mercando un periódico me tumbé todo lo largo que era dicha tumbona y allí pasé los mejores minutos de mi vida, sin pensar en nada que no fuese en mi relax.

Cuando llegué a casa tuve una sobremesa increíble con mi familia pues mi papá se encontraba más fuerte que nunca, que era el más delicado de nosotros y mis hermanos con una ilusión de espanto por los logros hechos durante lo que llevábamos de año. Y miren ustedes por donde; que ahí me decaí yo, al comprender que no había sido así para mi persona por mi mala cabeza, pero pensando en positivo me reanimé y pronto participé en aquella alegría como la que tenían metidos mis hermanos en su ser.

SEVERINO- ¿Y tú, hija; no dices nada?. Debes participar en las conversaciones que tengamos la familia.

Mi papá quería que no me marginase yo misma de mi familia, que la quisiera como tal y viese como una piña, con todo el amor del Mundo. Y como una piña éramos todos en compañía de nuestros papás, ya que todos los venerábamos y los respetábamos. Pasó agradable aquella jornada y cuando amaneció yo me dispuse a darme una ducha para poder salir limpia a la calle y respirar el aire puro de su playa.

Como me dio un poco de recelos me fui a otro bar para tomarme mi café y estar despierta en la playa, llegando unos minutos más tarde a la misma playa y haciendo lo del día anterior; o sea: Mercando el periódico y alquilando una tumbona, pero sin poderlo resistir, esta vez, me quedé un

poco traspuesta, como dormida por el cansancio de tanta calor como pasé por la noche, ya que yo era reacia a poner la refrigeración en mi habitación.

Cuando desperté me di cuenta que habían ocupado las tumbones que había a mi alrededor y me quedé más tranquila al no verme sola.

Poco me duró aquella tranquilidad, ya que en un momento determinado se volvió hacia mí el señor que estaba en la otra hamaca para saludarme a su manera y su manera fue preguntarme por si acaso yo había recapacitado en lo que me dijo dos días antes.

Me fui reponiendo del susto que recibí y sin a penas pensarlo contesté en el acto.

JUANA – Sí lo he pensado.

SEÑOR - ¿Y qué?.

JUANA – Pues que no acepto sus condiciones.

SEÑOR - ¿Y eso?.

JUANA – Yo no soy una perra de calle. No valgo para estar fuera todo el día.

Aquel señor hizo una incisión en su conversación al balbucear algunas palabras que apenas se escucharon emitiendo como un sonido de silbido y tomando una bocanada de aire en los pulmones para después explicarse.

SEÑOR– Usted no tiene que andar callejeando absolutamente nada, solamente informarnos de lo que la digamos.

Aquello me sublevó; pues yo no tengo la inclinación para informar de nada y mucho menos de alguien.

JUANA – Yo no valgo para informar.

Se rió un poco aquel señor y con los nervios de aplomo siguió hablándome del asunto que le incumbía.

SEÑOR- No tiene que informar de nadie; solamente indicarnos dónde se vende un piso o una casa y prestarnos su firma.

Peor que peor, querían que fuese un testaferro, que participase en el negocio dando la cara.

JUANA –Mire usted señor: Yo soy una persona educada y se lo digo por las buenas. Yo no valgo para eso.

SEÑOR - ¿Usted viaja mucho?.

JUANA – Algo viajo.

SEÑOR – Pues allí donde vea un piso en venta nos lo comunica y ya nos pondremos en contacto suyo con nuestros abogados.

JUANA - ¿Nada más?.

SEÑOR – Usted verifica la compra del piso y se lleva un dinero extra.

Allí había gato encerrado, por la manera de querer hacer dichas operaciones mercantiles.

JUANA – Y el problema: ¿Dónde está?.

SEÑOR – Solamente hay un problema.

JUANA – Usted me dirá.

SEÑOR- A quien venda el piso tiene que ser de otra ciudad, no del mismo pueblo.

JUANA - ¿Y por supuesto hay ya algún pueblo elegido?.

SEÑOR – Usted misma lo ha dicho.

JUANA - ¿Y eso?.

SEÑOR – Para tener el suficiente personal empadronado en dicho pueblo.

¡Acabáramos!; era un testaferro de un pueblo dicho señor y yo recibiría las bofetadas económicas en caso de torcerse dicha transacción.

JUANA - ¿Y usted, cómo se llama?.

SEÑOR- Es mejor que no lo sepa; cuanto menos sepa mucho mejor.

Aquello me gustaba menos, pues suponía que me daría alguna dirección para comunicarme con ellos y así se lo hice saber.

JUANA - ¿Pero alguna dirección suya tengo que tener, no le parece a usted?.

SEÑOR – La justa: Un teléfono móvil.

Me quedé pensando en lo que aquel señor me estaba proponiendo y de pronto se me encendió una luz en mi cerebro.

JUANA – Por supuesto yo tendré que poner dinero algún día.

SEÑOR – De momento no.

Pensé en mi cuenta corriente y creí que me iban a sacar todo el ahorro que tenía en ella, por lo tanto no dudé en contestar.

JUANA - ¿Sabe lo que le digo?.

SEÑOR - ¿Usted me dirá?.

JUANA – Que me lo pensaré más detenidamente.

Aquella misma noche se lo comuniqué a mi hermano Carlos y éste llamó a mi otro hermano Paco quedando enterado de tales transacciones económicas, y que al parecer se estaban produciendo con suma facilidad en toda la piel de toro. Pues al parecer eran perfectamente legales, pero no dejaban tener su poquita pimienta dentro de un orden económico y de una posible mal visión de Hacienda.

CARLOS – No es eso solamente lo malo, lo malo es:¿Cómo te han elegido a ti para dichos negocios?.

JUANA – Me han dicho que soy reserva.

CARLOS – Es dentro del argot económico; es una palabra que designa un grado de economía sumergida en la que se hunde, como si fuese un saco, todo el capital de dicha persona.

JUANA - ¿Tú crees?.

Me dio un silencio por respuesta; pues lo tendría que consultar mejor, ya que esas cosas nuevas convenía no tratarlas con ligereza, alertándome de otro caso más crucial para mis intereses en el futuro.

CARLOS - ¿No habrás olvidado hacer la matrícula?.

JUANA – Si te quieres creer, que sí lo había olvidado con tanto ajetreo que llevo en mis grandes negocios.

Mi hermano Carlos se echó a reír como dándome moral en mis indecisiones y a la vez fortaleza para saber dónde está lo bueno y dónde comienza lo malo en esta vida social.

No quise que me acercasen nadie a mi Ciudad para formalizar la matrícula de mis estudios, fui sola a mi Ciudad en tren y cuando llegué al paraninfo de la facultad saludé a mis condiscípulos, los que encontré allí en aquella hora, y me dirigí a secretaría de la facultad. Y ahí volví a ver a mi otro amigo Martín, el que recorría todas las facultades para buscar novia.

MARTÍN- ¡Que alegría!.

JUANA – Yo le digo lo mismo; me alegra verle a usted.

MARTÍN - ¿Cómo van sus estudios?.

Martín olvidaba los encontronazos que habíamos tenido y haciendo uso de su gallardía, me saludaba eufóricamente como si no hubiese pasado nada entre nosotros; ya que como recordarán le despedí, en su día, para que fuese a buscar a otra chica que ésta servidora no estaba por la labor. Pero él como si nada, como si no pasase el tiempo y como si fuese ayer cuando nos conocimos; pues hasta me propuso algo de su cosecha.

MARTÍN- Sé dónde hay un local de comidas rápidas.

JUANA – Y yo también.

Se miró a la hora y haciendo un gesto con la cabeza replicó sin cortarse absolutamente para nada.

MARTÍN – Cuando terminemos, va a ser la hora de almorzar.

Yo me quedé mirándole y asombrada en lo que había adelantado en el análisis de las personas.

JUANA - ¿Cómo ha averiguado que estoy sola en la Capital?.

MARTÍN –Al cabo de tratar con tantas chicas, uno averigua todo lo que se le eche encima.

Buen vocabulario, tenía el mismo vocabulario que antes, pueblerino y poco extenso y si me aprietan ustedes se le escapaba, todavía, vocablos altisonantes en forma de palabras groseras o mal dichas.

Se portó bastante bien yendo para el comedor y cuando llegamos a el cogimos nuestros platos para irnos a sentar en una mesa solos los dos.

Hubo un rato en el que no nos hablamos nada, solamente se limitó a mirar a las demás mesas y a observar los gestos de las personas; pero cuando menos lo esperaba yo abrió la boca para emitir un razonamiento, un juicio categórico según su entendimiento.

MARTÍN – Estoy pensando algo.

JUANA – Usted me dirá.

MARTÍN – Usted y yo estamos solos: ¿Verdad?.

JUANA – Tan cierto.

¡Vaya!, ya me esperaba yo una respuesta hecha para nuestro problema social, ya que nos encontrábamos solos y no tardó en llegar aquella respuesta hecha por Martín.

MARTÍN–Yo he pensado que podíamos dejar nuestra soledad uniéndonos los dos en matrimonio.

Le miré a la cara y le vi con ganas de que yo afirmase dicha proposición matrimonial; pero en vez de animarle le intuí para que se pusiera en el medio ambiente donde yo me encontraba.

JUANA – Siempre es bonita una proposición de matrimonio y hecha como usted me lo acaba de hacer a mí, dándole las gracias por ello: Pero lo malo es que tengo cuatro hijos que me llevan la cabeza, mayores que yo.

Al decirle aquello a Martín hizo como un golpe con la cabeza agachándola para el plato y no volvió hablar ni una sola palabra del caso que nos incumbía. Parecía como si Martín se hubiese quedado mudo y sordo a la vez; pues yo le seguí hablando de mis hijos y a mi simple opinión creía que no me escuchaba. Y haciéndole un gesto con las manos para que tomase conciencia de lo que yo le estaba hablando, proseguí mi platica con él.

JUANA - ¡EH!; Martín: Cuatro hijos. ¿Me escuchas?.

¡Qué me iba a escuchar!; si levantándose de pronto no sabía ni lo que decir, alegando un algo sorprendente mirándose al reloj.

MARTÍN - Me acabo de acordar que tengo una cita de trabajo con un señor; usted me va a perdonar, pero tengo que llegar a tiempo a dicha cita.

JUANA – ¡Pero Martín!: ¿Ni siquiera se ha tomado el primer plato?.

No dijo nada más, dejando la cuchara en el plato y saliendo tan deprisa como pudo de aquel establecimiento. ¡Cuatro hijos!; ahí no es nada. Era la mella de su entendimiento, la gota que colmó el baso de la paciencia de aquel señor tan decidido a encontrar pareja fuese como fuese. Yo me quedé sola y tan a gusto que me encontraba si aquella amistad se componía banalmente de un sentimiento no muy profundo.

Cuando salí del establecimiento de comidas rápidas tomé una bocanada de aire en los pulmones pese a estar en el centro de la Ciudad, descansando toda mi ira en aquel aire.

Cuando llegué a la playa todo permanecía igual, solamente que se encontraba un poco indispuesto el mayordomo, el señor Curiel, teniendo que hacer sus funciones el ama de llaves, la señora Marta, alegando un cansancio mayor en toda su Alma; por lo cual yo me ofrecí ayudarla en sus menesteres.

JUANA – La puedo yo ayudar a usted en lo que se aprecie, señora Marta.

MARTA – Yo se lo agradezco, pero usted en su puesto y yo en el mío: ¿Qué diría su hermano, el señor Carlos?.

JUANA – No se va ni a enterar.

La cogí el paño que sostenía en las manos, como arrancándoselo de ellas, y comencé a limpiar lo dorado con sumo cuidado quedándolo más brillante que nunca y eso que no eché ninguna clase de producto par ello.

Los muebles, los muebles era harina de otro costal; pues como yo sabía habían muebles castellanos y valencianos y por supuestos esos muebles tenían un retorcimiento en todas sus patas y en todo su armazón que rallaba lo increíble. Metía el plumero, sacaba un trapo, más tarde con un pincel y no era manera de quitarles el polvo todo lo bien que a mí me parecía.

Terminé agotada aquella jornada; pues por otra parte lo quería hacer antes que llegara mi hermano a casa, ya que se encontraba de visita en casa de unos señores. Aquella jornada vi el mucho trabajo que tenía el señor Curiel, un hombre entrado ya en edad; por lo tanto nada más que llegó mi hermano entablé conversación con él sobre el mucho trabajo asignado al señor Curiel, el mayordomo de la casa.

CARLOS – Te veo llegar a mí como pensativa.

JUANA - ¿Y eso?.

CARLOS – Tú me quieres pedir algo.

Me senté cerca de mi hermano Carlos para apretándole una mano y poderme expresar mejor con él.

JUANA – Te quiero hablar del señor Curiel.

CARLOS – Buena persona.

JUANA – Sí. ¿Pero sabes qué edad tiene ya?.

CARLOS- Van entrando en edad.

JUANA - ¿Y no te parece que sus tareas se le hacen bastante grandes, como para llevarlas solo él?.

CARLOS – Creía que ibas a decir; que se le tenía que jubilar.

JUANA – Dios lo quiera que llegue a su jubilación; pues bastante ha trabajado ya.

CARLOS - ¿Entonces?.

JUANA – Un ayudante.

Mi hermano Carlos bajando la cabeza pensativo y como echando números y cuentas a la vez me indicó algo con los ojos y con un movimiento de cabeza, como que estaba de acuerdo conmigo.

JUANA – Dímelo de palabra.

CARLOS – Está bien: De acuerdo.

Yo me quedé más tranquila, pues el señor Curiel se estaba poniendo mejor de su enfermedad y no era cosa como para una nueva recaída.

Salí del despacho de mi hermano Carlos yéndome a cocina y encontrándome allí a la señora Petra muy atareada.

PETRA – Me alegra verla, señora Juana.

JUANA – Lo mismo la digo a usted, señora Petra.

Me arrimé para ver lo que estaba cocinando la señora Petra, ya que olía muy bien y pude ver que estaba haciendo una paella de las mejores que había; pues había empleado toda clase de mariscos para su condimento y

claro; olía que quitaba los sentidos. Pero cuando miré hacia donde se encontraba la señora Celia, ésta me estaba mirando y haciendo gestos con las manos como en señal de que me aproximase a ella.

Cuando me fui aproximando a la señora Celia, pensé: ¡Madre mía!, es una gran señora y no se puede comunicar con nadie, no puede hablar: ¡Esto sí que da pena!. Y como ya les he dicho a ustedes que en el chalet de la playa se encontraban juntas la cocina y la planchadora, me estuvo observando la señora Petra los gestos que yo hacía con la cara en señal de sufrimiento por ver así a la señora Celia.

JUANA – Señora Celia, me alegro volverla a ver. ¿Y sus hijos, cómo se encuentran?.

Ella me comenzó hacer gestos con las manos de que todo iba bien y que sus hijos estaban estudiando mucho; así la entendía yo aquella señora, por lo cual la transmití mis sentimientos hacia ella y sus hijos.

JUANA – Me alegra mucho de que todos ustedes estén bien; ya nos veremos más despacio en otra ocasión.

Al pasar, otra vez por donde se encontraba la señora Celia, me pareé un momento con ella.

JUANA – No la he preguntado nada por su hijo David, ya que le he visto en estos días.

Me hizo una inclinación de cabeza como que estaba bien y aceptaba la indiscreción de no haberla preguntado por su hijo.

Salí de allí con más pena que gloria; pues el ver a esas dos señoras todo el día metidas en dicha habitación, aunque era amplia, no daba ganas para reír, todo lo contrario.

Me vi fuera del chalet en unos segundos y sin saber dónde ir, pero yo no aflojaba el paso; allí donde me llevaran mis pies, allí iría. Y fui a la playa de inmediato, pero al verme que no estaba preparada para el baño decidí dar media vuelta y ponerme bien en algún chiringuito que hubiese allí cerca. Pero cuando estaba degustando una horchata me llegó David dándome una noticia, que yo a lo primero no le comprendía.

JUANA - ¡Pero vamos haber!: ¿Quién es el que está en el hospital?.

DAVID- La estoy diciendo que se trata del señor Curiel.

Yo di cómo un espasmo y levantándome volví a preguntar a David por las causas que le han llevado al señor Curiel al hospital.

JUANA - ¿Qué le ha pasado al señor Curiel?.

DAVID – Le mandó el médico que anduviera en su recuperación y como no se podía mover bien, le ha atropellado un coche.

Peor me lo ponía David, Pues el señor Curiel estaba ya entrado en edad y un topetazo en el cuerpo le haría mucho daño.

No lo pensé, salí de allí como corriendo y yo vi, en mi desesperación, que David se quedaba para pagar la consumición: Buen chico.

Llegué al hospital como desesperada; pues todos los de la casa queremos mucho al señor Curiel y no era cosa de pasar ese hecho por encima de nuestras espaldas y no quererlo ver.

En la sala de espera me encontré, no solamente a mi familia; pues también estaban todo el personal doméstico: Muy bien, lo primero que pensé que aquello estaba bien hecho, de que todos estuviésemos allí, en aquella hora de desconsuelo para el señor Curiel.

Cuando salió el doctor para darnos el diagnóstico del señor Curiel, todos como una piña nos pusimos alrededor del doctor para oír lo que nos tenía que decir. Y lo que nos dijo, nos sirvió de alivio.

DOCTOR- Les tengo que dar un diagnóstico positivo: El señor Curiel tiene moratones por todo su cuerpo, lo tiene todo el muy dolorido; pero nada más. Ha sido el susto más que los daños.

Aquello que nos estaba diciendo el doctor nos calmó, consolándonos notros solos al ver, los unos a los otros, la cara alegre y risueña.

Lo que le pasó al señor Curiel, fue que al susto que recibió perdió los sentidos de miedo y nada más; pues las personas que vieron el atropello nos dijeron que el coche iba muy despacio y casi frenó en ese preciso momento.

El señor Curiel estuvo en una mecedora reposando unos tres días; pero que al cabo de los cuales, se levantó para hacer sus tareas, pese a la

insistencia que le hacía mi hermano Carlos par que no se moviera y en unos cuantos días más olvidásemos lo sucedido.

Yo me encontraba dichosa por aquellos días y no pensaba en nada que no fuese en pasarlo bien a mi modo; pues los días de playa se estaban terminando y quería disfrutar de ellos a tope.

Un día encontré en una calle un espectáculo ambulante y me arrimé a el para ver los movimientos de los actores, pues era un teatro nuevo y cuando me cansé de estar allí me dirigí a una de las terrazas que hay cerca de la playa para sentarme en un velador; pero cuando lo estaba haciendo, y a punto de llegar el camarero donde yo estaba, vi mi bolso abierto causándome una sospecha irreparable y así fue, pues hurgando en el me pude dar cuenta de que no tenía la cartera y con ella el dinero ni el carne de identidad. Me levanté como si me hubiese acordado de algo mirándome al reloj, pero tampoco llevaba reloj: Me había desaparecido todo lo de valor.

Me fui toda compungida a casa contándoselo a mi hermano y éste no sabía lo que decir; solamente encogía los hombros y hacía gestos con la cabeza de que aquello que yo le estaba contando no le gustaba.

Pensé que aquello lo podía resolver el tío de David y me fui al jardín para ver si dicho joven me podía dar el teléfono de su tío, si acaso no estaba con él.

No tardó en llegar José y confortándome un poco, pues era su acometida, me calmó los nervios y me dijo algo que en sí me vino bien para mi oído.

JOSÉ-Yo la buscaré la cartera en el cuartelillo; pues lo suelen llevar allí las personas que lo encuentran, otras veces lo echan a un buzón de Correos, pero ahí va usted a preguntar por su cartera.

Desde luego se encontraba en Correos mi cartera; pues una vez que di las características me sacaron la cartera haciéndome la pregunta de qué lleva dentro dicha cartera y como yo di detalladamente lo que llevaba dentro dicha cartera no tuvieron más remedio que dármela. Lo único que faltaba en mi cartera era el dinero; pues estaba el carne de identidad, no sabiendo yo el por qué de la pregunta: ¿Qué lleva dentro dicha cartera?.

Como fue mal menor lo que me había pasado, esta vez sí que me senté en el mismo chiringuito de playa que salí corriendo el día anterior al darme cuenta que me había desaparecido la cartera para tomarme una horchata y quedarme totalmente a gusto en éste Mundo. Y como esta vez sí iba preparada para la playa me fui a darme un baño en la misma.

Como eran días estivales de mucho calor estaba abarrotada la playa y yo sin pensarlo dos veces me quité la falda quedándome en el bañador para entrarme en el Mar y darme un chapuzón. Pero cuando estaba en plena faena, nadando a más y mejor, vi un submarino pequeño cerca de mí. Sería algún juguete de un niño teledirigido no haciendo mucho caso de el, hasta que vi otro submarino, todavía, mayor cerca de mí. Ya había dos submarinos navegando cerca de mí y agachándome quise coger al submarino mayor fracasando en la idea; pero cuando hice ademán de no

querer saber nada de dichos submarinos se me presentó el más pequeño cerca de mí, no haciéndole yo ni caso. Hubo un momento en el que me pasó algo por la cabeza, pero no; ya que al mirar para la orilla de la playa vi a un niño con una antena y dejándola allí mismo se adentró en el agua para coger a dicho submarino. ¡Lo dicho!; era un submarino de juguete. No debían vender esos juguetes, pues dan un poco de reparo a la persona que se encuentra cerca de ellos.

Estaba siendo muy ajetreado aquel verano para mí en la playa, ya que los casos se sucedían con un ritmo increíble, detrás de un caso llegaba otro y así sucesivamente; pero en todos salía triunfante, hasta que llegase uno que no pudiese salir con tanto ahínco como con los demás. Así que al pensar en el poco tiempo que nos quedaba en la playa me conformé un tanto.

La sobremesa de aquel día la hicimos toda la familia más unida que nunca; pues había llegado mi hermano Paco y su mujer para pasar los últimos días con nosotros en la playa y aquello fue señal de alegría para todos nosotros; ya que como habrán notado nunca he hablado de mi hermano Paco este año en la playa, ya que no vino con nosotros.

Al terminar el almuerzo salí con mi cuñada Isabel, que a la vez era mi hija, ya que no había excusa alguna para que no fuese mi cuñada, a dar un paseo por los alrededores del chalet.

Miré para Isabel y ésta iba tan ufana y sin pensar en nada, según me parecía a mí; por eso la hice una pregunta crucial.

JUANA – Isabel, hija, ¿tú te acuerdas de mí?.

ISABEL– Sí, Juana: Me acuerdo de ti y tengo unas preguntas que hacerte.

La miré con cara de sorpresa, pero con miedo a la vez, comprendiéndome Isabel mis intenciones y asentando con la cabeza de que haría lo que yo la pidiese y claro que la pedí.

JUANA – Isabel, hija: ¿Por qué no dejamos esa cuestión y la zanjamos para siempre?.

Cogiéndome de un brazo Isabel y apretándomele me dio a entender de que eso era su parecer; pero que tenía un pesar dentro de su ser por no saber qué pasó.

ISABEL – Lo mismo pienso yo; pero compréndeme que quiera saber de mi pasado. Pero si a ti no te gusta hablar de cosas que te vayan a dañar, me lo cayo y no te vuelvo a mentar nada sobre el tiempo aquel.

Y aquel tiempo estaba siendo para mí una losa en mi corazón que no podía yo ni respirar cuando me acordaba de el y me acordaba todos los días de aquellas fechas tan horribles para mí.

JUANA – Gracias, hija, por no querer saber nada de lo que pasó.

ISABEL – Lo doy todo por bueno, sabiendo que mi madre es una persona buena y que si no me pudisteis criar, fue porque no pudisteis.

JUANA – Tienes un fondo bueno; pero que muy bueno.

ISABEL – Siempre quise saber de ti.

Y en esas zozobras llegamos a la playa en donde vimos a la ambulancia llevarse a un bañistas que por falta de entendimiento y de fuerzas le tuvieron que rescatar en Mar adentro: No sé que haría allí aquel chico, pero la opinión del público era; que se estaba preparando para una competición y la competición le pudo costar caro por no tener cerca a su preparador físico.

Se arrimó una señora a nosotras dos con idea de preguntarnos algo que no sabíamos qué sería; pues aquella señora se paró delante de nosotras y tardó en hablar la primera palabra.

SEÑORA - ¿Le conocen ustedes a ese chico?.

JUANA – No le hemos visto la cara.

ISABEL – Yo tampoco.

SEÑORA – Pues pregunten por él, que tal vez le conozcan.

Aquella señora dio media vuelta y despareció de nuestra vista sin que nosotras la pudiésemos hacer alguna pregunta, mirándonos a la cara mi hija Isabel y yo para decidir, por supuesto, preguntar por dicho chico; pero como ya la ambulancia se le había llevado no sabíamos cómo hacerlo.

JUANA– Isabel. Tal vez tendremos que hacer caso a dicha señora e ir ah Hospital para preguntar por dicho chico.

ISABEL - ¿Quién podrá ser?.

JUANA – Eso lo sabremos yendo al Hospital y preguntando por él.

Pensado y hecho; pues nos fuimos para el Hospital y nada más que llegamos a el preguntamos en información por un chico que le habían traído hacía poco tiempo de la playa: Nos dieron dos nombres, uno Jesús y otro David.

Nos miramos a la cara mi hija y yo como asustadas y sin saber qué decir, pero a mí se me ocurrió decir algo.

JUANA – ¿Podemos ver al chico que se llama David?.

ISABEL - ¡Eso!.

RECEPCIONISTA- Todavía no se ha presentado nadie de su familia, porque: ¿No serán ustedes familia?.

Aquella señora llamó a un galeno y éste nos acompañó a la sala de quirófanos y cuando íbamos llegando a ella, estábamos las dos totalmente nerviosas; ya que en vez de llevarnos para que viésemos de quién se trataba a una habitación, nos estaba llevando a quirófano.

GALENO- Se está reponiendo de su mucho esfuerzo y de su estado de caos en el que se encontraba.

Aquel médico era joven, muy jovencito y tal vez estaría allí para dichos menesteres o para hacer prácticas en dicho Hospital; pues su vocabulario en el argot médico no era muy amplio y solamente se entendía él; de modo que entramos en quirófano viendo un joven a todo lo largo era tumbado en una camilla. Nos acercamos a él y efectivamente, se trataba de David. ¿Qué haría allí?.

GALENO- ¿Le conocen?.

JUANA – Sí señor.

Aquel médico nos volvió a llevar a recepción para tomarnos, verbalmente, los nombres y la consanguinidad que teníamos con respecto a David.

JUANA – No se canse, señora; voy a llamar a su madre.

En poco tiempo, no solamente se encontraba allí su madre, sino mi hermano Carlos y toda la familia en pleno; ya que cuando pasa algo a alguien de la casa, sea quién sea, allí acudimos todos de forma fraternal.

Lo malo no fue eso, que cuando llegó David a casa se la oía a su madre, la señora Celia, dar unas voces enormes, emitiendo unos sonidos con la garganta, y como desesperada dándole los reproches de la descabellad idea que tuvo aquel joven.

A mí me estaba entrando vergüenza, pues en casa de mi hermano Carlos nunca había habido una voz más alta que la otra y éste al verme totalmente colorada me intentó calmar los nervios.

CARLOS – Déjala que se desahogue.

No dijo más mi hermano Carlos y poco a poco fueron aplacándose las voces que daba la señora Petra a su hijo David: Creo que nunca más volvería hacer tal fechoría de adentrarse sólo en la Mar.

Y para que no tuviese dudas, cuando le vi sentando en el jardín de la casa a David, me fui para aquel joven con ganas de darle algún que otro consejo.

JUANA – Me gusta que seas deportista.

DAVID - ¿Verdad, que sí?.

En vez de arreglarlo lo estaba estropeando cada vez más; pues a mi gusto no le iba que se metiese en el Mar tan adentro.

JUANA -¿Tú no has visto que a los nadadores que se meten tan dentro del Mar le sigue una barcaza, con su entrenador?.

DAVID- Ahora que lo dice usted, señora Juana, pienso que es así.

JUANA – Pues claro que es así.

Y haciéndole una caricia en la cabeza le despeiné sin yo querer a David y yéndome de allí para no hablar nada más; no fuese a ser que estropease aquel concepto de dudas que tenía dicho joven.

Me fui para llamar a mi hija Isabel e irme de compras o de lo que quisiéramos; pues aquel día era propicio para tales menesteres, encontrándome a mi hija sentado en un sillón en el salón de la casa y como pensativa.

JUANA - ¿Qué haces?.

ISABEL – Ya ves.

JUANA - Te veo muy pensativa: ¿ Qué es eso?.

Mi hija Isabel no contestó y no hizo ni por contestar a mi pregunta y eso que yo soy su madre; pero también su cuñada: ¡Qué barbaridad!.

Comprendí que tenía la obligación de ir a su lado y consolarla en sus dudas; unas dudas que ya sabía yo de qué se trataban, al ser fruto de un abandono en su niñez y no saber quien era su familia; pues antes tomaban el apellido de los padres de adopción, no coincidiendo con los que tenía mi hermano Paco.

JUANA – Cariño, hija. Tú no podías saber quién éramos tu familia, por eso tú no tienes la culpa de nada: Créeme Isabel, que te lo digo yo.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas y en un suspiro exclamó algo que yo no oí bien, por eso no la pude contestar, hasta que en otro suspiro ya sí la pude oír mejor.

ISABEL – Estoy en un mar de dudas.

JUANA - ¿Y cómo es eso, pequeña?.

ISABEL – Tú mi madre y él . . . Él; ¿ya ves?.

JUANA – Sí hija, sí; lo veo y lo acepto. Acéptalo tú también, que no es tan malo hacer frente a los hechos cotidianos de la vida.

ISABEL – Es muy fácil dar consejos.

Aquello me reveló en mi ser y despertando en mí un sentimiento de obligación materno, enseguida la contesté.

JUANA - ¡No!; es más difícil dar consejos que recibirlos. Al recibirlos puedes ser receptiva o no; pero cuando lo vas a dar, tienes que pensar muy

bien lo que vas a decir y cómo lo vas a decir. Tienes que esforzarte mucho para pensar en las palabras y en la forma de decirlas.

No contestó y eso fue lo mejor para mí, ya que cogiéndola de un brazo la levanté del sillón donde estaba sentada y la conduje hacia la puerta principal de la casa, viendo ella que la llevaba de paseo, no poniendo ninguna clase de impedimento para ello.

Salimos a las afueras de la casa, para caminar a ninguna parte; ya que el rumbo que llevábamos era sin dirección alguna, lo mismo nos encontrábamos en la playa como en las calles de aquel pueblo. Así estuvimos un buen rato, casi . . . ¡Bueno!; mejor no decirlo, ya que no me di mucha cuenta de cuanto tiempo estuvimos paseando mi hija y yo por los alrededores de aquel pueblo y pisando la arena de aquella playa, y mejor dicho que nunca pues sin saberlo nos encontrábamos en un camino, que al parecer, y digo al parecer, era agrícola.

Pronto nos salieron al encuentro tres hombres, dos de ellos más jóvenes; pues al parecer el mayor de ellos parecía el padre y así sería.

Nos querían vender tomates y pepinos y como mi hija la gustaban muchos los pepinos yo me atreví a entrar en aquella casa seguida de Isabel, pero pronto nos dimos cuenta que las intenciones de aquellos tres hombres iban por otro derrotero.

Pronto nos vimos reducidas dentro de aquella destartalada casa y al parecer todavía no se conformaban con eso, que nos llevaron a un chamizo

que había allí cerca entrándonos en el y cerrando aquella puerta con unos alambres; pues la puerta era una especie de tablas mal unidas.

¡Qué barbaridad!; cómo olía allí. Pronto me di cuenta que ese olor procedían de un campo de tomates que había allí cerca y como se podía meter la mano por aquel cañaveral, yo alargué el brazo y cogí dos tomates que nos sirvieron de comida; pues ya teníamos Isabel y yo un poco de hambre, ya que habíamos merendado pronto aquel día.

Lo mejor fue, que mi hija y yo no hablamos nada; así no se enterarían de nuestra conversación aquellos hombres, pero en un momento determinado me entregó su móvil Isabel, ya que yo me había olvidado del mío y sin saber lo que hacer con él, me lo guardé en el cinturón de la falda.

Sin esperarlo, se abrió aquella puerta y aparecieron los mismos hombres de antes con cara de no saber lo que hacer con nosotras, cosa que me dio hincapié para hablarle, al que tenía más edad, con franqueza y con fe en mi ser de que nos iban a soltar.

JUANA – Señor: Si van hacer algo alguna de nosotras que sea a mí; pues yo ya he hecho mi vida. Suelten a ésta joven, que viva su vida.

Aquel señor no contestó, se limitó hacerme una indicación con las manos de que no sabía lo que iba hacer con nosotras y a poco tiempo de marcharse de allí aquellos hombres apareció una señora trayéndonos en las manos una buena sopa y algo sólido para que comiésemos un poco, ya que estaba cayendo la tarde y era hora de cenar.

Creí conocer aquella señora; pues había sido una sustituta que había tenido mi hermano Carlos en la cocina, después que se jubilase la señora Rosa. ¡Ahora me lo explico todo!.

JUANA . Señora Sara. ¿Qué hace usted aquí?.

SARA – No son malos.

JUANA - ¿Quiénes?.

SARA – Mi marido y mis hijos.

JUANA – Ayúdenos usted: Haga el favor.

Me miró aquella señora con cara de disgusto y afirmando algo confirmó mis sospechas.

SARA – No puedo.

JUANA - ¿Por qué?.

SARA – Me tendría que ir yo de con ellos.

A poco tiempo se presentaron otra vez más los tres hombres separándonos a Isabel y a mí. Me entraron en una especie de chambao que tenían allí cerca y como vi que aquellos señores eran inexpertos en la maldad, cogí el móvil y llamé a José con mucho disimulo, dándole la dirección y toda clase de señales. Pero en ese preciso momento oí como sacaban a Isabel del otro cañaveral para dejarla ir por su camino hacia su casa, quedándome yo sola con aquellos señores. Pero nada más que hubo doblado un recodo del camino Isabel me sacaron de donde me tenían para

montarme en un carro y salir rumbo a otra dirección un tanto alejada de allí.

Yo me pude dar cuenta, por mi reloj, que habíamos tardado un cuarto de hora en llegar a mi nuevo destino: Una casa destartalada y labriega a la vez, pero cuando vi abrir una trampilla en el suelo me quedé un tanto a la expectativa y desde luego no tardé en saber que aquel receptáculo, en donde me metieron era una especie de búnker hecho para algo que ellos habían pensado. Cerraron la puerta y enseguida se encendieron unas luces un poco atenúas y como mortecinas, pero dejando ver todo aquella habitación y su mobiliario: Una mesa, una silla y un jergón. Pero eso sí: Había paja por todo el suelo de trecho en trecho; parecía como si la alpaca la hubiesen guardado allí mismo.

Cuando me pareció que era ya tarde, pues volví a mirar al reloj, intenté llamar otra vez a José no teniendo cobertura allí dentro, apagando el móvil para que no se gastase la batería.

Las horas pasaban y allí no había movimiento alguno de ninguna otra persona, por lo tanto comencé a dar vueltas alrededor de toda la habitación, hasta que tuve un feliz pensamiento: Abriría el móvil para si valiese de algo. Y al poco tiempo oí como una voces y unas carreras de parte a parte de aquellos contornos. Comencé a dar voces, por si acaso fuese José con los suyos y subiendo las escaleras daba golpes en aquella chapa de la puerta para que me oyeran los señores que estaba fuera.

No tardó en abrirse aquella trampilla apareciendo en ella el grupo de seguridad, quedando liberada por completo y llevándome a mi casa, me recibió mi hermano Carlos con todo el amor del Mundo.

CARLOS – Ya sé que no el personal de servicio es de suma confianza.

JUANA – Tal vez esa señora, Sara, no hizo mas que hablar con su gentes y éstos lo tomaron como suyo todo lo que les decía dicha señora.

Aquella tarde salí a dar un paseo por las calles de aquel pueblo costero viendo en ellas a mi compañera Virtudes, cosa que me alegró; pues ella tenía que saber algo de la matrícula.

VIRTUDES – Juana, me alegra verte.

JUANA – Lo mismo digo; pero más me alegra por saber de las matriculaciones.

VIRTUDES - ¿ De la matrícula?.

JUANA – Eso es.

VIRTUDES – Te dará tiempo hacerla; pues el plazo que han puesto es casi a finales de verano.

Estuvimos tomándonos un refresco y después de hablar de nuestras cosas nos despedimos amablemente las dos con idea de volvernos a ver en la Facultad.

Aquella noche la pasé pensando en la matrícula, en vez de pensar en mi secuestro, y como no podía dormir me fui al salón viendo allí a mi hija Isabel sentada y leyendo un libro.

JUANA - ¿Qué haces, Isabel?.

ISABEL – Leo este libro. No me podía dormir a consecuencia de los incidentes que nos pasaron el día anterior.

JUANA – Igual me pasa a mí.

Después de charlar un rato entre las dos me fui, otra vez, acostar con más cansancio que lo hice antes y por supuesto me quedé totalmente dormida y con un sueño profundo.

Salí por la mañana temprano para tomarme un café, ya que me gustaba hacerlo, en uno de aquellos chiringuitos y a poco tiempo de estar en mi mesa tomándome aquel café, se acercó a mí un hombre bien vestido y con un trato muy correcto, así como hablando perfectamente y sabiendo lo que hablaba.

SEÑOR - Me va a permitir que la deje mi tarjeta de visita, aunque esté feo dársela aquí y mucho menos si no nos ha presentado nadie.

JUANA – No comprendo.

SEÑOR – La conozco a usted muy bien.

JUANA . Yo a usted no.

SEÑOR – Me va a permitir que sea franco con usted; pero al decirla que la conozco, es porque sé de sus notas en los estudios y créame: La necesito en mi empresa: Llámeme. Por otra parte tiene la posibilidad de subir en el escalafón.

JUANA - ¿Y mis estudios?.

SEÑOR – Tiene la posibilidad de trabajar por la tarde en jornada intensiva.

Aquel señor despidiéndose muy cordialmente de mí se dirigió a la puerta de aquel bar desapareciendo su figura en unos segundos de mi vista, quedándome como quien ve visiones. No sabía qué pensar a todo aquella retahíla que me había echado aquel buen señor y si acaso llamar a su empresa, Pero como me dijo él, que cobraría más que donde yo estaba trabajando lo tenía que pensar y por supuesto no lo hice con sumo entretenimiento.

No me paré mucho para pensar si me cambiaba a la nueva empresa; ya que había tenido un ofrecimiento de trabajo mucho mejor que el que tenía, así como la posibilidad de subir en el escalafón.

Sin decir nada a mi hermano Carlos anuncié mi renuncia en la empresa donde yo estaba trabajando y cuando se cumplió el plazo deseado comencé a trabajar en la nueva empresa.

Mi primera sorpresa la recibí nada más entrar en la empresa, pues de una ejecutiva pasé a ser la ayudante del señor contable y hay que ver qué persona tan grosera; pues nada más que me descuidaba ya estaba mirándome para ver si me veía algo. Así que yo estaba todo el día atenta para no enseñar nada.

Un día hizo como que se le cayó al suelo un lápiz y yo me agaché a por el inclinándose aquel señor sobre mi delantera sin cortarse para nada y

cuando tenia que dictarme alguna carta se echaba sobre mis hombros, notándole yo toda su hombría. Claro que yo le ponía recto, huyendo de él y poniéndole mala cara. Parecía como que aquello no le gustaba a dicha persona y así me lo hizo saber una tarde en un comentario que hicimos al hablar de las chicas despistadas en la moral.

ANDRÉS – En estos tiempos la moral se está quedando atrás.

JUANA – Con el debido respeto: No creo que la moral se quede atrás, siempre hay quien la lleva por bandera.

ANDRÉS – Esa bandera tiene más jirones que una regadera.

JUANA – Si se refiere usted a los agujeros, le diré: Que esos jirones, de los que usted me habla, son la fe y la constancia de la persona humana por alardear de su honradez y de su buen estar en la sociedad.

Se levantó y echándome los brazos por lo alto me animaba para que yo fuese más abierta en esa sociedad.

ANDRÉS – Créame: Si usted no se deja llevar por esa sociedad se encerrará en sí y lo pasará bastante mal. No llegará a ninguna parte en concreto.

JUANA – No creo que eso sea como usted dice.

Al oír aquello se desprendió de mí, por así decir, y cogiéndome de un brazo me arrastró hasta el sótano.

Era una dependencia en el que el olor a humedad estaba siendo lo más característico y en donde el material archivado se veía sin clasificar y como puesto en montones sin saber que hacer con el.

Enseguida me quedó delante de un joven apuesto, con gomina en la cabeza; pues aquel chico tenía más brillantina en los pelos que había en los botes.

ANDRÉS – Antonio, aquí te traigo a ésta para que barra y friegue este receptáculo poniendo más tarde bien todos los impresos por orden de fecha y de contenido.

ANTONIO – Está bien.

A mí, al oír aquello de barrer y fregar aquella habitación, se me vino un pronto que no pude callarme por más tiempo y exaltada por el orgullo humano, aunque yo soy sencilla y humilde, formé la de San Quintín.

JUANA - ¡AH!; no señor. Eso de barrer y fregar no lo hago yo.

ANDRÉS – Venga usted luego, cuando termine su tarea, para que vea el contrato que ha firmado. ¡Aquí barre y friega todo "quisqui"!.

Y dándose media vuelta desapareció pegando un portazo descomunal y como la puerta era de hierro sonó todavía más: Como si hubiese sido un mortero.

Aquel chico se dirigió a un cuarto pequeño que había en un lado de aquella habitación oyéndose hablar con una chica.

ANTONIO – Estamos salvados por la campana.

CHICA - ¿Qué campana?.

ANTONIO – La campana de la gloria. Trae el cubo y la fregona que aquí hay alguien que va a quedar más limpio el suelo que los chorros del oro.

Aquello ya no me gustaba nada, pero que nada de nada, y me puse nerviosa por completo; pero como yo no veía a la chica todavía me puse más nerviosa; sobretodo cuando la oí dar un grito de alegría. ¡Y vaya alegría!. Me estaba pasando al igual que en otra empresa.

Cuando me vi en mi casa descansé y no pude dormir aquella noche pensando que a un día le seguía otro y como fuese el mismo trato no sabía yo lo que hacer. No quería decírselo a mi hermano Carlos, ya que no le había consultado para cambiarme de empresa.

Lo peor de todo era el pensar que había dejado un puesto de trabajo superior para caer en las redes de una empresa, que todavía no sabía yo a lo que se dedicaba; pues no se vendía mucho material y allí entraba bastante dinero.

Llegó el siguiente día y con el otros más; ya me estaba aclimatando en la empresa, cuando se me ocurrió dar mi opinión.

JUANA – Señor Antonio: ¿De dónde entra tanto dinero?.

ANTONIO – De la venta de los productos de la misma empresa.

Y enseñándole una factura se le quedó aquel hombre la cara más blanca que la pared, pues la factura no tenía IVA, ni estaba timbrada; pero eso sí, que cuando le enseñé la misma factura duplicada ya tenía IVA y estaba timbrada con su número.

Aquel joven me cogió, enseguida, las facturas y guardándolas me indicaba con la mano de que siguiese poniendo bien todo aquel legajo de impresos.

JUANA - ¿No sé?.

ANTONIO – Es mucho saber.

De inmediato salió de allí aquel joven con una idea metida en la cabeza, pues se le veía pensar mucho, no sabiendo yo dónde se dirigía.

Aquella tarde sí me atreví a consultar con mi hermano Carlos sobre lo que me pasaba y éste sin inmutarse emitió su opinión.

CARLOS – No consultas y te pasa, luego, esto; que no sabes por dónde salir.

JUANA - ¿Qué hago?.

CARLOS – Pide la cuenta cuanto antes y salte de esa empresa. ¡Mira que te van a coger las manos, a ti también!.

Yo veía que cada día que pasaban, aquellos señores estaban más desconformes conmigo y por eso me atreví a pedir el finiquito cuanto antes y para ello les di, si era posible, quince días. No fue necesario esperar

aquellos quince días; pues de inmediato me dieron la cuenta y me salí de aquella empresa maltrecha por su contabilidad.

Mi hermano Carlos me buscó otra empresa en la que se me impondría en todos sus departamentos, pues tenía varias secciones por lo voluminoso de sus productos a la venta.

Primero me vi de ayudante del contable: Un hombre ecuánime y correcto en su trato, pues se preocupaba de mí, si acaso necesitaba algo o estuviese enferma. Pero yo no sabía que aquel señor tan amable se iba a jubilar tan pronto y me nombraron jefe de los contables. Volvía a ser una ejecutiva en una empresa; pero al correr el tiempo me sacaron de allí para que aprendiese las fórmulas del personal y me mandaron a personal; en dónde la mínima queja era del puesto de trabajo y de los jefes.

Todo me iba a pedir de boca, pero al igual que en contabilidad se jubiló la jefe de personal pasando yo a secretaría; pues allí no me podía quedar, ni hacerme frente del negociado de personal: No estaba titulada para eso.

Secretaría, un negociado bonito donde los haya; pues se trataba del conjunto de todos los productos y de las relaciones públicas, y allí que me lancé con una cartera llena de buenas voluntades para los posibles clientes, visitando a las mejores empresas de aquella gran ciudad. Habían señores y señoras que me escuchaban atentamente, pero otros me hacían de menos hablando por el teléfono o consultando datos con su personal elegido por ellos, sus subordinados.

En cuanto a mis estudios, se estaba terminando el curso y yo me veía haciendo las prácticas de mi tesis doctoral, para cuando llegase la ocasión; pues como me dijo el catedrático: Que era mejor empezar cuanto antes con la tesis doctorar, ya que después me costaría menos sacrificios el formular las cuestiones y el trabajo de aquella tesis. Yo trataba de todo lo que había dado en los diferentes cursos; por lo tanto me estaba quedando más ducha, como se suele decir, que cualquier otro alumno. Estaba dando todas las materias ya aprobadas.

Como digo, se estaba terminando el curso cuando una tarde vi, al salir de la Facultad, a mi condiscípula Virtudes, la cual se alegró mucho al verme en la calle y tomando sumas confianzas me invitó a tomarnos algo en un bar que había allí cerca.

VIRTUDES - ¿Y a ti, cómo te va?.

JUANA –Estoy trabajando en una empresa para pagarme los estudios y no me va nada mal, pero que nada mal.

VIRTUDES – No me refiero a eso: Más bien me refería al asunto de los amoríos.

JUANA - ¡OH!, chica; que palabra tan vulgar: Amoríos.

VIRTUDES – Se lleva, ahora, mucho eso.

JUANA - ¿Los amores?.

VIRTUDES – Decir amoríos.

Hubo un tiempo en el que no nos dirigimos la palabra para decirnos algo en concreto, como para expresarnos nuestras opiniones sobre los hombres o sobre las relaciones con ellos. Solamente dirigíamos la vista hacia la calle viendo pasar a los transeúntes por ella, sin otro pensamiento, que no fuera, el estar juntas las dos.

JUANA - ¡Vaya silencio!.

VIRTUDES – Estoy pensando que podíamos ir a una discoteca esta tarde para pasar un buen rato en ella.

Una discoteca, pues allí que nos fuimos estando abarrotada, hasta los topes, toda ella. Lo extraño fue que nada más que entramos en la discoteca nos salieron al paso tres jóvenes invitándonos a sentar en su mesa. Yo hice un guiño a mi amigo Virtudes y ésta comprendió enseguida que no me gustaba aquella idea de sentarme con pimpollos; pues había un chico que no tendría más de dieciocho años.

Nos evadimos de aquella amistad que nos ofrecían los jóvenes aludiendo que queríamos estar solas en la discoteca, no sentándolos muy bien aquellos chicos.

Nos dimos unas vueltas, como pudimos, por la discoteca no encontrando ninguna mesa libere; solamente la de aquellos chicos, que al ser ellos tres nos venía de perilla tomar asiento en ella.

No sabíamos cómo decírselo a los jóvenes de que nuestra nueva idea era sentarnos con ellos, pero en un tiempo determinado y al vernos pasar cerca

de su lado, se levantaron los tres volviéndonos a ofrecer los asientos en aquella mesa. Mi amiga Virtudes me miró, pero como me vio poniéndome bien la falda como para sentarme ella se sentó sin decir una sola palabra; pues se encontraba muy cansada.

Aquellos chicos se mostraban de lo más agradables posibles y de lo más simpáticos; hasta fueron a la barra para traernos sendos refrescos. Poco a poco fue cogiendo, el más joven, confianzas conmigo y se fue arrimando a mí con mucho sigilo, hasta que yo le alerté.

JUANA – Puedo ser tu madre.

CHICO – Pero como no lo eres: La gallina vieja hace mejor caldo.

Al oír aquella obscenidad, yo me levanté y conmigo mi amiga Virtudes saliendo de la discoteca lo antes posible para que no nos siguiesen aquellos jóvenes; pero eso no nos fue posible, teniendo que coger un taxis para despistarlos por completo. Primero le dimos una dirección al taxista y cuando había doblado dos calles le dimos otra; pues aquellos chicos habían oído la dirección que le dimos al taxista.

Nos fuimos a poner bien a un bar donde siempre hay bastantes gentes y en una calle de las más principales de la ciudad. Para mejor señas, nos subimos a la parte superior del bar, en el segundo piso donde hay una barandilla que permite ver a las personas que existe en la parte inferior.

Allí pasamos, las dos, una buena velada hablando de nuestros asuntos, y por qué no: Mirando con el rabillo del ojo para ver si había algún señor respetable dentro de aquel bar que se pudiese relacionar con nosotras dos.¡Qué va!: No vimos a nadie de nuestra incumbencia.

Al cabo de un buen tiempo nos levantamos y haciendo un gesto con las manos nos decíamos, sin hablar, que allí no había pasado nada de nada.¡Qué íbamos hacer!. Sin un hombre que nos acompañase y nos divirtiese un poco, nos fuimos a casa mas solas que la una; y tal vez sería lo mejor que nos había pasado en toda la noche, pues como está la sociedad había sido mejor así.

El tiempo pasaba, fechas tras fechas y meses tras meses, y se estaba terminando el curso para poderme matricular en la especialidad.

Yo había recorrido varios negociados de aquella empresa y había sido jefe de algunos, encontrándome una felicidad y un placer dentro de mí enorme; pero antes de terminarse aquel curso me pasó un caso curioso que quiero contárselo a ustedes.

Un día que salí de clase toda ufana y contenta por las notas recibidas en unos exámenes previos al fin de curso, comencé andar por las calles de la Universidad, pasando facultad tras facultad hasta llegar al Paraninfo de la Universidad, en donde esperé al autobús.

No hice mas que pararme para formar fila en aquella parada de autobús, cuando se me arrimó un señor, con una perilla y traje bien aseado, con

amabilidad en el trato: ¡Vamos!; que parecía de lo más simpático de la vida.

SEÑOR – Usted perdone, señorita.

JUANA - ¿Usted dirá?.

SEÑOR – Éste Mundo ajetreado no es bueno.

JUANA - ¿Usted lo cree?.

SEÑOR – Lo creo de verdad.

Y sin estar en casa, sacó su tarjeta de visita como para invitarme algún sitio, pero como hubo un momento de silencio, yo me empeñaba en oír algo de aquel buen hombre; por lo tanto, ya que él no hablaba nada, le pregunté algo personal.

JUANA – Perdón señor: ¿Usted, cómo se llama?.

SEÑOR – Me llamo Santiago.

JUANA - ¿Y me quiere pedir algo?.

SANTIAGO – Como veo que está interesada en dicha charla, deseo quedar con usted en algún sitio en concreto. Es mejor hablar de este tema más recogidamente.

Le cité, para el día siguiente, en un bar que había cerca de allí y a una hora concreta y a esa misma hora se presentó, al día siguiente, Santiago en aquel sitio.

Claro que antes lo había hecho yo pidiendo un café y sentándome en una de sus mesas, no esperando mucho tiempo hasta que llegó aquel señor con tanta sabiduría en temas de religión.

Nos saludamos cordialmente, sin yo levantarme del sitio; pues era mujer, y enseguida iniciamos una conversación de lo más profunda en temas espirituales y de moral.

SANTIAGO- Así, que la interesa los temas de religión y de moral en cuanto se trate de la sociedad; esta sociedad en la que vivimos.

JUANA – Me habla usted de la sociedad actual. ¿Es que la sociedad que nos ha precedido, a caso, ha sido mejor?.

Santiago se quedó cortado y sin saber lo que decirme, hasta que reaccionó tardó un tiempo en hacerlo.

SANTIAGO – Buena premisa, la que me ha lanzado usted. . . ? . . En todos los tiempos hay sus altibajos y su moral, o por lo menos la manera de entender dicha moral.

JUANA - Y ahora: ¿Cómo se entiende?.

SANTIAGO- No digo yo que se entienda mal: No. Pero hay que llevarla a la práctica.

JUANA- ¿Y no se lleva?.

SANTIAGO - ¿Usted lo ve?.

Agaché la cabeza como tocada por el dardo que aquel señor, Santiago, me había lanzado y sin hablar palabra alguna me encogí de hombros como

para quedar en tablas aquella conversación. No obstante, pensé firmemente en unos versículos de la Biblia.

JUANA – Haz el bien . . .

SANTIAGO – La estoy hablando de hechos cotidianos de la vida.

JUANA – Para eso están las enseñanzas que Cristo nos dejó.

SANTIAGO- ¿He hablado yo algo de religión?.

Me quedé mirándole a los ojos fijamente y me pareció que aquel señor no tenia nada de religioso, más bien parecía un seglar y de lo más vulgar del mundo. No sabía yo cómo atacarle; por qué frente avanzar en la conversación con aquel hombre; por lo tanto sería mejor no seguir hablando más, aquel día, pues no sabía si se lo iría a tomar a bien o a mal; ya que dicho señor no parecía ni una cosa ni otra.

Alegué tener prisa; pues tenía que ir a una cita y se me estaba haciendo tarde, así que me levanté y pagué mi café para desaparecer de allí rápidamente. Aquel señor me parecía de una secta, según mi religión.

Y según mi religión me fui a buscar a un "pater", para que me impusiera en aquellos menesteres y lo único que se me ocurrió fue pedir consejos a dicho sacerdote en el confesionario; por lo tanto me permitirán que me calle lo que se habló en confesión. ¡Eso sí!; salí de allí enterada de todo; ya que la Iglesia elegida por mí, había sido un colegio cerca de la Universidad, y claro: Aquellos sacerdotes estaban enterados de todo lo que se estaba

dando en los contornos de las diferentes facultades sobre el tema de religión.

Salí decidida para no volver a saber nada de aquel señor, y muchos menos de sus enseñanzas, más bien sociales que no de religión.

En cuanto al curso dio fin en aquellas fechas y por supuesto yo había sacado nota de aquella asignatura, preparándome para los tres próximos años. No sé qué haría, si bien o mal al iniciar una especialidad; ya que yo tenía trabajo y estaba recorriendo todos los departamentos o negociados de dicha empresa y estaba siendo una ejecutiva efectiva. Pero pronto comprendí que me debía a la carrera que había hecho y no a una empresa, por más ingresos que tuviese en la venta de sus productos.

Inicié la preparación de aquellos tres años, en donde no tenía subvención ninguna pero a mí no me importaba; ya que yo me gestionaba mi economía por sí misma, y eso que pregunté por una fórmula de cubrir mis gastos, dentro de la facultad; pero me dijeron que en la especialidad no había ninguna clase de ayuda para los estudios.

Tuve que esperar hasta que se formasen las respectivas clases; ya que al parecer ese tema era punto y a parte. Y mientras tanto yo iba repasando todos los temarios que posiblemente íbamos a dar y como yo también tenía que tener una pequeña evasión dentro de mis estudios llamé a mi condiscípula Virtudes.

Mi amiga se presentó donde yo la había citado aquel día y sufrí una decepción con ella.

JUANA - Te veo cansada: ¿Qué te pasa?.

VIRTUDES – El trabajo, que es mucho.

JUANA - ¿Pero estás trabajando?.

VIRTUDES - ¿Qué remedio?.

JUANA – Dime lo que te pasa.

VIRTUDES – No pasa nada; solamente es que en casa no hay muchos ingresos como para hacer frente a una especialización de mi carrera.

Yo me callé no queriéndola dar falsas ilusiones; pero en vez de irme a mi casa me dirigí aquella tarde a la casa de mi hermano Carlos para exponerle la situación que tenía la más fiel de mis amigas.

Mi hermano Carlos me calmó y me mandó a casa con los papás, para que esperase su llamada la cual no tardó en llegar anunciándome el posible trabajo dentro de mi empresa para que Virtudes ocupase un puesto digno y remunerado.

Me faltó tiempo para llamar a Virtudes y al siguiente día nos presentamos las dos en secretaría, mandándonos a personal para que la hiciesen la ficha a mi amiga Virtudes; y así comenzó a trabajar de inmediato en dicha empresa; ya que donde ella estaba trabajando la dieron el finiquito tan pronto lo propuso.

No perdimos tiempo ninguna de las dos yéndonos a la secretaría de la facultad para formalizar los papeles en la especialización de Virtudes dentro de su carrera elegida.

Y para celebrarlo aquel día nos fuimos, por la tarde, a recorrer la ciudad para ponernos bien en uno de los bares que hay en dicha ciudad, y sin saberlo estábamos otra vez en el mismo sitio que hacía unas fechas; así que volvimos a subir a la primera planta observando todo el centro de debajo de aquel bar.

Pasaba el tiempo y con el un abrumador aburrimiento entre las dos, mi amiga y yo, dando sensación de todo lo contrario al provocar unas risas que yo creía se oyeran en la planta de abajo y como éramos señoras educadas nos empezamos a contener de dichas risas y carcajadas.

Allí no se arrimaba nadie a nosotras dos y como con vergüenza nos levantamos para bajar las escaleras con sumo cuidado, como si allí no hubiese pasado nada.

Pero una vez en la planta de abajo, en el vestíbulo principal, nos saludaron sendos hombres, que al parecer eran de refinado gusto y de buenos hechos; ya que nos saludaron muy comedidamente, como no queriendo molestarnos.

Cuando empezamos hablar con ellos en la barra de aquel bar, nos dimos cuenta, enseguida, de que aquellos hombres no tenían la talla suficiente como para entablar una relación con ellos; ya que a veces confundían las

palabras y las formas de decirlas. ¡No!; no era para estar más tiempos con ellos y nos despedimos mi amiga Virtudes y yo alegando que teníamos prisa para ir de visita a cualquier parte.

Pasaba algo entre nosotras dos que no sabíamos lo que era, no sabíamos quien de las dos tenía la culpa de que ningún hombre, en condiciones, se arrimara a nosotras dos.

JUANA – No te preocupes, Virtudes, que otras estarán peor.

VIRTUDES – No creo que haya alguna señora peor que nosotras dos.

JUANA - ¡Pues claro que sí!, que debe existir otras señoras peor que nosotras dos.

Habíamos empezado a caminar por aquella calle consolándonos las dos de nuestra mala estrella, cuando vimos aproximarse a nosotras dos hombres, con andares esbeltos y modales refinados. ¡Qué bien!; pensé, y lo pensé más bien por mi amiga Virtudes. Nosotras dos acortamos el paso para no pasarnos de aquellos dos hombres y como si no les mirásemos nos fuimos aproximando los unos a los otros.

Aquellos hombres comenzaron a mirarnos como queriendo analizar nuestros gestos y nuestros andares; por lo cual yo casi me tropiezo, pues era una situación muy fuerte para mi humilde persona.

Estaban ya a nuestra altura, aquellos hombres, cuando nos paramos delante de ellos creyendo que ellos harían lo mismo, pero no; ya que en vez de

disminuir el paso, aumentaron en sus andares y se alejaron de nosotras, quedándonos como perpleja por las circunstancias.

Una vez en casa , no podía estarme quieta, pensando y pensando en lo poco atractiva que podía ser yo y para consolar a mi amiga Virtudes la llamé por teléfono, estando un buen rato hablando con ella.

Como el día amaneció yo me preparé para ir a la facultad y de allí a mi trabajo, pero; ¡AY!, mi trabajo. Era allí donde yo iba a ver a mi amiga Virtudes y, ¡claro!, llevaba miedo al no saber qué decirla a Virtudes.

La primera mirada que la hice a Virtudes fue con miedo, un poco retraída por las circunstancias sociales que se habían dado la noche anterior pero pronto supe racionar con mi amistad hacia mi amiga.

JUANA - ¡Ola!. ¿Qué tal?.

VIRTUDES – Muy bien. Supongo que habrás descansado.

A mí me pareció que aquello me lo decía con un poco de rin tintín por la manera de expresarse, pero yo no me arredré y contesté enseguida.

JUANA – He descansado a pierna suelta, como se suele decir.

VIRTUDES – Me alegro por ti.

JUANA - ¿Y por ti, no ?.

VIRTUDES – Por mí, también.

No hablamos más y fichamos las dos para irnos a nuestros respectivos despacho y empezar la tarea encomendada aquel día, que por cierto yo tenía un legajo de impresos encima de la mesa para ponerlos en orden:

Buscando sus incidencias y las facturas de los días correspondientes a dichos impresos.

Lo primero que hice fue buscar la procedencia de uno de esos impresos, día y negociado de donde había salido. Y di, sin querer, con el despacho de mi amiga Virtudes: Dicho impreso procedía de dicho despacho y ni corta ni perezosa me fui al despacho donde estaba mi amiga para que me diese datos, señas y todo tipo de detalle como para formalizar bien dicho hueso.

No me recibió muy bien mi amiga Virtudes; pues ya se imaginaba bien a lo que yo estaba yendo al verme con el impreso en las manos.

VIRTUDES – Te veo que llegas ufana para resolver una incidencia. Pues no creo que yo te pueda ayudar mucho.

Como la vi a mi amiga Virtudes dudar, en vez de presentarla el impreso decidí no decirla nada de el y buscar dicho hueso en el ordenador principal, saliéndome por la tangente en cuanto a la conversación entablada.

JUANA - ¿No vamos a tener tanta mala suerte, como la noche pasada?.

VIRTUDES - ¿Me lo vienes a recordar?.

JUANA – No, mujer. Vengo para ver qué tal ánimo tienes.

VIRTUDES – Ya ves.

El rechazo que me estaba haciendo mi amiga Virtudes era por completo; pues su estado amínico estaba por los suelos y por supuesto, según su manera de hablarme, no quería saber nada de mí. No había tenido éxito

conmigo en ningunas salidas que había hecho en aquella gran capital, La Capital, y me estaba rechazando de pleno.

Así que yo no me di por aludida saliendo de allí con un ¡adiós! en la boca, que me supo a poco y en unos minutos me estaba viendo en el ordenador principal mirando la incidencia de aquel impreso bancario.

Al darme cuenta de lo que se trataba pensé demorar unos días más aquel hueso, tan escabroso para mí, ya que dicha incidencia se había producido, como les dije, desde el despacho de mi amiga Virtudes y era caso para no dar cuenta a secretaría y sí resolverlo yo con Virtudes. ¿Pero qué hacer?, si se cerraba en banda para no hablar conmigo mi amiga.

Dejé pasar unos días, en los cuales ni me llamó por teléfono ni salimos a ninguna parte las dos, para luego llegarme de nuevo al despacho de Virtudes y exponerla las razones de mi visita profesional.

Nada más que me vio entrar donde estaba ella, pues la puerta de dicho despacho se encontraba abierta y así no tuve que llamar, solamente pedí permiso para entrar en aquel despacho; pues como les iba diciendo, se puso toda ella nerviosa.

VIRTUDES – Te ha faltado tiempo para venir con dicha incidencia.

JUANA – Este hueso no se arregla como no sea bien tratado, desde el principio.

VIRTUDES - ¿Y si lo anulamos y creamos otro?.

JUANA – Si este impreso hubiese sido reexpedido desde el Banco estaría medio bien, pero ha sido aceptado por dicho Banco y es difícil dicho arreglo. Si a caso hiciésemos otro nuevo, se duplicaría el impreso existiendo siempre dicha incidencia.

VIRTUDES - ¡Hija!: Cuanto sabes. Se ve que has estado en muchos puestos de trabajo en las diferentes empresas donde has trabajado.

JUANA – Como te pasará a ti.

VIRTUDES – No lo creas.

JUANA - ¿Por qué?.

VIRTUDES – Unas caen en gracia y otras en desgracia.

No me había dicho que algunas estaban más predispuesta para dicho puesto de trabajo que otras, o por lo menos que algunas podían baler mejor que otras para ciertos puestos de trabajo. ¡No!; eso no me lo dijo, por lo tanto me sentó mal aquello que me había dicho, que algunas somos más graciosas que otras; como suponiendo la predisposición de algunas chicas para hacer concesiones. No he visto nunca tal cosa; por lo tanto debí poner cara de enfadada que al momento repuso Virtudes con una evasiva a lo que había dicho.

VIRTUDES – Veo que te ha sentado mal lo que te he dicho.

JUANA – No, mujer.

Yo me quise disculpar con ella en vez de hacerlo mi amiga conmigo y me salió mal, pues Virtudes era bastante larga para cazar todas las variaciones que tiene una persona dentro de su ente social.

VIRTUDES – Sí, mujer: Perdóname.

Virtudes no dijo nada más y quedó muda esperando una contestación por mi parte y como no llegaba siguió diciendo.

VIRTUDES - ¿Cómo vamos a resolver dicha incidencia?. No tengo por menos que decirte, que ha sido un despiste mío.

No era tanto despiste, por lo que pude ver en las cuentas; pues una situación así, solamente se hace por un fallo; no digo yo intencionado pero sí mirando para otra parte.

JUANA – No hay mas que un camino: Pagar la factura al Banco y archivarla cuanto antes, esperando no haya una auditoria antes de los cinco años.

VIRTUDES – En cinco años . . .

JUANA – Sí; ya sé. En cinco años Dios sabe dónde podemos estar nosotras, pero va en ello nuestra dignidad en el trabajo. La honra vale mucho y no es conveniente perderla por tan poco.

VIRTUDES – Estaba necesitada.

JUANA – Otra vez, consúltame a mí.

Cosa que no la debí decir; puesto que yo no podía hacer nada para reencaminarla en la senda del bien y seguir trabajando con la honradez del Mundo entero.

VIRTUDES – Pero quiero saber cómo lo vas hacer.

JUANA – Tiene que ser pagada por la cuenta corriente de la empresa y crear una factura de ingreso, en esa misma cuenta corriente, por el importe que nos adeuden.

VIRTUDES - ¿No te cogerás las manos?.

JUANA – Si hay un adeudo y acto seguido un abono en dicha cuenta sale la misma apertura en el balance que en el cierre del día anterior.

VIRTUDES – A mí háblame en cristiano.

Así se pensó y así se hizo; pues lo que yo temía que al día siguiente hubiese alguna incidencia y corrigiesen el balance, cosa que yo me encargué muy bien de que no ocurriese eso.

Nuestras vidas siguieron, aunque ya no tan paralelas; pues Virtudes me eludía todo lo que ella podía para no juntarse conmigo en las fiestas y mucho menos hablarme algo en el trabajo, no fuese a ser que yo me fuese de la lengua, como se suele decir vulgarmente, y la complicase en las relaciones de su trabajo ante la empresa.

¡Pues esta estaba bien!; ahora sí que en denantes no. Pues mi amiga Virtudes me rehuía en todos los medios sociales por miedo a que se me

escapase algo y la comprometiera delante de la dirección de la empresa. Y eso que todavía me debía el total del montante económico de que costaba dicha factura: No sabía yo cuando me la iba a pagar, ya que quien puso aquel dinero fui yo.

Como me quedó ese gusanillo metido dentro de mí, el saber que yo no ligaba, ni para bien ni para . . . Me carcomía por dentro una cosa que no me dejaba vivir y un sábado por la tarde allí que me lancé, por las calles de esa preciosa ciudad.

Iba caminando por las calles tan bonitas como hay en esa capital, La Capital, y fijándome en todos los hombres que se me cruzaban y efectivamente: Nadie se paraba para decirme un piropo; es más, que a mí, dado el desvelo que estaba poniendo, ya me importaba poco fuese mujer u hombre el que se dignase tirarme un bonito piropo. ¡Fíjense como andaba el panorama!; que en sí, me importaba un bledo fuese la persona que fuese quien me dijera ahí te caigas ya muerta, pero que me lo digan: ¡Por favor!.

Nadie, ningún hombre se dignaba, ni si quiera, a mirarme en su paso. Mi persona estaba siendo cualquier cosa para ellos; pero totalmente insignificativa.

Quisiera contarles lo contrario a todos ustedes pero no puedo y con gran sentimiento de mi corazón les narro la pura y llana verdad; así que tomé fuerzas de mis adentros, redaños, y me fui, yo solita, a una discoteca.

Hasta el portero se quedó parado cuando le estaba entregando la entrada y totalmente abstraído en sí mismo.

PORTERO - ¿Sola?.

JUANA – No me hace falta nadie.

Y aquello lo dije con suma rabia y furia por haberme hecho aquella pregunta el portero de aquella discoteca, ya que yo me encontraba tan decaída que cualquier cosa me azaraba los nervios.

Empecé a bajar las gradas hasta la pista principal y como si yo estuviera sola allí, como si no existiese nadie; pues nadie me hacia ni el más mínimo aprecio de saber que yo me encontraba entre ellos. Es más; que cuando yo estaba en el centro de la pista, sin saber lo que hacía recibí un empujón de unos jóvenes que estaban bailando allí cerca, como si yo los estuviera estorbando.

Enseguida comprendí que por aquel lugar no debía transitar a solas y me dirigí hacia un lado, yéndome hacia la barra y al tiempo de llegar a la misma recibí una palmada en los glúteos y a la vez un pellizco que vi las estrellas. Pues créanme ustedes que más tarde, cuando estaba en mi casa, en el baño y me vi el moratón me gustó aquello; pues alguien se había fijado en mi persona.

Poco más les tengo que contar de aquella noche en la discoteca, como no sea la conversación que entablé con un joven apuesto y simpático, al que las circunstancias no le cortaban para nada su manera de ser. Y poco más y

menos pasé aquella velada en la discoteca como sonámbula y sin compañía que me valiese la pena: Solamente unos poyillos, que al hablar se fijaban mucho en mis pechos y en mis piernas, como queriendo algo raro conmigo.

Salí de allí como asustada y me tuve que limpiar el bolso y sacudir la ropa; pues me olía a tabaco toda ella. Y al llegar a casa la tuve que echar la a ropa en la lavadora y ducharme por completo.

¡Decidido!, estaba decidido lo que tenia en proyecto y era estudiar con todo el ahínco del mundo y en poco tiempo me puse al día en mis relaciones con respecto a los señores catedráticos, ya que veía yo me querían dar nota. El curso, desde entonces, se empezó a desarrollar de lo más normal del mundo no atendiendo yo a otros menesteres que no fuesen mis estudios.

Una mañana, en la que no tuve clase, pues se había ido un catedrático para hacer un simposio al extranjero, me llegó mi hija Isabel toda ella nerviosa perdida.

JUANA – Te veo como nerviosa; mejor dicho: Te veo nerviosa perdida. ¿Qué te pasa?.

ISABEL – Mi papá.

JUANA – José.

ISABEL – Eusebio.

JUANA - ¡Ya!; tu papá. ¿Qué le pasa?.

ISABEL – Algo le ha pasado: No sé qué será; pero algo le ha pasado.

JUANA – Yo te acompaño al Hospital.

ISABEL – No se encuentra en ésta Ciudad, estaba de viaje por la tercera edad y se encuentra en la costa.

No sabía lo que decirla; pues lo más lógico hubiese sido que se lo hubiese comunicado a mi hermano Paco para que la llevara a dicho lugar y no a mí, ya que estaba fuera de mis dominios.

JUANA - ¿Se lo has comunicado a mi hermano Paco?.

ISABEL – También se encuentra fura de la ciudad.

Sin pensarlo dos veces cogí el teléfono y llamé a mi hermano Carlos para que nos mandase al chofer, explicándole lo que me había dicho mi hija Isabel; pues para mí estaba primero mi hija ante todas las cosas.

Nada mas que montamos en el coche, yo le hablé al chofer de mi hermano pidiéndole que nos llevase a dicho lugar de la costa lo más pronto posible, dentro de lo que pudiese correr con el coche, contando siempre con las señales de tráfico.

Y desde luego llegamos al Hospital comarcal en pocas horas, encontrando al papá de Isabel, Eusebio, un tanto decaído y viéndole por una cristalera que había allí mismo, ya que estaba en cuidados intensivos.

Como Isabel se quedó como pegada a dicha cristalera, con los brazos abiertos y las manos también, como queriendo abrazar a su papá, yo me fui hacia donde se encontraba su mamá; ya que Isabel no se había percatado de ésta por el mucho agobio que llevaba metido en todo su cuerpo.

JUANA - ¿Qué le ha pasado a su marido?.

JOSEFA - ¿No se sabe si ha sido un amago?. Lo cierto es, que no le ha dado muy fuerte. Ahora vendrá el doctor para informarme de algo.

No tuvimos que esperar mucho al doctor, ya que se presentó como a la media hora diciéndonos que no le había dado ningún amago de infarto al marido de la señora Josefa, ya que ella se empeñaba en lo mismo, lo que le había dado al señor Eusebio era un infarto en condiciones, lo que pasaba que no había sido del todo muy fuerte: Lo había resistido. Y por supuesto, los consejos del doctor fueron que no volviese en el autobús y sí en una ambulancia, una vez que se recuperase en dicho centro y se le diese el alta; pero que por ahora estaría allí unos cuantos días. Nada de grasa, sal y comidas pesadas y cosa curiosa: Le mandó mucho ejercicio.

Si a penas se podía mover, no sabía yo cómo le mandó tanto ejercicio al señor Eusebio, que según el doctor se podía recuperar de su dolencia.

Yo llamé a la secretaría de mi empresa para decirles, a esos señores, lo que pasaba y ellos me dieron tres días, que eran los legales en tales circunstancia para un familiar, pues me lo irían a tomar así, como familiar.

Pero no tardó en sonar el móvil y me puse a su escucha siendo mi hermano Carlos anunciándome que me mandaría una persona de confianzas, una señora, para que cuidase a Eusebio y a toda su familia, refiriéndose, también, a Isabel.

JUANA – No esperaba menos de ti.

CARLOS – Sí; pero tú te debes venir. Sé que te costará el dejar a Isabel sola pero tú te debes, por ahora, a tus estudios y no debes perder ni una sola clase.

Con gran pesar de mi corazón salí, con el chofer, para la ciudad de mi procedencia y cuando llegué a ella hablé con mi hermano sobre el problema que tenía el señor Eusebio.

JUANA – Es un problema para Isabel: ¿No comprendes?.

CARLOS – Comprendo perfectamente. Si la mamá de Isabel . . . , es un decir. . .

JUANA – Sí, hombre.

CARLOS – Pues si la mamá de Isabel se quedase sola, yo la pondría una señora para que la cuidase.

JUANA – No que Isabel no sepa llevar una casa.

CARLOS – No es eso. Es que a mi sobrina . . . ¡Bueno!; a mi cuñada no la sobra el tiempo, sobre todo para estar en casa.

JUANA – No digas eso.

Mi hermano Carlos se cayó, no queriendo contestar a nada que le fuese a complicar la existencia conmigo misma y en vez de alertarme de algo, se dio media vuelta yéndose a buscar a su secretaria y yo comprendí, enseguida, que me había despedido por falta de tiempo en su trabajo.

Pero con todo y eso, por la mañana siguiente me fui a la facultad para recibir las clases que me diese el señor catedrático.

El año didáctico terminaba y con el mi primer año en la especialidad, donde posiblemente me iría a sacar buenas notas, ¡qué digo yo!; buenísimas notas.

Pero como la especialidad era punto y a parte de los diferentes cursos de la carrera, yo no sabía cuando estaba pasando la asignatura o cuando me estaba quedando temario de la misma. Y como mis esfuerzos estaban siendo mucho me preocupaba la trayectoria que yo estaba llevando en los estudios.

Una mañana que había llegado la primera a las prácticas me entré en aquella sala para hacer mis disecciones solas y cuando estaba en lo más interesante de la forma llegó un compañero para ver qué es lo que hacía y cogiendo la cuba que tenía a mi lado la apartó diciéndome que aquello era mucho líquido. No obstante se quedó un rato mirando para ver qué hacía y al verme degollar me llamó la atención con su plena convicción de que más tarde esa zona lo iría a tocar el señor catedrático y yo se lo había estropeado.

Y así fue, que cuando llegó el señor catedrático no hubo manera de recomponer aquella zona por ninguna parte, ya que yo la tenía despiezada por completo. Y en vez de echarme la bronca el señor catedrático me dijo con mucho respeto que otra vez consultase con él, ya que no era malo que yo tomase tanto interés; pero que había estropeado la zona donde íbamos aprender aquel día los condiscípulos.

No olvidé nunca aquella enseñanza dada con tan sublime trato, tan exquisito, que nunca más volví a tocar nada sin antes consultar con los docentes en la materia.

El curso daba su fin y yo me preparaba para marcharme al pueblo de mis papás, tenía que cuidar de mi papá y no podía irme de veraneo aquel año. Pero como las cosas pasan y sin esperarlo, yo tenia que seguir haciendo las prácticas aquel verano hasta cierto punto y en vez de marcharme enseguida al pueblo de mis papás me tuve que quedar en la Capital aprovechando que se me diesen dichas enseñanzas para adquirir más conocimientos en mi carrera profesional.

Apenas veía algún conocido por las calles de aquella hermosa Ciudad, ya que todos los estudiantes estarían en su lugar de destino, con su familia; pues el curso había terminado y con el todo el ajetreo de idas y venidas a la facultad y a los sitios de reuniones.

Sola y lánguida, como se suele decir, marchaba por las calles y me sentaba en algún que otro velador a las puertas de los bares cualificados, hasta que un día vi llegar a Alejandro, mi antiguo compañero de trabajo, viniendo hacia mí. Yo hice como que no le había visto y miraba para otra parte, ya que me encontraba sentada en la terraza de un gran bar en una de las mejores calles de la Capital.

Una persona se había parado frente de mí y me estaba quitando el Sol que me daba de lleno en aquel velador y yo hacía como si no me enterase;

pero no hubo medio de librarme de aquel hombre, que en unos segundos se estaba presentando.

ALEJANDRO – Juana, me agrada verte.

JUANA – Lo mismo digo.

Claro que aquello lo decía yo sin ninguna clase de sentimientos hacia la persona de Alejandro, debido a que cuando me acordaba de lo que me sucedió en aquella empresa se me ponían los pelos de puntas. Pero él siguió hablándome de las excelencias de mis quehaceres en el trabajo y yo le miraba con cara de susto, no sabiendo qué contestarle.

ALEJANDRO - ¿Me puedo sentar un rato?.

Aquello me ensoberbeció un poco, pero tenía que saber qué se estaba cociendo en aquella empresa, es un interés por saber de las cosas lo que yo tenía.

JUANA – Como usted quiera.

Aquel hombre se sentó con las piernas cruzadas y el pelo lleno de gomina, parecía un Dandy de pura cepa.

ALEJANDRO – Me he alegrado verla; ¿porque sabe. . . ?.

Se quedó cortado sin saber lo que decirme y como con ganas de expresar algún sentimiento grato hacia mi persona y como aquel hombre no arrancaba con su conversación me atreví a preguntarle.

JUANA - ¿Usted dirá?.

ALEJANDRO – Apeemos el tratamiento de usted, por favor.

JUANA – Como quieras Alejandro.

ALEJANDRO – La empresa ha cambiado sustanciosamente.

JUANA - ¿En qué sentido?.

Hubo un tiempo de mutismo por parte de Alejandro y yo tomando aire en los pulmones los llenaba para prepararme a lo que posiblemente me fuese a decir Alejandro. ¡Y claro que dijo!.

ALEJANDRO – Ha cambiado toda la dirección de la empresa.

JUANA – Los resultados eran favorables: ¿No comprendo?.

Yo me hice la despistada y di hincapié a Alejandro para que se siguiese explicando y me enterase bien de todo.

ALEJANDRO – Tú estabas enterada, como todos, que allí no se vendía nada. ¡No fastidies!.

JUANA - ¿Y ese montante de dinero que entraba?.

ALEJANDRO- Su procedencia me lo callo para no complicar mis relaciones sociales con la empresa.

Y como aquel caballero no se atrevía a decirme una sola palabra de dónde procedía el capital económico que entraba a través de la cuenta corriente, yo le ayudé un poco.

JUANA . ¿La generatriz?.

ALEJANDRO - ¿Cómo dices?.

Aquel hombre abría unos ojos monumentales, como si ya supiese la respuesta y comprendiese que yo sabía la verdadera situación de la empresa.

JUANA – La empresa motora.

Al decir yo aquello se levantó, sacó dinero de su cartera y lo dejó encima del velador y pese a que yo le llamaba no me hizo caso alguno; pues Alejandro siguió su camino como si no pasase nada.

Cuando me cansé de estar en la terraza de aquel bar llamé al camarero dándole como propina lo que Alejandro se había dejado allí, abriendo el camarero unos ojos de espanto; hasta el punto que me lo quería devolver todo aquel dinero, pero yo hice hincapié para que se lo quedase.

Estuve una temporada regular de estío en la ciudad, hasta que se fueron los catedráticos de veraneo; pues también tenían ellos derechos a sus vacaciones.

No lo pensé más y me fui con los papás de Isabel para servirlos de apoyo en los menesteres de la casa, como así en las medicinas que se tenía que tomar el papá de Isabel a las debidas horas.

Isabel se crió en un pueblo interior de la península, allí no se conocía la costa y por consiguiente la playa pero se celebraban unas fiestas, tanto religiosas como profanas, de lo más agradable de la vida. Y fíjense ustedes por donde llegué en una de esas fiestas, ya que era verano y con un ambiente bullanguero como no lo he encontrado yo en ningún otro pueblo.

Pese a tener que asistir a los papás de Isabel, éstos me dejaban salir por la tarde para visitar cualquier acto social relativo a las fiestas y un día me encontré de lleno en un concierto de la filarmónica de la capital de aquel pueblo y, ¡vaya qué conjunto tan bueno de orquesta!. Pero como el concierto había terminado temprano, según yo, decidí pasear hasta la misma plaza de aquel pueblo, en donde existía el atractivo de la feria, lo que se llama el real de la feria, y allí había una carpa con una banda, una pequeña orquesta, contratada por el Excelentísimo Ayuntamiento de aquel pueblo y me senté en una mesa que había, como tantas otras, puesta en la misma plaza para que las personas pudiésemos recrearnos con aquella banda y con la vocalista de la misma orquesta.

No hacía mucho tiempo que yo me encontraba embelesada por el mucho atractivo de aquella muchedumbre y el sonido de la orquesta, pues todo se conjugaban, cuando vi aparecer a José, el tío de David, acercándose a mí y saludándome muy cordialmente.

JOSÉ - ¡Qué alegría!: Volverla a ver.

JUANA – Lo mismo digo; pero yo le daba en la costa.

JOSÉ – Yo nací aquí y me crié en éste pueblo.

JUANA – Es un pueblo alegre y jovial.

Como aquella orquesta comenzó a tocar y con unos grados de decibelios bien altos, nos tuvimos que callar hasta mejor tiempo. Y cuando llegó el descanso pudimos seguir nuestra conversión; pues los refrescos que

habíamos tomado había ido a por ellos José, sin tener que decir ésta boca es mía.

JOSÉ - ¿Y qué hace, usted, aquí?.

JUANA – Estoy cuidando a los papás de Isabel.

JOSÉ - ¿Y la señora Isabel?; bueno, su hija.

JUANA – Ha tenido que marcharse, aprovechando mi llegada, porque mi hermano Paco no se vale por sí mismo, ha tenido un accidente.

JOSÉ- Los coches son muy traicioneros.

JUANA – No, no, si ha sido de una moto.

JOSÉ – ¿Algún miembro dolorido?.

JUANA – La pierna derecha, rota.

Y como Martín me vio mirarme al reloj no puso impedimento alguno para que yo me retirase de la fiesta yéndome a casa de los papás de Isabel; pues como yo le había contado estaba a cargo de las medicinas.

Al llegar a casa de los papás de Isabel su mamá Josefa se encontraba liada con las medicinas de su marido, Eusebio, y al darme cuenta de lo que hacía corrí a quitarla el baso de las manos ya que le estaba dando la misma que yo le había dado hacía dos horas y esa medicina no se puede tomar mas que una sola vez al día.

JOSEFA - ¿Qué hace usted?.

JUANA – Usted perdone; pero esta medicina ya la ha tomado hace dos horas su marido, yo se la he dado, y no se puede volver a dar al paciente hasta el próximo día.

La arranqué, mejor dicho que nunca, el baso de las manos yéndoselo a tirar a la taza del inodoro para que no se volviese a confundir nunca más, por ahora, de medicinas aquella señora. Pero en un arranque de furia dijo algo que me llegó a los sentidos.

JOSEFA – Si estuviese aquí mi hija, esto no hubiese pasado.

Y al decir aquello me miró poniéndose toda ella colorada, parecía que había caído en lo que me había dicho, ya que me encontraba yo allí.

Todo se resolvió favorablemente y a pesar de aquella confusión que había tenido la mamá de Isabel, nuestras relaciones no se enturbiaron para nada; pues aquella buena señora comprendió los esfuerzos que estaba haciendo yo por conservarme en dicho lugar sustituyendo a mi hija, que esta vez sí vale la pena la relación y denominación que acabo de dar.

Cuando terminamos de darle las medicinas al papá de Isabel nos sentamos su mamá y yo en sendos sillones viendo la televisión y como cualquiera de las dos estábamos esperando aquella ocasión, comenzamos hablar.

JOSEFA – Tiene usted que sufrir por su hija, se lo veo en la cara.

JUANA – Póngase en mi lugar.

JOSEFA – Sin ponerme. Soy yo, que la he criado, y hay a veces que siento un no se el qué dentro de mí misma cuando tardo en saber de ella.

JUANA – Pues ahora, póngase usted en mi lugar y piense lo que se sufre si no se sabe nada de una hija sobre años.

Nuestras miradas se clavaron en la televisión como avergonzándonos de nuestra estrella, por tener una hija en común y yo para romper aquel hielo que se había formado entre aquella señora y yo seguí mi platica.

JUANA – Siempre que se acepte lo que Dios nos da, se calma el Espíritu y el Alma se encuentra en paz, cómodamente, sin ningún esfuerzo.

JOSEFA – Pero se siente y se quiere y eso no lo puede desechar la persona humana por muchos esfuerzos que haga para no pensar en ello. Quiero a Isabel como si fuese mi verdadera hija, como si yo la hubiese dado a luz. Y usted perdone que me exprese así.

JUANA – Si usted supiese la alegría que me da oírla hablar de esa manera, se calmaría usted también. Es una alegría para una madre que se la quiera así a su hija, de sus entrañas.

JOSEFA – Usted lo ha dicho: De sus entrañas.

Y al decir aquello se agarraba al vientre con fuerzas, como queriendo dar a entender que aquella hija no había salido de allí y eso era su pesar; el pesar que toda madre tiene al no ser la madre biológica de sus hijos.

JUANA – Pero veo que usted la quiere igual que si hubiese sido la madre biológica de Isabel.

JOSEFA – No la quepa dudas a usted de que sí la quiero por igual.

JUANA – Por eso nos tenemos que unir las dos y quererla y ayudarla en todos sus menesteres en la vida.

JOSEFA – Igual pienso yo.

Desde aquel día la amistad entre Josefa y yo se refortaleció mucho más, uniéndonos en todo lo que acometíamos con Isabel.

Isabel llegó en pocas fechas a la casa de sus papás y yo me fui para formalizar mi matrícula, como se suele decir, en la facultad y tomar el pulso de lo que iba a ser el siguiente año; o sea, el segundo de la especialidad.

Cosa rara, pues no vi a ningún compañero mío en toda la facultad, ni en secretaria ni en los pasillos: ¿Qué sería de ellos?. Pero cuando estaba saliendo de la facultad, ya en las graderías de bajada me encontré a una compañera anunciándome que tenían reunión en la facultad de Ingenieros de Puertos, Minas y canales y allí que me fui doblando la explanada del paraninfo de la Universidad.

Cuando llegué se me recriminó por haberme atrasado y yo alegué que no sabía nada de ello, anunciándome que se me había mandado una carta y como yo había llegado la tarde anterior no había abierto, todavía, el buzón.

Aquella reunión era para planificar las clase y saber con los alumnos que se contaba en cada aula, así como el potencial humano de docencia; ya que algunos catedráticos habían cambiado de lugar.

Enseguida me aferré para saber si el catedrático que me había estado ayudando, también, se había ido a trabajar a otra parte por haber encontrado un puesto más remunerado que el que tenía. No, no se había ido y seguiría en su puesto de docencia por aquel año: Respiré profundamente y me alegré por aquella información.

De vuelta a mi casa abrí el buzón y vi la carta de la facultad anunciándome aquella reunión lo más pronto posible; tenía que haber acudido a la facultad para tomar información de la misma noticia, cosa que no pude hacerlo por estar ayudando a los papás de Isabel. Por lo menos, ya sabían que yo seguía en mi especialidad.

Como no se me había dado referencia alguna de las asignaturas que se iban a tocar, pues eso era optativo de cada catedrático, no podía echar ningún repaso a las mismas; así que me fui, aquella misma tarde, a tomar un refresco en la terraza de un bar y estando allí me sucedió un caso un poco extraño.

Yo notaba como se restregaban en las traseras de mi butaca, pero no hice caso alguno; ya que yo creía que fuese algún animal de compañía, pero en una de tantas veces miré para atrás viendo a un pequeñín jugando con mi asiento, como queriendo jugar conmigo.

Me levanté y cogiéndole por la cintura me lo llevé al asiento para quedarle sobre mis piernas. ¡UF!, que carantoñas me hacía en vez de yo a él, pues me estaba alegrando la existencia y cada minuto que pasaba tenía yo menos ganas que se presentase su mamá a por él. No sucedió así, que allí no acudía ninguna mujer a por aquel crío.

Me fijé bien y le vi ataviado con unas ropitas un poco decadentes para el sitio en el que yo me encontraba; no podía ser hijo de ninguna mujer que hubiese allí. Miré para una parte, miré para todos los sitios y no vi ninguna señora que hiciese el afán de presentarse a por aquel crío.

Yo no sabía lo que hacer con dicho pequeño, si ponerme en la acera para esperar que pasase la unidad móvil de la policía, pero por otra parte pensé que sería mejor esperar en la terraza aquella hasta que su madre pasase por allí y viese al crío. Allí estuve no sé cuanto tiempo, pero sí les diré que por lo menos esperé una hora más y como no aparecía nadie reclamando al pequeño tenía que tomar una decisión: ¿Pero cual decisión tomaría?.

Estaba indecisa totalmente en tomar una decisión, no fuese a ser que dicha decisión no fuese la más correcta para el crío. Pero como pensé, que para ello existe el orden público y el Juzgado así lo hice y dirigiéndome al mismo bar pregunté por el teléfono llamando al orden público para que se hiciese cargo de dicha criatura. Tuve que contar lo sucedido y la manera de obrar con el pequeño, diciéndome la policía que había hecho bien todo los pasos que yo había dado con dicha criatura.

Pues todavía tuve que ir a expresarme delante de una asistenta social, una señora incrédula donde las haya, ya que no daba crédito a nada de lo que yo decía y eso que lo decía, sumamente, con una convicción de plomo. Salí de allí totalmente desanimada y pensando en que yo tenía que volver otras veces a dicho sitio para que me tomaran declaración de los hechos. No fue así, que el tiempo corría y nunca más se me volvió a llamar; y eso que se me había dicho que yo tenía derecho a su custodia. No se yo si eso sería verdad, lo cierto fue que nunca más moví un dedo por saber de dicha criatura, ni aquellas personas me volvieron a llamar nunca más.

Pero no crean ustedes que se me había olvidado aquellos hechos acaecidos en aquel día de recreo para mí, que no, pues hasta en la facultad pensaba algunas veces en el pequeño. ¿Qué habría sido de él?.

Seguí con mi trabajo, por la tarde, con todo el afán del mundo y seguí haciendo mis acometidas con toda la fe que podía poner en ello. Hasta que una tarde volví a ver un hueso, una incidencia procedente del despacho de Virtudes; pero esta vez la cosa era más seria de lo que en un principio se creyó.

Me fui derecha para el despacho donde trabajaba Virtudes y la llamé a parte por si acaso sabía ésta algo de la incidencia.

JUANA – Virtudes, cariño, puedes venir un momento.

Virtudes se dirigió donde yo la indicaba, pero con malas ganas, y como sabiendo de antemano de lo que se trataba.

VIRTUDES - ¿Tú me dirás?.

JUANA – Quiero que eches una mirada al libro de entrada.

VIRTUDES - ¿Por qué tengo que ser yo, siempre, la que falle?.

Aquello me lo dijo Virtudes con el rin tintín del que sabe que se ha fallado; pues en su cara y en sus gestos se veía la culpabilidad y no era poca. Y dando media vuelta mi amiga Virtudes se volvió a su despacho sin mediar palabra alguna, quedándome yo como quien ve visiones.

Una factura mal hecha me dio hincapié para dudar de la misma y por consiguiente comprobaría la veracidad de la factura, así como iría al muelle donde tendría que haberse descargado dicho material pedido por nosotros. Pero primero me fui al despecho de los pedidos y comprobé que el producto de dicha factura no se había pedido y sobretodo en tantas cantidades como decía aquella factura y eso que revisé días anteriores y días posteriores: Nada de nada.

Ahora sí que me dirigí al muelle para revisar el libro de entradas de dichos productos no pudiendo encontrar nada de ello, porque no existía dicho pedido. ¿Qué hacer en este caso?: Comprobar si el asiento se había producido y de qué manera, si era doble tal vez tendría posibilidad de anularlo y así era, el asiento se había reseñado con efectos, para en un día determinado cobrarlo.

No sabía si llamar a Virtudes o anularlo yo misma, pero me decidí por la primera opción; ya que era ella la que había reseñado dicho asiento.

Esta vez la llamé por la extensión del teléfono llegando en unos segundos Virtudes a donde yo estaba, enseñándola el clavo metido en dicha empresa con aquella factura. Pues todavía no estaba conforme, que tenía que ser lo que ella dijera. Ella hacía hincapié de que por sus manos no había pasado dicha factura y mucho menos tenía los papeles, como ella decía, guardados; pero eso lo tenía yo que ver y me dirigí con ella a su despacho removiendo y sacando todos los impresos habidos y por haber y en un fondo de un cajón encontré los papeles, como ella decía, de dicho pedido.

Se los arrime a la cara para que los viese bien y todavía negaba de que ella no sabía nada de lo sucedido; no sabía la manera de cómo habían llegado allí dichos papeles, pero lo cierto era que el efecto estaba al cobro. ¿Quién cobraría dicho efecto?.

JUANA – Dicha incidencia se ha creado aquí, de modo que es aquí donde se debe de anular dicho asiento.

VIRTUDES - ¿Y por qué se tiene que anular aquí y no lo haces tú en tu despacho?.

JUANA - ¿Quieres duplicar el asiento?.

VIRTUDES – No.

JUANA – Pues haz el favor de anular el asiento desde este despacho.

Una vez que lo hizo no les cuento lo que la dije por ser Virtudes mi amiga, por lo menos hasta ahora, ya que se me exaltaron los nervios y no me pude contener.

Los días sucesivos los pasé sin hablar nada con Virtudes y yo creo que en el trayecto de mi trabajo en dicha empresa, terminé por no hablar mucho con dicha chica; no fuese a ser que me comprometiese.

Claro que lo que menos me comprometía era mis estudios, hasta cierto punto; pues un día me llegó un individuo hablándome de los problemas sociales, cosa que en mi trayectoria durante la carrera no me había pasado y en general no sabía yo lo que ese señor quería de mí, Pero pronto lo supe.

Me hablaba de el poco interés que tenían los gobiernos por ayudar al mas necesitado y yo me hacía la idea de que en términos generales no podían ayudar a todas las gentes, no había dinero para todos; de modo, que a penas le hacía caso y él me vio con ese poco interés que yo estaba poniendo a su charla. Pero con todo y eso siguió explicándose, a su manera, de las vicisitudes de la vida y de las injusticias sociales que se dan en la sociedad y ahí me tocó, en la célula del corazón, no teniendo yo por qué haberme metido en su conversación, pero sí lo hice.

JUANA – Si el gobierno tuviera que ayudar a todas las personas no tendría montante económico para hacerlo. ¿Pero dígame, cómo se llama usted?.

GERMÁN – Me llamo Germán y me alegra de que esté usted interesada por dicho tema.

JUANA – No estoy interesada; simplemente es que no quiero que personas como usted vaya por la vida tergiversando los términos.

GERMÁN – Dígalo rectamente.

JUANA - ¿El qué?.

GERMÁN – Lo que había pensado decir, en vez de tergiversar los términos.

JUANA – ¡Si usted lo quiere!. Le diré que no que no me interesa dicho tema, como ya le he dicho.

GERMÁN – ¡Ese revulsivo!.

JUANA – No hay ningún revulsivo dentro de mí. Buenas tarde, señor.

Y apretando el paso me alejé de él tan pronto como pude, ya que aquel hombre no hizo por seguirme; sería que me veía recta en mis conocimientos sociales.

Los días posteriores los pasé con un pesar dentro de mí, por si acaso me volvía a encontrar aquel individuo tan resabido y con tanto interés en los problemas sociales, cosa que yo no los veía así, como él decía. Y como pasaban los días y no volví a ver aquel hombre me calmé por entero y sentí un alivio dentro de mi ser.

Pero como es la cosa que al dar una limosna a un pobre, ya que éste me la demandaba con energía, me miró a la cara dándome las gracias por aquel hecho, un hecho tan simple como abrir el bolso y sacar una moneda para dársela al mendigo. Asocié ideas y pensé en algo, ya que aquel mendigo era bastante joven como para no trabajar en algo: ¿Qué pasaba allí?.

Olvidado todo eso, me preocupaba mis estudios y mi puesto de trabajo; pues eso sí que estaba siendo un acto discriminatorio si yo no volvía a hablar con Virtudes; pero por otra parte ahora me hacía más falta el dinero, ya que no cobraba subvención ninguna por estar en la especialidad.

Un Domingo por la tarde que salí para dar un paseo vi de lejos a mi amiga Virtudes y yo la quise esquivar para no relacionarme con ella yéndome por una calle trasversal a la que yo llevaba, dando unos paseos por los alrededores donde yo quería ir; cuando volví a doblar una esquina, para volver al sitio original de donde yo tenía intención de sentarme en una terraza, miré para atrás y venía Virtudes a paso agigantado detrás de mí.

Como Virtudes me había visto que yo la había observado llegar detrás de mí, no tuve más remedio que esperarla en aquel sitio.

JUANA - ¡Ola!. ¿Vas de paseo?.

VIRTUDES – Te podía decir que sí; pero la verdad es que te he venido a buscarte a ti.

JUANA - ¿Y eso?.

VIRTUDES – Te invito un refresco en una terraza para poder hablar.

JUANA – Como quieras.

Accedí rápidamente a sus pretensiones, pues lo pensé a la velocidad del rayo, ya que aquella chica no era mala y tal vez me pediría ayuda.

Hasta llegar a la terraza del bar donde nos dirigíamos íbamos calladas las dos y como pensativas; yo estaba ensimismada por aquel encuentro, pues me había gustado que Virtudes me estuviese buscando ya que ante todo no éramos malas amigas, al revés.

Virtudes no guardó protocolo y como llegó antes a la terraza, ya que yo me había quedado comprando el periódico en un Kiosco, se sentó sin esperarme para ver si era allí donde yo me quería sentar o en otra terraza que había unos metros más para allá. Me era igual, se sentase donde se sentase con fin de estar juntas una vez más; pero mis sentimientos no los tenía que conocer Virtudes, por precaución.

Como Virtudes se quedó mirando a los coches que pasaban por aquella gran avenida yo hice otro tanto, así que parecíamos dos ilusas mirando a las musarañas, dos amigas que no saben lo que contarse.

No pude mas y me decidí a romper aquel hielo entre nosotras dos hablándola del tiempo y del mucho agobio en los estudios.

JUANA – Se ve que se va alargar el verano, pues llegan los Santos y todavía hace calor.

VIRTUDES – Es verdad.

JUANA – Y con el calor no se puede estudiar bien las materias, en forma de prácticas, ya que el cerebro está ofuscado.

VIRTUDES – Tienes razón.

Y como veía que Virtudes a todo me decía que sí, no teniendo voluntad propia para entablar una conversación me atreví a preguntarla.

JUANA – Virtudes.

VIRTUDES – Dime.

Antes de hacerla la pregunta, tomé oxígeno en los pulmones para que me saliesen las palabras sin cortarme para nada. Y desde luego no me corté, ya que con entereza la pregunté por su interés que había tenido dicho día hacia mi persona para verme.

JUANA - ¿Me querías decir algo?.

VIRTUDES – Yo . . . ? . . .

Virtudes dudaba si decirme la cosa que la estaba aprisionando el pecho o por el contrario, ya que me había encontrado y sabía de mi amistad, no decirme nada al respecto.

JUANA – Sí, tú. Anímate y dime lo que te pasa.

VIRTUDES – Pasarme, como pasarme no.

JUANA - ¿Te ha pasado?.

VIRTUDES – Eso es más exacto.

La dejé que hiciese una inflexión en sus comentarios, pues no la quería atosigar para que ésta tomase confianzas y me contase lo que la había

pasado, que por otra parte no debía haber sido poco; ya que se atrevía a decírmelo a mí.

Al cabo de un buen tiempo la miré a la cara como calmándola y sin pestañear, para que ella tomase conciencia de que la estaba oyendo.

JUANA – Dímelo sin ninguna traba.

Y cogiéndola de una mano se la apretaba como pidiéndola que se arrancase a contármelo y sin ninguna clase de rodeos.

VIRTUDES - ¡Bueno!. Ya que ha pasado te diré lo más fundamental del caso.

JUANA –¡No!, todo.

VIRTUDES - ¡Todo!.

JUANA- Sí, todo.

Virtudes me miró a los ojos y como yo ni siquiera hacia por pestañear y tenía puestos todos mis sentidos en lo que ella me iría a contar comenzó a decirme lo que la había pasado.

VIRTUDES - ¡Pues nada, hija!; que he tenido un problema enorme con mi papá y no sabía cómo resolverlo.

JUANA – Y lo querías resolver por la tremenda.

Al decirla yo aquello, Virtudes, se calló y tardó unos minutos en volver hablar algo, hasta que ella estuvo enteramente segura de que yo la estaba oyendo.

VIRTUDES – He tenido a mi papá muy enfermo y necesitaba dinero cuanto antes y en general mucho dinero.

JUANA - ¿Y eso?.

VIRTUDES – Mi papá ha tenido cáncer y yo le quería llevar a América para que le curasen de dicha enfermedad.

JUANA – Por lo cual, has liado todo ese fregado como el que tenías en la oficina.

VIRTUDES – Y lo volvería a liar por mi papá, créeme; yo no soy mala, pero las circunstancias me obligaban hacer lo que hacía.

JUANA - ¿Se ha curado tu papá?.

VIRTUDES – A mi papá le enterramos hace una semana.

JUANA – Lo siento, no lo sabía y te acompaño en el sentimiento.

No volvimos hablar ni una sola palabra, solamente nos limitamos a levantarnos de donde estábamos y como autómatas nos marchamos cada una a nuestras respectivas casas.

Cuando llegué a casa me puse a considerar el problema tan enorme que había tenido mi amiga Virtudes; pues al parecer podía haber perdido su especialidad por falta de liquidez, ya que hasta su paga en la empresa tenía que haber empleado para que le tratasen a su papá en hallen de los mares.

A la mañana siguiente todo transcurría con suma normalidad y yo tenía ganas de que llegase la tarde para ver a mi amiga Virtudes y mi amiga no acudió al trabajo aquel día alegando que se encontraba con muchos dolores

de tripa. Desde luego había entregado la baja en secretaría y no era caso para estar preguntando por ella, así que yo decidí trabajar aquella tarde con todas mis fuerzas, ya que era Viernes y el Sábado venía a paso agigantado. Tan agigantado venía el Sábado que ya estábamos en él, sin otro impedimento que descansar dicho día y el siguiente que era Domingo.

Para no variar y que no me doliese la cabeza salí de casa para dar unos paseos por las calles y sentarme en uno de los veladores que hay en las terrazas de la mejor vía de aquella ciudad tan bella. Pero cuando me estaba dirigiendo a la terraza vi en uno de los numerosos cines que existen en dicha vía una película muy llamativa y allí que me entré.

Cual no fue mi sorpresa cuando vi a mi amiga Virtudes acompañada por Martín, el primer chico que conocí en la facultad, que sin formalizar matrícula alguna se hacía pasar por estudiante. ¡UY!, ¡UY!, ¡UY!; ahora sí que prefería ver a José, el subinspector para que me contase algo de dicho chico, pero por otra parte no podía levantar sospecha de nadie que no estuviese en los registros de la policía.

Hacía poco tiempo que había entrado en el cine, pero para que no me viesen allí aquellos dos pimpollos decidí salirme a la calle lo más pronto posible y así lo hice.

Me fui casi temblando a la terraza de un bar de aquella vía para tomarme un refresco y mientras me lo estaba tomando una mano me cogía de un

hombro apretándomelo con cariño; era mi hijo Felipe que pasaba por allí y me había visto sentada en dicha terraza.

JUANA - ¡Qué alegría me das! , hijo.

FELIPE- Te he visto muy cabizbaja: ¿Qué te pasa, mamá?.

JUANA – No, nada.

FELIPE – Sí, algo te pasa y no me lo quieres decir.

JUANA – Estoy preocupada por una amiga.

FELIPE - ¿Ves, como te pasaba algo?.

Estuvimos toda la tarde hablando de nosotros dos y de nuestra familia, la familia más simpática y agradable donde las haya, ya que en el seno de esa familia vivíamos la mar de bien.

Pero cuando se iba a despedir me llamó la atención mi hijo Felipe sobre mi amiga y no de muy buenas maneras.

JUANA - ¿Te levantas?.

FELIPE – Tengo que hacer una visita a esta hora, pero antes te diré que mires bien con quien te juntas; pues tal vez tu amiga no es digna de ti.

JUANA - ¿Qué sabes de ella?.

FELIPE – Lo que comenta la policía.

Y para que yo no sufriese dio media vuelta y se marchó rápidamente hacia su lugar de destino, quedándome a mí totalmente fuera de sí.

Ahora sí que tenia más ganas que nunca ver al subinspector de policía, José, para que me contase algo sobre mi amiga.

Los días sucesivos no dije nada a mi amiga Virtudes para que su manera de obrar fuese la misma y no la cambiase, así sabría yo dónde estaba a cada momento y lo que hacía, ¡bueno!, me lo imaginaba.

No pude ver al subinspector José, pero sí vi al inspector Sánchez, el policía que me llevó el caso para encontrar a mis niños, y como pueden ustedes comprender yo me encontraba asustada al recibir, en la salida de la facultad, a dicho señor. Me saludó muy cordialmente preguntándome por mi amiga Virtudes.

SÁNCHEZ – Voy a serle sincero. Sabemos que la señorita Virtudes es su amiga: ¿Qué sabe usted de la señorita Virtudes?.

JUANA - ¿Y el subinspector José?.

SÁNCHEZ – Se encuentra en un operativo; de modo que he venido yo en persona. Pero si usted quiere hablamos en comisaría.

Miré para todas las partes del Paraninfo y no vi a ningún condiscípulo observándonos en la conversación, pero con todo y eso pensé que sería mejor hablar a solas.

JUANA – Mejor será que hablásemos en un lugar cerrado.

SÁNCHEZ – La espero dentro de una hora en comisaría.

No me parecía a mí bien que me viese nadie en comisaría, por lo tanto respondí a su pretensión con una negativa.

JUANA – ¿No sería mejor sentados en un bar de estos que hay aquí cercanos?. Y desde luego sería mejor que llegásemos por separados.

SÁNCHEZ –¿Ahora juega usted a detective?. . . Está bien, como usted quiera.

Dándole el nombre del bar y la calle, yo me dirigí hacia dicho bar a pie y él tomó el autobús como si fuese una persona desligada de mí.

Cuando llegué al bar que le había indicado ya se encontraba allí el inspector Sánchez y desde luego sentado en una mesa tomándose un café.

Yo hice como si no le hubiese visto hasta que él dándome con la mano me invitaba para que tomase asiento en su misma mesa, acomodándome todo lo mejor que pude, comenzando la platica sobre mi amiga Virtudes.

SÁNCHEZ – Cuénteme algo sobre su amiga Virtudes.

JUANA – Es una chica buena y noble, tan buena y noble que . . . ? . .

Como me vio que me corté el inspector Sánchez se puso de tal manera que aparentaba escucharme, todavía, bastante mejor y sin ponerse para nada nervioso. Yo cuando le vi en tal posición, no pude por menos que seguir mi retórica con él.

JUANA – Mi amiga es muy fantástica.

SÁNCHEZ – Igual me parece a mí.

JUANA – Y esa fantasía es muy compulsiva.

SÁNCHEZ – Por lo tanto lleva a cabo todas sus ilusiones.

JUANA – Se hace muchas novelas en su cabeza.

SÁNCHEZ - ¿Y todas las quiere llevar a cabo?.

JUANA . Exactamente.

Después de decirle al señor inspector que sus hechos no se corresponden con la realidad de su forma y su manera de ser y de que tuviese en cuenta que dichos hechos son producto de una imaginación enfebrecida y por lo tanto con atenuante, me despedí de él pidiéndole permiso para retirarme.

SÁNCHEZ – Puede marcharse usted.

¡Vaya con la chica tan fantástica!, esa chica que nos había salido fantástica del todo, pero a la vez peligrosa por acometer todo lo que ella pensaba y todos los castillos que se hacía en su cabeza.

No sabía como obrar en tales circunstancias, si llamarla a careo o dejarla para que la parase el inspector Sánchez; pero por otra parte, si la paraba en sus ilusiones las fuerzas del orden sería por haber cometido algún hecho delictivo: ¿Qué sería mejor?. En esta zozobra me encontraba, cuando un día por la tarde vi entrar a mi amiga Virtudes en su despacho y llamándola al mío la senté frente a mí.

De pronto me sobrecogí en mi voluntad de haberla llamado no exteriorizando para nada mis sentimientos, así no me vería dudar ni mucho menos y sabría por qué la había llamado, el verdadero sentido de mi llamada. La tenía que hablar de algo superficial y así lo hice, pues comencé expresando mis sentimientos hacia ella en las posibilidades de reunión.

JUANA – Te he llamado, porque hace mucho tiempo que no vamos solas a una discoteca; pese a que nos vaya bien o mal.

VIRTUDES - ¿Me llamas por eso sólo?.

JUANA - ¿No sé por qué más te iba a llamar?.

VIRTUDES – No hace tanto tiempo que estuvimos en un bar. ¿Creó que te acordarás?.

JUANA – He hablado de una discoteca. Por supuesto me acuerdo lo que ligamos, hace poco tiempo en dicho bar.

VIRTUDES – Ni siquiera se arrimó nadie a nosotras dos.

JUANA – Dime, cariño: ¿Tú te encuentras un poco indispuesta para salir conmigo?. No encontramos pareja alguna, aunque sea para pasar el tiempo y por supuesto has cogido rencor hacia mi persona para salir conmigo a solas: ¿Verdad?.

VIRTUDES – No exactamente.

JUANA - ¿Entonces?.

VIRTUDES – Me da un poco de repelos y rabia de que no se nos arrime ningún hombre: Aquí hay algún gafe.

JUANA - ¿Así lo crees tú?.

VIRTUDES – No es que lo crea, es que lo es.

JUANA – Pues mira tú por donde, yo no creo en eso. A parte hay que salir porque entonces te encierras en sí misma; hay que saber cómo está la sociedad. ¿Estarás saliendo, aunque sea sola?.

VIRTUDES – No salgo para nada.

Aquello me lo dijo a mí Virtudes sin titubear y como si de verdad eso fuese cierto, aunque yo la hubiese visto con Martín; un hombre queriendo dar una buena braguetaza.

Y para que no dudase en nada de mi conversación Virtudes la seguí hablando sobre la posibilidad de salir a la discoteca.

JUANA - ¿Qué?; salimos el Sábado a la discoteca.

También sin dudar me contestó mi amiga con una negativa que me pareció razonable en ella; pues ya había encontrado un gancho y no era para dejársele escapar.

VIRTUDES – Esta semana no puedo salir, tengo que hacer en casa.

JUANA – Como tú digas.

Así supe de los andares de mi amiga Virtudes fuera del trabajo, ya que ella se callaba lo más principal y yo no hacía por sonsacarla para que no viese mi mucho interés sobre el asunto, de con quien andaba ella.

La conversación estaba terminada por mi parte y como poco más la dije en ese momento, Virtudes se despidió de mí yéndose a su despacho toda ella un tanto incrédula.

Lo que yo digo lo digo de corazón, pero esta vez estaba salvada por la campana; ya que Virtudes no quería salir, posiblemente para ver a su amigo Martín, y no es que yo tampoco quisiera salir con ella, pero no me gustaba salir con una persona que estaba siendo sospechosa de posible delito.

Paseaba, los días sucesivos, sola por aquella calles de lujo, cuando se me volvió acercar Germán, el hombre celoso por los hechos sociales y acontecimientos humanos.

GERMÁN - ¡Ola!; qué tal.

Bonito saludo, con un "ola" lo quería decir todo, no se ajustaba al protocolo que tenemos las personas humanas en cuanto nos saludamos: ¿Cómo se encuentra usted?, ¿cómo está usted?, ¡cuanta alegría en verla!. Por lo tanto aquel saludo era como si ya me conociera de toda la vida o poco más o menos: ¡Vamos!, un saludo de compadre y muy señor mío.

JUANA – Me encuentro bien, señor; muchas gracias.

En aquella contestación vi en mí, que no solamente me estaba refinando en mi persona sino en mis expresiones. Me estaba quedando más fina, la cara más señorial y el cuerpo como con más altivez; se me estaba yendo aquel deje de jipi en mi juventud, en donde había engordado un poco y por supuesto no me acompasaba para nada mis gestos, como para ser una verdadera señora. Las grasas se me estaba yendo, parecía que me había cambiado el metabolismo.

Todo esto lo pensé antes que me contestase de nuevo Germán; pues si me hubiese hablado antes yo no le estaría escuchando por estar inmersa en un mar de contemplaciones hacia mi persona.

GERMÁN – No la quiero cansar con mi plática sobre los asuntos sociales.

JUANA – Mejor.

GERMÁN – Veo que es usted tangente en sus decisiones.

JUANA – No fluye por mí una vena de efluvio volcánico, en cuanto a si se hace o se deja de hacer tal o cualquier otra cosa.

Aquel hombre afirmaba con la cabeza su convicción de que había sabido clasificarme dentro de la sociedad.

GERMÁN- Pero su EGO la dice algo.

JUANA – Mi YO no me dice nada al respecto de las incidencias de la vida.

GERMÁN- ¿Si la pasase a usted, qué haría?.

JUANA – Me aguantaría como todo el mundo.

GERMÁN – Todo el mundo no se aguanta.

JUANA – Peor para ellos.

Germán no se podía contener y comenzó a dar pasos como alejándose de mí y otras veces se acercaba.

GERMÁN - ¿No se?.

JUANA – ¿Creía que se marchaba usted?.

Se echó manos al bolsillo y sacó una tarjeta, la miró y afirmando con la cabeza me la alargó con la mano para que yo la cogiera.

GERMÁN – Vamos hacer una cosa: Usted vaya mañana a la calle y al número que pone la tarjeta y vea lo que allí se da. Será solamente simple espectadora.

Me quedó con la tarjeta en las manos mientras Germán se despedía lo mismo que me había saludado al verme y yo no sabía lo que pensar, hasta que reaccioné y me fui a mi casa, en donde encontré allí a mi hermano Carlos que estaba viendo a nuestros papás.

CARLOS – Me alegra verte. No vais por mi casa; así que tengo yo que venir a veros, para saber cómo os encontráis todos.

JUANA – Lo mismo digo; pues yo también me alegro verte. Ya ves que nos encontramos perfectamente todos en casa.

CARLOS – Había oído algo de papá y ya ves como está, tan sano como una manzana.

SEVERINO – Gracias a Dios, hijo.

ANDREA – Tu padre desde que estuvo enfermo no se ha vuelto a sentir nada. Claro que lleva una medicación muy estricta con tu hermana Juana y conmigo.

Yo hice afán por dejar mi carpeta de estudios encima de una mesa que había allí mismo cuando se me calló la tarjeta que me había dado aquel individuo, con tan mala suerte que fue a parar a los pies de mi hermano Carlos y éste cogiéndola se le puso la cara más colorada que un pimiento morrón: No apartaba la vista de dicha tarjeta. Hasta que en un buen rato reaccionó de pronto.

CARLOS – Estos señores captan a las personas para sus causas.

Al decir mi hermano aquello me miró a los ojos como queriendo saber qué hacía yo con aquella tarjeta en mi poder.

JUANA – Pues a mí no me ha captado nadie.

ANDREA - ¡Hija!.

JUANA – Mamá, estate tranquila que sé dónde me aprieta el zapato.

CARLOS – No eres persona que se deje convencer con una simple charla.

Mi hermano me conocía perfectamente y por supuesto estaba dando en la diana del todo; ya que mis convicciones sociales eran otras, o por lo menos mi moral me decía de salvarme yo de la quema.

No tenia predisposición tan fuerte como para que me atrajeran esas cosas y mucho menos para hacerlas caso. Mas bien las hacía caso omiso y no quería saber nada de ellas.

JUANA – Confía tú, que a mí no me convence nadie.

CARLOS – Permíteme una cosa.

JUANA – Tú dirás.

CARLOS – Es en cuanto a la moral.

JUANA – La tengo por las nubes; eso sí que es lo más importante, en la vida, para mí.

CARLOS – Sabía que eras amoral, lo único que no te importa es las enseñanzas dadas por desconocidos.

JUANA – Y mucho menos las enseñanzas dadas por algunos profetas de la actualidad.

Mi hermano no contestó y levantándose se disponía a marcharse, cuando mi mamá le invitó almorzar en casa , aceptando éste de buena gana.

Pasamos una velada de lo más agradable posible y al terminar la misma mi hermano se marchó a casa entrándome yo en mi habitación para poner en orden mis pensamientos.

Mis pensamientos, aunque me decían bien poco, me llevaron en días sucesivos a dar vueltas y vueltas por las calles de aquella gran Capital, para observar, que no para vigilar, si Virginia se veía con Martín pero no los pude ver juntos, ni tan siquiera separados el uno del otro.

No sabía si abordar el problema, una vez más, con Virginia en mi despacho; pero si lo hacía esta vez si sospecharía de mí, o por lo menos de que yo sabía algo. Dejé pasar el tiempo y con el las ganas de saber algo de Martín y Virginia y por más gestiones que hice no averigüé nada de ellos, parecía como si se los hubiese tragado la tierra.

La tierra no se si me tragaría a mí, pero no sabía donde meterme un día que volví a ver a Germán, todo él decidido hablar conmigo; ya que no había asistido a la reunión indicada por él.

Venía a paso corto, poco a poco, como pensando algo de suma importancia para él, algo que me fuese a decir para convencerme de sus ideales dentro de la sociedad. Yo le esperé quieta en el mismo sitio donde

le vi llegar, para no demostrar incertidumbre de mis convicciones sociales y que de aquí en adelante supiese ese señor que a mí no se me doblega, o no se me convence, con artimañas de poca monta, dándome unas pláticas de su mismo vocabulario.

Cuando estaba a pocos metros de mí le vi dudar de sí mismo, no sabía dar ni un paso, ni tan siquiera mover las manos; parecía como si lo tuviese todo a mi favor.

GERMÁN – Ya vi que no fue usted a la reunión que la indiqué.

Tan correcto como siempre, no me saludó solamente se limitó a comenzar su retórica para adelantar acontecimientos que no llegarían nunca, según yo.

JUANA – Buenos días. No me pareció bien infundirle falsas esperanzas; pues quiero ser noble con todo el mundo y por lo tanto con usted.

Parecía como si no me quisiera dejar de hablar y salía a interrumpirme en todos mis términos.

GERMÁN – La dije, y la sigo diciendo; que no la ata a nada el que usted asista a una reunión de nosotros.

JUANA – Ya le digo que no me atrae nada.

GERMÁN –Una vez que haya visto lo que se da allí, decida usted y no antes de saber qué hacemos entre nosotros: Su verdadero contenido, su fuerza social.

JUANA – No me quiero comprometer para nada.

GERMÁN – Dichas reuniones está dentro de la legalidad. Es una fuerza social donde se analizan los hechos sociales dentro de un orden.

JUANA – Usted haga el favor de escucharme.

GERMÁN . No se dirime nada, ni tan siquiera la fuerza del ser, de estar la persona dentro de unos parámetros sociales.

JUANA – Mire usted; parece que no me escucha o no me quiere escuchar, por lo tanto. ¡Buenos días!.

Y dando media vuelta me alejé de aquel señor que con tanto interés me quería llevar a su medio ambiente social, fuese como fuese.

¡Vaya mañana!; pues a poco tiempo de librarme de aquel hombre vi a mi amiga Virtudes hablando muy calurosamente con Martín en una de las calles adyacentes de la facultad.

Me resguardé al abrigo de un árbol, para que no me viesen y poder estudiar sus gestos, ya que la voz no llegaba hasta donde yo me encontraba.

Que si gestos para arriba, que si manos para abajo, cabeza que se inclina y va de una parte a otra como queriendo negar lo que el interlocutor decía: ¡No sé, no sé!.

No sabía lo que hacer, y aprovechando que se había parado un camión cerca de donde yo estaba no dejándome ver a ninguno de los dos y por

supuesto las dos personas tampoco me veían a mí, salí de allí más que corriendo camino del las calles de dicha ciudad.

De vez en cuando miraba para atrás y me apaciguaba por no verlos venir detrás de mí a Martín y a Virtudes; parecía que estaban enzarzados en una profunda conversación.

Llegué a los primeros bares tomándome algo fresco y refrescante por llevar la boca seca de la carrera que me había dado; pues llegué allí a paso más que ligero.

Se me complicaba la asistencia, pues a parte que no había podido almorzar por no haber tomado el autobús y llegar tarde, muy tarde a casa, en mi trabajo me estaba esperando el jefe con no menos problemas que los que yo pensaba.

Me alertó de una posible auditoria, pero no en todo lo concerniente a mi dependencia; era más bien para ver el manejo de los libros, para ver si estaban reseñados bien.

Eso me calmó los ánimos, pues se me había subido el pálpito hasta lo infinito, calmándoseme una vez que supe la realidad de aquella visita. Ver la llevanza y la teneduría de libros, solamente.

Aquel auditor habló de una nueva era dentro de la empresa; pues comenzaríamos a trabajar con ordenadores y por supuesto todo lo que reseñaban aquellos legajos lo tendríamos que tener subido al ordenador.

Me habló que al igual que habían quitado el libro Mayor por existir el libro de entradas y el libro de salidas, se vería cambiada toda la contabilidad en poco tiempo. Tanto me dijo aquel señor, que se me puso la cabeza como un balón de reglamento.

Desde aquel día me di cuenta de:¿Qué hacía yo allí?. Si yo me iría a encargar de otros menesteres, pero por ahora me hacía falta el dinero que ganaba en dichas tareas.

Por otra parte, eso de tener que usar el ordenador me parecía que aquello no era para mí; pues se trataba de instrumentos más bien para los jóvenes y yo me despediría poco más o menos dentro tres años de la empresa: Aunque al decir verdad, tendría que hacer uso del ordenador todos los días en cuanto se me metiesen las cuentas, la contabilidad en el mismo.

Llegué a casa con los pies fríos y la cabeza caliente, pensando que iba a dejar de hacer los asientos a la antigua usanza y me volvería loca para encuadrarlo en sus números respectivos.

Pronto dejé pensar en ello, en dicha contabilidad, y fue al siguiente día en el Paraninfo de la Universidad, al salir de la facultad, cuando volví a ver a Germán siguiéndome los pasos.

Me volví y con coraje, pero con respeto, le anuncié que no estaba interesada en lo que él me dijese y que hiciese el favor de no volverme a seguir más.

GERMÁN - ¡AH!, no señora; yo no la estoy siguiendo, es que hemos coincidido en el camino y nada más.

JUANA – Usted perdone; pues me parecía que me seguía a mí.

Consiguió ponerse a mi altura y con gran nervio frió me siguió hablando de sus pesquisas con las personas.

GERMÁN – La vemos a usted hecha un líder de masa. Tiene el tipo fuerte y a la vez femenino, muy sensible; como para arrastrar a las masas.

JUANA – Soy normal del todo.

GERMÁN – Se sabe expresar y guardar el tipo. Todavía estoy por ver que me haya hablado mal, o excitada.

JUANA – Cualquier señora es mejor que yo. ¡Váyase!, se lo digo.

GERMÁN- Como usted quiera; pero que conste, que hoy me ha hablado más que otros días.

Me quedó con el interés de saber qué quiso decir con aquello de que; todavía había hablado más de la cuenta, pues yo me encerraba en sí misma queriendo esquivar toda forma de afirmación hacia lo que decía dicho señor. Permanecía abstraída, con una reticencia brutal, por las circunstancias que se me estaban dando.

Aquel señor desapareció rápidamente de mi vista, no sabiendo yo por dónde se había metido para conseguir que en unos segundos no le volviese a ver cerca de mí.

¡Jesús y María!, si salía de una y me metía en otra, pues Martín me abordó por la calle cerca de mi casa y parándome me quería decir algo que yo no le comprendía.

MARTÍN – La conocí a usted primero, pero ahora tengo otras amigas.

JUANA – ¿Qué quiere decir usted?.

MARTÍN – Que usted sabe dónde está mi "currita".

Aquello me desacerbó todo mi ser, Pues llamar a Virtudes por dicho apelativo no era lo más apropiado ya que era mi amiga y se suponía que yo la tenía que defender y así me salía de lo más profundo de mi corazón. Y como tenía mi ser exasperado, no sabía qué decirle de momento pero en unos segundos sí le supe responder.

JUANA – Si usted, y ahora me llama de usted, se refiere a mi amiga, le diré que es una chica buena y noble.

MARTÍN – Perdone usted: Yo no digo otra cosa de mi "Curra" .

JUANA – Lo que yo quisiera saber, es: ¿Cómo se llama la chica, de la que estamos hablando?.

MARTÍN – Por supuesto: Se llama Virtudes.

JUANA – Virtudes es un compendio de virtudes toda ella. Pero lo que no llego a entender es: ¿Qué quiere usted de ella?.

MARTÍN – Saber dónde se encuentra éstos días.

JUANA – La empresa es bastante mayor como para que nos veamos. Ella trabaja en un despacho y yo en otro aparte del suyo. ¡Señor!.

Tanto usted me estaba poniendo mala; cuando en su tiempo nos llamábamos de tú y nada más. Aquel hombre había cambiado en la forma de tratar y en la manera de ser; no sabía yo a qué se debía la causa.

Nos despedimos y cada uno salimos por nuestro sitio, yo me fui derecha a casa y él no se dónde se dirigió.

Me fui a casa para no hacerme encontradiza con más personas del mismo signo; quiero decir de la misma capacidad mental como los que me habían encontrados. Yo era más sencilla como para asumir todo ese cúmulo de despropósito hacia mi persona.

Los días siguientes no quería salir de casa, ya que no me había encontrado a nadie en mi camino hacia mi hogar; no fuese que tentase la suerte dos veces y perdiese. Pero por otra parte no iba a permanecer encerrada en casa toda mi vida, tendría que salir y expansionarme en la ciudad y así lo hice un día por la tarde antes de llegar a mi casa; pues me paré viendo las carteleras de un cine, cuando vi que todos los transeúntes me miraban como espantados y es que me había quitado la rebeca y enseñaba la blusa llena de una pintura roja, empleada entre el formol.

Las gentes me miraban y corrían huyendo de mí como si yo hubiese hecho alguna cosa mala, teniéndome que volver a poner la rebeca para no causar miedo alguno.

No podía permanecer así, entre las personas, y me fui a mi casa durando muy poco aquel paseo.

Al siguiente día por la mañana, me encontraba sola haciendo las prácticas cuando aquel cuerpo inanimado parecía que tomaba vida y se levantaba. Era que había tocado algún nervio para provocar aquello, pero yo me llevé un susto de espanto, de tal manera que cuando llegó el catedrático me lo notó preguntándome por las causas y yo señalando las mismas me alertó que aquello podía pasar; era un caso fortuito.

Para resarcirme del susto de la mañana, cuando salí de la facultad, me fui a dar unos paseos por las calles de la ciudad y cuando me pareció acudí a mi casa estando mis papás esperando para almorzar, aunque era ya tarde, tan tarde que estaba a punto de tenerme que marchar a mi trabajo y así lo hice.

El tiempo corría menos que el otro año, por lo menos así me parecía a mí; pues apenas estábamos empezando las enseñanzas de aquel curso o prácticas y a mí me parecía que hacía ya un siglo de las mismas.

Ahora sí que cuando salí una tarde del trabajo me fui a ver una película que me interesaba verla y así como a media película comencé a notar el roce de unos muslos sobre los míos; pues las butacas estaban acondicionadas para llevar pareja. Yo me echaba hacia el otro lado, de tal manera que rocé al señor que se encontraba en ese mismo lado, pidiéndole yo perdón por las circunstancias.

No sé como se las apañó el primer señor que casi estaba sentado, prácticamente, en mi mismo asiento tocándome todo mi cuerpo. Yo me levanté y me salí de aquel cine sin poder ver la película tan interesante como era para mí.

Cuando salí de aquel cine me temblaba todo el cuerpo, pues sentía las manos y los muslos de aquel individuo rozándome y tocándome todas las partes de mi ser. Sentía una corriente eléctrica dentro de mí, e hice esfuerzos para que las personas no se diesen cuenta de que yo estaba sufriendo un algo dentro de mí. Hacía mucho tiempo que un hombre no me tocaba de esa manera, compréndalo ustedes.

Sin pensarlo me fui a poner bien a unos mesones que había allí cerca pidiendo una horchata para refrescarme y por poco no lo pude hacer, ya que otro individuo, con un baso de alcohol en las manos me comenzó hablar de sus buenos atributos para con las mujeres. ¿No sé por quién me había tomado a mí?; pero lo bueno llegó cuando se presentó en el mesón una señora de improviso sacando a dicho individuo casi a golpes.

Me quedé sola en el sitio de la barra, mirando para todas las partes y vi que cada chica llevaba su pareja, solamente habían dos chicos al fondo de la barra de aquel mesón muy comedidamente, sin formar guerra ni bulla alguna.

Comencé a pensar en lo que me había pasado hacía poco tiempo dentro del cine con un señor y me excité, sobre todo cuando veía aquellos chicos

tan esbeltos y tan guapos con sus parejas. No podía sacarme de la cabeza lo que me había pasado en el cine, así que vi el Cielo abierto cuando observé que uno de los chicos se despedía del otro dejando a ese mismo en la barra de aquel mesón.

Yo cogí mi horchata y me fui como leyendo las primicias y el precio de lo que se daba en dicho mesón hasta llegar donde se encontraba dicho chico, solo. Cuando llegué a él le pegué un empujón con mis bustos para que me sintiera allí y en vez de hacerme caso se me fue más para allá dejándome sitio en la barra.

Yo me coloqué bien en dicho sitio y como si no me hubiese percatado de aquel chico, seguí leyendo los platos combinados que ofrecía dicho mesón a sus comensales. Y poco a poco me fui volviendo hacia aquel chico como siguiendo leyendo los letreros, esos que ofrecían aquellos platos tan suculentos, hasta el punto de quedarme mirando para el chico. Y como casi me estaba tapando un plato ofrecido por aquel mesón le invité para que me lo leyera.

JUANA – Usted perdone. Como estoy angulada no puedo leer el ofrecimiento que hace el mesón de aquel plato.

Y señalándole hacia el cartel anunciador de dicho plato, casi me echo prácticamente encima de él; pero en cambio aquel chico ni se inmutó, solamente se limitó a leer lo que ponía en dicho anuncio de aquel plato. Volví aprovechar aquella ocasión para darles las gracias y como me habían

ofrecido un paquete de tabaco, aunque no fumaba, le ofrecí un cigarro aquel joven.

JUANA - ¿Fuma?.

Me indicó con la cabeza y las manos de que él no fumaba y a mí me alegró; pues tendría que fumar yo por primera vez en mi vida y aquello me parecía malo.

JUANA – Es que me lo han regalado y no he podido por menos que cogerlo, me lo entraron en el bolso sin yo querer. Yo no fumo: Hubiese sido la primera vez que me fumase un pitillo.

Aquel joven, se limitaba a mirarme sin hablar ni una sola palabra; parecía que tenía miedo a decirme algo, por si me molestaba. Me miraba tan fijamente como si yo tuviese algo en la cara, hasta el punto de hacerme limpiar la cara con mi pañuelo para ver si yo tenía alguna cosa pegada a ella, pero: ¡Qué va!.

Aquel chico no hablaba nada, pero que nada de nada, es más; ya les digo a ustedes que solamente se limitaba a mirarme con unos ojos un poco decaídos, como si hubiese tomado una copa de más. Por lo tanto yo estaba allí de más, pero cuando hice afán de marcharme le miré mejor a los ojos al joven y vi en ellos como si hubiese tomado alguna droga, en vez de alcohol. Aquel chico no podía hablar por más que él quisiera, no articulaba palabra alguna; no sabía yo cómo había podido leerme el anuncio del plato que yo le pedí, con mucho respeto.

Haciéndole una inclinación de cabeza me di media vuelta saliendo de aquel mesón totalmente decepcionada y sin volver a pensar más en los momentos que pasé en el cine.

Sí pensé al día siguiente en observar a mi amiga Virtudes, los movimientos y cómo trabajaba, por lo cual salía de vez en cuando de mi despacho para ir al baño, era un trasiego de ir y venir al escusado, que estaba levantando sospechas a mi amiga de aquellos trasiegos hacia el excusado.

Cada vez que pasaba por el despacho de Virtudes yo la veía trabajar con suma honradez y al parecer tenía otra cara más espabilada y más limpia que cuando la vi por última vez con Martín. Parecía como si ya no saliese con dicho chico.

La sorpresa la recibí yo cuando Virtudes hizo presencia en mi despacho y sin pedirme permiso, para nada, se sentó frente a mí.

VIRTUDES – Veo que estás interesada.

JUANA - ¿Por qué?.

VIRTUDES – Por saber de Martín. Te diré que ya no salgo con ese hombre.

JUANA – Ni me agrada, ni me deja de agradar.

Virtudes – Pero sí estás interesada por saberlo.

Y diciendo aquello se levantó de donde se encontraba sentada yéndose para su despacho, quedándome yo como quien ve visiones; pues tal vez

Virtudes se había dado cuenta de que yo estaba enterada de algo, ya que de todo no podía ser.

Yo no podía dar mi brazo a torcer y me tendría que considerar como una persona alejada de sus chismes y enredos, no podía dar síntomas de saberlo todo; ya que Virtudes era una buena amiga a la que hacía mucha falta echarla un cable social, dándola, de vez en cuando, algunos buenos consejos.

Me dirigía a mi casa aquella misma tarde cuando vi a Virtudes cortándome el paso en aquella acera y yo no sabía cómo obrar, ni de qué manera recibirla; menos mal que comenzó hablar ella, sacándome de aquel gran apuro.

VIRTUDES – Ye diría, que qué alegría volvernos a ver, pero lo cierto es que te estoy esperando.

JUANA - ¿Tú me dirás?.

VIRTUDES – Tanto como decir, no es la cuestión que me trae aquí.

JUANA – Entonces: ¿Cuál es?.

VIRTUDES – Una pregunta.

JUANA – Tú dirás.

VIRTUDES - ¿De qué estás enterada?, Juana.

JUANA – Hasta donde puedo ver; ya que conozco a Martín y dudo mucho de él.

VIRTUDES – Pues él tiene muy buenos conceptos de ti.

JUANA – Y yo se lo agradezco.

VIRTUDES - ¿Por eso son tus sospechas?.

JUANA – No son sospechas, solamente indicios de un mal presentimiento.

No tardó en despedirse de mí, sin pedirme que fuésemos algún sitio de recreo, emprendiendo el paso hacia ninguna parte, ya que por donde ella se iba no era camino de su casa. A mí no me importaba dónde se dirigiese mi amiga Virtudes y dando media vuelta, yo sí me dirigí a mi casa.

Cuando llegué a mi hogar no era la hora de cenar, por lo tanto decidía coger una cuartilla y un lápiz emborronado dicha hoja con unas pocas palabras, pues más no eran; había querido hacer una poesía y me había salido un jeroglífico por así decir. Se veía que era muy difícil confeccionar una poesía en orden; y como todo lo que empiezo no lo dejo, quise volver a intentar hacer una poesía, pero no tuve tiempo para acabarla: Todo aquel papel era un convenio de desecho y de desperfecciones, que si letras por aquí, que si letras por allí; ¡vamos!, que no se sabía si aquello era un escrito o alguien que había tirado las palabras al voleo. No me dio tiempo a terminar aquel desastres porque me llamó mi mamá por tener puesta la cena en la mesa; esta vez la había puesto ella, ya que yo me encontraba, al parecer, estudiando. Cuando me levanté de la mesa escritorio y mientras me estaba alejando de ella miraba, de vez en cuando, para atrás con recelo

y como con rabia por no haber sabido hacer una poesía en orden; pero también me daba un poco de miedo al ver lo difícil que era.

Lo había oído ya otra vez; sí, yo había oído otra vez lo que estaba diciendo la radio. Y era que se daban clases de poesías y de escritura en la Casa de Cultura de mi comunidad. No sabía si aprovechar dicha llamada para aprender esos menesteres y en mi duda, un día, allí que me fui. Se me recibió muy bien por parte de la encargada de aquella aula y como yo ponía pegas a la hora que se impartían aquellas enseñanzas, la profesora me dijo: Que aprovechase para poder aprender poesías y literatura; pues sería, tal vez, la última vez que tendría dicha ocasión, ya que el Ministerio había quitado las clases de literatura.

Mi tiempo era sagrado y no podía hacer uso de el para otros menesteres que no fuesen mis estudios y mi trabajo; ya que me estaba forjando mi porvenir con el dinero que me repercutía mi forma de trabajo.

Y al decir mi forma de trabajo, cuando llegué una tarde a mi despacho ya me estaban instalando unos ordenadores en el y a mí me entró un poco de recelos, pues yo no era una cría como para aprender dicho manejo en aquellos artilugios.

En pocos días, unos técnicos, habían entrado en el ordenador y al parecer se llama subir las cuentas al disco duro, y no creo que me esté equivocando; pues así lo oí definir.

Cuando un técnico me sentó delante de mi ordenador, no daba pie con bola; pues no sabía ni abrir la pantalla. Me dijo que era fácil por costar de una plantilla, a la que sí tenía que acceder por medio de una clave y una apertura del ordenador y que luego me diese cuenta del menú principal, que ahí estaban todo lo que yo iba a manejar.

¡En fin!; que yo salí de allí con la cabeza un tanto mareada por la presión que me producía aquellas enseñanzas, pero poco a poco fui aprendiendo el manejo de aquel artilugio, mejor dicho que nunca para mí, con paciencia y tiempo, hasta el punto que en unos meses lo bordaba y hasta le hacía cantar a mi simple parecer.

Las cuentas las tenía todas en mis manos, mejor dicho en el ordenador metidas y me estaba siendo más fácil que antes el buscar un hueso, una incidencia por el poco tiempo con el que llegaba a la pantalla la página deseada, en donde estaba dicho asiento o tal apunte. Por supuesto que descansé de tanto ajetreo con los libros.

Una tarde me esperó mi amiga Virtudes, que todavía no se la daba bien el ordenador, para hablarme del trabajo y yo la escuchaba, sentada en una terraza, por si la podía ayudar en algo.

VIRTUDES – Chica, no sé qué voy hacer; pues es bueno aprender a manejar el ordenador, sobretodo para el día de mañana.

JUANA – Cariño: ¿Qué quieres decir con eso?.

VIRTUDES – Que hoy día el que no sea informático está perdido.

Me pude dar cuenta que Virtudes no había comprendido aquellas enseñanzas para nada: Ahora se consideraba informática, por lo tanto la tenía que sacar de su equivocación.

JUANA – Virtudes, el que estemos manejando el ordenador no quiere decir que seamos informáticas; pues como ves es solo una plantilla, allí no te han enseñado a formar ningún menús nuevo, ni a sacar otras cosas que no sea lo que ya te han puesto en la pantalla de antemano.

Virtudes me miraba con unos ojos como espantados mientras yo la decía eso y para remachar la cuestión anunciaba algo.

VIRTUDES – ¡Mi gozo en un poco!. Pues sabe lo que te digo: Voy apuntarme para tomar clases de informática en la Casa de Cultura.

JUANA – Eso está muy bien.

Menos mal que Virtudes había comprendido su situación y yo me fui a casa más tranquila para descansar en ella.

Llegaron las Navidades de aquel año y nos fuimos a comprar las guirnaldas con mi hija Isabel, pero como vimos a mi hijo Pablo con una chica nos paramos con ellos para invitarles unos refrescos en un mesón de allí cerca.

JUANA – Pablo; ¿No vas a presentarme a tu chica?.

PABLO – Si mamá.

Y dirigiéndose a la chica me presentó como a su mamá y a ella como a su novia, cosa que a mí me extrañó mucho; ya que mi hijo Pablo tenía que

estudiar, en vez de tener novia y así se lo hice ver, una vez que saludé aquella chica.

JUANA – Pablo, te recuerdo que tu deber es sacar buenas notas en la Normal.

PABLO – Ya lo sé, mamá. Pero ya te he dicho que es mi novia y nos vamos a casar.

JUANA – Cuando seas maestro nacional.

La chica se quedó mirando a Isabel no sabiendo lo que decir de ella y yo me adelanté a los acontecimientos, por si acaso Pablo se le ocurría presentar a su tía y hermana como si fuese una sola.

JUANA – Es mi hija Isabel, la hermana de Pablo. Es la mayor de todos.

Pues créanme que aquella chica no me disgustó nada, pero que nada; pues era simpática y agradable en su conversación, mi hijo Pablo había tenido buena vista.

Nos despedimos cordialmente y nosotras dos seguimos nuestro camino en busca de alguna figura que adornase el belén y le hiciese como nuevo a la vista.

¡Carísimas!, aquellas figuras eran carísimas y las guirnaldas lo mismo; se había puesto montar un belén por las nubes pues por aquel, entonces, lo más barato se daba en la Plaza Mayor y ya digo que nos tuvimos que registrar los bolsos para pagar lo que habíamos mercado.

No obstante, aquel belén quedó bonísimo, con sus figuras todas completas y sus adornos de lo más lindo.

Al siguiente día estuvimos en casa montando el belén, mi mamá, Isabel, mi papá y yo: Todos con buena armonía.

ANDREA – Isabel, cielos, no pongas ahí las guirnaldas, que no pegan.

ISABEL – "Yaya": ¿Dónde entonces?.

ANDREA – En la puerta, hija: En la puerta de entrada y en el pasillo.

SEVERINO – Dejarme a mí, yo las pondré.

Yo me dirigí al tocadiscos y puse un disco acorde a dichas fiestas llamándome la atención mi hija Isabel.

ISABEL – Sabes mamá, que ya hay otras cosas nuevas para poder oír mejor los discos.

JUANA - ¿No me digas?.

ISABEL – Son verdaderas cadenas musicales.

JUANA - ¡Vaya!; como adelanta la técnica.

ISABEL – Ya las hay desde hace tiempo y no sólo en casette; sino en disco duro, el berilo ha pasado de moda hace ya tiempo.

JUANA – Ya decía yo que me costaba encontrar dichos discos.

ISABEL – Pero hace ya tiempo que existen otros medios musicales.

A mí no me daba mucho tiempo para oír música; por lo tanto era normal que yo no supiese de otros instrumentos y de equipos de música, ya que lo

mío era estudiar y trabajar. Y también recrearme, de vez en cuando, en las calles de aquella gran ciudad.

Tenía ganas de hacer una cosa y cuando vi la posibilidad de hacerla no lo dudé; pues un día que cogí a mi hijo Pablo estudiando en casa, me fui hacia él con idea de hablarle. Le puse una mano encima del libro, como interrumpiendo sus estudios y comencé a sonsacarle.

JUANA – Pablo, hijo. Ya sé que tienes edad de echarte novia, pero si piensas un poco; lo primero son tus estudios.

PABLO – Sí, mamá. No te preocupes, que terminaré mi carrera.

JUANA – Eso está mejor.

PABLO - ¿Lo dices por lo del otro día?.

JUANA – Como te vi muy decidido.

PABLO – Aquí los jóvenes, estamos cada mes con una pareja.

JUANA - ¡Que barbaridad!: ¿No me digas eso?.

PABLO – Como te lo cuento, mamá.

JUANA - ¿Qué ha sido de tu acompañante del otro día?.

PABLO – Pasó su tiempo.

Como aquello no me lo podía yo creer, por haber visto a mi hijo Pablo muy enamorado, le pregunté por su decisión.

JUANA - ¿Pero has sido tú el que has tomado ese camino?.

Mi hijo Pablo encogiendo los hombros no sabía qué responder y por supuesto a mí me extrañaba, todavía más, al no contestarme mi hijo cuanto antes a mi pregunta.

PABLO - La vi con otro antesdeayer.

O sea; que estaba muy reciente aquella ruptura, por lo tanto no podía tirar las campanas al vuelo; pues donde ha habido fuego se nota por las brasas que queda. Que dichas brasas no se reaviven, era todo mi interés para que mi hijo Pablo terminase sus estudios; luego podía hacer lo que quisiera.

Le quité la mano de encima del libro siguiendo Pablo estudiando sus lecciones y yo me quedé más tranquila al verle estudiar por entero aquellas materias exigidas.

Aquella noche dormí mejor que nunca al ver a mi familia feliz y satisfecha en un orden dentro del estamento social; pues sin que nos sobrase, no nos faltaba de nada.

Por lo menos eso creía yo; pues cuando llegó el cumpleaños de mi mamá me vi perdida para hacerla un buen regalo, teniéndome que conformar con eso, con hacerla un regalo, ya que mi presupuesto me lo había gastado en comprar libros y materias exigidas para mi tesis doctoral.

Pero qué lástima, que al mes siguiente me tocó algo en las quinielas y para compensárselo a mi mamá, invité a mis papás a una cena, llegando mi hija Isabel nada más que se enteró a mi lado.

JUANA - ¡OH!; qué barbaridad, hija. Si solamente ha sido un poco de dinero lo que me ha tocado en las quinielas.

ISABEL - ¿Me habían dicho . . . ?.

JUANA – ¡Pamplinas!. ¿Y tú venías ya al reparto?.

ISABEL -Por lo menos a coger una cuchara.

JUANA – Sí; que os invitaré a cenar a vosotros también.

Y así, en vez de invitar a mis papás solos, tuve que invitar, también, a toda mi familia. Lo pasamos de lo mejor que se pueda imaginar nadie; pues brindamos y comimos como nunca, aunque no me quedó ni un solo dinero en la cartera.

Cuando salíamos del restaurante, mi hermano Carlos indicó de ir a un café afamado, que él conocía, y yo viendo que no tenía más dinero en la cartera ni en ningún bolsillo, me achiqué por completo.

JUANA - ¿No es ya muy tarde para llevar a los papás a otro sitio?.

Mi hermano Carlos, que era un avispado, me cogió la cartera sin que nadie se diese cuenta y me entró en ella un dinero para que siguiese pagando aquellas alegrías, como las que teníamos todos en aquella noche.

Desde luego sí que era un café de lo más afamado que había en aquella Capital; pues hasta las cocteleras sonaban a son de maracas, saliendo de allí muy tarde. Y eso que vimos cansados a nuestros papás, que si no hubiésemos seguido la fiesta.

Aunque al día siguiente se me cayeron todas las alegrías al suelo, al ver que se me pedía, en la Facultad, un dinero que yo no tenía; pues toda mi ilusión era comprar y comprar libros y echar todo el dinero en ello, no quedándome ahorrado nada. ¿Qué hacer en aquella situación?; pues yo cobraba, no mucho; porque era una ejecutiva sin carrera en dicho puesto y a eso se agarraba la empresa para darme el sueldo que correspondía a un puesto no cualificado en dichos menesteres.

Me di cuenta, que debía gastar menos en libros; pero por otra parte me di cuenta que si no gastaba en libros lo que fuese necesario mis conocimientos se verían mermados, constándome mucho hacer la tesis en pocos años. Tenía que tener las materias necesarias, y algo más; así como todo mi instrumental en regla y eso cuesta mucho en poseerlo.

Yo pensaba, en mi puesto de trabajo, ir a personal para que me aconsejaran; pero por otra parte tenía a mis hermanos que con mucho gusto me prestarían el dinero suficiente que me hacía falta para cubrir aquellos gastos en la Facultad. A eso se sumó una sobre tasa adicional que se había producido en concepto de matriculación. Y todo esto al cabo de unos meses después de empezar las nuevas prácticas. Apurada, apurada me veía en aquellos días a causa del dinero; pues no lo tenía.

Era así, que mi hija Isabel me lo notó de inmediato, ya que yo no levantaba cabeza; pues cuando tengo un problema se me hecha a ver enseguida.

ISABEL – Te veo cabizbaja, hace ya unos días: ¿Qυé te pasa?.

Lo pensé y pensé decir la verdad a mi hija, pues es eso; mi hija, y no era para andarla con rodeos.

JUANA – Te podía decir que nada; pero sí, si me pasa.

ISABEL – Escúpelo.

JUANA – Me piden un dinero para hacer frente a las prácticas y para una tasa adicional en la matriculación. Esto último ha sido por una Ley que se ha aprobado en forma retroactiva.

ISABEL - ¡Vaya, vaya, vaya!.

JUANA - ¿Cómo dices?.

ISABEL –Mira tú por dónde, se entera una de que no tienes dinero.

JUANA – Me lo he gastado todo en libros e instrumentación.

ISABEL - ¡AH!; ¿pero esas vitrinas que he visto en casa, son el instrumento que estás acaparando para el día de mañana?.

JUANA – Sí.

Isabel se me quedó mirando con cara de asombro y dando vueltas y vueltas al salón de casa, se tapaba la cara con las manos y como si hubiese pensado algo positivo enseguida afirmó.

ISABEL – Es comprensible que no tengas dinero; pues hasta Rayos X veo que te estás agenciando.

JUANA - ¿Cómo lo sabes?.

ISABEL – Por una propaganda que tenías el otro día en tu escritorio.

No la faltaba razón a mi hija Isabel cuando me dijo que estaba en trámites de agenciarme un complejo de Rayos X. Y dando vueltas y vueltas en el salón de casa, Isabel se paró de repente mirándome a la cara para emitir algo.

ISABEL - ¿De cuanto dinero estamos hablando?.

JUANA – Es considerable la cantidad.

ISABEL – Tú dímelo.

Y al decírselo, llamó a mi hermano Paco con idea que me prestase él dicha cantidad, quedándola enteramente agradecida a mi hija; pero cuando mi hermano Paco se enteró me recriminó por no habérselo dicho yo antes.

No tardó en llegar mi hermano Paco a casa como preocupado y con signo de notársele interés por mi persona. La familia estábamos muy unida y nos ayudábamos los unos a los otros.

PACO – No me ha gustado nada, pero que nada, el que no me lo hayas comunicado tú directamente.

JUANA – No sabía lo que hacer. Es de esas veces que las personas nos quedamos bloqueadas y sin pensar.

PACO - ¡Bueno está!.

Aquel problema económico que yo estaba teniendo se solventó de repente, en cuanto mi hermano Paco se enteró; y para que mi hermano Carlos no me recriminase el no habérselo dicho le induje a mi hermano Paco que no difundiese dicha ayuda, y así fue.

Yo cada día me estaba dando más cuenta de lo que era la vida, de los actos que hacía y de los eventos que me rodeaban cotidianamente en mi ser, allí donde yo vivía. Era así, que cuando llegó Semana santa tenía todos los conocimientos puestos en un descanso y pensé irme a la playa; pero no al chalet de mi hermano Carlos, pues esta vez iría de libero y me coloqué bien en un pueblecito de la costa yo solita.

Sin pensar más me fui al pueblo de Martín, para saber de su familia: Quien era y de dónde procedía. Por otra parte dicho pueblo tenía costa.
No podía dejar a mi amiga Virtudes en la estacada; ya que ella no lo hacía, lo hacía yo por ella: El indagar y buscar las raíces de aquel hombre que tanto acosaba a Virtudes con sus manías.

Me eché a la calle buscando y viendo la posibilidad de encontrar a la familia de Martín, a la vez que visitaba aquel maravilloso pueblo y en un chiringuito de playa me senté en uno de sus veladores tomándome un refresco para aprovechar mejor ocasión y la ocasión llegó cuando se acercó a mí, para limpiar el velador de al lado, el camarero.

JUANA - ¡Oiga!, joven.

CHICO - ¿Usted dirá?.

JUANA - ¿Conoce usted a la familia de Martín, un señor que se encuentra en la Capital?.

CHICO – No soy de aquí; pero espere usted, que aquí llega un compañero que es de este pueblo.

Y acercándose a él le habló algo que yo no pude comprender; lo que sí le vi la cara que estaba poniendo aquel chico, pues de vez en cuando le cambiaba toda ella de color: Unas veles blancas y otras rosada.

Le costó mucho aquel chico acercarse a mí; parecía que estaba pensando lo que me iba a decir y así era, pues se le veía con poco interés el informarme de la familia de Martín. Pero entre aquella duda, se acercó, aquel chico, a mí y saludándome muy cordialmente me preguntó.

JOVEN - ¿Qué desea usted saber?.

JUANA – Por la familia de Martín.

JOVEN – Si dobla usted la calle que estamos viendo al final de la carretera, dará usted con una casona destartalada, como antigua. Allí vive su familia; mejor dicho, su madre.

JUANA - ¿No tiene padre?.

JOVEN – Su padre se encuentra en la cárcel hace ya años.

Le di las gracias aquel joven y cuando terminé mi refresco me dirigí hacia donde aquel chico me había indicado, dando con la casona un tanto antigua. Tenía, aquella casa, las puertas abiertas y como sino se cerrase nunca. Miré desde la calle adentro de casa y vi en el pasillo una consola rota y un paragüero caído para un lado; lo que no vi fue a nadie.

Esperé en el umbral de aquella casa, como si me atusase un poco los cabellos y al cabo de un tiempo apareció una señora entrada en edad, que al verme se asustó pero enseguida salió para ver quien era yo.

SEÑORA – No estoy acostumbrada a que nadie mire mi casa.

Tenía que dar señales de no saber nada de ella y que por causalidad me había parado para observar aquella casa tan antigua y así lo hice.

JUANA – De donde vengo, no he visto yo nunca una casa como ésta.

SEÑORA - ¿De donde viene usted, señora?.

JUANA – Vengo del Sur.

No lo dudé en contestar así; pues no decía mentira alguna, ya que ese pueblo se encontraba al norte de la península y desde luego yo venía de más al sur. Pero claro, al decirlo así, parecía que venia del sur de la península, no dando sensación de que conocía a su hijo.

Aquella señora me habló de su hijo, de que quería una chica como yo para él, y de que era un chico bueno, pero con algunas faltas no muy reprochables. Me habló que su hijo se había criado en un seno de familia un tanto dividida; pues su padre era un cabezalera que se encontraba en la cárcel por algunas faltas, haciéndola a ella falta que estuviese allí para que trabajase algo y sustentar la casa.

Al decirme aquello la señora yo la pregunté, enseguida, por el hijo; que si no la mandaba dinero y ella haciendo un gesto de horror con la cabeza me indicaba que no la mandaba nada, que al principio la enviaba algún que otro giro; pero desde hacía un tiempo no la mandaba nada.

¡Buena familia, la familia!: No se ayudaban para nada y se encontraban distanciados; no solamente en el espacio, sino en afectos maternales.

Pasé unos días en aquel pueblo de costa volviéndome rápido a mi lugar de residencia para seguir mis estudios, compaginados con el trabajo.

Y como era todo, estaba siendo mis estudios y mi trabajo; con una carga insufrible por el gran agobio en mi trabajo y por el mucho estudio en la Facultad y el lío que tenía con las materias; pues comenzamos a pisar el acelerador a tope, ya que como decía el catedrático que aquello no era cosa de andar pensándoselo y teníamos que doblar las horas de prácticas con las de estudios y enseñanzas. Echábamos una hora más a la entrada en la Facultad y otra hora más a la salida de la Facultad para ponernos a tono y duchos en todas las materias exigidas a los condiscípulos.

Aquello estaba siendo inhumano para mí, ya que no solamente había aumentado el trabajo; ya que salía a horas intempestivas, sino que la misma Facultad nos exigía cada vez más a los discípulos.

Estaba siendo la recta final del curso, ya el segundo en las prácticas y enseñanzas en la especialización. Entre una vista parcial de una operación y entre que si ahora me toca a mí ayudar en la camilla o en la mesa; aquello estaba siendo un completo despropósito de esfuerzos hechos por mi persona. Y eso que no entregase mal una instrumentación en la mesa, que tenía la regañona en un santiamén, produciéndome más agobio y más opresión en mi vida profesional y hasta llegaba a la vida particular cuando recordaba lo torpe que había sido.

Como salía tarde, muy tarde del trabajo me iba a mi casa sin pararme en otra sitio y por lo tanto a mí se me estaba quedando un tipo de lo más esbelto que ustedes puedan ver, ya que no comía mucho por el cansancio con el que llegaba a casa y la opresión que llevaba yo en mi ser, que se hacía un compendio de agobio todo ello.

Por supuesto yo comencé a echarme unas cremas en la cara para que me resarciera el cutis, de tal manera que se me estaba quedando la faz de la cara como si fuese una actriz consagrada.

Ahora sí que se volvían los hombres para mirarme cuando pasaba yo por donde estaban ellos y hasta me echaron algún que otro piropo; cosa que me gustaba, como a cualquier mujer.

El curso estaba dando fin y con el la manera de vivir que hasta ahora había llevado; pues comencé a ser invitada a las fiestas: Esas fiestas nobles, que hasta vestidos largos tuve que hacerme para asistir a ellas.

Recuerdo una, en la que me pisé el vestido haciéndome un harapo las costuras de abajo del mismo, teniendo que prestarme uno de sus vestidos la señora de la casa y por supuesto me caía muy mal, aunque ella se empeñaba de que éramos de la misma contextura de cuerpo.

Tan fuertemente estudiábamos y trabajábamos en la empresa que un día cuando me crucé con Virtudes, ésta exclamó al Cielo algo.

VIRTUDES - ¡Socorro!.

JUANA – Lo mismo digo yo.

Y acelerando el paso desapareció mi amiga Virtudes antes que yo la pudiese decir: ¡Quítate de ahí!.

No me explicaba cómo se había puesto aquello así; pues antes los estudios los llevábamos con más holgura en el tiempo y en las materias, ahora teníamos que asistir a prácticas y a clase sin horario fijo. Es más: Un día me llamaron en administración para que asistiese a una operación en Los Estados Unidos; pues se iría a tocar un tema que nunca había sido estudiado y las prácticas lo habían sacado adelante.

JUANA – No he montado nunca en avión.

ADMINISTRATIVO – Pues ahora lo va hacer.

Me dio un impreso para que me presentase a mi tutor en los estudios y allí que me fui para anunciarme éste que él también iría a presencial dicha operación. Y claro que me fui hallen de los mares; pues pasé el charco, como se suele decir, sin otros contratiempos que no fuesen las variaciones del terreno y del mar: Subir y bajar, subir y bajar.

Menos mal que se estaban dando vuelos baratos, ya que se comenzó por aquel entonces a darse dichos vuelos; pues la facultad no pagaba a penas nada y yo tenía lo justo, tan justo tenía que a penas pude salir a ninguna fiestas en aquella ciudad como no fuese a dar un paseo por sus calles para conocerla bien.

Pero cuando llegué a mi Nación y sobretodo a mi Ciudad, sí pude hablar de las primicias que había visto en aquella gran Ciudad y lo acogedora que

era, no teniendo tiempo para más ya que se incrementaron los estudios y se alargó la fecha de final de las pruebas por ciertas circunstancias que no viene al cuento.

Se alargaban tanto las prácticas de aquel año, que me tuve que quedar sola en la Ciudad y no me pude ir con mi familia a la playa cuando ellas partieron hacia ese lugar de ensueño y de arena.

Estaba tan embebida en mis estudios que no puedo retener todos los conceptos de aquel tiempo, por no acordarme muy bien de ellos; pero ellos me hicieron una persona ecuánime y aguerrida en la vida.

Tan abstraída me encontraba en mis estudios que fallé horrorosamente en mi trabajo, echándoseme encima el jefe. Había cambiado una factura de entrada por salida y claro está: El dinero se le devolvió, otra vez, a los deudores y menos mal que éstos eran muy conocidos en la empresa.

Yo no tenía excusa alguna y no me excusé, es más: Me incriminé yo en mi propio interés, debido a que mi buena fe no me dejaba otro camino. Y desde aquel día no podía dormir por no saber si había perdido las confianzas de mi jefe, el Gran Jefe, sobre mi persona y mi persona, mi humilde persona, no vivía inmersa en un mar de dudas.

Desde luego no había perdido las confianzas de mi jefe cuando me invitó a una fiesta que daba en su casa con motivo del cumpleaños de su señora; yo fui con todo el amor del mundo y como una gallina clueca.

Mi vida siguió igual en todos los sentidos, tanto en mi trabajo como en mis estudios; no sabiendo yo cuando se irían a terminar aquellas prácticas y las enseñanzas de aquel curso, pues el tutor me apretaba cada vez más, No sé qué vería él en mí que me estaba atosigando de aquella manera; tal vez que no llegaba a la altura que él quería.

Un Viernes por la tarde tuve la posibilidad de hacer una pequeña excursión con unos compañeros de trabajo, nos iríamos de acampada a la sierra y desde luego yo no lo pensé; ya que no había estado nunca en tales menesteres y quería saber cómo se pasaba en esas circunstancias.

Éramos dos parejas, dos chicas y dos chicos; pero cuando vi el coche en el que íbamos me quedé más fría que el hielo: Era un coche viejo, destartalado y ya veríamos haber si dicho vehículo tenía frenos. Andar, andaba; pues conseguimos salir, al cabo de una hora, de nuestra gran Ciudad y ponernos en las inmediaciones de las estribaciones del macizo que forma aquella sierra.

Nos adentramos por un camino agrícola y poco transitado cuando se paró el motor del coche y el caso era que estaba oscureciendo, no sabiendo lo que hacer y yo anuncié la posibilidad de formar allí mismo la tienda de campaña.

No fue bien recibida mi idea, pues el conductor con su acompañante salió para observar el camino y sus inmediaciones, según él, y yo me quedé en la parte trasera del coche con mi amigo.

Comenzó hablándome de las innumerables virtudes y posibilidades apetitosa que tenía la carne, pero la carne humana cuando se apetece y sobretodo entre dos personas. ¡Mal empezábamos!; y sobretodo cuando me puso una mano en la rodilla para luego, más tarde, hacerla escurridiza a través de los muslos, mis muslos. Aquello no me estaba gustando nada, pero que nada; así que abrí la puerta del coche, aunque él me lo impedía, y salí corriendo a campo a través viendo a mi amiga correr detrás de mí.

Con tanto esfuerzos corríamos que nos perdimos del coche y de los amigos, no sabiendo dónde nos encontrábamos; haciéndose de noche cerrada por todo el contorno.

Tiritando de frío y acurrucadas nos vimos en el tronco de un árbol y allí pasamos la noche, no queriendo hacer ruido por si alguna alimaña nos veía, cosa que nosotras no sabíamos que dichos depredadores tenían más agudizado su olfato que otros miembros de su cuerpo.

¡UHI!; cuando vimos los primeros rayos del día, fue para nosotras dos nuestra salvación, pues teníamos todo aquel día para buscar una casa de campo y pedir ayuda a sus moradores. Y no crean ustedes que fue fácil, no por que dicha casa se encontrase muy lejos; más bien era por salvar los arroyos, que parecían ríos, y las cañadas de aquel terreno tan quebradizo. Las hayas nos dificultaban, también, el paso; pues había crecido un matorral a expensas de la poca luz que dejaban llegar al suelo, ya que formaba un tupido manto intransitable.

Era ya mediodía y todavía no habíamos visto ser humano a nuestro alrededor; pero cual no fue nuestra sorpresa cuando vimos a un perro correr por aquel campo, pareciéndonos mentira que dicho animal pudiese correr tanto a través de la espesura. Le llamamos y nos miró, parándose un buen rato y nosotras nos dirigimos hacia donde estaba el animal dando con un camino un poco estrecho. Nuestro gozo se hizo irresistible; pues estábamos salvada y al cabo de un tiempo dimos con una casa de campo agrícola que había cerca de allí, llevándonos en el tractor aquel campesino al pueblo más cercano.

Nunca más me iría de acampadas con unas personas que yo no conocía muy bien, y menos a donde no existiese vida humana; no saldría nunca más de la urbe de un pueblo por más bien que me lo detallasen.

Aquel compañero de trabajo le dejé hablar y nunca me dirigí a él por más que me le cruzase; pues se quiso propasar conmigo y eso para mí era un incordio. A la que sí saludaba era a la compañera de trabajo que había ido conmigo a dicho excursión aquel día desastroso para las dos; la compañera no tenia culpa de nada, había sido engañada como yo y nada más.

Por fin me pude ir a la playa con mi hermano Carlos y al llegar a su lado tuve un recibimiento de lo más agradable posible, ya que se reunió toda la familia aquel día a mi vera en el salón del chalet de mi hermano Carlos teniendo una sobremesa de hermandad.

CARLOS – Creíamos que no venías este verano.

JUANA – A mí me pasaba lo mismo, que empecé a sospechar de que no podía venir este verano con vosotros.

ANDREA – Hija, ya me encontraba yo un poco nerviosa por no verte entre nosotros. ¡menos mal!.

JUANA – Mamá, hay que tener paciencia . Mejores años vendrán y disfrutaremos todos juntos de nuestras compañías.

ISABEL – Me alegra tenerte aquí, entre nosotros.

Mi hermano Paco no decía nada; pues se encontraba hablando con mi hijo Florencio al que se le estaba uniendo, en ese preciso momento mi hijo Felipe, lo cual me dio un atisbo de alegría; pues así podría saludarlos a todos juntos.

Me dirigí hacia donde se encontraban ellos y echándolos los brazos por lo alto, éstos se alegraban de verme.

PACO – Me alegro verte.

JUANA – Igualmente digo, Paco.

FELIPE- Mamá, no sabes la alegría que me da teniéndote aquí.

FLORENCIO – Creía que no ibas a venir: ¡Menos mal!.

JUANA – Hijos; lo mejor que me puede pasar, es estar cerca de vosotros.

Pocos días teníamos para disfrutar de nuestra compañía, los unos de los otros; pues yo había llegado terminando el veraneo y mi familia se tenía

que volver a la Capital para seguir ejerciendo sus trabajos. Pero yo estaba dispuesta a disfrutar de ellos y de todos los días que estuviese allí, de aquella playa y de aquel ambiente bullanguero como el que había en sus calles y en sus chiringuitos de aquel pueblo costero.

Isabel y yo; sí un día que íbamos Isabel y yo por las calles de aquel pueblo vimos acercarse a nosotras una pareja pidiendo y como somos la misma samaritana, nos echamos manos al bolso dándolos una limosna prosiguiendo nuestro camino. Y como íbamos acaloradas por la conversación sobre los hombres en el momento que vimos una mesa libre en un chiringuito nos sentamos en ella.

Yo no estaba acostumbrada a estirar las piernas; pero como vi a Isabel que lo había hecho lo hice yo también, quedándome totalmente relajada y evadida de todas clases de problemas.

ISABEL – ¡Esto sí que es vida!.

JUANA – Y que lo digas.

La relajación que teníamos en nuestro cuerpo no se pagaba con nada, pero ponto surgió el primer problema cuando Isabel quiso echar mano al bolso viendo que no lo llevaba.

ISABEL - ¡UHI!.

JUANA - ¿Qué te pasa?.

ISABEL – ¡Mi bolso!.

JUANA - ¿Los mendigos?.

Sin pensarlo nos echamos a correr hacia el sitio que habíamos visto a los mendigos seguido por un camarero del chiringuito y como yo vi que aquel joven lo que quería era cobrar, miré para atrás conformándole por completo.

JUANA – Joven: Volvemos enseguida; no se preocupe.

Aquello lo dije con tanta convicción que surtió efecto, dejando de correr aquel joven detrás de nosotras dos. Y nosotras dos seguimos nuestro camino, más que corriendo: Volando.

No dimos alcance a los mendigos; pues habían desaparecido como por arte de magia y todavía conseguimos que nos mirasen los transeúntes como a dos subnormales, por la carrera que estábamos dando.

Volvimos al chiringuito, ya pasada una hora, y vimos todas las mesas ocupadas; hasta la que habíamos estado nosotras, arrimándonos a la barra para preguntar por el joven que nos había servido el refresco hacía ya un buen rato. Nos dijeron que aquel joven había salido para arreglar unos papeles y decidimos esperarle en la misma playa.

No habíamos llevado bañador y nos daba vergüenza estar entre los bañistas, por lo tanto nos sentamos al final de la playa, en donde había pocas gentes. Desde allí veríamos llegar aquel chico y pagaríamos la consumición que habíamos hecho en el chiringuito.

Se arrimó una pareja de novios a nosotros y nos saludaron muy cordialmente, para más tarde entablar una conversación de lo más amena que había tenido yo nunca.

Mientras estábamos hablando entre nosotros, yo me di cuenta de una cicatriz, un tanto enmarañada por el maquillaje, que tenía aquella chica, lo mismo que tenía la mendiga que nos había asaltado, por así decir. Era raro, en el mismo lado y con la posición semejante de aquella mendiga; así que comencé a dar codazos a Isabel y ésta como si nada.

Isabel estaba abstraída con la conversación de aquellos jóvenes y parecía que no había mundo a su alrededor, de tal manera que no me echaba a ver lo que yo la quería decir, pese a que yo la hacía señas con la cara, los ojos y hasta con todo el cuerpo por los esfuerzos que estaba haciendo para que Isabel me comprendiese lo que yo la quería decir; y como ésta no me hacía caso alguno, agarré mi bolso con todas mis fuerzas, no fuese a ser que también me lo quitasen a mí. Y cuando vieron aquellos jóvenes mi acción de coger mi bolso con todas mis fuerzas, guardándomelo entre mis pechos, se levantaron y se despidieron sin más ni más.

Pues todavía se quedaba Isabel con la boca abierta viendo marcharse aquellos jóvenes tan simpáticos para ella, que no me hacía caso alguno hasta que desaparecieron de nuestra vista los jóvenes aquellos.

ISABEL - ¿Qué me querías decir?.

JUANA – Que ésos son los mendigos.

ISABEL - ¿No me digas?.

JUANA – Como te cuento.

ISABEL - ¿En qué te has dado cuenta?.

JUANA – En la cicatriz que llevaba la chica: Era la misma de aquella mendiga.

Y al decirla yo aquello me señalaba a la cara para que comprendiera lo que la quería decir y claro que comprendió enseguida que aquella chica era la misma mendiga que la había substraído el bolso. Y como en un acto de reflexión me llamó la atención Isabel.

ISABEL - ¿Pues ahora quería quitarte a ti el bolso?.

JUANA – No hagamos juicios falsos; pero era lo más probable.

Sin mediar palabra nos levantamos de aquella arena para seguirlos los pasos aquellos dos jóvenes tan avispados. Una vez más habían desaparecido de nuestra vista, no sabiendo nosotras cómo lo hacían.

Nada más que llegué a casa y estando entrando todavía en ella sonó el teléfono ofreciéndomelo el señor Curiel, el mayordomo, pues era para mí.

JUANA - ¡Dígame!.

VIRTUDES – Soy Virtudes. ¡Oye, preciosa!; ¿es que tú no te preocupas si tienes que pagar alguna tasa en la facultad?.

JUANA - ¿Cómo es eso?.

VIRTUDES – Tiene que ser personalmente, por algunas circunstancias añadidas. Vente cuanto antes.

Así lo hice; pues llegué ese mismo día a la Ciudad para irme a secretaria de la Universidad a la mañana siguiente, viendo la tasa y las circunstancias que se habían producido.

Las circunstancias eran de envergadura , pues algunas prácticas las teníamos que hacer a cien kilómetros de nuestro centro de enseñanza. Ya no teníamos centro de enseñanza por lo que yo pude ver. Y además se habían proclamado algunas operaciones, fuera de nuestras fronteras, a las que yo debía asistir sin apelativo alguno.

Me fui al banco, mi banco, y saqué dinero para pagar aquella tasa, y menos mal que lo tenía; que no había sido como otras veces, que lo había tenido que pedir a mis hermanos.

Pero eso de tenerme que mover tanto no me convencía mucho, por estar echa a la tranquilidad y a que me hagan las cosas; pues yo vivía con mis papás y me tenían siempre limpia y la comida a punto, sin tenerme que preocupar de nada. Aquello fue lo malo, que no estaba acostumbrada a tal ajetreo humano y a no hacer nada.

De modo que salí de secretaría con la cabeza baja y pensativa, por ver la manera de “diblar” a la empresa en mi trabajo; ya que habría días que no llegaría bien a mi lugar de tareas.

Aquello estaba siendo un dilema para mí: O dejaba la empresa, o la empresa me dejaba tener un margen de confianzas como para que yo llegase tarde a mi lugar de trabajo.

No obstante decidí esperar acontecimientos; pero de pronto lo tendría que poner en conocimiento de los jefes de mi empresa y así lo hice, diciéndome que estudiarían mi caso; lo cierto es que hasta el día de la fecha, que se lo cuento, estoy esperando contestación previa de mi propuesta y eso que yo faltaba a primeras horas, algunos días, a mi trabajo para llegar tarde a el, pero llegaba. Se notaba que la empresa estaba a gusto conmigo, que sin ser titulada y cobrando menos por eso hacía las funciones de un perfecto ejecutivo en mi trabajo.

Comencé a moverme de un lado para otro y sin saber dónde iba aprender al siguiente día, ya que algunas prácticas no estaban proclamadas de antemano, pero yo seguía el método de preguntar y seguir preguntando el día anterior, hasta por la misma tarde.

Menos mal que mis idas y venidas fuera de aquella Ciudad no eran muy frecuentes, pero cuando se producían me veía y me deseaba para llegar a su debido tiempo a mi trabajo.

Un día en el que tuve que coger el tren para llegar a tiempo a mi lugar de destino, me encontré en el mismo compartimiento a un señor de mediana edad y al parecer con síntomas de no saber dónde iba. Yo no le quería alarmar, pero con mucho disimulo le indiqué la dirección que estaba llevando el tren.

JUANA – No veo la hora de llegar a la Capital.

Aquel señor abrió unos ojos monumentales, exclamando algo que yo ya sospechaba.

SEÑOR - ¡AH!; ¿pero este tren no va a la costa?.

JUANA – No señor, todo lo contrario.

Sin hacer mucho ruido, cogió su maleta aquel hombre y esperó a que llegase la primera estación bajándose del tren, que por poco lo hace en marcha de los nervios que tenía. Yo sospechaba algo y salí con aquel señor al descanso del tren, por si hacía alguna cosa imprudente por los muchos nervios que se le habían puesto.

Había hecho un acto de caridad con aquel hombre y estaba dispuesta hacer muchos más, lo malo era que no me salían esos casos así como así.

Tan ufana me encontraba, que cuando llegué a la gran Ciudad no me di cuenta que había tomado la dirección equivocada y menos mal a una buena samaritana, que me conocía, me indicó la dirección correcta que debía tomar yo en aquellos precisos momentos.

SEÑORA – Se está confundiendo usted de dirección si quiere ir a su empresa. Es por allí.

Y señalándome con el dedo me indicaba la dirección que debía tomar si quería llegar pronto a mi lugar de trabajo y así lo hice; pero cuando miré para atrás reconocí aquella señora como una señora de la limpieza de mi empresa.

JUANA – Señora.

SEÑORA - ¿Dígame?.

JUANA – Muchas gracias.

Aquella señora movió la cabeza en señal de que no las merecía, las gracias que yo la estaba dando; pues a su bien parecer eso había sido un acto sencillo y humanitario a la vez.

Si el año anterior había sufrido mucho por la presión de mis estudios y la de mi trabajo, el actual no era diferente, es más; yo creo que estaba siendo más fuerte este año que el anterior en dichas materias.

A Virtudes la veía yo todos los días con la cara totalmente rosada, por los esfuerzos que hacía para sostenerse en pie y no caerse en plena vía pública, a causa del mucho cansancio.

Una mañana, cuando salí de la facultad, me estaba esperando Germán, por lo menos así me dio sensación a mí; pues nada más que me vio se dirigió hacia mí sin pensarlo dos veces. Yo le quise esquivar yéndome otra vez a la facultad, entrándome en ella a pasos agigantados para esperar allí un buen rato, dando vueltas por sus pasillo, esperando que se hubiese cansado de esperar aquel señor en dicho sitio.

Cuando me pareció bien salí a las puertas de la facultad y ¡qué va!; aquel señor permanecía de guardia y al parecer estaría allí mismo todo el tiempo necesario para hablarme de algún asunto, que no me concierne.

Como ya había salido de la facultad y me había visto aquel señor, yo decidí bajar las escaleras despacio, popo a poco, para ver si en realidad era a mí a la que estaba esperando, y claro; ¡claro que me estaba esperando!.

No hice mas que bajar el último escalón, el último peldaño de aquellas graderías cuando se aproximó a mí aquel señor con idea de infundirme alguna buena premisa en mi cerebro para que se abriese bien mis conocimientos a su manera de pensar y de hacer.

Estaba ya cerca aquel señor, cuando me paré para pensar y pensé rápidamente de tal forma que no lo dudé ni un solo instante; pues salí corriendo por todo el Paraninfo de la Universidad hasta alcanzar un autobús montándome en el.

Miraba para atrás viendo aquel señor tan solo y tan desilusionado que me daba pena; pero yo no valía para tales menesteres y era mejor que se lo hiciese ver de esa manera todas las veces que fuesen necesarias.

Me bajé del autobús en las primeras calles de la Ciudad y enseguida vi al señor Santiago con un libro en las manos y como yo no era mujer que se dejase seducir por dichas reglas, volví a retomar el paso con prisa acelerada para no tenerle que dar una mala contestación, pues ya me estaban poniendo nerviosa.

No solamente quedó ahí todo, que yo había pensado decírselo a mi tutor y a mi preparador de mi tesis doctoral y cuando me atrevía hablar de lo que me estaba pasando con aquellos señores no dio mucha importancia

al asunto mi tutor, es más; me aconsejaba que fuese simpatizante de un grupo y que me ganase algún que otro doctor, sobretodo los que iban a formar el tribunal nombrando en mi tesis doctorar sus cualidades de docentes, como así algún detalle en ciencias que yo pudiese sacar de ellos:¡Vamos!, hacerlos la peloto como se suele decir.

Poco valía yo para eso, para hacer la pelota a nadie y menos a quien yo no conocía muy bien; pues que fuesen mis catedráticos no quería decir que se mereciesen mis alabanzas.

¡Bonita salí yo de allí!; pues hasta rabia me estaba dando de aquellos señores, uno de ellos a quien me había nombrado mi tutor, que por poco los cojo entre ojos, al no ser que pensé, rápidamente, fuese cosa particular de un solo hombre: Mi tutor.

No quedó todo ahí, que en el lugar de mi trabajo se me vino un compañero hablándome de los asuntos que tiene la vida cotidiana y de los problemas sociales, parándole yo en seco antes que siguiese él con su plática de cual o tal asunto en la sociedad. Aquello le sentó muy mal, pero que muy mal, a dicho señor por el interés tan enorme que tenía en hablarme de dicho tema. ¡Vamos!; que salí con la cabeza caliente y los pies fríos.

¡No me lo podía creer!, pero estaba siendo; se me estaba produciendo dicha situación pese a mi voluntad.

Pasaron los días y todo iba como una balsa de agua, con tanta quietud que en un lago sosegado. Lo único que yo no quería era ir de una parte para

la otra y lo tenía que hacer; pues reforzaba mis estudios y de vez en cuando me marchaba fuera de la Ciudad unos cuantos de cientos de kilómetros para asistir a unas prácticas que me vendrían muy bien para desarrollar yo mis tareas profesionales.

Llegaron las Navidades, un año más, y mi mamá se disponía a celebrarlo por todo lo alto y para ello había convocado a toda la familia en casa y allí que acudieron, la Nochebuena, todos mis hermanos y mis hijos para que estuviésemos aquella noche todos juntos y en buena armonía.

En tan buena armonía estábamos que Isabel nos quería anunciar algo y no sabía cómo hacerlo.

ISABEL – No sé cómo deciros una cosa.

JUANA - ¡AY!.

ANDREA – Habló la madre.

JUANA – También la abuela.

La intuición, la intuición de una madre y de una abuela pese a que Isabel se atrancaba para darnos aquella grata noticia, que no tardó en darla mucho tiempo; pues yo la hacía gestos con la mano para que se animara a decirnos lo que ella sabía.

ISABEL – Bueno: Os tengo que decir a todos ustedes, que estoy embarazada.

Un grito, se nos escapó a todos un grito de júbilo y de alegría por tal noticia dada por Isabel, que por poco llegan los vecinos para ver lo que pasaba dentro de casa.

Mi papá sacó una champaña de lo más exquisita que haya brindando con ella por dicha noticia.

Yo miraba para mi hermano Carlos con gran pesar por no haber dicho mi cuñada Felisa que ella también estaba en estado de buena esperanza, pero me tuve que conformar con lo que se estaba dando.

Y lo que se estaba dando era el formalizar nuestras familias poco a poco y paso a paso; así que yo me conformaba con eso y mirando a mis hijos los vi muy mayores, pues hasta mi hijo Pablo, que era el más pequeño, estaba hecho ya un mozo y a mi simple parecer hasta con novia.

Como yo llevaba un camafeo colgando, se me arrimó mi hijo Florencio para ver si era de interés o de pega. Se veía que ya estaba ducho en dichas artes mi hijo Florencia; mi hermano Paco le había impuesto en conocer bien las joyas y las antiguallas.

JUANA - ¿Qué, hijo, te parece correcto dicho medallón?.

FLORENCIO – Viniendo de ti, me parece todo correcto, mamá.

Me quedé más satisfecha por aquella respuesta que si me hubiese tocado la lotería y yéndome hacia mi hijo Pablo, que se encontraba sentado en un sillón y sin decir una sola palabra entablé conversación con él.

JUANA – Te veo un tanto decaído: ¿Qué te pasa?.

PABLO – Entiéndeme, mamá. Las fiestas, la alegría de la calle para un joven es estar con sus amigos.

JUANA – Hablas de amigos: ¿Y de amigas?.

PABLO – También, mamá.

Guardé un rato de silencio para no atosigar mucho a mi hijo Pablo con mis preguntas y al cabo de dicho tiempo volví a la carga directamente.

JUANA – Y de novia: ¿Qué?.

PABLO – Tengo amiga.

JUANA - ¿Así llamáis a las novias?.

PABLO – Hasta que no se está cerca del Altar no se las llama novias.

JUANA - ¡Ya!.

Me había enterado de la vida que llevaba mi hijo Pablo, quedándome totalmente satisfecha por ver que no se estaba juntando con compañías malas; en cambio sí se juntaba con una persona que le quería y le animaba a no andar por malos sitios.

Pasaron las navidades y con ella la alegría de reunirnos todos en una casa, pues cada uno se fue a la suya enterándonos de todo lo que pasaba cuando nos llamábamos por teléfono o nos visitábamos para ver cómo estábamos.

Aunque a veces no hacía falta visitarnos para ver cómo nos encontrábamos de salud, pues un día que pasaba por una clínica vi entrar a mi cuñada Felisa con mi hermano Carlos en ella. Yo me paré un poco en la

cera de enfrente para ver si salían enseguida de allí, pero qué va; aquello se eternizaba. Decidí seguir mi camino y me marché a mi casa sin decir nada a mis papás para no preocuparlos, pues antes de continuar mi marcha pude leer el rótulo de la fachada: Era un grupo de ginecólogos.

A mí me parecía mentira que mis papás no supiesen nada de ello, así que decidí poner atención y escuchar las conversaciones entre mis dos progenitores, en la medida que se pudiesen escuchar, pero allí nadie hablaba de dicho caso. Lo tenían que saber:¡Seguro!.

Dejé pasar el tiempo y con el todo mi afán por saber algo de aquel caso, ya que se distanciaba la fecha en que vi entrar a mi hermano Carlos con mi cuñada Felisa en aquella clínica, perdiendo todo interés por el asunto.

Lo que sí les diré a ustedes que, uno a uno, comencé alabando las virtudes de sus buenas enseñanzas a los catedráticos que me impartían tales menesteres con sus reglas.

Algunos, la mayoría, les gustaba que les halagase de tal manera, en cambio otros no eran de dicha opinión, éstos los menos, pudiendo ver que a todo el mundo le gusta un halago bien echado.

Estaba allanando mi camino para que por lo menos me considerasen, no se yo hasta que punto me considerarían; pues a veces, y eso lo comprendo, estaba siendo muy abrumadora con tales halagos.

Si yo lo comprendía, pues un día me dijo mi tutor que no fuese tan pesada con mis catedráticos, que ya había oído él algo. De modo, que dejé halagar insistentemente a mis catedráticos para centrarme más en sus enseñanzas; pero eso sí, de vez en cuando un buen "sobe" a sus virtudes no les venía mal, pero que nada mal.

Desde entonces algún catedrático que me asistía en mis clases – prácticas me daba de vez en cuando algunos apuntes de su cosecha para que yo me ilustrase con ellos, sirviéndome de base para mi tesis doctoral y cuando llegó la hora de presentarme a la tesis doctoral me dijo mi instructor en dichas materias que era mejor no dar tres cuartos al pregonero y que lo dejase para el próximo año, cuando yo quisiera. O no estaba ducha en mis conocimientos, o no quería mi tutor que me faltase una nota alta en dicho tema. El curso no se había terminado, ni creo que se terminase pronto; pues siempre había tal o cual práctica a la que asistir.

Eso sí, me propusieron el formar equipo de ayudante en la consulta de un doctor y yo no me podía negar, pero para eso tenía que dejar mi puesto de trabajo en la empresa y para mí ese dinero me venía de maravillas.

Sin dudarlo me fui hablar con el gran jefe y éste me escuchó sin pestañear para hablar una vez que hube terminado de exponerle mi caso y mi caso estaba siendo arduo para él y para la empresa.

Para mí lo veía bastante oscuro, pues no había subvenciones en los despidos, el sindicato plano no lo tipificaba y por otra parte tendría que presentar mi hoja de renuncia a mi puesto de trabajo.

El gran jefe me habló de que esperase un tiempo, cosa que yo no podía hacer, puesto que en unos pocos años se preveía un pago por despido, pero que aquello era cosa subversiva y como subterránea. Aquella idea se había dado bajo cuerda entre la clase más alta de las empresas. ¿Ya veríamos haber lo que pasaba?.

Por otra parte la empresa no podía sostenerme en mi puesto de trabajo sino podía trabajar en tres días a la semana, que era lo que yo iba asistir en la consulta de un doctor, pero sí podía ejercer de relaciones públicas de la empresa, durante mis horas libres captando y capacitando al personal ya en funciones.

Mis horas libres, eran sobre todo por la tarde a primera hora; pues enseguida comenzaba la consulta y tendría que estar allí. También tenía la consulta aquel doctor a última hora de la tarde, pero esto ya casi de noche; y sobretodo en invierno, de noche cerrada.

Como me quedaba veinte días para asistir a consulta quedé en que lo pensaría y así fue; pues cuando me fui a mi casa pensé en que un consejo vale más que una simple decisión mía y me fui a casa de mi hermano Carlos para que me diese su opinión.

Mi hermano fue llamado por el ama de llave, la señora Marta, presentándose enseguida para ver lo que yo le quería.

CARLOS – Me ha dicho la señora Marta que me estás esperando.

JUANA – Deseo pedirte consejo.

CARLOS - Pues aquí estoy, ¿tú dirás?.

JUANA – Tengo que asistir, tres días en la semana, a una consulta de un doctor, pero me delimita mi trabajo en la empresa y como sabes yo necesito el dinero que me repercute mi trabajo.

CARLOS – Me parece que hay más.

JUANA – Sí. En mis tiempos libres tengo que hacer de relaciones pública en la empresa, atrayendo compradores para los productos de la misma y formando al personal ya en prácticas.

CARLOS – Aunque todavía eres joven: ¿No te parece, a ti, mucho tanto ajetreo?.

JUANA – Me parece, pero tengo que obtener dinero por lo menos un año más.

CARLOS - ¿Cuánto te repercutiría en tu haber pasivo dicho trabajo?.

JUANA – Considerando que dejo de ser ejecutiva para ser relaciones públicas en la empresa por horas, no creo que me vaya hacer rica.

CARLOS – Entonces déjalo y yo te doy lo que te haga falta para tus estudios.

Me levanté de pronto como asustada, por comprender algo malo; ya que mi hermano no me había sabido entender.

JUANA - ¡AH!, no. No he venido yo aquí para mendigar.

CARLOS – Y tú me has entendido mal. Yo te quiero mucho, pero que mucho, y no quiero que sufras tanto en tu vida, que ya ha sido bastante lo que te ha pasado; aunque gozas de unos años de quietud y de paz.

JUANA - ¿Entonces?.

CARLOS – No hablemos más: Yo te daré lo que te haga falta en tus estudios y para tu belleza corporal.

JUANA - ¿Me lo has notado?.

CARLOS -¡Claro!: Se nota a la legua.

Y es que era los años que más me estaba cuidando mi cutis y mi cuerpo, pues no parecía la misma chica de mi juventud, en donde estaba cifrado todo el sufrimiento que había pasado y todo el agobio de aquella vida tan desastrosa como llevé antaño. Ya parecía otra, más guapa, con la cara más lisa; Pues tenía una faz de ensueño, con las cejas arregladas, las manos y las uñas y me había quitado kilos de encima como para quedarme esbelta y bella. Pero aquello me estaba costando una pasta gansa.

¡UHI!, cuando llegaron los primeros teléfonos móviles, parecían un armatoste, pesados y con una especie de antena; pues solamente se oía en ciertas ciudades donde tenían cobertura. Era la época dorada de la electrónica, infinidad de experimentos y de hallazgos en los

electrodomésticos, hasta los ordenadores comenzaron a surgir como las setas en el campo. Aquella vida sedentaria y casera, se transformó en un complejo de obtener y desechar cosas, cosas que a veces no hacían falta, pero que se compraban por las rebajas que hacían los comerciales. Un sinfín de electrodomésticos empezaron a surgir, que hasta se convocaron más subvenciones para los estudiantes y también se daban en los pueblos para la obtención de dichos artilugios.

Estaba a punto de hacer mi tesis doctoral y la apertura de información se hacía a paso agigantado, pues hasta varios canales de televisión existían en aquellos años. Me había criado encerrada en un concepto y me abría en otra manera de pensar y eso que yo no critico ni una ni otra forma de ser, solamente dejo pasar el tiempo.

Las prácticas seguían y seguían, el curso no sabía yo cuando se terminarían o si a caso se hubiesen terminado ya. Lo cierto era que yo seguía yendo a todas las operaciones que estaban programadas, pues las que surgían de una forma urgente no tenía medios para saber yo de ellas. Si hubiese sido en éstos tiempos, otra cosa sería.

Pasaban los meses y yo no veía la manera de que se llegase a formar el tribunal para mi tesis doctoral, pero lo cierto era que entre unos catedráticos y otros me ayudaban a formar una idea bastante sustanciosa de lo que estaba siendo la material elegida por mí; mejor dicho, por mi tutor.

Apuntes en mano iba un día hacia mi casa cuando vi aproximarse a mí a la planchadora que tenía mi hermano Carlos dando grandes pasos y cuando llegó a mí echándose las manos a la cabeza exclamó, a su manera.

CELIA - ¡AY!, señora.

JUANA - ¿Qué pasa ahora, para que me llames señora?.

CELIA- Esto es más grave que lo que se está creyendo.

JUANA – Me estás poniendo nerviosa. ¡Cuéntame!.

CELIA – La señora Petra.

JUANA - ¿Qué la pasa?.

CELIA – Se ha quemado con el aceite de la sartén.

JULIA- ¿Dónde se encuentra?.

CELIA – En quemados intensivos.

Al parecer se había descuidado y salió ardiendo la sartén y ella para apartarla de la lumbre la manejó con muchos nervios dando un gran golpe con ella en la pared echándose el aceite encima, totalmente encima. Tenía casi todo su cuerpo quemado, ya veríamos haber qué complicaciones tenía aquello.

Sin esperar a que Celia me contase mas, salí corriendo hacia el Hospital con un agobio enorme y cuando llegué a dicho centro me entré en quirófano, presentándome como ayudante, viendo a la señora Petra tumbada en la mesa. La estaban quitando la ropa que llevaba, pues era de lana casi toda ella y eso amortiguó un poco los efectos, no era tan mala la

cosa como se creía desde un principio. No tendría efectos secundarios, pues con un tratamiento se podría curar pronto dicha paciente, según el doctor.

Me fui a la sala de espera y pude ver allí a mi hermano Carlos, a mi cuñada Felisa, a Isabel y a toda la servidumbre de la casa de mi hermano, y mientras los estaba conformando, dándolos buenas noticias, salió el doctor para decirles lo que ya sabían ellos.

Se decidió formar guardia y quedarse uno de nosotros, en forma de turnos, con la señora Petra y mientras tanto contrataron una cocinera, así fue pedida; pero esta vez fue un cocinero el que sustituyó a la señora Petra.

No salía de una cuando entraba en otra; pues el ejecutivo que me había sustituido en la empresa había tenido un accidente de tráfico, llamándome el gran jefe para que me hiciese cargo, por unos días, de dicho despacho y yo no me pude negar a dicha pretensión por lo bien que se habían portado conmigo en dicha empresa.

¡Ay madre!; los agobios que me daban cuando no podía asistir a una operación, pues solamente asistía viéndola desde uno de los sitios que estaba acondicionado para ello, por llegar tarde a la misma y eso cuando llegaba.

Me llamó mi tutor y me dio una arenga de las virtudes de una persona, diciéndome; que cuando una persona tiene que hacer una cosa, está eso ante todas las demás cosas, que dejase mi trabajo para asistir a las prácticas y eso me lo decía con gran dolor de su corazón.

Parecía que me querían atar a mi deber profesional y eso era cosa buena para mí, yo se lo agradecía, y así me expresé con él; pero que debido a circunstancias adversa a la misma empresa y teniendo dificultades en su personal administrativo, debía ejercer mis funciones como ejecutiva de la misma unos días para que la masa dineraria no cayera de golpe debido a la mala contabilidad y sobretodo gestión de su personal no informados en esos mismos menesteres.

Pues créanme ustedes que me comprendió mi tutor, lo malo era que no daba su brazo a torcer diciéndome que maestros hay en todos los sitios, y que contratasen a alguien bien informado, que era su deber.

Salí del despacho de mi tutor no sabiendo lo que hacer y por otra parte me veía en la imposibilidad de trabajar no asistiendo a las prácticas de mi profesionalidad.

Cuando llegué, aquella misma tarde, a la empresa pedí hablar con el gran jefe, como yo le llamaba, asistiéndome éste en mis dudas para decirme; que hiciese lo que creyera conveniente, pero que la empresa sería flexible a mis indicaciones de poder asistir a mis prácticas y que el trabajo lo expansionase en diferentes horas, que no era necesario que trabajase la tarea totalmente seguida. Me lo ponía en bandeja, por lo cual yo no podía resistir aquella oferta echa por el director - gerente de la empresa.

También salí, de allí, sin saber lo que hacer ni lo que decir; pues me veía entre la espada y la pared sino acedía a tales pretensiones de mi gran jefe.

Ya veríamos haber cómo saldría la cosa, pues yo no podía resistirme a las pretensiones de la empresa, la quedaba desvalida, cosa que en mí no se podía dar.

Siguió todo como antes, asistiendo algunas veces a mis prácticas y llegando tarde a la empresa, pero eso sí; trabajando con nobleza y con equidad.

Una tarde que me estaba dando un paseo antes de irme a mi casa me encontré con David, el hijo de la señora Celia, y con José, el tío de David.

JUANA - ¿Cómo se encuentra tu madre?.

DAVID – Se encuentra mejor.

JUANA – Me alegra dicha noticia. También me alegra verle, señor José.

MARTÍN – Lo mismo digo.

JUANA - ¿Y el pueblo; dónde se le ha quedado?.

MARTÍN – Se encuentra en el mismo sitio.

Y después de un rato de charlas, se despidieron los dos para dirigirse a un concesionario; pues David tenía la idea de comprarse un coche de segunda mano y esta vez se estaba vendiendo en dicho concesionario coches de segunda mano con coches nuevos. Yo proseguí mi camino

rumbo a casa, paso a paso, poco a poco como queriendo recrearme en aquellas calles tan bellas y tan acogedoras, cuando vi en las carteleras de un cine una película afamada por su argumentación entrándome en el sin pensarlo dos veces.

Así como a media función comencé a notar un roce de un señor que se encontraba en la butaca de al lado, no sabiendo yo lo que hacer; si irme hacia un lado o salirme del cine, pero decidí lo primero: Echándome hacia el lado contrario con la consiguiente probabilidad de rozar al otro señor que se encontraba en la otra butaca tan callado y tan quieto y así fue, echándome una mirada como de susto aquel señor. Yo me encogí de hombros señalándole hacia el señor que tenía al otro lado; no sé si me entendería, pero lo cierto fue que se levantó, aquel señor, yéndose a otra fila de butacas para sentarse sólo en una de ellas. Yo, al ver libre aquel asiento, me levanté de donde estaba y me senté en el asiento que había dejado aquel señor para librarme del otro señor que tenía a mi otro lado.

No tardó, dicho señor, en responder a mi gesto viniéndose a sentar cerca de mí, para en unos momentos quedarse quieto y empezar a rozarse conmigo más tarde, pero esta vez con más deseos.

Como a mí me estaba gustando la película, haciéndome hacia el lado contrario de donde estaba él, me quedé viendo dicho celuloide, con la consiguiente pérdida de mi honradez.

Me dio había visto la película, pues cuando salí del cine sacudiéndome la falda me la ponía bien por lo arrugada que la tenía e iniciando mi camino. Salí hacia mi casa sin mirar para atrás, pero cuando fui abrir mi portal sentí unos brazos fuertes que me sujetaban contra la pared, queriéndome levantar la falda y menos mal que se oyó abrir una puerta iniciando una persona los pasos para bajar las escaleras y entonces me dejó aquel hombre saliendo del portal con toda la prisa del mundo. Yo me puse bien mis ropas y me atusé un poco para dar señales de quietud y dando las buenas noches aquella persona subí las escaleras entrándome en mi casa.

¡Vaya tardecita, mi amo!, la de aquel día; me había pasado de todo y si me descuido no las cuento.

Cuando estuve sola en mi cuarto me recree mirándome al espejo, viéndome bella, pero que muy bella; ya que mi preocupación por mi cuerpo me estaba dando resultados. Aquellas cremas y aquellos masajes en la cara, así como en mi cuerpo, me estaba quedando una figura encantadora con un cuerpo esbelto y bastante bonito, así que no era raro que los hombres se fijasen en mí más que antes.

Lo que sí me podía fijar yo más en Isabel, que cada vez se la notaba más la tripa que tenía. El embarazo no la estaba dando muchos problemas, por así decir, pero casi siempre había que tener cuidado con coger peso y hacer otras cosas que estaban prohibidas, terminantemente, por los doctores.

Como era de mucho pasear, Isabel, y en el estado en el que se encontraba, sin tener ninguna clase de molestias, la acompañaba yo a dar unos paseos por las calles viendo escaparates; aquellos escaparates iluminados con focos de alógenos, tan bonitos y con tanto gusto expuestos.

Un día que llegamos a casa Isabel y yo, nos encontramos en ella a Felisa y a mi hermano Carlos. La visita de los dos me dio a mí qué pensar; pues era día de estar trabajando mi hermano y no para estar visitando a mis papás. Yo me senté frente a mi cuñada Felisa observándola en los ojos un brillo extraordinario, como nunca se lo había visto yo.

FELISA – ¿Se lo dices tú, o se lo digo yo?.

ANDREA - ¿Qué es ello?.

¡Ya está!; lo tenia bastante claro yo, como para que dudase de dicha noticia, una noticia que yo esperaba con ansiedad y que me lo había callado por no dañar la susceptibilidad de mamá si acaso no fructificaba las idas y venidas de Felisa al ginecólogo, y desde luego no me equivoqué.

CARLOS – Felisa se encuentra en estado de buena esperanza.

Un ¡ole!, se oyó retumbar, en aquel salón, por parte de todos los que nos encontrábamos allí: Iba a tener un sobrino o una sobrina. ¡Qué bien!.

Mi papá volvió a desaparecer, como en el otro anuncio de Isabel, para traer en las manos una botella de champaña de lo mejor que había en el mercado. Brindamos y hablamos de nuestras cosas sin parar hasta que por fin decidieron marcharse, cada uno por su lado.

Me quedé pensativa, en mi cuarto, aquella noche; pues caí en la cuenta, que no solamente iba a tener dos sobrinos, si no que uno de ellos iba a ser mi nieto: Mi primer nieto.

Me encomendé a todos los Santos para que aquello saliese bien y no se torciese el embarazo de cada una. Tanto mi hija Isabel como mi hermano Carlos se lo merecían.

En la consulta del doctor, que me había permitido ser su ayudante, me estaba poniendo un tanto nerviosa al acordarme de que en casa iba aumentar la familia; y eso que yo debía mucho aquel doctor, por lo tanto tenía que poner todos mis cinco sentidos en lo que hacía y no ahuyentar a los pacientes.

Cuando salí de la consulta me fui a poner bien en una Iglesia, pues era Viernes y dicho templo no se cerraba hasta últimas horas de la tarde, rezándole un Credo y pidiéndole por las dos, Isabel y Felisa. Sobretodo hice hincapié más por Felisa; pues se encontraba delicada.

Para celebrar tal acontecimiento nos invitó mi hermano Carlos a una cena en el restaurante más afamado que había en aquella Capital y créanme ustedes que lo pasamos lo mejor posibles, entre vivas y alguna que otra felicitación cenamos todos juntos en un ambiente de hermandad increíble, por el trato tan exquisito que estábamos teniendo.

Pasaron los días y con ellos los meses notándose la tripa a Isabel, que ufanamente la exhibía con orgullo por toda la ciudad y por los medios donde ella se desenvolvía.

La tuve que acompañar una tarde a confección para que comprase un vestido amplio, pues los que tenía ya no la valían, y en el camino entablamos una conversación las dos.

JUANA - Se te nota la tripita.

ISABLE - ¿Estás orgullosa de ello?.

JUANA - ¿Cómo no lo voy a estar, hija, si es mi primer nieto que tengo?.

ISABEL – Ya lo había pensado yo eso y te lo iba a consultar.

JUANA - ¿El qué?.

ISABEL – Mis hermanos: ¿Qué son de mi hijo?.

La eché una mirada a mi hija Isabel, que ella me comprendió muy bien lo que yo la quería decir con esa mirada. Pero para que no hubiese dudas, apostillé la pregunta que me había hecho mi hija Isabel.

JUANA – Tu hijo, en tales circunstancias, es por supuesto; sobrino carnal de tus hermanos: No cabe otra.

Isabel se me quedó mirando como con ganas de hacerme otra pregunta y después de pensarlo un rato abrió la boca para hablar del asunto.

ISABEL - Mi hijo: ¿Qué es con respecto a ti?.

Hacía inclinaciones de cabeza, de una parte a la otra, de arriba a bajo, como queriéndola dar sensación de quietud y de no estar nerviosa por tal pregunta, contestándola al momento.

JUANA – Tu hijo debía ser mi sobrino carnal y en sí lo es; pero dadas las circunstancias, es también mi nieto. Más que nunca, soy tía abuela.

ISABEL - ¿Estás segura?.

JUANA – Creo que sí.

Y así llegamos, aquella tarde, al comercio de confecciones asistiéndonos un joven muy simpático, dándonos consejos sobre el vestido que se tenía que comprar Isabel, acertando en la elección.

Yo veía a mi hija Isabel de diferente manera a como era ella, y eso que me había perdido los mejores años de su vida; pero había podido observar su manera de ser y su físico, un físico agradable donde los haya. La estaba viendo hecha una mujer; y eso, como los digo, no me imaginaba viéndola en su juventud: ¡Qué vida ésta!, la que llevamos las personas, ahora era una verdadera mujer, mi hija Isabel, y para mí estaba siendo mi pequeña.

No crean ustedes que esto me duró pocos días, que un día en el que me encontraba pensando y zozobrando en un mar de dudas con mi tutor, éste me anunció la posible formación del tribunal que me revisaría la tesis doctoral. Estaba llegando el fin de mi carrera profesional y con ella me estaba forjando un porvenir, en el que solamente yo era el ama y señora de todo ello.

Era así, que una vez terminé de ayudar en la consulta al doctor, que bondadosamente, me había acogido en la misma, me aconsejó que no volviese más, como profesional, a su consulta y que uniese mis fuerzas para exponer mejor mi tesis doctoral, que en general era un tema arduo y bastante difícil. Había cogido un tema, en el que algunos doctores naufragaban en el y yo tenía que hacer el pino en dicho temario.

Una vez que llegué a casa, aquel día, reuní a toda mi familia; pues llamé por teléfono a todos, para que supiesen de la aproximación de la formación del tribunal en mi tesis doctoral.

JUANA – Os he reunido, a todos, aquí para deciros que está a punto de formarse el tribunal para revisar mi tesis doctoral.

CARLOS – Un consejo.

JUANA - ¿Cuál es?.

CARLOS – Revísala tú primero.

Me cortó, mi hermano Carlos, con aquello de que la revisase yo antes; no sabía muy bien lo que quería decir con aquello.

JUANA – Pero si hasta he hecho fotografías microscópicas, por así decir.

CARLOS – ¡Revísalas!.

Tanto insistía, mi hermano Carlos, para que revisase mi tesis; un libro bien hecho y bien presentado que no pude por menos que darle la razón,

JUANA - ¡Está bien!; así lo haré.

Comencé a revisar todos mis apuntes no viendo fallo alguno en ellos; para después revisar el libro, ya en limpio, no apreciando fallo alguno y con todo y eso no me quedé satisfecha, que volví a darle una vuelta más. Y en esa vuelta encontré un pequeño error por omisión, ya que no había detallado todo el proceso, completo, de ese orden. El libro lo tenía que volver hacer de nuevo y por tal circunstancia, no me quedé a gusto volviendo a revisar el borrador y la parte que estaba en limpio, no encontrando nada en el borrador, pero sí en lo que estaba en limpio: Me había sobrepasado con unas foto, estaban superpuestas y parecían la misma.

¡Qué verdad tenia mi hermano!, al decirme que revisase bien mis apuntes y no solamente las copias; sino lo que tenía en limpio.

Mis apuros eran, que me estaba atrasando en la presentación de mi tesis doctoral por haber encontrado dichos fallos, de formas, pidiendo a mi tutor que intercediese por mí y consiguiese un aplazamiento, de unos días, en la formación del tribunal. Me anunció el tutor, que aquello no podía ser, ofreciéndose ayudarme, al igual que otros dos doctores, para confeccionar bien mis apuntes a limpio. No tenía hora ni día en mi vida, pues todos los minutos del tiempo los pasaba trabajando en mi tesis doctoral, ayudada por los doctores que ustedes saben ya.

Por supuesto a mi trabajo no asistía para nada, teniendo una llamada telefónica del gran jefe; pero cuando éste supo las causas por las que no

podía ir a mi puesto de trabajo me inculpó: Es más; me ayudó a pasar dicho trago poniéndome un sustituto. Pero a mi simple parecer, lo que tenía que hacer, era nombrar una persona por mí, en mi puesto de trabajo; lo que pasaba era, que no quería perderme de vista en su empresa.

Tan complaciente quedé que cuando me estaba acicalando en el espejo, aquella tarde, mi hijo Pablo me miraba fijamente, sin saber yo lo que él pensaba; de modo, que le pregunté por las causas de aquella mirada.

JUANA – Pablo, cariño: ¿En qué piensas?.

PABLO – Mamá, pienso en que estás desconocida.

JUANA - ¿En qué sentido?.

PABLO – Antes estabas más rústica; ahora te encuentro echa una señora por todo lo alto.

JUANA – Gracias, hijo mío; será que tú me ves así.

PABLO- No, para nada. Es verdad lo que te digo.

Hasta mi hijo me lo estaba diciendo, que había cambiado sustancialmente la forma de ser y hasta la figura; pues me la cuidaba cotidianamente y con lo mejor que había en el mercado.

Me estaba dando vuelos aquello que me dijo mi hijo Pablo y repetían algunas gentes, de que mejoraba mi presencia por día, por lo tanto cuando paseaba por la calle me iba recreando en mis pasos para que todos me vieran y me pudieran admirar.

El tiempo pasaba y pasaba en contra mía, pues el tribunal se formaría y yo no tenía mas que el borrador de mi tesis doctoral, por lo tanto me fui hablar con mi tutor diciéndome éste que el tiempo de los doctores es de oro, y ya lo creo, no pudiendo atrasar por más tiempo la formación del tribunal, pasando noche y día confeccionando a limpio todo el borrador.

Noche y día, así estuve hasta que vi terminado aquel libro, por así decir, tan costoso en su confección, pero que por fin lo había terminado y para descansar, aconsejada por mi tutor, me fui a la empresa para que considerase mi caso más detenidamente.

Al llegar a la empresa vi en ella al señor que me había sustituido la primera vez, pues estaba ya bien de su enfermedad y vi en ello el Cielo abierto.

El gran jefe me ayudó en todo y me dijo; que no tenía que esperar un tiempo para darme de baja en la empresa, que él lo solucionaba rápidamente, que me dedicase a mi carrera profesional, que no era poco.

De allí me fui, una vez más, para hablar con mi tutor, diciéndome éste que descansara aquella tarde y estuviese tranquila para el día siguiente, que era cuando se formaba el tribunal.

Le di a entender de destruir las copias, a mi tutor, diciéndome que no lo hiciera por si acaso tenía que echar manos de ellas; no se sabía lo que podía pasar, ya que me tenia que quedar los cuadernillos en el tribunal, hasta que los repasasen.

No quise soltarme la melena aquella tarde, pues al día siguiente me encontraría mal, pero que muy mal; así que estuve paseando por las maravillosas calles y viendo escaparates hasta una hora prudencial, en la que me fui a casa para descansar.

Llegó, llegó el fatídico día de la presentación ante el tribunal y el tribunal que yo no lo veía; pues tuve que llevar algún doctor el cuadernillo a su lugar de trabajo, así estaba siendo la promoción de mi tesis doctoral.

Pasaban los días y yo no veía la manera de cuándo iba a llegar noticias de mi trabajo, pero un buen día me dijo el tutor que tenia que leer el trabajo ante el tribunal. Por poco sudo cuando me dijo mi tutor aquello; ya que pensé, que si tenía que ir a leérselo a cada uno a su trabajo me costaría varios días y muchos esfuerzos hechos por mí. No fue necesario que leyera, uno por uno, a los miembros del tribunal mi trabajo; pues ese día estaban todos reunidos para escucharme en mi vista preliminar.

Quedé extenuada, pero firme de que lo había hecho bien: Me refiero a que no me confundí en la lectura de aquel libro, cuaderno hecho por mí, ya que lo leí de carrerilla; mal hecho, debido a los nervios que tenía.

¡Aleluya!; pues se estaba abriendo nuevos Hospitales en la Ciudad al cabo de muchos años sin tener ninguno nuevo y yo tuve la suerte de ganarme una plaza en uno de ellos.

No sabía lo que hacía, ni dónde me dirigía aquel día; pero lo cierto fue, que di con mi casa sin saber cómo. No podía permanecer allí sola y llamé a

mis hermanos para anunciarlos la buena nueva, y de esta manera enteré a toda mi familia de lo que había conseguido.

CARLOS – Pero no te debes conformar con trabajar en el Hospital, debes tener tu propia consulta.

JUANA – No me atrevo alquilar un despacho, por si acaso tengo que dejarlo. Eso se verá si yo abro consulta.

PACO – No tienes que alquilarlo. Quiero decir, que no te es obligatorio alquilar ningún local.

JUANA - ¿Y eso?.

PACO – El despacho donde yo he trabajo hace poco lo he acondicionado para consultas pensando en ti.

Y sacando un paquete me enseñó una placa con mi nombre y mi especialización, haciéndome llorar al ver yo aquel amor que mi hermano Paco profesaba por mí. En realidad, mi hermano Paco, se había cambiado de despacho y de calle hacía dos meses y ya pensaba en mí.

JUANA – Yo te pagaré un alquiler.

ISABEL – No tienes que pagar nada; solamente firmar el traspaso.

Al decir aquello mi hija Isabel, mi hermano Carlos, que había permanecido callado y sentado hasta ahora, se levantó y se dirigió hacia donde yo estaba.

CARLOS – Juana.

JUANA - ¿Qué quieres?, Carlos.

CARLOS – Tienes que firmar el traspaso, en forma de concesión, e ir a por el instrumental a esta dirección.

Y enseñándome una factura, me la entregó viendo en ella toda clase de instrumental, pues hasta Rayos X tenía; así mismo vi los millones que había costado dicha factura.

¡Ahora si!, ahora sí que rompí a llorar a lágrimas vivas, como se suele decir, y no por sentimentalismo sólo; que me lo decía el corazón y la razón de que aquello estaba siendo demasiado.

Me dijo mi hermano Carlos, que los Rayos X tendría que cambiarlos en un para de años, nuevos, pues estaban implantando otra modalidad que no sabía él cómo se llamaba; pero que se ajustaría más a los tiempos que venían.

Lo cierta era, que me había hecho de un consultorio y de todo el instrumental que se daba en aquellos tiempos.

La placa me daba no sé el qué ponerla sin obtener el diploma de mi tesis doctoral y consultando a mi tutor me dijo, que esperase a revalorizar mi especialidad con la tesis y que entonces podría anunciarme por completo en la fachada de aquel bloque. Era así la cosa; ¡Qué le vamos hacer!.

Tardó, tardó un tiempo en darme el palmito de mi tesis doctoral, pero por fin me la dieron, al cabo de muchos meses; ya me estaba poniendo nerviosa. Y puse en la fachada de aquel bloque, en donde tenía yo la

consulta, la placa que me había regalado mi hermano Paco: Especialista en . . . Y así comencé mi consulta diaria, una vez que dejaba el trabajo del Hospital.

El trabajo del Hospital; pues muy bien, lo malo fue cuando tuve que intervenir, por primera vez a un paciente en la mesa de operaciones.

Cuando vi aquel señor, tumbado a todo lo largo en la mesa de operaciones esperando a que yo le abriese y le sacase lo malo, sudaba como nunca, haciendo secarme mi sudor a una enfermera, pero no me arrugué y comencé a pedir la instrumentación deseada.

¡OH!; madre mía. Cuando abrí aquel señor salía Sangre a borbotones; pues le había seccionado una pequeña vena, ya que tenía una anastomosis. Ni corta ni perezosa pedí todo lo necesario para pegar aquella vena y así lo hice, teniendo una operación delicada en dos horas que duró la intervención.

Cuando iba terminando estaba cosiendo aquel señora, abrieron la puerta para sacar una mesa con instrumentación, pues lo necesitaban en otro quirófano, vi a mi tutor con la bata esperando en la misma puerta: Había estado las dos horas allí sin querer entrar en la sala de operaciones, para la supervisión. Me había dejado libre para que cogiese confianzas en mí misma. ¿No sabía él, lo mucho que había pasado en mi primera intervención quirúrgica?.

Al salir de la sala, le cogí de la bata como queriéndome caer al suelo de los muchos nervios que tenía y el tutor me agarró de la cintura para sentarme en un banco que estaba allí mismo, viendo los familiares del paciente el espectáculo, tan bochornoso, que estaba dando.

Si esto es así, yo no quería seguir mi profesión y me limitaría a mi consulta, que sería mejor. Todo eso lo pensé en ese preciso momento, en el que yo estaba descansando en aquel banco, aludiendo a los familiares de mi paciente, y mi tutor que no había probado bocado alguno desde el anterior día por la mañana, sufría un vahído. ¡Para encuadrar aquel marco!.

Pues la segunda intervención, fue peor que la primera; me puse más nerviosa que el primer día, y eso que era, toda ella, producto de mi especialidad en mi tesis doctoral. Pero con todo y ello, no sabía lo que hacer, si esperar a que entrase mi tutor o abrir al paciente y cuando me di cuenta que allí no había tutor alguno decidí comenzar la intervención. Pues créanme ustedes, que salió todo bien.

Yo estaba cogiendo confianzas, pero como me habían dicho mis Doctores en su cátedra; nunca hay que bajar la guardia.

Se me dio una fiesta por mi tercera intervención y yo me consideraba cumplimentada del todo por aquellos honores con los que me estaban sirviendo mi entorno social.

Y mi entorno social me agasajaba en todo lo que fuese posible, hasta en cambiarme de Hospital a otro mejor y más céntrico; pues estaba

demostrando un interés continuo en mis intervenciones, así como en mis consultas.

Aunque solamente tenia las manos para palpar cualquier anomalía de mis pacientes, antes de intervenirlos; en unos años, sabía de la existencia de aparatos en el que no solamente se viese los huesos a su perfección, sino también, se viesen las vísceras humanas y otros eventos que hay dentro del organismo humano. Serían más fáciles las intervenciones, una vez se supiese la constitución de ese organismo al que se le va abrir: Cómo está ese nervio, esa vena, ese miembro.

Esperando a tales eventos, me tenía que conformar con comprar los mejores instrumentales para casa, los más adelantados en la técnica de instrumentos.

Hasta las personas más conocidas se me presentaban para que las curasen de sus males, era así que un día se presentó Petra, la cocinera, que venía de parte de mi hermano Carlos y estando dicha señora en consulta me llamó mi hermano por teléfono.

CARLOS – Juana, te he mandado a la señora Petra con un posible bodoque en el vientre.

JUANA – Ya lo estoy viendo.

CARLOS - ¿A qué es debido eso?.

JUANA – Puede ser producto de las quemaduras producidas. Tal vez sea una cosa momentánea: Causa, efecto.

CARLOS - ¿Está ella delante?.

JUANA – Te he recibido en la sala de Rayos X, en el supletorio.

CARLOS - ¡Menos mal!.

JUANA – Tú no digas más.

Se encontraba mi hermano apurado por Magistratura; pues si se descubría que la señora Petra estaba dolorida en algún órgano interno a causa de sus quemaduras, le podría denunciar, pese al seguro que estaba pagando por ella; pues cubría solamente las primeras asistencias.

Los análisis de aquella señora dieron una posible cirrosis en el hígado por causas externas: Podía ser por agobio, por tener sentimientos profundos y muy amargos en los que no los podía desechar, o por cualquier otra causa externa a ella. Averiguando la situación de la señora Petra fuera de la casa de mi hermano pude saber que ésta señora tenía, prácticamente, que correr unos tres kilómetros todos los días para coger el último autobús si quería llegar a su casa y tal vez dicho esfuerzo le estaba dañando el hígado, debido a que le tenía ya un poco débil.

Con reposo y sin grasas ni huevos ni otros alimentos que la hiciesen daño al hígado se curó la señora Petra y para ello tuvo que ponerla, mi hermano Carlos, una sustituta a dicha señora, mandando al chofer, cuando se repuso, que la llevara todos los días a la parada del autobús para que dicha señora llegase a su casa.

Visité, nada más que se puso buena la señora Petra, a mi hermano para ver qué clase de ánimos tenía y desde luego le vi, en dicho asunto, un poco indeciso; pues él esperaba lo malo.

JUANA – he venido para ver cómo te encuentras?.

CARLOS - ¿En qué sentido?.

JUANA – Tratando de la señora Petra.

CARLOS – Créeme, que tuve miedo.

Me confirmaba mi hermano Carlos lo que yo ya sospechaba y le hice ver, que un buen seguro vale más que la propia salud de uno.

Asistí a una fiesta, dada por el gremio de doctores, y allí conocí a un señor muy simpático y entablé buenas relaciones con él. Aquel señor no hacía mas que seguirme a todos los sitios donde yo iba y aunque no hablase nada, allí que se encontraba para agasajarme con bebidas refrescantes.

JUANA – Señor Santiago, le agradezco la amabilidad que tiene usted para con mi persona; pero no hace falta que me ofrezca tantos refrescos, no puedo más.

SANTIAGO – Me sirve de satisfacción.

Cuando salí de la fiesta me siguió el señor Santiago por las calles de aquella bonita Ciudad, para acompañarme a mi casa.

Yo no quería que aquel señor supiese dónde vivía yo, no sabiendo cómo despistarle; pues a parte que tenía una cosa en su Alma que daba sensación de confianzas.

No hubo manera de despistar aquel señor de mi vera y por supuesto supo dónde vivía yo, ya que me siguió hasta el mismo portal de mi casa.

Al día siguiente, le tenía pegado a mí en el Hospital y yo me preparaba para abrir la consulta, ya que tenía alternas las operaciones con las consultas y aunque había varios pacientes, a dicho señor no le importaba nada quedarse allí hablando conmigo; hasta que en un lapsos de éste le indiqué el mucho interés que tenía por recibir a mi primer paciente, si no le molestaba.

SANTIAGO – No, para nada; no me molesta.

JUANA – Se lo agradezco.

Pues todavía me llamó a mi consulta particular, para quedar conmigo en un sitio de recreo y poder hablar mejor de nuestras cosas.

De nuestras cosas dijo; pues no sabía yo que tuviésemos cosas en comunes, ya que hacía pocas horas que le había conocido y nada más.

Cuando salí de mi consulta particular, no hice ni por llegarme a dicho encuentro en el sitio de recreo previsto, o sea: Un bar. Pero como tuve que pasar por dicho sitio de recreo, éste, Santiago, me estaba esperando en la puerta saludándome muy cordialmente y eso que yo me quería escabullir de allí cuanto antes. Me había salido, como se dice, un arrimado.

Nos sentamos en una mesa y cogiéndome de la mano me la apretaba de tal manera que no me hacía daño alguno. Yo no sabía por dónde venía eso, así que me estaba poniendo bastante nerviosa.

SANTIAGO – Se está usted, Juana, extrañando de mi comportamiento.

JUANA – Al decir verdad, que sí.

SANTIAGO – Hay en la vida varias facetas que la persona humana no tiene por qué rehuirlas y una de ellas es esta para mí.

JUANA – No le entiendo bien.

SANIAGO – Cuando dos Almas gemelas se cruzan, tienen que seguir el mismo camino en la vida.

JUANA - ¿Y usted, Santiago, y yo somos Almas gemelas?.

SANTIAGO- Por lo menos nos semejamos.

JUANA - ¡AH!, sí. ¿puede decirme en qué?.

SANTIAGO – En nuestra soledad, en el grado de sinceridad que tenemos para con nuestros compañeros, en la perfección y detalle con nuestras cosas, en . . . Un sinfín de cosas, que yo las numeraría sin dejar descansar a mi pobre intelecto.

Me quedé mirándole, ya que no había habido ningún hombre que me hubiese dicho aquello y con tanto sentimiento en su ser, que me quedé prendada de él por la amabilidad y delicadeza que puso al decirme aquello.

JUANA – Me está usted, Santiago, cautivando: Tenga cuidado.

SANTIAGO- Primero lo ha hecho usted, Juana, con mi persona.

JUANA - ¡AH!; pero, ¿Yo le he cautivado?.

SANIAGO- Me ha conquistado todo mi ser y no quiero que se moleste usted, Juana, con mis palabras, no la quiero herir su susceptibilidad para nada.

JUANA – No, no se preocupe, que no me hace daño alguno.

Al decir yo aquello, ya vi un atisbo de atracción moral hacia aquel hombre, pues desde entonces le comencé a ver así: Como a un hombre.

Miré para una parte de aquel establecimiento, para la otra, no sabiendo lo que hacer; si salí de allí corriendo o quedarme para que me enganchase en sus redes de enamoramiento: En aquella maraña de sentimientos hacia mi persona, creándome una atracción, que aunque no física era mas bien moral hacia él.

Me volvió a coger de la mano, pero esta vez con las dos; como en señal de que todo lo que me estaba diciendo era verdad y me lo decía con sumo sentimiento. Me había salido un embelesado, ya que enamorado no podía decir dadas las circunstancias sociales en las que vivíamos: El con su edad y yo con la mía.

Cuando llegué a mi casa y me vi en mi cuarto a solas me paré a considerar los pro y los contra de aquella relación, en la que estaba sumida.

Por una parte, se casarían mis hijos y me vería sola, y por la otra, yo no estaba para vivir con ningún hombre. No sabría llevarle, ni hacer por él nada en la vida; me había acostumbrado a vivir sola y hacer lo que me viniese en voluntad.

No se cuanto tiempo estuve pensando aquella noche, pues me la pasé casi toda la noche en vela y al llegar el siguiente día al Hospital ya me estaba esperando Santiago en la puerta del quirófano; sabía de una intervención que tendría yo en ese mismo día y a primeras horas de la mañana.

JUANA - ¿Qué hace usted aquí, Santiago?.

SANTIAGO - La voy ayudar, si usted, Juana, me lo permite.

JUANA – Le anuncio a usted, Santiago, que tengo un equipo bastante bueno y competente.

SANTIAGO – Ya lo sé; pero si usted, Juana, me lo permite entraré en la sala de operaciones y seré mudo, si acaso no hago falta alguna.

JUANA - ¿Solamente por estar allí viendo?.

SANTIAGO – Solamente por estar viendo.

Dios sabría a quien estaría Santiago viendo, si al intervenido o a mi persona y por los síntomas que se estaban dando me parecía que no me perdía de vista. Estuvo todo el tiempo mirándome, hasta que llegó la hora de abrir su consulta, yéndose de inmediato, no antes sin hacerme un gesto, con la mano, como dándome un adiós de corazón.

¡Huí!; qué manera de perder el tiempo tienen algunos hombres; en vez de estar tranquilo en su casa, se había levantado temprano para poder estar conmigo y a mi vera.

¡Pues no que me estaba poniendo nerviosa aquel hombre!; no sabía si seccionar o cortar una parte u otra de la persona que estaba interviniendo.

Mientras me estaba lavando, pensé algo a favor de aquel hombre; pues yo no me había puesto nerviosa por poco. Sería tal vez, que me hacía tilín, como se suele decir, y por eso me mostré de tal manera: Nerviosa perdida.

Menos mal que cuando salí a mi consulta; pues tenía una urgencia, estaba dicho señor en la suya y no me había visto pasar por tener la puerta cerrada y algunos pacientes en espera.

Pues miren ustedes por donde, aquella vez sí me iba hacer falta consultar con dicho Doctor, y cogiendo el teléfono le llamé a su consulta par ver lo que podía hacer con el caso que tenía entre mano. No tardó en llegar a mi consulta echando una vista a mi paciente y afirmando lo que yo estaba sospechando. Me llamó a parte y con voz grave me anunció algo que ya me lo esperaba yo.

SANTIAGO - ¿Sabe usted, Juana, lo que está a punto de darle a su paciente?.

JUANA – Peritonitis.

SANTIAGO- ¡Justamente!.

Le comenzamos hacer unas pruebas a mi paciente, todas ellas con gran soltura y precisión; no por mucho correr es mejor, como vuelvo a decir, por boca de mis Catedráticos, ya que todavía había margen para hacerle tales

pruebas y preparamos el quirófano de la sala de al lado, pues en donde yo había hecho la primera operación le estaban limpiando todavía.

No quiero cansarles a ustedes narrando dicha operación, pero si ustedes han visto un globo de niño lleno de agua sabrán lo que pasa si le arriman un cortante. Tuvimos que tener más cuidado para que el líquido no se desparramase, que no sabría contárselo. Pero al finar nos dimos la mano los dos, Santiago y yo, en señal de alegría por haber terminado aquélla intervención bien; pues nos teníamos que haber encomendado algún Santo de nuestra devoción.

Al siguiente día fui invitada, a un chalet, en una fiesta dada por uno de mis compañeros de trabajo; ya que tenía un buen chalet a las afuera de la ciudad y como había que ir acompañada, me llegó otro compañero para que fuésemos juntos los dos, pues él tampoco tenía pareja definida.

Santiago no se despegaba de mi lado, donde yo iba, iba él como si fuese un perrito faldero. ¡Y claro!; me tenía nerviosa perdida, pues aunque mi acompañante había encontrado con quien conversar, yo no encontraba a nadie: Solamente unos saludos muy cordiales para darme la bienvenida a dicha fiesta.

Pensé salirme al jardín, pero cuando vi a Santiago detrás de mí me ensoberbeció su manera de ser y volviéndome hacia él le pregunté.

JUANA - ¿Qué quiere?.

SANTIAGO – Yo, nada.

JUANA – Pues déjeme de seguir.

SANTIAGO – No puedo.

Aquello me puso irritada; pues al decirme que no podía, aquel hombre, de dejarme seguir me puso a cien los nervios y menos mal que me contuve, pues quería que lo pagase él todo el agobio que me estaba haciendo pasar.

No salí al jardín y me retuve en el salón de la casa junto a toda las personas que habían sido invitadas a dicha fiesta, sentándome en un sillón, para hacerlo sola; ya que había un sofás y evadiendo a Santiago me fui a colocar en un sitio, como digo, a solas. Mejor me hubiese sentado en el canapé; ya que Santiago sentándose en una silla la corría, sin elevarla, haciendo todo el ruido posible, dándome una clase de vergüenza monumental.

Los compañeros miraban con el rabillo del ojo, para ver la realidad de lo que estaba pasando entre Santiago y yo y como no estaba a gusto, allí tampoco, me fui a colocar bien cerca del anfitrión durante la comida. Aquel señor era de pocas palabras, pero cuando vio que yo me había sentado a su lado se le desató la lengua hablando más que un charlatán, no gustando a su señora nada, pero que nada. La señora de mi compañero no hacía mas que echarme unas miradas de muerte, como si me quisiera clavar cuchillos con la misma vista y yo para que Santiago entablase conversación con otra no hacía más que charlar con mi compañero, el amo de la casa.

En aquella casa se tocaba muy bien el piano y el café nos lo fuimos a tomar, todos reunidos, cerca del piano y el pianista; que no era otro mas que el mismo anfitrión. Y para que todo quedase en familia, se puso su señora, una vez que mi compañero dejó tocar las teclas, al piano para recitarnos con unas partituras preciosas, de Bach. Aquellas notas, que sonaban en el piano, de Juan Sebastián Bach, me hacían relajarme en mi asiento para no pensar en nada. Cuando de repente noté una mano, que cogiéndome la mía me la sujetaba en el brazo de aquel sillón, como queriéndome decir lo mucho que me apreciaba: Era mi compañero Santiago.

Quise retirar mi mano de donde la tenía colocada y no pude, enfadándome mucho con mi compañero Santiago; pues le eché una mirada, que si hubiese podido hablar con los ojos le había dicho de todo, pero no cosa bonita.

JUANA - ¿Qué hace usted?.

SANTIAGO – Yo, nada.

JUANA – Si es que no se da cuenta de lo que hace.

Se terminó aquella velada y todos nos fuimos a nuestras respectivas casas, yo por supuesto acompañada de Santiago, que no me dejaba para nada.

Al día siguiente tenía miedo ir a mi lugar de trabajo, como profesional, y eso que cuando yo llegaba no me veía Santiago; pero la procesión la

llevaba por dentro, pasando unos días como escondida, para que no me viese dicho señor.

Hasta me hice acompañar por otro compañero de trabajo, que salía a la misma hora del Hospital, y como no podía ser menos nos estaba siguiendo Santiago de cerca, escondiéndose detrás de los árboles y de los coches que había en la calle aparcados. ¡Ay!; qué vergüenza me estaba dando al ver a dicho hombre de tal manera.

Pues con todo y eso, tenía ganas de saber hasta qué punto estaba, Santiago, enamorado de mi persona y para eso le tenía que dar celos con mi otro compañero.

No sabía si cogerle del brazo a mi compañero, para ver la reacción de Santiago; pero por otra parte no quería intimidar con aquel caballero; pues era soltero y se lo creería de inmediato. Así que a cada cosa que decía, yo me reía fuerte para que llegase mi risa a oídos de Santiago, y hay que ver cada vez que yo me reía: Parecía que se consumían todos los huesos de Santiago, y hasta que se empequeñecía aquel hombre.

En un descuido de Santiago y pidiendo perdón a mi compañero por las prisas que llevaba me metí en un autobús con dirección a mi casa.

Decidí ir a casa de mi hermano para contárselo todo y pedirle consejos sobre Santiago y así lo hice.

CARLOS - ¿Tú vienes para decirme algo?.

JUANA - ¿Cómo lo has notado?.

CARLOS – Cuando no sabes cómo empezar a contarme tu problema, te pones un poco azarada y como guardando algo.

JUANA – Está bien.

CARLOS – Dímelo.

Y como tardaba en decírselo, mi hermano se figuró lo que yo le iba a contar en aquella hora tan trascendental para mí.

JUANA – Tengo dudas.

CARLOS – A tus años, no debes tener dudas; no que seas mayor, no, pero siempre es bueno consultar con un miembro de tu familia.

JUANA - ¡Mi edad?.

CARLOS – Ya te he dicho que no eres mayor, no ; pero sí debes sopesar los contratiempos que tendrías en aceptar a un hombre.

JUANA - ¿Y que me lo digas tú eso?.

CARLOS – Para mí sería una alegría; pero para tu trabajo, tu profesión un escollo en tu vida. No te manejarías con tanta soltura como lo haces ahora, y por otra parte tus hijos.

JUANA - ¿Qué tienes tú que decir de mis hijos?.

CARLOS – Yo nada; ¡si hasta mi sobrina es cuñada mía!.

JUANA – ¿Lo dices por el conjunto?.

CARLOS – Por todos tus hijos y por el conjunto de problemas que te echarías encima al meter en casa a un hombre viudo con dos hijos.

JUANA - ¿Qué dices?.

Mi hermano se levantó y se echó una copa, para luego sentarse de nuevo con el vaso en las manos y poderse apoyar mejor con sus palabras en dicho vaso.

Yo hacía como que me levantaba de donde estaba sentada, unas veces, y otras veces le hacía señales, a mi hermano, con las manos para que se apurase a decirme lo que él sabía de Santiago.

CARLOS – Me había enterado de tus andanzas con dicho señor; Santiago, y me informé mejor de él que tú. Ese señor se encuentra viudo, pues en un accidente de tráfico se mató su señora y una hija que tenían, quedándose con dos hijos a su cargo.

JUANA - ¿Esa es la carga a la que te refieres?.

CARLOS - ¿Tú tienes necesidades de un hombre?.

JUANA – Dicho así, te diré que no.

CARLOS - ¿Le quieres?.

JUANA – Aunque hago esfuerzos por comprenderle y quererle, no sirve para nada.

CARLOS – Entonces, hasta aquí llego yo; haz tu voluntad y no la mía, pero yo lo que tú le dejaba en paz a ese señor, Santiago.

Estaba claro los consejos que me dio mi hermano Carlos; pues sino le quería ni le tenía tanto aprecio como para vivir con dicho señor, era mejor que le olvidase y se lo hiciese ver de una vez.

Pese a los desprecios que le hacía yo a Santiago, éste se mostraba cada vez más conforme con mi persona, y mi persona no veía la manera de espantarle de mi vera, hasta que un día me echó un cable otro compañero, al que yo apreciaba mucho, llamándole la atención delante de mí, a Santiago, por la manera de ser y de portarse conmigo. Le hizo ver que yo no quería saber nada de él; que sería mejor que me olvidase y no me atosigase tanto. Dicho compañero se pasó de rosca con Santiago, pero le dijo toda la verdad, para que de una vez por todas me dejase en paz.

Ahora tenía que comprobar si éste, Santiago, había cazado todo lo que mi otro compañero le había dicho delante de mí, ensalzado por un arrebato de nervios al ver atosigarme, con tantas fuerzas, a Santiago.

Llegaba el día de los difuntos y mi hija Isabel quería saber de la tumba de su padre, así que nos fuimos al cementerio para que mi hija supiese dónde se encontraba su padre, Pepe.

En una tumba, sucia y poco limpia, vimos el nombre y apellidos del padre de Isabel, pues apenas se leía que se llamaba Pepe: Con dicho hombre tuve mis cuatro hijos y por eso, en un alarde de nobleza me llegué para preguntar la posibilidad de mudar los restos de mi espeso Pepe a mejor sitio; haciendo un mausoleo para la familia. Inicié dichos trámites, en sucesivos días no cesando de acarrear papeles e ir donde me mandaban hasta que se construyó el mausoleo, cambiando allí los restos de mi marido Pepe.

Sí, me había casado con Pepe y tuve, como ustedes saben, cuatro preciosos hijos; entre ellos a mi hija Isabel, hoy hecha mi cuñada por los avatares de la vida.

Había pasado toda la información y papeleos del cementerio, cuando un día me paré a considerar, que; en realidad no había querido a nadie mas que a Pepe. No había habido ningún otro hombre más en mi vida y por supuesto no iba ahora a entrar en mi vida a ningún hombre que yo no quisiese de veras.

Pero el susto fue, cuando se presentó Santiago en mi casa con sus dos hijos para presentármelos.

JUANA – Ya sabía yo de tus hijos.

Santiago se me quedó mirando como con cara de extrañeza y sin comentar nada me presentó a sus dos hijos, de trece y diecisiete años respectivamente.

Pese a que aquellos chicos, angelitos las criaturas, eran bastante simpáticos, a mí no me decían nada, no me llamaban la atención ni me llenaban el Espíritu con un amor fraternal. Yo creo, que aquellas dos criaturas, se dieron cuenta de mi rechazo hacia su padre; pues en un tiempo determinado hicieron por levantarse y abandonar aquella visita rápidamente, alertando a su padre de la hora que era.

Creo que quedó bien sentado, y con sus hijos delante, que yo no quería saber nada de aquel hombre; que se las apañase él como pudiese y buscase

a otra para que cuidase de él y de su familia. Yo no quería esos cargos para mí, ni cuidar de nadie mas que de los míos.

Pero eso sí, yo salía de vez en cuando con los compañeros alguna fiesta en los chales de dichos compañeros; pues había uno que me caía muy bien, pero nada más.

Un día vi a mi hijo Pablo con la novia, una vez más, y me paré con ellos para convidarlos un refresco en un bar allí cercano y entonces se hizo la pregunta; la factible pregunta: Sobre la boda.

La niña, la niña aquella que era más larga que un día sin pan a la que yo hubiese cogido y la hubiese hecho trizas. Mi respuesta fue contundente y efectiva.

JUANA – No creo conveniente que os caséis por ahora; primero tiene que encontrar un puesto de trabajo mi hijo Pablo.

Aquella chica bajó la cabeza como en son de no gustarla dicha respuesta y haciendo como que tenía frío invitó a mi hijo Pablo para que se fuesen de allí, quedándome yo sola en aquel ambiente enrarecido.

¡Hay que ver, qué vuelcos da la vida!, si por más que me lo dijesen; aquella chica no dejó a mi hijo ni un solo día libre, le quería de verdad y por consiguiente estaba dispuesta a esperar lo que fuese hasta casarse con mi hijo Pablo.

La vida seguía y seguía evolucionando con todo su esplendor, algunas veces y otras, con las miserias de las personas humanas; esas miserias que tenemos todos en nuestra Alma metida para hacernos más humanos.

No solamente seguían nuestras vidas; sino que también pasaban los años y nos veíamos cada vez más viejos, de tal manera que, como les digo, pasaban los años y pasaban . . .

. . . Eran otros tiempos, tiempos modernos los que estábamos viviendo en aquella fecha, en donde los móviles eran más pequeños y hasta con música y servían cómo cámaras fotográficas, en donde los ordenadores y las televisiones estrenaron la pantalla de plasma, en donde los mensajes electrónicos eran lo más primordial, en fin; eran estos tiempos.

No faltó la llamada, para la revisión de las grandes maravillas del mundo, y yo avalé a la Alambra de Granada; pero como no sabía donde mandarle el e-mail, lo mandé al correo electrónico del Excelentísimo Ayuntamiento.

Si del Andaluz al Ajarafe,
Si del Generalife a la Torre;
Yo voto por la Alhambra
Porque en sí se puede
Conservar esa mole
De belleza y de flores.

Quedándome satisfecha por haber puesto mi granito de arena en dicha propuesta, aunque no estoy yo muy segura si dicho mensaje lo había mandado a su lugar correcto.

Hasta mi hijo menor, Pablo, se había casado, estando todo en orden y en buen compás. Lo único malo para mí era que cumplía años con mucha aceleración; como si me fuese a salir del mapa.

Por lo tanto, me tengo que despedir de ustedes con gran pesar de mi corazón, para proseguir mi vida actual y cumplir con mi deber profesional.

Deseando la rectitud de todas las personas, les informaré que esta vida ha sido producto de una ficción.

FIN.

COMENTARIO A LA HOBRA HECHA POR EL AUTOR.

La obra empieza en los años sesenta y su resolución finaliza a finales de los noventa.

Dentro de una sociedad clasista, se ve, como paralela, otra sociedad más allegada a la clase menos pujante y con algunos ideales filosóficos de aquél tiempo; en donde el idealismo se componía, sólo y exclusivamente a la primera época del romanticismo, según Turbino: En donde el yo, con su Ego, era todo lo que existía en el Mundo; no rodeando a la persona otra cosa que no fuese su amor a ella misma, con su decaimiento en las creencias de esa misma sociedad.

Una vez recuperada la protagonista, principal, de la novela para la sociedad actual, se ve el interés que pone la persona por lograr unas buenas metas sociales para sí misma. Y para lograr dicha meta; el desenlace de la novela se ve altamente complicado, pero siempre triunfa la razón ante la sinrazón.